

Prólogo

Pastor Obligado era un escritor excepcional. Gracias a él se rescataron historias que se hubiesen perdido si no las registraba en sus “Tradiciones argentinas”¹. Una de ellas despertó mi curiosidad de tal modo que me transportó a bibliotecas y archivos mendocinos, mejicanos y rusos. Seguía la pista de Benigno Villanueva, mejor dicho, la estela de Benigno porque así como en el cielo, las estrellas fugaces dejan su estela que es más que una pista, así fue también lo que dejó este mendocino en un firmamento más pedestre, con una existencia menos fugaz.

En Mendoza, los registros de Benigno están relacionados con la genealogía de los Villanueva. Melchor Oseas Villanueva, generosamente me acercó los datos familiares por medio de dos publicaciones provinciales: “Los Villanueva de Mendoza” de Guillermo Villanueva Ara e “Historia de familias” de Jaime Correas.

En “La Nación” del 26 de octubre de 1980, Jorge Carlos Mitre escribió sobre “el mendocino internacional. Un general argentino bajo tres banderas”, enriqueciendo lo que había escrito Obligado. Agregó además un retrato, que el que lo dibujó, logró representar a “esa cuerda tendida en el espacio, que vibraba al menor roce del aire” como lo definió Mitre.

En el Archivo Histórico de la República de México, en la Sección V Historia Militar Mexicana, se encuentran las listas de revista del Ejército Nacional en su guerra con Estados Unidos de Norteamérica. El ejército que comandaba el General Antonio López de Santa Anna (“Pierna de Palo”), en 1845 contaba entre sus integrantes al coronel Benigno Villanueva junto con otros argentinos como Bernabé de la Barra y Julián Díaz. No existe el legajo personal, pero sí menciones elogiosas al “valiente jinete” en los partes de batalla.

¹ Versión digitalizada en Internet Archive –American Libraries-:
<https://archive.org/details/tradicionesargen00obli>

Desde Barcelona me remitieron copias de tres cartas de Benigno al General Juan Prim y Prats, condoliéndose por los “pobres rusos” acosados por las grandes potencias en Crimea.

En el Tomo IV de sus memorias, el General Paz recordaba a Benigno como “... joven de un talento muy despejado, tenía razón. Es el mismo que en la actual guerra de Oriente ha figurado como general de brigada en los ejércitos rusos”.

El Duque de Medinaceli, embajador español en Moscú desde 1856, registró en su “Memorial moscovita” su padrino en el casamiento de Benigno con la “hermosa y noble hija de los dos Pushkin: el Mariscal y el poeta”.

En una publicación de fácil acceso, de Vladimirov, P.V.: *Otnoshenie k A.S. Pushkinu russkoi kritiki s 1820 godu do stoletniago iubileia 1890 goda* en “Universitetskiia izvestiia” (Kiev, 1899), develé el misterio del parentesco del Mariscal con el célebre autor de “Eugenio Oneguín”, confirmado también en “Pushkin” de Merejkovski en *Viechnye sputniki* (1915).

El historiador que en el año 2100 intente develar científicamente los acontecimientos que hoy nos conmueven, ingresará en un laberinto documental bibliográfico, videográfico o magnetofónico de tal magnitud que volverá a decir como Marechal que “la poesía es más verdadera y más clara que la historia”. Del laberinto se sale hacia donde llevan la poesía y los pájaros: hacia arriba.

Por eso, Benigno Villanueva seguía el vuelo de los cóndores en Mendoza y el de las águilas en Crimea, para que el historiador deje reposar su lupa y se sume al planeo que otea horizontes intangibles.

¿Cómo entender a Benigno desde la historia y cómo entender la historia con Benigno? Hay seres que escapan a la historia porque están en la leyenda y tan sólo desde allí develan su pretérito, en infinitos vericuetos de espejos y poesía.

Pero fue en Moscú, en el Instituto de Historia Militar de la Escuela de Guerra de Rusia, ubicado sobre las orillas intranquilas del Moscova, donde encontré lo que estaba buscando...

Para aliviar el vuelo de Benigno, tres escalas hace el cóndor: abreva vino en la Confederación, tequila en México y vodka en Rusia.

EL VINO

Los cosacos de la línea de Tereck y los del Ural sabían que desde sus slobadas podían crear su jefe, a su hetmán. Profesaban el Rasskol de los viejos creyentes. Sólo admitían al que sabía hacer la señal de la cruz. Pero la invertida, en la que eran diestros. Tenían la clave, el sino credor...

No sería de arcilla como el golem del rabino de Praga ni alimentado con arcanum sanguinis como el de Paracelso. Debía ser de montaña distinta del Ural, de argenta. Debía nacer en campo de la Virgen y sería el vino, el vino de valles montañosos el semen creador.

¿Clonación? ¿Genoma humano? ¿Eso es sólo ciencia!

Capítulo I

Los Primeros Vuelos

-Empuje señora, fuerza, vamos, vamos que viene. Grite todo lo que quiera.- Y Rafaela gritó. Gritó como nunca lo había hecho frente al doctor Pagés. Gritó para que la pampa, enmarcada por un cielo rosado en el verde, la escuche. Para que se entere de que estaba pariendo. Para que sepa de su dolor y de su pronta alegría. Le contestó un chajá mientras el partero seguía con su delicado menester. Roja del esfuerzo estalló en un grito final, cargado de sanos pulmones que conmovieron el campo de la Virgen de Luján.

-¡Es un varón señora! mientras usaba sabiamente el cuchillo recién chaireado.

Lavó al niño con la poca agua que les quedaba y se lo dio a la madre que ya sonriente lo abrazó.

- Gracias – dijo Rafaela tomando la mano del cochero.

- ¿Cómo se llamaba usted?

- Benigno, señora. Tengo experiencia en estas cosas, soy padre de nueve hijos.

- Así se llamará mi hijo.

- No se sienta obligada señora. Para mí era un deber.

- Usted lo trajo al mundo. Además me gusta Benigno – contestó con el último hilo de voz Rafaela, mientras observaba extrañada al cochero que aún tenía el cuchillo partero en su mano y con la otra se persignaba. Pero se persignaba al revés, mientras, muy ensimismado, seguía el movimiento con algo parecido a una oración dicha de un modo gutural... en otro idioma, totalmente desconocido para ella.

- ¿Qué dijo? – alcanzó a preguntar.

- Nada señora, me persigné – contestó el cochero Benigno mirando a su compañero extrañado porque él no había abierto la boca.

Este recién nacido no fue el héroe de cualquier epopeya literaria. El que supera un pasado oscuro, que le ha sido hostil, se eleva sobre el desamor, remonta la orfandad o prospera ante la miseria. No. Muy por el contrario. Hay que ver en qué cunas se gestan los temperamentos.

Temperamento. Esa parte del carácter que se hereda.

Don Miguel Villanueva había sido designado para iniciar a los puntanos en el arte de la guerra. Para este Teniente Coronel mendocino, el nombramiento hecho en los primeros días de enero de 1815 por Marcos Balcarce, era un honor. Le había dado el cargo nada menos que el comandante de armas de San Martín en Mendoza. Para dedicarse a pleno en su nueva función, dispuso que su querida Rafaela con sus hijos Pío y Remigio viajasen a Buenos Aires a la casa de sus suegros.

Misia Rafaela Losada y Reyes, una esbelta criolla de buena laya, estaba embarazada y esa era la razón que esgrimía para no viajar. Realizar una travesía en aquellos tiempos era toda una gesta, más para una joven encinta y con dos niños. La indiada y las sublevaciones efervescentes en todo el país, amenazaban la seguridad del viaje. Pero a Rafaela, corajuda, la tenían sin cuidado estos inconvenientes. En realidad celaba a su esposo que le había

dado abundantes motivos para hacerlo. Sin embargo, Miguel se impuso y en San Luis se despidieron.

Villanueva, además de militar era abogado, se había graduado en la Real Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile. Con el diploma de licenciado bajo el brazo ingresó al Regimiento de Voluntarios de la ciudad como soldado.

Abogado era el licenciado del bachillerato en Sagrados Cánones y Leyes. Había obtenido el título para satisfacer a su padre Bernardo, pero su vocación era la aventura y en ese entonces se la encontraba en el ejército.

A Miguel le gustaba mostrarse de uniforme en las noches mendocinas. Alto, fornido y de dura mirada, causaba respeto tanto en los salones patricios como en los prostíbulos que lo atraían por el desenfado de las pupilas, los buenos vinos y las reiteradas peleas que lo tenían como protagonista.

Fue difícil para él mantener el equilibrio entre el salón y las putas. En una oportunidad fue detenido en el propio cuartel por el comisario Jacinto Pérez, quien lo encerró en un calabozo por ser incumplidor en la promesa de compromiso a una dama. Se escapó y se escondió en la Iglesia Matriz. Fue dejado en paz previo pago de una suculenta indemnización a su frustrado suegro.

En las invasiones inglesas se destacó como oficial agregado al Batallón de Arribeños y fue ascendido a capitán por un documento fechado el 13 de febrero de 1809 en el Real Palacio de Alcázares de Sevilla, firmado por Fernando VII.

Cuando las noticias de la Revolución de Mayo llegaron a Mendoza, Miguel recibió la orden de tomar el fuerte español de la ciudad. No vaciló y en un santiamén la cumplió.

Viajó nuevamente a Buenos Aires donde participó de varios acontecimientos cívico militares desde la disolución de la Junta Grande hasta la formación del Primer Triunvirato. Este será el organismo que lo asciende a Teniente Coronel por sus méritos y le otorgue el retiro que había solicitado para dedicarse a sus viñedos y a Rafaela.

San Martín y Cuyo no lo permitieron, y allí estaba, orgulloso en San Luis con su nuevo cargo, despidiendo a su familia.

- No llore y cuide a su madre – le dijo a Remigio que se abrazaba a sus piernas. No quería mirar a Rafaela a los ojos y ver la súplica y el reproche otra vez. ¡Ay, caray! ¡Qué mujer mañera! Se dijo Miguel sabiendo cómo iba a ser de dura la ausencia y la distancia.

Rafaela necesitaba que la cuiden, estaba con un embarazo muy avanzado y tenía que recorrer ciento treinta leguas en ese carronato que la hacía descomponer a cada rato.

El calor, los pozos y la borrachera de los dos cocheros no facilitaban las cosas. Prudentemente, en Río IV decidió descansar en casa de parientes de su madre.

Dos días sin traqueteo lograron acomodar su organismo a pesar de que el calor continuaba siendo insoportable. Pío y Remigio jugaban con los cocheros a un nuevo juego: la bodeguita. Cuando uno levantaba el látigo y decía vino, los niños corrían a la bodega de sus tíos y escondían entre sus ropas una botella.

El más rápido y silencioso ganaba un cargo honorífico que los temulentos cocheros solemnemente le endilgaban.

Al calor, los pozos y la borrachera de los cocheros, se le sumaron después las tormentas. Los rayos cortaban irregularmente el cielo y varias veces caían en la copa de algún árbol solitario. Los truenos asustaban a los niños que se abrazaban a Rafaela mientras los borrachos gritaban para azuzar a la yunta de yeguas en un trote regular.

- ¿Será otro varón doña? – preguntó en una parada el temulento despierto, indicando la panza de la señora.

- No hay dos sin tres – contestó casi con fatalidad.

Rafaela había tenido partos normales en Mendoza. Las dos veces la había atendido el doctor Salustiano Pagés.

- La Rafaela parió bien – comunicaba a Miguel después de cada nacimiento, con las manos ya limpias para felicitar al padre.

Tenía temor de que esta vez fuese distinto. No contaba con Salustiano y esos dolores que empezó a sentir en los últimos saltos la preocupaban. Faltaban dieciocho leguas para Buenos Aires y estaba asustada. Remigio percibió su inquietud y se abrazó a la

madre. Así siguieron el camino, “más despacio”, “por favor eviten los pozos”.

Pío había nacido después de un viaje en sentido inverso. A la semana de llegar a Mendoza, nació. El traqueteo no la había afectado. Esta vez era diferente. Si bien era el mismo coche y los mismos asientos, no sabía como acomodarse. Si se detenían corría el riesgo de parir en el camino porque los días pasaban y se acercaba su término. Si apuraba la marcha, los dolores eran insufribles.

- Sigamos, pero despacio – decía mientras subía las piernas, las bajaba, se sentaba para un lado, para el otro-, Remigio acá, Pío allí, por favor no griten.

Estaban cerca de Luján, tierra de la Virgen, cuando sintió las primeras contracciones. Gritó. Los cocheros, atentos, frenaron. “Sigamos” – dijo. Cinco minutos después, al atardecer de ese 30 de enero de 1815, gritó más fuerte y esta vez sí. Bajaron los cocheros tratando de calmarla, pero notaron que más de allí no podían seguir.

- Llevate a los chicos, huevón – indicó en correcto mendocino el más fornido de los borrachines al otro, mientras se remangaba las mangas de la sudorosa camisa. Se lavó las manos con el vino de la damajuana. La urgencia y el susto hicieron bajar drásticamente los niveles de etílico en sangre y le indicó a Rafaela cómo se debía acomodar.

.....

Miguel conoció a su hijo tres años más tarde. San Martín exigía todo el esfuerzo de los cuyanos. Cruzó los Andes con la columna de Las Heras y se jugó la vida en Chacabuco. De allí se quedó en Santiago de Chile en guarnición, mientras el Ejército Unido se batía en el sur.

En Maipú formó parte de la carga de caballería de Zapiola y vio emocionado el abrazo de O’Higgins y San Martín después de la batalla. Sin embargo la guerra no era para él. Decidió no continuar la campaña. La sola idea de embarcarse y navegar por el Pacífico hacia el Perú le mareaba. Pidió formalmente su relevo y dejó atrás

Chile, Mendoza y San Luis para abrazar a su familia en Buenos Aires.

- Espero que ninguno de mis hijos sea militar, Rafaela – le decía a su mujer mientras le relataba el increíble cruce de los Andes - Demasiado sacrificio, sobre todo para mí que sufro vértigo. Y menos mal que no me embarqué con Cochrane, porque no hubiese vuelto vivo. De Pacífico no tiene nada ese mar.

En octubre de 1819, la familia Villanueva, se trasladó a Mendoza no sólo por los negocios de Miguel sino por la salud de Remigio, que sufría de severos ahogos en Buenos Aires. Los días de humedad, tosía en forma permanente.

Mendoza los recibió con los brazos abiertos. Eran muchos los Villanueva y acostumbraban a compartir las fincas en permanente reuniones familiares donde los primos se criaban al sol, en juegos continuos. Remigio mejoró su asma mientras Pío y Benigno se habían convertido en inseparables.

Los juegos de los varones estaban siempre relacionados con la guerra. Mendoza recibía primera las noticias de Chile y del Perú. Por otro lado, era la cuna del ejército libertador, lo que la había dignificado. El mendocino era parte de esa hazaña de la que se sentía orgulloso. Mendoza “la guardiana” la llamaban.

- ¿No saben jugar a otra cosa? – les preguntaba Miguel a sus hijos con cara de preocupación y fastidio. Con el corazón hinchado de satisfacción.

A los diez años Benigno tuvo su primer caballo. Era un alazán malacara muy dócil y rápido. Llamaba la atención el pequeño jinete parado sobre el lomo al galope o haciendo volteos a derecha e izquierda con los pies en el suelo a toda carrera. Aprendió naturalmente a usar lazo y boleadoras. Los arrojaba a todo animal que se moviese, desde el galope tendido parado o sentado en el alazán. Estas habilidades no pasaron desapercibidas para la guardia mendocina. Lo invitaban a participar en cuanto torneo ecuestre se realizase. A Miguel no le gustaba la proximidad militar y organizaba otro tipo de competencias en las fincas familiares.

Uno de los hermanos de Miguel, Antonio, estaba casado con Mary Stuart, inglesa enamorada de Mendoza.

Benigno insistía en que le enseñase a hablar su idioma, algo inusitado en aquellos niños que bastante tenían que restarle a los juegos con la escuela lancasteriana que había introducido Rivadadavia en el país en la que aún se escuchaba “la letra con sangre dentro”. Mary notó asombrada que no era necesario enseñar, sólo hablar, hablar despacio. Y así aprendió Benigno el inglés. Algo así había ocurrido poco tiempo atrás con una familia india. Escuchaba y repetía, repetía y escuchaba. La fonética, los giros idiomáticos, todo lo aprendía Benigno con una facilidad asombrosa. Sin embargo, en la escuela, el monitor se quejaba porque no estudiaba y era rebelde.

- No se lo puede castigar, le muestro la vara y sale corriendo – le decía el monitor a Rafaela.

Entre Pío y Benigno se habían cambiado los roles, el hermano mayor seguía al menor en sus correrías imparables. A los diecisiete años Benigno tenía una estampa imponente. Medía más de un metro ochenta, anchas espaldas y, según las primas, hermosas facciones, que se le iluminaban cuando sonreía. Elástico y erguido no pasaba desapercibido para las niñas mendocinas.

- Acá no Benigno, nos van a ver – susurraba decorosa su prima Justa, mientras le levantaba la falda a plena luz del sol.

El batallón provincial lo atraía. Le encargaba a Pío que lo cubriese en su ausencia a la escuela y asistía a las clases de esgrima con sable y espada. Empezó con la tropa y pronto se destacó por sus movimientos veloces y los fuertes mandobles. También aprendió el uso de la lanza montado contra fardos de pasto. Cuando cumplió 18 años ganó el torneo completo que organizaba el batallón. Orgulloso, le mostró la medalla a su padre que a regañadientes lo felicitó.

A partir de allí Benigno blanqueó esa actividad furtiva en el cuartel y ya asistía regularmente al batallón. El lazo y las boleadoras no eran armas militares, sin embargo, era tal su habilidad que el jefe de la guardia dispuso que enseñase esas técnicas a su reducida caballería. Desde entonces los jinetes mendocinos sableaban, lanceaban, boleaban y enlazaban.

A Benigno no lo igualaban, lo hacía parado sobre el animal o montado al revés.

Lo que no faltaba después de los ejercicios era el vino. Pero el buen vino. Benigno escondía dos botellas del mejor tinto de su padre y lo compartían. Cada uno llevaba lo suyo y a medida que se vaciaban los tubos, las tonadas cuyanas sonaban más tristes.

Miguel no soportaba esa vida de su hijo menor. Remigio, enfermo, poco salía de la finca; Pío no tenía las habilidades de Benigno pero sentía real admiración por él y lo defendía ante su padre.

Al norte de la ciudad estaba ubicado el célebre prostíbulo de la madama Aurora. Benigno, siguiendo sin saber una tradición familiar era asiduo concurrente. Había un piano destartado en el rincón del salón y las putas se paseaban con vestidos vaporosos. Se cantaba, se jugaba al tute y se tomaba buen vino mendocino.

Aurora era un monumento a la confidencialidad. Había conocido a Miguel a quien quería entrañablemente. Benigno jamás lo supo a pesar de las solemnes y largas tenidas verbales con la madama.

Una noche de octubre un parroquiano puntano le faltó el respeto a Aurora. Benigno, borracho, lo encaró cuchillo en mano. La pelea se generalizó y terminaron varios heridos y lesionados entre los barrotes de un calabozo. Entre ellos Benigno y Pío Villanueva.

Cuando se presentó en la comisaría Miguel, logró que le entregaran a sus hijos. Los llevó en coche hasta la finca sin decir una palabra.

Al llegar vieron a Rafaela llorar en un rincón de la sala.

- Mañana, a las seis de la mañana se van a Santiago de Chile. Allí los espera el tío Gregorio en su casa para estudiar. Están inscriptos en la Universidad de San Felipe. – No se despidió, dio un portazo y se fue a su habitación.

Pío había iniciado el estudio de leyes dos años antes, pero Miguel lo necesitó en la finca porque Remigio no podía ayudarlo. Pío era aplicado y estudioso y no tomó mal la determinación de su padre. Santiago le atraía por la universidad y por la vida tranquila y organizada de su gente.

Joaquín Prieto gobernaba Chile como presidente, según la constitución de 1833. Pío estudiaba derecho cuando se promulgó la constitución con el apoyo de todos los sectores sociales. Dos años después volvía, ahora con su hermano y su interés se centraba en la evaluación de la aplicabilidad de una ley superior en una república similar a la Argentina.

- No seas huevón, hermano, en Santiago veremos la aplicabilidad de las chilenas entre las sábanas.

Gregorio Villanueva vivía bien en Santiago. Su casa estaba a orillas del Mapocho y cerca de San Felipe. Hacía cuatro años que vivía allí comerciando vinos mendocinos en Chile. Con su cuñado, José Pelliza, estaban tratando de embarcar botellas cuyanas en Valparaíso rumbo a las Filipinas.

Era una ilusión que sólo José podía haber pergeniado. El vino chileno era muy bueno y en el puerto, las cargas se multiplicaban destinadas a México y de allí a la costa oeste de Estados Unidos. La competencia era muy grande y el gobierno chileno favorecía sus propias exportaciones. Sin embargo admiraban a ese par de socios que cruzaban los Andes con sus botellas buscando sus puertos. José había viajado dos veces a Manila y había vendido bien lo poco que llevaba. El problema era cargar más.

Benigno conoció en casa de Gregorio a Joaquina Pelliza, hija de José. Había cumplido diecisiete años y ya era una espléndida mujer.

Detrás de sus ojos verdes se escondía la soledad. Había perdido a su madre siendo muy niña, en una tragedia que enlutó a Valparaíso cuando el barco en que navegaba, no muy lejos del puerto, fue tumbado por una sucesión creciente de olas formadas por el temible viento del oeste. Desde entonces la muchacha quedó a cargo de un padre con el corazón destrozado y de su tía Dominga.

Benigno había descubierto no tan sólo los ojos verdes, descubrió también sus sonrisas, sus tristezas, sus frescos perfumes y sobre todo, sus formas. Adivinaba los pechos erguidos debajo de las recatadas blusas... y esas piernas, que parecían nacer en la cintura. Pero esos ojos, que le permitían intuir el color del Pacífico, inundaban su alma.

Un torbellino sacudía con ardor a ese potrillo que no escuchaba los prudentes consejos de Pío.

Francisca, Gregorio, Joaquina y los hermanos Villanueva cenaban en el comedor todas las noches. Benigno se abstraía de las conversaciones, navegando en el mar verde que tenía frente a sí. Ella poco a poco retribuía esas miradas y la abstracción pasó a ser mutua mientras los demás hablaban de familias y de vinos a la luz de los candiles.

Cuando los tíos se levantaban de la mesa, todos se ponían de pie dándose las buenas noches, y allí partía Joaquina, detrás de su tía, rumbo a las habitaciones.

Esa noche Dominga se disculpó y se retiró antes del café que solía degustar después de cenar. La acompañó Gregorio.

Pío trató de sofrenar a su hermano que prácticamente se abalanzó sobre Joaquina cuando los tíos se retiraron del comedor. La muchacha se puso de pie, dudó, y se sentó nuevamente. Permitió que la tomen de la mano con enorme delicadeza.

- Cuidado Joaquina con el Benigno – le había dicho su tía Francisca y la alarma retumbó en su conciencia.

Se paró rápidamente y se despidió de los muchachos con una sonrisa. No podía dormir esa noche. Algo nuevo le sucedía y la humedecía y no dejaba de pensar en ese mozo alto que se la comía con la mirada de sus ojos negros. Cuidado Joaquina, repiqueteaba una voz en su intimidad. Cuidate con el Benigno, Joaquina.

- No podés avanzar así Benigno, estamos en casa de los tíos. Mañana nos van a echar – decía Pío.

- Huevón, es hermosa – contestó Benigno.

Desde muy temprano acechaba la cocina, la sala y el comedor. El cuarto de Joaquina estaba al lado y más allá el de los tíos. Esa zona la debía respetar.

- Buen día Joaquina – dijo como sin querer

- Buen día Benigno – iluminando la cara, la cocina y la galería, su sonrisa.

Ni “nos van a echar los tíos” ni “cuidate con el Benigno” pusieron freno a lo que se desató esa madrugada en el galpón del fondo, donde guardaban las botellas que Benigno descorchaba. Qué

hermosa la Joaquina, qué blanca era su piel. Ese era el horario del amor, el amanecer, cuando el sol iluminaba la cresta de los Andes. Gregorio estaba en Valparaíso, Francisca y Pío dormían. Los sirvientes aprovechando que el patrón no estaba empezaban sus tareas más tarde. Se reunían en la cocina a tomar mate.

Benigno y Joaquina no levantaban sospechas. Sólo Pío notaba que su hermano se dormía temprano y cuando él se despertaba, su compañero de cuarto ya se había ido.

- Salí a montar el zaino – comentó cuando entró en el cuarto acalorado. Otra cosa montaba Benigno todas las mañanas, en el galpón, frente al Mapocho.

Pío intentaba entusiasmar a su hermano con las Institutas de Justiniano, con el derecho constitucional, con la reelección de Joaquín Prieto. Pero no tenía otra cosa en la mente y en el corazón que la Joaquina... “Así, así, despacio, como te quiero Benigno.”

- Hace tiempo que no vamos al burdel ¿qué pasa hermano?

- Estoy repasando las Institutas, Pío, el rector me permite rendir examen en diciembre.

Pío pensó que Benigno extrañaba Mendoza y así se lo hizo saber a su madre en una extensa carta en la que relataba la brillante actividad académica del menor de los Villanueva.

Joaquina amaba a su tía y madrina Francisca Pelliza. Por eso se animó a hablar con ella esa mañana.

- Tía Francisca, no me viene. Hace ya dos meses – en un baño de lágrimas lo dijo, mientras los dos hermanos estaban en San Felipe.

- ¡Ay Benigno, huevón de mierda! Te lo dije, te lo dije.

- No fue el Benigno tía.

- ¿Quién fue? ¿El Espíritu Santo? – mientras se persignaba Francisca.

- No fue Benigno.

- ¿Lo jurás por tu familia?

- Sí tía.

Francisca ordenó un coche y en dos cofres guardó la ropa de Joaquina. Una hora después estaban viajando a Valparaíso. El

padre de la muchacha amenguaba su soledad con los vinos chilenos.

¿Qué puede hacer José? Esto lo tengo que arreglar yo – pensaba Francisca.

- Decime quién fue Joaquina.

- No fue Benigno, tía – seguía la misma cantinela todo el viaje.

Queridos sobrinos:

Mi hermano José enfermó. Viajamos a Valparaíso. No nos sigan. Cuiden la casa. Dios los bendiga.

Francisca

La escueta nota la dejó sobre la mesa del comedor y cuando Benigno la leyó, le pareció una rareza de su tía, pero algo no estaba del todo bien... ¿por qué no nos esperaron?...

- Si nos esperaban, tenían que viajar de noche Benigno. No ocurre nada raro, no te pongas así hermano.

- Puede ser - murmuraba

Una semana después llegaron noticias a la casa de Santiago y Gregorio se las transmitió a sus sobrinos.

- La tía Francisca con José, Bautista y Joaquina se embarcaron anteayer rumbo a Manila. Yo voy a cerrar la casa y llevarme los sirvientes a Valparaíso. El negocio con las Filipinas tiene futuro, nos asociamos con una firma chilena y exportaremos juntos. Voy a necesitar de ustedes para preparar las cargas en Mendoza a partir del año próximo. De todos modos, ya arreglé con Fray Lorenzo para que les den pensión hasta fin de año en San Felipe.

A Benigno se le cayó el mundo. No se animaba a preguntarle a Gregorio por Joaquina, le tenía un reverencial respeto a ese tío que era un patriarca en su familia. Su sola presencia intimidaba al más pintado, decía Pío, describiendo a su padrino que tenía fama bien ganada de taita con pocas pulgas.

A mediados de diciembre regresaron a Mendoza. Pío con su tercer año en leyes, Benigno soñando con Manila.

En enero de 1836 cumplía Benigno 21 años y nada lo conformaba. Ni estudios ni trabajar en la finca de su padre.

- Quiero ingresar en el Batallón, tata – se animó a decir teniendo atrás a Pío.

- Mire hijo, - iniciaba así Miguel sus peroratas – San Martín nos enseñó en esta provincia, que la espada se desenvaina contra los extranjeros y nunca contra hermanos. Y eso es lo que está sucediendo hoy en toda la Confederación. Se matan entre argentinos, no aprendimos del ejemplo de don José. Si usted toma las armas ¿contra quién va a pelear? ¿Contra Pío que es unitario? ¿Contra los Villanueva del norte que son federales? No hijo. Yo regresé con San Martín que se negó a pelear entre hermanos. Las guerras de hoy son terribles, hay que degollar al otro, al pariente, al amigo. Contra los godos había reglas de honor, entre hermanos es sólo venganza. Usted no puede despreciar la lección de San Martín, su padre la aprendió y tiene la obligación de transmitirla a sus hijos. Ahora bien, Benigno: no se va a alistar en el Batallón, tampoco quiere estudiar como Pío y tampoco quiere trabajar en la finca ¿qué carajo va a hacer usted con su vida?

- Voy a Buenos Aires a trabajar en el almacén de los abuelos.

- Yo iría también, para terminar leyes, claro – agregó con timidez Pío.

- No está mal, no está mal – aprobó Miguel.

Benigno sabía que de Buenos Aires zarpaba un barco rumbo a Estados Unidos que hacía puerto en Panamá. De allí podía cruzar el angosto país para volver a embarcarse en el Pacífico en la carrera a Filipinas. Los mares del sur son para unos pocos. Panamá es más seguro, le había explicado un viejo marino que añoraba el mar desde Mendoza.

En esos días, el gobernador Pedro Molina había recibido una severa amonestación de Juan Manuel de Rosas a raíz de una nota del mendocino: “Observo que ni por descuido se le ha escapado verter la voz Federación, o cosa que se le parezca, y esto de ninguna manera puede conciliarse con los intereses y exigencias de la República ni con los peligros que la rodean”.

Molina, más que amedrentado, impuso en la provincia la divisa punzó y mandó fusilar al célebre coronel unitario Lorenzo Barcala.

Rosas lo felicitó “como digno de imitación por todos los gobiernos de provincia, en bien de la tranquilidad pública”.

- Lleven cintas y déjense el bigote – les ordenó Miguel a sus hijos antes de partir.

El bigote formaba parte de la identidad federal, la barba la usaban los unitarios y guay del que anduviese por Buenos Aires sin alguno de estos atributos.

El 30 de marzo llegaron los dos hermanos a la Gran Aldea. El cabildo, las calles y las iglesias estaban engalanadas con los colores federales. Los retratos de Rosas estaban por todos lados.

- Hoy es el cumpleaños del ilustre restaurador de las leyes – escucharon mientras buscaban la calle Santa Lucía, al fondo, donde tenían el almacén los abuelos Losada.

Pío se desilusionó rápidamente de Buenos Aires. Prácticamente, la universidad no funcionaba por la falta de presupuesto y los que querían estudiar debían pagar a los profesores. Por otro lado, había conocido en Chile los frutos de una república incipiente, gobernada por una constitución nacional, mientras que en esta enorme ciudad del Plata no existía carta magna alguna.

- No va a existir por unos cuantos años – le explicaba el doctor Agüero mientras leía la publicación del restaurador que postergaba la constitución que mucho reclamaban “mientras cada Estado no se arregle interiormente bajo un orden estable y permanente y pruebe prácticas positivas de su aptitud para formar federación con los demás”.

A Pío lo invitaron a la librería de Marcos Sastre donde conoció a Esteban Echeverría y escuchó de sus propios labios los principios del romanticismo. Decidió afeitarse el bigote pero no se animó a sacarse la cinta o dejarse la barba. Caminar por Buenos Aires sin la cinta o el chaleco punzó era sumamente riesgoso, en cualquier esquina lo esperaba una feroz paliza. Y Pío no estaba para eso.

Benigno, en cambio, disfrutaba la gran ciudad. El puerto estaba cerca de la casa de los Losada y allí solía preguntar por los barcos de pasajeros a Estados Unidos y las combinaciones en Panamá. Durante las tardes ayudaba a su abuelo Sixto en la venta de vinos de su provincia. En realidad el almacén de ramos generales se había

transformado en una vinería de las bodegas Villanueva. La proximidad del puerto y el clima festivo de Buenos Aires habían activado las ventas. Por las noches salía Benigno a recorrer bares y burdeles para regresar al amanecer. Se había hecho de varios amigos, entre ellos Saturnino Correa Morales, hijo del jefe de policía de la ciudad.

A veces los acompañaba Pío, sobre todo las noches que no había reunión en la librería de Defensa entre Potosí y San Francisco o en la casa de Miguel Cané o en la de Santiago Viola.

A la vuelta de La Merced se encontraba el Café de los Catalanes. El primer salón que trajo billares en Buenos Aires. Era el lugar preferido de Benigno y sus amigos.

- ¿Quién es este mendocino huevón? – le preguntó en voz alta a Saturnino, un tal Jorge Sanabria con la voz un poco pesada por el aguardiente que estaba tomando.

- Más huevón es tu padre, porteño de mierda – contestó rápido Benigno al provocador mientras rompía el taco en el cuerpo de Sanabria.

Los demás se abrieron y quedaron frente a frente los dos exaltados. Ambos eran amigos de Correa Morales.

Cuando el taco de Jorge Sanabria se partió también en el lomo de Benigno, el catalán dueño del café pedía a gritos: “continuad afuera señores”. Así fue, salieron sosteniéndose entre todos y todos con sus copas. Benigno y Sanabria, con los restos de los tacos en las manos, no dejaban de insultarse.

-A la Iglesia de la Merced– dijo alguno mientras se improvisaban los padrinos en la puerta del viejo Bar de los Catalanes.

Caminaron. Imposible dominarlos. Los improvisados padrinos intentaron entregarles un sable a cada uno.

- ¡A espada! – gritaban a dúo los duelistas.

No tardaron mucho tiempo en conseguirlas. Sin embargo, ni el fresco de la noche, ni la espera, consiguieron frenar los ánimos. Según Sanabria, Benigno se burló de él mientras fumaba un habano de gran tamaño. El mendocino le habría faltado el respeto relacionando el largo del cigarro, su color y su ubicación en la

cavidad bucal con otra cavidad en otro lugar de su particular anatomía. Además, a Jorge Sanabria le escaseaba el pelo y su cabeza podía relacionarse también con el marco de la cavidad advertida por Benigno, alumbrado por el vino y el juego de esa noche.

Si era a espada era a muerte. Con el sable lo grave era el filo, el mandoble, los brazos o la espalda. La espada venía de punta. El lance era al corazón. La extensión de las piernas y de los brazos tenía importancia. También el juego de la muñeca y la firmeza de la empuñadura.

Habían saltado el muro. Eran cuatro. Los duelistas y los padrinos, Saturnino de Benigno, Rivera de Sanabria. Del otro lado, en la vereda junto al paredón, en silencio y expectantes estaban los demás.

Los que trajeron las espadas, trajeron también una camisa de seda para Benigno. El otro tenía. Los padrinos indicaron que las hebillas de los cintos estuvieran atrás, en la espalda. Que el guante que no empuñaba se lo tenían que quitar. Los pechos de los duelistas palpitaban bajo las camisas de seda que se usaban para no oponer resistencia a la mortal punta.

El primer estoque lo ligó Benigno en el hombro izquierdo, pero no era a primera sangre, habían resuelto matarse.

Una imagen de La Merced alumbrada por un pequeño farol era la referencia visual.

Los dos padrinos observaron la herida e intentaron suspender el lance. El honor se había lavado con esas gotas de sangre.

- Huevón de mierda – continuaba Benigno enfurecido.

- Te voy a matar, borracho – contestaba Sanabria.

Se sacaron de encima a Saturnino y a Rivera mientras del otro lado del muro se escuchaban los insultos.

Pocos minutos bastaron para que Benigno levantara su pierna derecha y la dirigiera hacia adelante, en un movimiento veloz y armónico, con el brazo diestro que empuñaba la espada como su propia prolongación. La punta perforó la camisa de Sanabria y siguió. Siguió entre un chorro de sangre que escapaba de su pecho y salpicaba a la imagen inmutable de La Merced.

Cuando la policía llegó, Jorge Sanabria estaba muerto.

- Yo fui – alcanzó a decir Benigno tomándose el brazo izquierdo herido. “Yo fui. Sólo por un habano” – repetía.

- Vea don Sixto – le decía el Jefe Correa Morales al abuelo de Benigno – la sacó barata, tendría que estar preso pero mi hijo, testigo del duelo, lo defendió. Mañana vaya a despedirlo porque lo incorporamos a la milicia.

Benigno estaba de parabienes en el regimiento de caballería. Era lo que él quería desde Mendoza. El castigo era un premio para el menor de los Villanueva.

En los cuarteles de Retiro se destacaba como jinete, haciendo todas las piruetas que había conocido en Mendoza, a las que le agregaba el lazo y las boleadoras, que pasaron a ser, con él, temas obligados de la táctica de combate.

Saturnino ingresó también en el regimiento pero en calidad de voluntario, asegurándose una plaza de subteniente al terminar la instrucción.

A los tres meses de ingresar, ambos eran oficiales. Poco tiempo después, Rosas nombró a Juan Correa Morales embajador en Montevideo. Lo que necesitaba el Restaurador era información sobre los movimientos de los exiliados argentinos.

En la Banda Oriental se había creado la Logia de los Caballeros Liberales cuyo jefe, Rivadavia, residía en Colonia, como Lavalle o Alvarez Thomas. En Montevideo se encontraban Gallardo, Agüero, Juan Cruz, Rufino y Florencio Varela, Alsina e Iriarte. En Carmelo los generales Espinosa y Olazábal y en Paysandú Chilavert y Lamadrid.

Juan se presentó en el regimiento con una orden firmada por el general Angel Pacheco para que los dos subtenientes continuasen sus servicios “agregados al señor embajador en la República Oriental del Uruguay, don Juan Correa Morales”.

Poco tiempo estuvo Benigno en el Uruguay. Le tocó cumplir una misión confidencial que Rosas le había encargado al nuevo embajador.

Lamadrid vivía en Paysandú donde trabajaba como panadero para poder mantener a su abundante prole. Juan Manuel de Rosas

era padrino de uno de sus hijos a quien requirió para llevarlo a estudiar a Buenos Aires. Por otro lado, el “tirano sanguinario” le ofrecía al general unitario una asignación mensual de su fortuna personal con “la condición de callarse la boca para no comprometerlo con los compañeros federales”.

Gregorio Aráoz de Lamadrid había sido ayudante de San Martín y se había compadecido por el fusilamiento de Dorrego a quien le entregó su propio uniforme para morir. Derrotado por Facundo y por el mismo Rosas, estaba en el exilio. Sin embargo el afecto era más fuerte que las divisiones políticas y allí estaba Benigno, portavoz del gobernador porteño, abrazando a ese general veterano de las guerras de la independencia, que se había emocionado hasta las lágrimas ante el gesto del Restaurador. Le pidió a Benigno que transmita el agradecimiento y la promesa de no participar en conspiración alguna, quedándose en Paysandú. Cumplió su promesa, excepto la última parte, ya que, ante el bloqueo francés, al año siguiente, marchó a Buenos Aires a ponerse a las órdenes de Rosas.

El estrecho control que Correa Morales ejercía sobre su hijo y Benigno hacía que los dos amigos se cuidasen en sus salidas nocturnas. Además del riesgo del papelón ante el embajador / padre, existía el no menos probable de atentados de fanáticos unitarios contra la familia del ex jefe de policía de Buenos Aires a quien se lo identificaba con la Mazorca.

En febrero de 1837, Benigno revistaba nuevamente como subteniente en el primer regimiento de caballería, con las prerrogativas de franco como cualquier voluntario. Visitaba a sus abuelos en la calle Santa Lucía 64 donde esporádicamente se encontraba con Pío que, sin usar la barba unitaria afectaba cierta actitud distintiva. Usaba levita bien ceñida al cuerpo, amplio pantalón escocés, corbata negra con muchas vueltas, capa y un alto sombrero de copa.

A Benigno le resultaba ridículo el atuendo, pero se cuidó de no hacer ningún comentario jocoso a su hermano. Comprendió la moda al acompañar a Pío al recién creado Salón Literario y conocer allí a Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez. Esteban usaba

monóculo y era el impulsor de esa indumentaria copiada de los románticos franceses.

Pío recitaba tristísimas odas de Gutiérrez como “Al desamor” o “A los comentarios” o “A una rosa” que le servían a Benigno como arroró infalible para el buen dormir. Otras veces le citaba a Bentham para afirmar que lo bueno era lo útil.

- Claro, si es útil es bueno – concluía Benigno.

- Lo más útil para una República son las constituciones. Curan los males de la sociedad aquejados porque el hombre es un ser de sensaciones, y hacen a la felicidad de los pueblos – filosofaba Pío entremezclando a Bentham con Condillac y Benjamin Constant, cuyos libros había encargado en la librería de Sastre.

- Cuidado Pío, que esas ideas pueden ser peligrosas hoy en día.

- Ese es el error. Nuestro romanticismo consiste en valorar lo propio, la exaltación del pasado y de la propia nacionalidad. El autor de moda en Francia es Lerminier, que defiende racionalmente lo propio así sea bárbaro, lo tradicional, lo criollo. Los mazorqueros son tan románticos como los jóvenes del quartier latin.

- ¿Y Rosas? – preguntaba desconcertado Benigno.

- Vendría a ser algo así como un discípulo de Lerminier.

- ...

Dos veces acompañó Benigno a su hermano a las sesiones del Salón en la calle del Cabildo entre Chacabuco y Piedras.

Allí escuchó a Alberdi decir que nuestra patria tiene veintisiete años de historia. Lo anterior a Mayo debe pasar al total olvido. Todavía perduraba el españolismo caduco y era hora de abrirse a la cultura de Francia. Nuestra Revolución siguió el ejemplo de la francesa y nuestro deber era romper para siempre con la inculta España. Debíamos divorciarnos completamente de las tradiciones peninsulares y esa era la oportunidad que nos regalaba la providencia al estar gobernados por un “hombre grande”. No ser románticos significa no ser patriotas y no apoyar al Restaurador quiere decir que no se entiende “el poder de las masas” ya que, “considerando filosóficamente, descansa en la buena fe y en el corazón del pueblo”.

Cuando terminó su discurso fue vivamente aplaudido lo que también hizo Benigno, desde el fondo del Salón por cortesía. Al lado de él, un hombre con las manos muy sucias de diversos colores no aplaudió.

Empezaba la sesión de poesía con “los lamentos de una tórtola viuda” y, ni Benigno ni su casual compañero, sabían de qué modo sentarse. Pío era puro entusiasmo romántico poético.

- “Extranjero sin patria ni hogar
vine al mundo tan sólo a llorar”

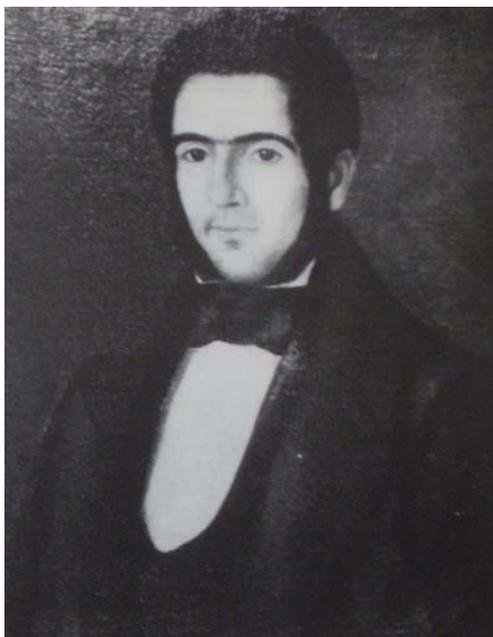
- ...

- Qué huevón – dijo Benigno en voz baja al de las manos pintadas – me voy Pío, te espero en la pulpería de Defensa y Potosí.

- ¿Lo puedo acompañar?

- Cómo no. Soy Benigno Villanueva, mucho gusto.

- Carlos Morel, el gusto es mío.



Carlos Morel – Óleo de García del Molino²

² https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_Morel

Usaba barba a la unitaria pero sus retratos de Rosas y notables de la Federación le daban el crédito necesario para poder usarla sin inconvenientes.



Payada en una pulpería – Carlos Morel (1813-1894)³

³ https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_Morel

- No los entiendo – decía Morel – yo cuando pinto vuelco mi sensibilidad en las telas. Pinto paisajes o costumbres nuestras o hago retratos de argentinos, pero no los declamo como estos boludos,... discúlpeme Benigno.

- Son una sarta de huevones. Lo lamento por mi hermano. Descubrieron a Rosas en los libros que traen de París, pero pronto se van a arrepentir. Tomemos vino, Carlos.

Cuando pasó Pío por la pulpería se encontró con su hermano y su nuevo amigo que se habían tomado cuatro botellas de vino y declamaban que ellos no verseaban o filofaban sobre las tórtolas. Se las montaban y eran más románticos.

Morel pintó esa pulpería federal, con payadores, soldados con chiripá, gorros de manga y enormes divisas rojas en los sombreros galerudos. En el óleo hay dos gauchos descubiertos, son Benigno y el propio autor.

Carlos tenía un reverencial respeto por doña Encarnación, la Heroína de la Federación”, esposa de Rosas. La había retratado varias veces, pero no había logrado captar el rasgo “infinitamente humano” que él notaba en su presencia. Intentó varias veces dulcificar su gesto adusto, a veces con una sonrisa insípida, otras cooreando más de lo debido las mejillas o levantando levemente el entrecejo. Pero no. No podía extraer el alma de la señora para plasmarla en la tela. Benigno lo consolaba alabando la obra que, por otro lado realmente era hermosa.

Pero no para Morel que se la llevaba a Quilmes para retocar.

- Doña Encarnación ¿no podría sacarse el peinetón?

- De ninguna manera Morel, ni el peinetón ni el mantón – se imponía Encarnación.

Carlos no comprendía cómo, su nuevo amigo era militar. Cómo podía levantarse al amanecer y vivir la vida dura del soldado.

- Está en mi naturaleza, Carlos. Es el orden que le falta a mi personalidad. Son los caballos, los ejercicios, los amigos, la aventura. Además soy mendocino; en mi provincia San Martín creó el Ejército de los Andes...

Mendoza la guardiana – tarareó Benigno en un súbito ataque de nostalgia, detectado inmediatamente por Morel que consideró

apropiado invitarlo a descansar el fin de semana en las barrancas de Quilmes donde le presentó a Madame Inés, émula de su antigua conocida Aurora.

Lo de Inés era una pulpería con dos salones y varias habitaciones en la planta alta. A Morel y su invitado los recibían en el salón más importante, arriba, con balcón hacia el este mirando al río. Cuando soplabla el sudeste se cerraba la pulpería y las tertulias continuaban en los altos. Varios palenques retenían los caballos de los parroquianos. Servían vino patero de uva chinche o ginebra. Benigno se comprometió a llevarles vino mendocino de don Sixto.

Las pupilas no eran tórtolas pero sí tenían cierto romanticismo y buena disposición para escuchar lo que los clientes querían contarles.

María Morel de Dupuy vivía frente a la iglesia de Quilmes. Allí le gustaba descansar a Carlos y hablar de pintura con su hermana.

- ¿Ha conocido el río, señor Villanueva?

- Sí..., tienen una hermosa playa, señora.

- Estuvimos toda la tarde cabalgando por la costa, María – terció Carlos sin mentir pero no pudiendo contener la risa de Benigno ni la suya.

- ¿Pasteles? – invitó María discretamente.

A fines de septiembre Benigno recibió el consabido reproche de su madre desde Mendoza porque no le escribía. Le comentaba la salud de Remigio a quien probablemente lo llevasen a Córdoba del Tucumán en el verano para ser atendido por un médico prestigioso. Le relataba la bonanza económica de la familia gracias a ley de aduanas que gravaba lo suficiente a los vinos importados permitiendo así la colocación en una escala cada vez mayor de los tintos y blancos familiares.

Agregaba que ante este crecimiento del negocio, Gregorio y su familia volvían a vivir a Mendoza. De todos modos los negocios en Santiago y Valparaíso los seguirían manteniendo a través de la ahijada de Francisca – “te acuerdas de ella Benigno, Joaquina. No sé si la conoces. Es muy joven, se ha casado y ya tiene un hijo”.

- Qué hermosa la Joaquina... y qué rápida – pensó Benigno alterado profundamente por la noticia.

Ahora sí escribió Benigno. Escribió a borbotones. Tiraba lo que escribía porque no hubiese pasado desapercibido para su madre que recordaba a la Joaquina. Recién se serenó al día siguiente y se dispuso a escribir acerca de las bondades de la ley de aduanas para su abuelo Sixto porque prácticamente no tenía competencia con los productos que vendía, sobre todo los vinos que le llegaban de Mendoza.

“Me preguntas acerca de la ahijada de Francisca. Creo recordarla. Me interesaría tener más noticias de esa rama de la familia. En Buenos Aires extraño y me resulta agradable recordar personas de las que tengo un vago recuerdo, como de Joaquina ¿así se llama no? ...”

Capítulo II

Federal

La sucesión de la dinastía francesa, después de la muerte de Carlos X en los años treinta, no era sencilla. Luis Felipe de Orleans se aprestaba a ajustarse la corona porque el rey no tenía descendencia ya que, el duque de Berry, su hijo, había sido asesinado en 1820. Sin embargo, su viuda, siete meses después, dio a luz al hijo del milagro (l'enfant du miracle), el duque de Burdeos.

Luis Felipe no creía en milagros y si no heredaba la corona, la conquistaría por otros medios. Así lo hizo, apoyado por los liberales franceses. Para el resto de Europa era el rey "intruso", excepto para Inglaterra, cuyo soberano Guillermo IV no hacía un culto de la legitimidad. Así surgió la "entente cordiale" anglofrancesa que tuvo su vigencia con altibajos entre 1830 y 1848, para continuar después de 1852 con otro Luis que llevaba por segundo nombre no Felipe sino Napoleón.

A sabiendas de no contar con otros aliados para aventuras estratégicas importantes, el discriminado monarca optó por pretensiones menores, apoyándose en Argelia y Tahití para reivindicar los alicaídos laureles de Francia después de Bonaparte.

El impulso patriótico que intentaba imponer Luis Felipe a los franceses no se compadecía con la ambición de la burguesía, que si bien declamaba a su vates, cantaba emocionada La Marsellesa y concurría entusiastamente a su paradas militares. No estaba dispuesta a dejar la tranquilidad de los negocios fundados en la renovada explotación de los obreros cuyas barricadas se encargaban de masacrar prolijamente.

Esa dicotomía entre la palabra patriótica emotiva, violenta o altiromance, con la ausencia de hechos que fuesen la resultante de tanta exaltación tenía un nombre que fue tomado de un viejo sargento de Napoleón que vivía aún en 1830: Chauvin. El chauvinismo era eso, culto violento y pintoresco de los burgueses en tiempos de Luis Felipe, que adoraban al ejército sin incorporar a

sus hijos, o soñaban con conquistas donde no intervendrían ni arriesgarían nada.

El presidente Jackson, de Estados Unidos, les había hecho pagar a los franceses una vieja deuda de 25 millones de francos de la época de Napoleón. Norteamérica tenía en aquel 1834 una flota respetable y Luis Felipe no se atrevió a enfrentarla.

Para levantar su imagen y lavar de algún modo la humillación que le había impuesto el irascible Jackson, el rey francés apoyó con grandes muestras de júbilo el tratado de “amistad, alianza y progreso” que en ese mismo año firmó el encargado de negocios francés en Bolivia, Enrique Bouchet de Nortigny.

El General Andrés de Santa Cruz era desde 1829 el presidente de Bolivia. En mayo de 1837, ya Mariscal, creó la Confederación Peruano – Boliviana a partir del pacto de Tacna.

La entente cordiale apoyó el pacto que, mediante la designación de Francia como nación más favorecida, se abrían por fin los mercados peruanos y bolivianos a las mercaderías inglesas. Se descartaban así los puertos peruanos para el comercio chileno y el Altiplano para los productos argentinos.

Luis Felipe nombró a Santa Cruz Gran Oficial de la Legión de Honor mientras Diego Portales en Chile y Rosas en Buenos Aires protegían la industria y el comercio incipientes.

A las medidas comerciales que perjudicaban a las dos naciones andinas, siguieron, especialmente con Chile, una serie de episodios conflictivos que culminaron en noviembre de 1836 con la formal declaración de guerra. Argentina la declaró el 19 de mayo de 1837 cerrando la frontera con Bolivia. La mayor preocupación de Rosas era el respaldo que Santa Cruz daba a los unitarios a pesar de los continuos desmentidos y aclaraciones amistosas del Protector del Altiplano al Restaurador del Plata.

Los bolivianos invadieron territorio argentino en el mes de agosto por la La Quiaca. Algunas tropas al mando de jefes unitarios como el coronel Sevilla se pasaron al bando de Santa Cruz. El general boliviano Braun inducía en Salta y Tucumán revoluciones unitarias mientras se anexaba los departamentos jujeños de La Puna, Santa Bárbara e Iruya.

Por el Pacífico había estallado un motín en Quillota donde mataron al ministro chileno Diego Portales. En su lugar nombraron al almirante Blanco Encalada, héroe de la independencia de Chile. Cercado por Santa Cruz en Arequipa, no quiso combatir y no sólo se rindió, sino que firmó un tratado de paz dando la guerra por perdida.

El encargado de negocios chileno en la Argentina le informó a Rosas que su gobierno no iba a ratificar la paz y hacía cargos a la escasa operatividad argentina en la guerra.

En enero de 1938, Rosas decidió apoyar al ejército tucumano de Alejandro Heredia mandando dinero, armamento y refuerzos, entre otros, un escuadrón del primer regimiento de caballería a órdenes del capitán Lamarca que tenía como segundo al ayudante Benigno Villanueva.

El escuadrón fue agregado a la columna del general Gregorio Paz que avanzaba, a fines de mayo, hacia Tarija por Orán y Yacuiba. La otra columna, del coronel Virtó, lo hacía por la quebrada.

Una noche, en Orán, un grupo de oficiales del argentino Manuel Sevilla, se acercó para conferenciar con Lamarca. Querían que le transmitiesen a su jefe que los bolivianos estaban dispuestos a firmar la paz si desconocían a Rosas.

- Traidores, huevones – gritó Benigno que se había acercado a escuchar la propuesta. Lo respaldó Lamarca, Paz y luego el mismo general Alejandro Heredia.

Las dos columnas argentinas siguieron avanzando. Era una hábil maniobra del jefe peruano boliviano Braun que, además de tratar de seducirlos políticamente, los llevaba a un terreno propicio para el contraataque. Así fue, el 11 de junio derrotó en Iruya a la columna de Vitro y el 24 a la de Paz en Cayambuyo.

- Nos traicionaron los tucumanos Marco Avellaneda y Zabalía – les decía a sus oficiales Gregorio Paz, refiriéndose al estado mayor unitario de tucumano Alejandro Heredia.

Las dos columnas argentinas derrotadas eran insignificantes frente a las fuerzas de Braun.

- Marco Avellaneda dejó en Tucumán el armamento que mandó Rosas y nos dieron los peores caballos – seguía Paz para justificar su humillación.

- ¿Cómo se entiende que argentinos estén del lado enemigo? – preguntó tímidamente Benigno que no comprendía la relación que esa guerra tenía con la ley de aduanas que favorecía a su padre y a su abuelo Sixto.

- Son los unitarios traidores, Villanueva. En Buenos Aires están apoyando a los franceses – contestó Gregorio Paz para desconcierto del ayudante de caballería.

Así era. En nombre de Francia, el almirante Leblanc el 28 de marzo había iniciado el bloqueo a Buenos Aires. La excusa era que Rosas no había respondido reclamaciones francesas acerca de cuatro ciudadanos de esa nacionalidad que, por delitos comunes o por opiómano o por incorporarlo a la seguridad en Luján, afectaban derechos inexistentes.

Se abría un doble frente internacional para Rosas que favorecía a Santa Cruz. Por otro lado intentaban derrocar al porteño que había perjudicado el libre comercio de la entente cordiale.

Según Pío Villanueva si la patria de los argentinos nació en mayo, y Mayo era la libertad, igualdad y fraternidad, no había diferencia con la patria de Luis Felipe. Otra cosa hubiera sido si los buques bloqueadores enarbolaban la bandera con la flor de lis. Pero la tricolor era una bandera argentina, porque representaba la libertad, la igualdad y la fraternidad, en el mismo grado que la azul y blanca, y leyó: “la libertad no puede ser enemiga de la libertad, la igualdad no puede ser enemiga de la igualdad; la bandera de Austerlitz no es enemiga de la bandera de Maipo; la bandera de Maipo no tiene más enemigo que el tirano”.

- Ahora entiendo por qué Benigno te dice huevón, Pío. ¿No entendés que lo que quieren los franceses es que yo venda su vino y no el de tu padre? – contestaba Sixto a un inseguro Pío que tenía serios problemas de conciencia para apoyar a los franceses mientras su hermano estaba peleando en Bolivia y además sabía que Lamadrid y Soler volvieron del exilio uruguayo para defender la Confederación contra Francia.

Había leído también unos versos de Juan Cruz Varela escritos en Montevideo para el 25 de mayo:

*“Y ahora extraña flota lo doma, lo oprime,
tricolor bandera flamea sublime
y la azul y blanca vencida cayó”*

Lo que terminó por desengañarlo del Salón Literario y de sus compañeros ahora afrancesados, fue la lectura de la carta de San Martín a Juan Manuel de Rosas del 5 de agosto de 1838 y que dos meses después publicó “La Gazeta”. Luego de relatar su mala relación con Rivadavia y las razones que lo obligaron a expatriarse en 1824, decía: “He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país. Ignoro los resultados de esta medida. Si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano, pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, que si usted me cree de alguna utilidad que espere sus órdenes. Tres días después de haberlos recibido me pondré en marcha para servir a mi patria honradamente en cualquier clase que se me destine. Concluida la guerra me retiraré a un rincón; esto es, si mi patria me ofrece seguridad y orden. De lo contrario regresaré a Europa con el sentimiento de no dejar mis viejos huesos en la patria que me vio nacer”.

Después de la derrota de Cuyambuyo, las débiles columnas argentinas se replegaron a Tucumán. El escuadrón de Lamarca y Benigno permaneció en la ciudad por orden expresa de Buenos Aires. Esperaban refuerzos para que se arme nuevamente el ejército de Heredia.

Lamarca y su segundo habían entablado una cordial relación, sobre todo profesional. El capitán había detectado las cualidades de Benigno como jinete fuera de lo común. Además, desde las primeras escaramuzas con los bolivianos hizo gala de valentía en varias oportunidades. En Tucumán se destacaba por características distintas. De noche no dormía en el campamento, sin embargo al

amanecer llegaba Benigno montando su yegua tordilla, desmontaba como un autómatas y revistaba el escuadrón antes de presentarlo al capitán.

Lamarca sabía lo que entretenía a Benigno. Le había presentado su prima Angélica Zabalía en una reunión que ofreció su padre, el influyente Salustiano Zabalía.

Esa noche no cesaban las críticas a Rosas y a su secuaz tucumano Heredia. Benigno no entendía esas críticas porque los que allí estaban eran todos funcionarios del gobernador federal.

- Esta boca es sólo mía – pensaba Benigno mientras no le sacaba los ojos de encima a la prima Angélica de Lamarca.

Después de las reuniones familiares a las que el mendocino se había hecho habitué, se sentaba con Angélica en la galería del mirador que daba al oeste para compartir la caída del sol entre los distintos verdes del jardín y los montes más bajos que despedían las últimas luces. Ella era algo mayor que él y Benigno no sentía el control familiar sobre ellos. Por eso, cuando el sol se iba y los sirvientes trataban de prender las lámparas de aceite les decían: “No prendas, estamos mejor así”. En la oscuridad resplandecía la piel blanca de Angélica y Benigno no titubeaba en que resplandezca totalmente.

Esa luminosidad angelical lo guiaba por todos los senderos del placer y los suspiros y agitaciones de ella se confundían con los cantos de los grillos y el murmullo del arroyo que saltaba cerca de ellos.

Después hablaban, y a Benigno le interesaba enterarse de los entretelones políticos.

El domingo 11 de noviembre, habían asistido a misa juntos en la catedral tucumana. Al llegar noviembre se acostumbraban las misas vespertinas porque el calor en la ciudad ya resultaba insoportable. Regresaron en coche a lo de Zabalía y Benigno pudo observar que por la puerta de las cocheras salía el capitán Gabino Robles. Hombre de baja estatura y de mirada ladina. Era uno de los oficiales que querían parlamentar con el traidor Sevilla en Bolivia.

La cena de esa noche fue muy particular. Algo había en el ambiente que desconcertaba a Benigno.

Marco Avellaneda estaba sentado al lado de Salustiano que ocupaba, como siempre, la cabecera. Otros personajes se ubicaron en ese extremo de la mesa, mientras que del otro estaban las mujeres, precedidas por Dolores Terán Lamarca, la esposa de Zabalía. En el medio, Benigno frente a Angélica. Se comió frugal y rápidamente. Nadie habló en la cena. Los hombres se levantaron y se reunieron a fumar en el escritorio del dueño de casa. Para mayor intimidad cerraron la puerta casi en las narices de Benigno que se alegró porque necesitaba que le alumbren la galería del mirador.

- Quieren matar a Heredia – dijo con naturalidad Angélica.

- ¿Cómo lo sabes?

- Ayer escuché parte de una conversación entre mi padre y Marco. Además, la presencia en casa de ese chino Robles por algo debe ser – seguía explicando la prima de Lamarca bien incentivada por Benigno.

Al amanecer del lunes 12 el ayudante Villanueva dio la novedad a su jefe de escuadrón. Lamarca montó, y al galope fue a la comandancia de Gregorio Paz a informarlo de la nueva situación. Paz y el capitán se dirigieron a la gobernación para entrevistarse con Heredia. En nadie más confiaban para alertar sobre la conjura.

- El General pasó el domingo en La Arcadia, su finca en Lules, y ya debe estar llegando.

Esperaron en la antesala del gobernador. Esperaron hasta el mediodía. Cuando se estaban por retirar, un jinete acalorado por el galope desmontó frente al palacio – ¡El general murió! – ¡Lo mataron los unitarios hijos de puta!

La plaza era el centro de reunión de una multitud que rápidamente la colmó.

- ¡Muera Santa Cruz! - gritaban unos.

- Fueron los unitarios – gritaban otros

Varios jinetes sudorosos y marrones por el polvo detuvieron el galope frente a la gobernación. Marco Avellaneda gritó “¡Ha muerto el tirano! Un silencio sepulcral inundó la plaza hasta que tímidamente alguien gritó ¡Traidor! y allí empezó la batahola, terminada una hora después por Benigno al mando de una parte del escuadrón.

Lamarca había averiguado que Robles, con una partida estaba en Lules y para allí destacó a su ayudante. Benigno lo cercó con el escuadrón y el capitán achinado se rindió sin resistencia.

Cuando regresó a Tucumán, al atardecer, lo ovacionaron mientras escupían a la partida asesina y un inspirado poeta recitaba:

*“Así pasaron las cosas
así murió el indio Heredia
doctor en ambos derechos
y héroe de la Independencia.
Doctorcitos unitarios
lo mandaron a matar,
mal hicieron los doctores
y caro lo pagarán.
Cabezas de esos doctores
de las picas colgarán,
no era malo el indio Heredia
que sabía perdonar,
que lo diga si no Alberdi,
que lo diga Marcos Paz
y hasta el mismo Avellaneda
lo podría atestiguar.*

Ante el juez, Benigno no reveló la fuente de su información. Poco tiempo después se despedía de Angélica porque debía regresar a Buenos Aires.

En el camino se enteró de su ascenso a teniente primero, firmado por el mismísimo Juan Manuel de Rosas. También supo que los chilenos habían derrotado en Yungay a las tropas de Santa Cruz, finalizando victoriosos la guerra que los argentinos daban por perdida.

Para los unitarios el triunfo chileno era una derrota, para los federales era una culpa parecida a una afrenta, para Benigno era una orgullosa alegría. Habían ganado las mismas tropas de San Martín y O’Higgins. También había mendocinos. Tal vez parientes de él... o de Joaquina.

Llegaron a Buenos Aires a mediados de febrero de 1839. El 20 se festejó por primera vez el aniversario de Ituzaingó, la batalla que terminó la guerra con el Brasil, y ahora se le agregaba la victoria de Yungay.

En el puerto se exhibía un cartel enorme frente a la escuadra de Leblanc que decía: “¡Desaparece, oh, sol de Austerlitz, el de Ituzaingó te eclipsa!”. Benigno reconoció la tela, el bastidor y la letra, era la misma que escribía Quilmes o Carlos Morel al pie de los grandes óleos.

La ciudad recibía entusiasmada a ese escuadrón de caballería que la representaba. Que había peleado en la Quebrada de Humahuaca para que los chilenos pudiesen desembocar en el Perú y definir la victoria.

- Lo mismo que hicimos nosotros lo hizo Güemes en la guerra de la Independencia – se agrandaba Benigno, que estrenaba su nuevo grado en la calle, en el bar o en la pulpería.

- La diferencia es que Santa Cruz no es español – seguía.

- Es francés – le contestaban.

El 25 de mayo de 1839 Buenos Aires se vestía otra vez de fiesta. Los colores azul (no celeste) y blanco se mezclaban con el punzó. Los retratos del Restaurador estaban en todos lados. En las iglesias, al lado del altar; en las ventanas, debajo de aleros; en las plazas, sobre trípodes con custodios voluntarios. En los enormes peinetones de las mujeres o en galeras que cubrían testas federales.

Dos escuadrones del primer regimiento de caballería eran la escolta del Gobernador. A las diez de la mañana, la multitud estalló en vivas al Restaurador y mueras a los salvajes unitarios. En la plaza de la Victoria no cabía más gente. Era obligatorio asistir al acto. Por la calle del Cabildo se veía avanzar un escuadrón. Al frente marchaba en un hermoso alazán, su jefe, el Sargento Mayor Vicente Lamarca. Veinte metros detrás del último hombre del primer escuadrón, el Brigadier General don Juan Manuel de Rosas montado en un soberbio zaino con cabezada, alzada, riendas, estriberas y estribos de plata con los escudos de la Confederación

repujados por el célebre orfebre de La Piedad. A su izquierda, el edecán, General Corvalán.

Detrás del Restaurador, a pocos metros, el jefe del segundo escuadrón de caballería Teniente Primero don Benigno Villanueva, hinchando su pecho de tal modo que los botones dorados con el escudo de la Confederación corrían el riesgo de convertirse en proyectiles. El guía derecho de su escuadrón llevaba en alto un banderín con el escudo peruano-boliviano y la imagen de Santa Cruz, que el mismo Benigno había birlado a un distraído centinela del ejército de Braun en Orán.

Después de escoltar a Rosas hasta Palermo, Benigno dejó su escuadrón a órdenes de su segundo y, al galope volvió a la plaza. Una hermosa morocha le había hecho una gran sonrisa mientras él desfilaba con su sable desenvainado. Alcanzó a guiñarle el ojo y a percibir que se disponía a esperarlo. La cabeza no la podía girar Benigno, porque desfilaba, y desfilaba detrás del Restaurador, luciendo su nuevo grado y como jefe de custodia. Sólo guiñó el ojo y ella sonrió.

Iba atrás de esa sonrisa a la plaza de la Victoria. Pío y su amigo hacían señas con los brazos pero el jinete no los veía. No buscaba a su hermano.

- ¡Benigno! – gritó Pío en la esquina de la plaza. Tiró de las riendas y su yegua frenó el galope de inmediato.

- Estoy de servicio Pío – mintió sin apearce.

- Por favor, te quiero presentar a mi amigo. Intrigado, se bajó de la yegua mientras Pío la tenía de las riendas.

- Rafael Corvalán, mucho gusto Villanueva.

- El gusto es mío, aunque creo que nos conocemos.

- Puede ser, soy el hijo del edecán del Gobernador.

Benigno dejó de mirar hacia la multitud, buscando a la morocha, para prestar atención a ese joven que con una pequeña cinta punzó en el chaleco le estiraba la mano amablemente.

- ¿Quiere tomar café? – preguntó señalando al nuevo café de la Victoria.

Pío llevaba del diestro a la yegua de su hermano y la ató en el palenque frente al café.

Después de haber agotado los temas del día, Rafael inició una perorata política que Benigno escuchaba atentamente.

- El general Lavalle quiere que reclutemos militares para su ejército libertador. El Teniente Coronel Ramón Maza, segundo jefe del Regimiento de Dolores, está en Buenos Aires y va a encabezar la revolución en la ciudad. Los estancieros de Chascomús y más al sur se levantarán en la provincia y Lavalle vendrá para acá desde Entre Ríos.

- ¿Y los franceses? – preguntó Benigno

- Nos oponemos a que nos apoyen. Somos un movimiento de jóvenes que descreemos de los viejos exiliados que se encandilan con Leblanc.

- Pero yo lo escuché a Alberdi decir que era una bendición tener la bandera francesa acá...

- No tema Villanueva. Lo nuestro es distinto. Formamos un grupo de cinco amigos: Lafuente, Tejedor, Albarracín, Rodríguez Peña y yo.

- Los cinco son hijos de rosistas. Pero ¡del gobierno de Rosas! – exclamó alarmado Benigno que no entendía la falta de sigilo de Rafael.

- Cuando Lavalle llegue a Buenos Aires, el pueblo entero se levantará al sol naciente, como en las jornadas de julio en Perú – discursó Corvalán, contestando sin saberlo a la preocupación del Teniente Primero de caballería por la reserva.

- Con cien hombres que desembarquen, bastaría para tumbar al tirano, porque todo su poder es ficticio. La gente que hoy está acá, está por obligación – agregó.

Benigno asoció a la gente que estaba en la plaza con la morocha que le sonreía y aceptó a medias el convite pese a tener la certeza que con cien huevones serían arrasados por el pueblo.

- ¡Oficial! – le dijeron en la plaza desde atrás.

- La estuve buscando, hermosa. El Gobernador me demoró pidiéndome asesoramiento – se agrandó Benigno, mientras ofrecía su brazo izquierdo a la morocha, confiando en que Pío se lleve la yegua del palenque.

Todo el día estuvieron juntos y a la noche quedaron en encontrarse nuevamente en la plaza para festejar el 25 de mayo. La morocha sabía que Benigno quería otra cosa y ella no tenía inconveniente alguno.

Como Don Sixto cerraba el almacén los días de fiesta y el nieto tenía la llave, allí la llevó. Destaparon dos botellas y brindaron por la patria. Después, Benigno le mostró la pieza del dependiente que tenía un catre bastante ancho.

La morocha tenía la sonrisa dibujada en el rostro de modo permanente y eso le gustaba al jinete, que no dejaba de mirarla.

Después del festejo patrio, desnuda, se tapó con unos ponchos y se durmió sobre el pecho de Benigno. Él se quedó mirando el techo, cavilando sobre su responsabilidad al conocer la trama revolucionaria. ¿Lealtad a quién, a Rosas o a Pío? Despertó a la morocha, se vistieron y la acompañó a la Plaza donde la despidió.

El plan revolucionario se inició mal porque Lavalle no consiguió los hombres necesarios y Leblanc no quiso entregarle marineros suyos para la operación. Los jóvenes de Buenos Aires pecaban de ingenuidad al descartar el pedido de apoyo a los franceses.

Como pasaba el tiempo y no se tenían noticias del ejército libertador, Maza sublevaría los regimientos de la campaña y, junto a los estancieros y peones reclutados por Castelli entre Chascomús y Dolores se alzaría el sur de la provincia. En Buenos Aires se mataría a Rosas y el padre de Ramón, el doctor Manuel Vicente Maza, presidente de la Junta, se haría cargo del poder.

En el mes de junio, el General Corvalán se enteró de la conspiración y, sin saber que su hijo Rafael era parte de la misma, le dio estado público. Personalmente arrestó al Teniente Coronel Maza a quien hizo llevar a la cárcel bajo la custodia de Antonio Tejedor, padre de Carlos, otro de los cinco revolucionarios.

Entre el 26 y el 27 de junio, el pueblo indignado de Buenos Aires tenía sed de venganza por la sedición. Los mazorqueros entraban y estropeaban las casas de cualquier sospechado de revolucionario.

- Cuidado Benigno que debemos estar en una lista de Rafael y nos van a buscar – dijo un atemorizado Pío a su hermano, la noche del 26.

- Ensillemos – dijo Benigno, y al galope se fueron los dos hermanos al Regimiento de Retiro.

- Mi mayor, me pongo a sus órdenes para reprimir la sublevación. Mi hermano es voluntario – le informó Benigno a Lamarca.

- El Regimiento no va a salir, Villanueva. Esto lo arregla la policía – respondió el Sargento Mayor.

Los hermanos permanecieron en el cuartel. El 27 se enteraron que asesinaron al doctor Maza. El 28 fusilaron a su hijo Ramón, a pesar de los ruegos de Manuelita Rosas a su padre.

Carlos Tejedor y Santiago Albarracín fueron engrillados y mandados a la cárcel. Rafael, Lafuente y Rodríguez Peña pudieron ocultarse.

Pío sabía que tanto Tejedor como Albarracín tenían toda la información de la sublevación y además, que se había iniciado un sumario para detener a los responsables y sospechados. Lo que más lo alarmaba eran las versiones que corrían acerca de la locuacidad de los presos.

El 9 de julio no hubo parada militar ni festejos patrios. Sólo el Tedeum en la Catedral y el consabido embanderamiento de toda la ciudad.

La escolta del Restaurador era reducida al escuadrón de Lamarca.

- ¿Por qué no fue tu escuadrón Benigno?

- No lo sé, Pío. Lo que sí sé, es que Rosas tiene todas las listas y esta tarde habló con los jefes políticos y militares de Buenos Aires.

Intranquilos, los dos hermanos esperaron al primer escuadrón.

- Quiero hablar con usted, Villanueva. Venga, venga Pío también. Don Juan Manuel ha dispuesto suspender el sumario de la sublevación porque cada vez que investigaba algo aparecían numerosos revolucionarios, no sólo unitarios, sino parientes de preclaros federales.

- Hubiese sido preferible que se continúe el sumario hasta las últimas consecuencias – dijo muy suelto de cuerpo Benigno ante la mirada estupefacta de su hermano mayor.

El estanciero Castelli era hijo de Juan José, miembro de la Primera Junta. Al saber que Rosas no investigó a fondo la sublevación pensó que no existían sospechas contra los estancieros. Por otro lado, las indecisiones de Lavalle lo llevaron a actuar impacientemente. Se sublevó a fines de octubre en Dolores y el 7 de noviembre, mientras los patrones y peones eran dejados libres en la dispersión de fuerzas ante la presencia de Prudencio, hermano de Rosas, Castelli fue degollado y su cabeza quedó “para escarmiento”, sobre una pica en la plaza de Dolores.

Pío, con bigote federal, concurrió a la Iglesia de La Merced para agradecer a la Virgen desde el lado derecho del altar, porque desde el izquierdo, sobre un caballete, los ojos claros del Restaurador lo taladraban.

El año cuarenta lo pasó Benigno, con parte de su escuadrón en el ejército del General Angel Pacheco. Cuando por fin desembarcó Lavalle al sur de San Pedro, las tropas federales se sorprendieron. A Benigno le ordenaron al día siguiente, el 7 de agosto, que espante la caballada unitaria. Con los mejores jinetes se lanzó Benigno a los gritos y parado sobre su recado, agitando un poncho. Lo seguían veinte hombres que agregaban tiros. Pacheco, con 800 soldados, estorbaba al ejército libertador de 2.500 hombres.

Mientras tanto, Rosas había destacado a su amigo Lamadrid, con cincuenta veteranos granaderos a recibir el parque de material de guerra que había dejado Heredia en Tucumán. Ante la seducción de Marco Avellaneda y sobre todo, la numerosa tropa de la incipiente Coalición del Norte que lo seguía, Lamadrid cambió nuevamente de bando. Desde el balcón de la casa de gobierno tucumano, se arrancó la cinta punzó y se colocó una celeste, cosa que imitaron a regañadientes, los cincuenta granaderos formados en la plaza y rodeados de trescientos tucumanos que los aclamaban.

La escuadra de Leblanc prometía marinos que habían destacado de Francia, pero no llegaban nunca.

A pesar de estos tres frentes de tormenta, Rosas confiaba en algunos gobernadores y en su propia fuerza. El fraile general Aldao era un baluarte federal en Mendoza, que, entre permanentes libaciones, no trepidaba en degollar testas unitarias.

La situación en el noroeste se complicó y el General en Jefe de la Confederación, Manuel Oribe, lo despachó a Pacheco a Tucumán. Allí iba Benigno, recordando la blancura de Angélica Zabalía en la galería del mirador.

Llegaron a Tucumán a fines de mayo de 1841. Pocos días antes había abandonado la provincia el “segundo ejército libertador” de Lamadrid. Benigno no encontró a Angélica porque su padre era el delegado tucumano de la Coalición y estaba, junto con su familia, residiendo en Salta.

De todos modos, el menor de los Villanueva fue invitado por una amiga de los Zabalía a visitar su casa. Allí se enteró Benigno del paradero salteño de su amigo.

- Sé lo que hacían en la galería – le dijo con picardía la tucumana después de intimar con el Teniente Primero.

- Qué pena que no tenga esta casa un mirador.

- No hay mirador ni miradores, estoy sola.

No era fácil desabrocharse los botones de la Confederación ni sacarse las botas altas sin el sacabotas de madera.

- Date vuelta – colocó una pierna con su bota entre las de la tucumana y la otra, también con su bota, en el traste de la muchacha.

- Tirá – y salió una bota. Luego repitió el procedimiento pero con el pie descalzo esta vez, empujándola de atrás.

Poco duró el nuevo romance tucumano ya que Pacheco hizo alistar a sus hombres pocos días después para perseguir a Lamadrid en dirección a Cuyo. Al llegar a San Juan, pisándole los talones al ejército unitario, Pacheco decidió esperar para reunir sus fuerzas con las de Aldao y Benavídez. Un pequeño destacamento de caballería se adelantaba para acampar a veinte leguas de Mendoza como observadores de los movimientos de Lamadrid.

Hacía cinco años que Benigno se había ido de Mendoza y ahora la tenía tan cerca. Durante el día, el sol había traspasado su

sombrero. Al descubrirse, la frente blanca contrastaba con el resto de las facciones tostadas, menos la incipiente barba que desde Tucumán no la afeitaba.

En ese entonces gobernaba Mendoza el delegado de Aldao, Mazza. Era una provincia federal y estaba tan cerca. Tan cerca sus padres, Remigio, Aurora y, tal vez, algún recuerdo de Joaquina.

La noche del 20 de agosto, en medio de una gran helada, un jinete sumergido en su poncho pampa ingresó en Mendoza. Cruzó el pueblo y taconeando su caballo lo hizo galopar hasta la finca de Miguel Villanueva.

Algunos perros chumbaron y desde la casa, que aún estaba iluminada, se asomó una mujer.

- ¡Benigno querido. Miguel es Benigno! – gritaba Rafaela mientras corría a abrazar a su hijo menor.

El bloqueo francés en Buenos Aires había favorecido a los vinos mendocinos que no sólo se beneficiaban con la ley de aduana sino que ahora se acababan también los contrabandistas.

La lentitud del comercio por la montaña se estaba solucionando con la compra por parte de Miguel de un buen campo viñatero en Chile.

- Sólo gracias al abuelo me enteraba de tu vida. Las últimas cartas no las contestaste. Pío me escribe de vez en cuando y así me entero de tus aventuras – reprochaba la madre a su hijo cariñosamente.

Cuando Benigno contó que se había ido del campamento sin permiso, para visitarlos, a Miguel le encantó y recordó cuando tomó la decisión de dejar el uniforme.

- No es mi caso, tata.

- Nuestro vino necesita que lo produzcan, no que se lo tomen, Benigno – amonestó Miguel – Me gustaría que trabajes conmigo en la finca – corrigió.

Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. Lo despertaron los zorzales y salió a la galería para disfrutar el paisaje. El sol empezaba a deshacer la helada y el perfume de los jazmines lo envolvió para hacerle recordar que había extrañado ese olor tan familiar de su galería.

Remigio atendía el viñedo de Santiago de Chile y, salvo durante el invierno, cruzaba regularmente las montañas.

Benigno le pidió a su padre ropa de paisano para salir a cabalgar por Mendoza. Era un vergel recostado sobre la Cordillera de los Andes. Innumerables acequias delimitaban las veredas de tierra, llevando agua a los lugares más remotos y más desiertos de la ciudad.

Benigno enfiló hacia La Alameda donde soltó las riendas del caballo que se lanzó en una veloz carrera mientras los álamos también corrían con la misma intensidad en sentido inverso. Después tomó por San Nicolás y saludó a gente que casi no reconocía.

De regreso a la finca se sentía como un niño entre sus padres. Así lo trataba Rafaela que le había preparado esa tarta que tanto le gustaba, con jamón y queso en abundancia – “sin tomate mamá” – “por supuesto, Benigno”.

- Remigio estuvo esperando todo el invierno para poder cruzar a Chile. Se animó la semana pasada. Acompañó a la tía Francisca que se había quedado una temporada con nosotros.

A Benigno se le atragantó la tarta, por eso Miguel le palmeaba la espalda.

- Es la falta de costumbre a la buena comida, hijo – le decía.

- No le puse tomates, Benigno – agregaba Rafaela

- Estoy bien, gracias – se compuso - ¿qué decías mamá?

- Remigio suele viajar cuando empieza la primavera. Esta vez se adelanta para acompañar a la tía Francisca. De haber sabido que venías, te hubiese esperado.

Benigno se sorprendió de sí mismo al comprobar que una fibra muy íntima se había alborotado en su interior – debo estar sensible por el regreso a Mendoza – pensó, mientras su mente viajaba con Remigio que iba con la tía Francisca, que iban a Santiago, que iban a ver a...

- Qué huevón – se dijo.

- ¿Remigio vive en lo de la tía, frente al Mapocho? – preguntó al día siguiente como al pasar.

- Cuando se cansa de la soledad de la viña, visita a Francisca en Santiago. Suele ir también a Valparaíso, donde Gregorio está construyendo una bodega.

- ¿Y Joaquina? – como la pregunta venía de sus entrañas, la voz tuvo un tono diferente.

- Se casó hace unos cinco años con Secundino Funes, un chileno que conoció en Manila y es pariente lejano de los Ruiz. Tuvieron un niño hermoso al que llamaron Joaquín. Cuando viajo a Santiago lo voy a visitar y disfruto jugando con él. Joaquina me recibe con los brazos abiertos y me ofrece al niño para llevarlo a pasear. Tal es así, que he tenido que soportar alguna escena de celos de tu tía, que piensa que el niño me trata más como abuela a mí que a ella.

El gobernador delegado Mazza, ante la proximidad de Lamadrid a Mendoza, entregó el poder a José María Reyna, hombre relacionado con conspicuos unitarios y que sin embargo, había sustituido al fraile Aldao.

Reyna recibió a Lamadrid antes de que ingrese a la ciudad, el 3 de septiembre. Después de los saludos y reverencias de rigor, reconoció en el jefe militar al nuevo gobernador. Gregorio Araoz de Lamadrid no se inmutó, saludó sin apearse de su caballo e ignorando al delegado de Aldao, entró al paso a la ciudad seguido de su estado mayor y la custodia.

En la casa de gobierno, escribió de su puño y letra su primer decreto, destituyendo a Reyna “ese respetable ciudadano, a pesar de que merece las más altas consideraciones por sus virtudes”. Agregaba una convocatoria a toda la población al día siguiente, a la una en la Iglesia Matriz, para elegir nuevo gobernador.

Fue el propio destituido Reyna quien presidió la asamblea que, por aclamación, eligió al único candidato: Lamadrid. El Pílon Lamadrid, como lo rebautizó Rosas porque en el combate del Tala, donde lo dieron por muerto, perdió, entre otras cosas, una oreja, recibió la comunicación de su elección, sentado en el despacho del gobernador. Sin inmutarse, hizo sentar a los notables mensajeros, y allí mismo, escribió: “Nada veo con relación a los límites que debe reconocer la autoridad accidental que el pueblo constituye. Las circunstancias son extraordinarias, la provincia carece de una

asamblea representativa, que no se puede por ahora organizar; carece de todo: sólo hay ruinas que levantar, monumentos odiosos que destruir. Por consiguiente, para que el gobierno provisorio pueda expedirse libremente en los casos difíciles que ocurrirán, necesita conocer la naturaleza del poder que se le confiere y la espera que debe circunscribir sus actos”.

- ¿No es lo mismo que le critican a Rosas? – preguntaba Miguel, refiriéndose a la suma del poder público y al pomposo lema de “Libertad, constitución o muerte” del partido unitario.

Los mendocinos se reunieron una vez más en la Iglesia Matriz, y allí el pueblo soberano le contestó al Pilón que “ha acordado de un modo canónico conferirle facultades omnímodas, a fin de salvar al país de las circunstancias afligentes que le rodean”.

Sin mucha pompa, asumió Lamadrid la gobernación de Mendoza el 6 de septiembre, nombrando ministro general a Benjamín Villafañe y comisario de guerra a Jerónimo Villanueva, hijo de José, hermano mayor de Miguel.

Los hermanos Villanueva tenían una buena relación familiar, a pesar de sus ideas políticas y el vendaval de pasiones que las alentaba. José y Gregorio eran ministros mientras que Miguel simpatizaba con el partido federal.

Benigno había regresado a su puesto de observación el 26 de agosto y el 30 le informó a Pacheco de la aproximación del ejército de Lamadrid. Recibió la orden de seguir informando día a día los movimientos unitarios, por eso el 6 de septiembre Angel Pacheco conocía la situación en Mendoza.

El mismo 6, el Pilón firmó un bando en el que se exigía la entrega de los bienes de todos los enemigos políticos, “debiendo las personas que tuviesen a su cargo dichos intereses, presentarlos dentro de las 24 horas, so pena de perder a su turno todos sus bienes y ser castigados con una severidad inflexible”.

- ¿Cuál es la diferencia entre el bando del Pilón y los que firmaba el fraile Aldao, Benigno? – le preguntaba José, el encargado de la finca.

Los mendocinos federales habían tenido tiempo para reunir sus pertenencias y ausentarse de la ciudad. Algunos se animaron a

cruzar la cordillera porque el invierno no había sido muy riguroso y el paso de Uspallata ya estaba abierto. Otros se refugiaban en casas de parientes en San Luis, San Juan o en el mismo interior de la provincia. Miguel y Rafaela siguieron el consejo de sus parientes y se fueron a San Luis donde tenían muchos amigos.

El observador del ejército federal burlaba la vigilancia de la ciudad entrando y saliendo una y otra vez. Dormía en su casa o en lo de la célebre Aurora, donde las banderías políticas no tenían ninguna vigencia.

Lamadrid firmaba bandos cada vez más amenazadores. Exigía contribuciones a los que no podían probar que eran unitarios puros, pero en esas condiciones no quedaba nadie en Mendoza. Y si quedaban eran refugiados por parientes insospechados.

Para ser más expeditivo creó una junta militar de tres miembros que luego la amplió a siete con grandes atribuciones. El primer día que funcionó, el mismo 7 de setiembre, se fusiló a Ciriaco Ortega y Juan Bautista Soria. Al día siguiente se ejecutaron 7 más. Hacían listas de confirmación “a penas de 400 azotes estirados sobre un burro, debiendo recibir 100 en cada uno de los ángulos de la plaza pública”, luego se destinaba a los infractores a los cuerpos de infantería por el “tiempo que dure la presente guerra”.

La noche del 13 de septiembre, tres hombres ingresaron en la finca de los Villanueva. Como la casa principal estaba vacía porque sus dueños estaban en San Luis, se dirigieron a la del encargado. José estaba durmiendo junto a su mujer Ana, cuando violentamente lo tomaron de los brazos y lo arrastraron hacia la puerta. Los gritos de Ana sobresalían entre el chumbido de los perros. Uno de los intrusos le pegó con el puño cerrado al mentón de la encargada que, fuera de combate, cayó estrepitosamente al suelo.

- ¡Hijos de puta! – gritaba José.

- ¿Dónde están los Villanueva? ¿Por qué no pagaron? – preguntaban mientras lo molían a patadas.

- Aquí estoy – dijo Benigno desde la puerta – suéltenlo o los mato – amenazaba con su brillante trabuco de doble cañón.

El que estaba más cerca, el noqueador, se abalanzó sobre Benigno que disparó al pecho. Había apretado los dos gatillos

juntos y los dos proyectiles frenaron el salto, cayendo el intruso a los pies del observador del ejército federal. Los otros dos, que habían soltado a José, intentaron reducir a Benigno que hizo de su trabuco un mandoble que pegaba del derecho y del revés a las cabezas unitarias de Lamadrid. José no tuvo tiempo de reaccionar porque todo lo había hecho el hijo de sus patrones. Los tres intrusos estaban desparramados por el suelo cerca de la también desparramada Ana.

- Gracias Benigno – decía mientras trataba de despertar a su mujer.

Benigno ató a los dos golpeados y se llevó al muerto afuera de la casa.

- Si no los matamos vamos a tener problemas, Benigno – reflexionaba José mientras clavaba la pala, haciendo el pozo para el muerto cerca del corral de chivos.

- Eso no lo puedo hacer, José. Los llevaré a los dos en tu yegua al campamento nuestro, como prisioneros.

- Estás loco. Si sólo es difícil pasar, con estos dos será imposible.

- No digas huevadas José, así lo voy a hacer.

Una vez que Ana se compuso, la dejaron a cargo de los intrusos atados. Benigno le intentó dar su arma pero ella la rechazó, mostrando su enorme cuchillo de cocina.

Una vez que tiraron cal sobre el muerto y taparon el pozo, volvieron a la casa. Ana limpiaba prolijamente su cuchillo y en el suelo yacían los dos intrusos degollados. Uno desatado.

- Se desató y se me vino encima – dijo como explicando.

Benigno y José llevaron los muertos al corral de chivos en silencio. Abrieron el pozo con facilidad porque la tierra estaba blanda, los tiraron al fondo, le agregaron más cal y taparon el pozo.

Regresaron a la casa sin hablar. Eran las tres de la mañana y la luz de las velas permitía ver el rostro impassible de la mujer. Continuaron los tres en silencio, ella sirvió un mate recién hecho.

- Lo tuve que hacer, niño

- Está bien Ana, pero no se queden aquí. Yo me voy al campamento.

El santo y seña era salvajes-unitarios y como Benigno no escuchó el santo, pensó que se había confundido de loma en la que estaba su patrulla.

Recién amanecía y las primeras luces le daban de frente, impidiéndoles ver bien hacia arriba.

Pensó que se había dormido el centinela y decidió subir sigilosamente para sorprenderlo. El sorprendido fue él. Atrás de cada piedra había un hombre que lo apuntaba con un arma.

- Quédense quieto Villanueva. Lo estábamos esperando – dijo el que evidentemente era el jefe de la partida.

- ¿Así que ustedes eran los observadores? – se rieron todos mientras una piedra le pegaba con fuerza en la cabeza a Benigno.

- Huevón – amonestó el jefe al lanzador – Hay que llevarlo entero.

Al mediodía del 14 de setiembre, Benigno y ocho hombres de su patrulla, ingresaron engrillados a la comisaría de Mendoza, frente a la plaza principal.

- Prepárense para morir, federales asesinos – les dijeron a la noche. Los ocho prometieron que pasarían al ejército unitario y que ya habían tomado la decisión de desertar. Una cosa era el General Pacheco y otra, ese fraile loco de Aldao.

Benigno se mantenía callado y miraba con altivez a quien lo provocaba.

Al día siguiente, a media mañana los presos escucharon una gritería infernal. Insultaban a Rosas, a Aldao, a Benavídez y a Pacheco, a la Federación y a las madres de todos los federales. Habían fusilado a Mariano Acha y le habían cortado la cabeza que estaba en exhibición sobre un palo, camino a San Luis. En la Posta de la Cabra, antes del Desaguadero.

El General Acha era el militar unitario más prestigioso en ese momento en Cuyo. El 16 de agosto había vencido a Aldao y Benavídez en la batalla de Angaco. Al mando de 500 hombres venció a 2.000 federales que no se lo perdonaron.

Benigno sabía que Angel Pacheco no hubiese dado jamás la orden de fusilarlo y menos degollarlo. Fue Aldao. Y ellos estaban allí, para saciar la sed de venganza unitaria.

La junta militar trató el caso de ellos por la tarde, mientras se rezaba por el alma de Acha. No era cuestión de escarmentar a ocho hombres en detrimento del ejército que había que organizar porque se aproximaba Pacheco a Mendoza.

- Pero al Villanueva ése que no quiere hablar hay que fusilarlo.

El comisario de guerra, el tío Gerónimo, lo fue a visitar esa noche.

- Te quieren fusilar, Benigno. Sólo me resta hablar con Lamadrid para intentar salvarte. El momento no es el apropiado. El Pilón manda a fusilar a todo lo que huelga a federal.

- Gracias de todos modos tío.

Benigno no durmió. Recién a la tarde del día siguiente escuchó que se acercaban a su celda un grupo de hombres.

- Sáquenlo – sintió y se preparó para morir con dignidad. La cabeza alta Benigno. Derecho. No les des el gusto de mostrarte asustado.

Engrillado lo hicieron salir de la comisaría escoltado por tres hombres. Cruzaron la plaza y entraron a la casa de gobierno donde los esperaba el comisario de guerra. Los cinco continuaron hasta el fondo del ancho corredor y se detuvieron frente a una enorme puerta de madera. El tío Gerónimo golpeó prudentemente y luego de un rato, el secretario del gobernador abrió la puerta.

- ¿Usted es el Villanueva que me fue a visitar a Paysandú por orden de Rosas? – preguntó el Pilón parado atrás de un inmenso escritorio.

Tío y sobrino se miraron. La pregunta era una mecha encendida en las manos de Benigno. Responder sí significaba aceptar su condición de oficial federal, condición alicaída en ese entonces, en ese lugar.

- Sí señor. Soy yo. Benigno Villanueva – con la cabeza alta. Derecho y con voz fuerte. Gerónimo cerró los ojos. No sabía que su sobrino lo había conocido a Lamadrid.

El Pilón rodeó el gran escritorio, caminó hacia Benigno, abrió los brazos y lo abrazó.

- Muchacho – dijo emocionado, ante los estupefactos testigos.

Gregorio Aráoz de Lamadrid tenía en su alma las mismas contradicciones de su época. Amaba y odiaba a Rosas. Una de las razones por la cual lo amaba, era por el gesto que tuvo con él en su exilio y que el Pilón devolvió alistándose en las filas federales contra Francia. Después, en Tucumán, volvió a usar su mente que estaba reñida con su corazón.

- Sáquenle los grillos. Queda en libertad.

- Gracias señor gobernador – respondió el ex preso con gallardía.

Esa noche, Benigno se quedó en casa de sus tíos. No podía sumarse a Pacheco después de la actitud de grandeza del gobernador.

- El gobernador no necesitaba exigirle a Benigno una promesa de no tomar armas contra él. Es una cuestión de honor que un Villanueva no necesita que se la expliquen – le decía Gerónimo a su mujer mientras Benigno asentía solemnemente.

Angel Pacheco avanzaba a marchas forzadas. En el camino encontró la cabeza de Acha sobre el poste y lo llenó de indignación contra Aldao. Acha fue, tal vez, el responsable de las matanzas en los dos partidos. Había traicionado a Dorrego en 1828, entregándolo a Lavalle. Era aborrecido por los federales, pero por otro lado respetaban su valentía. El fraile no había cumplido su orden de llevarlo a Buenos Aires. Lo había fusilado, y luego se enteró que lo hizo por la espalda pese al enérgico reclamo del reo que murió como un valiente, repartiendo lo poco que tenía encima: un reloj, unas monedas y el anillo, entre quienes lo iban a matar.

Pacheco unió sus fuerzas a las de Aldao y Benavídez y avanzó resueltamente hacia Mendoza, relevando al fraile de toda función de mando.

En la ciudad, Lamadrid decía: “Tengo 3.000 soldados que ansían combatir. Nuestro tren tiene 20 piezas de artillería. Desearía que todo el poder del tirano se reuniese en este momento y viniese a Mendoza para concluir de un golpe con todos esos cobardes. Si esto no sucede, yo iré a buscarlo muy pronto”.

El Pilón se jugaba a cara o cruz. El 20 de septiembre ubicó a su ejército en los potreros de Hidalgo. La tropa estaba descansada,

bien montada y con suficientes municiones. Se habían incorporado muchos desertores de Benavídez y además había ordenado una leva forzosa entre los 15 y los 50 años en toda la provincia.

El 24 el ejército unitario formó en línea de batalla en Rodeo del Medio. La arrogancia de Lamadrid no pudo contener el desbande cuando sonaron los primeros tiros federales. Salvo la acción heroica de Crisóstomo Alvarez, intentando frenar la huida frente al enemigo, el grueso del ejército pasó más rápido que volando por Mendoza, en dirección a la cordillera. Lamadrid trató de ordenar el caos desde la gobernación pero el pánico era ingobernable.

- Cruzaremos por Uspallata – gritaba el ya ex gobernador.

- Me voy a Chile, Benigno – le dijo a su sobrino el comisario de guerra saliente.

El país trasandino tenía una connotación especial para el observador federal preso y liberado. Juntó sus bártulos, ensilló, y al galope alcanzó a Gerónimo en Puente del Inca.

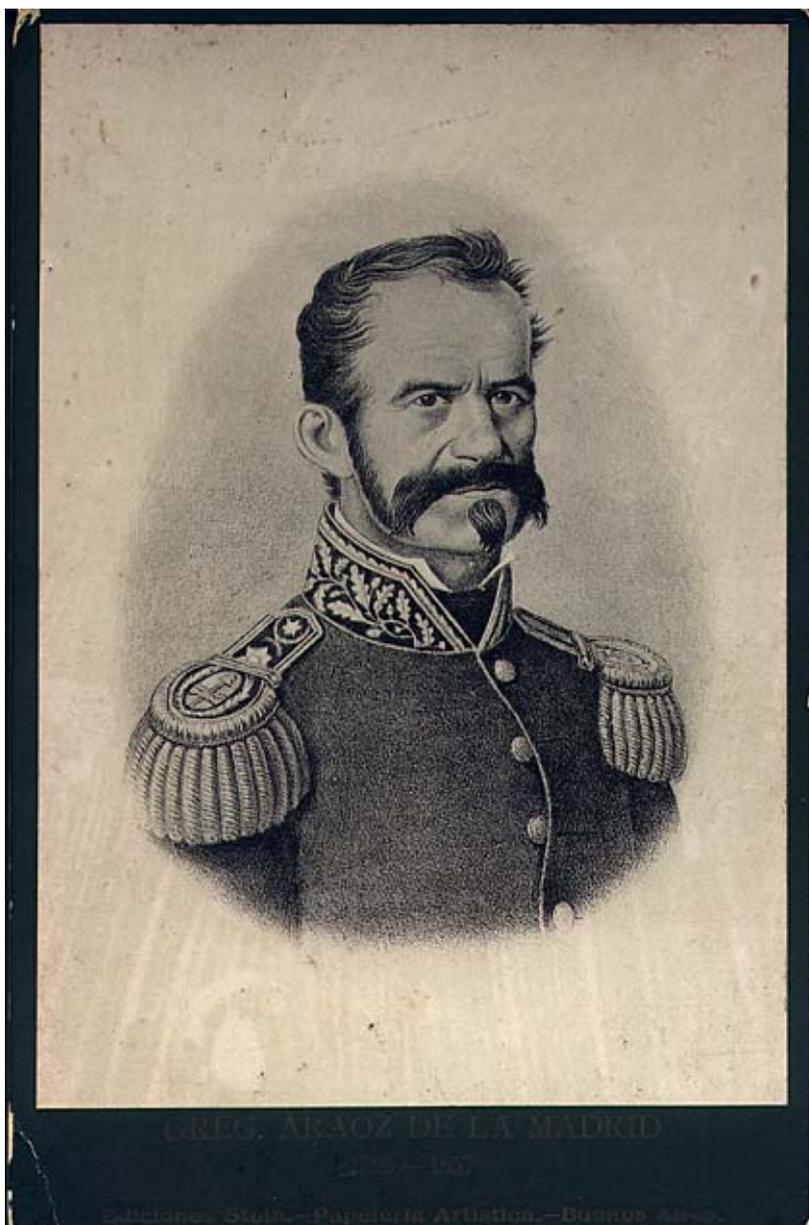
Durante el mes de septiembre había nevado continuamente en la cordillera. Los pasos que estaban abiertos ya en agosto recibieron la primavera, cerrados. Lamadrid no tenía alternativas. Con Pacheco pisándole los talones sólo le quedaba enfrentar el frío y las alturas. La mitad de sus hombres murió en el intento.

En Chile se había formado la Comisión Argentina, a similitud de la que funcionaba en el Uruguay con los exiliados unitarios. La presidía Las Heras que había formado familia en Santiago, donde vivía desde 1826.

La integraban también dos sanjuaninos: Domingo Oro y Joaquín Godoy y dos mendocinos: José Calle y Martín Zapata, tío de Benigno. En realidad el que tenía gran influencia sobre el accionar de la Comisión era Domingo Faustino Sarmiento, quien personalmente esperó en la cordillera a Lamadrid con víveres y abrigos.

- ¿Te convenció la causa de la libertad, Villanueva? – le había preguntado sorprendido el Pilon en plena montaña.

- Tengo una deuda de honor con usted, señor – se autoengañaba Benigno.



General Gregorio Aráoz de Lamadrid⁴

⁴ Retrato en el Complejo Museográfico Provincial 'Enrique Udaondo'
<http://www.prodim.ic.gba.gov.ar/html/main.php?pagina=423&orden=&criterio=>

Capítulo III

Unitario

Lo que quedó del ejército de Lamadrid fue recibido por Sarmiento en Santiago. El gobierno chileno dispuso que el armamento fuese entregado a un depósito judicial, como lo habían requerido los emigrados argentinos. Las armas en los cuarteles estaban para ser usadas, es su función esencial. En manos de la justicia existían posibilidades de recuperarlas.

Las tropas unitarias eran vistas como una curiosidad en Santiago y oficialmente no hubo reconocimiento diplomático por parte de las autoridades chilenas. Cada hombre del ejército pasó a ser un exiliado como lo eran los miembros de la Comisión.

Benigno ingresó al país como un ciudadano civil que visitaba parientes cercanos. El más cercano de ellos, Remigio Villanueva no podía entender cómo su hermano menor había cruzado los Andes con el ejército derrotado de Lamadrid.

- Fue por el honor Remigio.
- No te entiendo Benigno

La casa de Gregorio Villanueva reflejaba el buen momento que estaban pasando los vinos. Con socios chilenos y las leyes de aduana chilena y argentina hacían florecer el negocio al ritmo de la maduración de las uvas francesas.

- Este vino es tan apetecible como el mendocino – juzgaba con ecuanimidad Benigno.

En las épocas del deshielo, el Mapocho corre con fuerza por su cauce, dejando espuma en cada piedra que se atreve a desafiarlo. Benigno recordaba el ruido del agua que atemperaba el nivel de los suspiros en la bodega del fondo.

Esa misma noche, cenando con Remigio, le comentó su intención de viajar a Valparaíso para visitar a Gregorio y a Francisca.

- ¿La ahijada de la tía vive con ellos?
- ¿Joaquina? No. Vive cerca del puerto con su marido y su hijo.

A la mañana siguiente Remigio despidió a su hermano levantando suavemente la galera mientras el birlocho de cuatro caballos empezaba a andar al grito y al látigo del cochero.

Benigno no conocía el Pacífico y quedó asombrado por ese mar verde y azul que se estrellaba contra las rocas, en las que posaban ajenos a la rompiente, los pelícanos.

Un enorme cartel indicaba que había llegado a la Bodega Toro y Villanueva. Le indicaron que los tíos vivían en la parte superior, arriba de lo que sería la administración. Golpeó una puerta doble con varias molduras y la abrió una muchacha de tez oscura.

- Soy Benigno Villanueva, sobrino de...

Gregorio y Francisca se abalanzaron hacia el sobrino del que hacía tiempo no tenían noticias salvo las repetidas historias familiares de duelos, borracheras y batallas que habían transformado a Benigno en una incipiente leyenda viviente.

El crecimiento de Chile, según los tíos, había sido constante a partir de la victoria con la Confederación Peruano-Boliviana. Al presidente Prieto se aprestaba a sucederlo el General Manuel Bulnes, vencedor en la guerra. Desde el año anterior disponían los chilenos de dos buques mercantes a vapor con una buena capacidad para intentar exportaciones importantes de vino.

Por la tarde bajaron a recorrer la bodega caminando entre enormes toneles de madera y probando la calidad de algunos vinos que a Benigno le parecieron excelentes.

- Hágale probar este reserva don Gregorio.

- Buena idea Secundino. Disculpen, mi sobrino Benigno Villanueva, Secundino Funes, gerente de nuestra bodega.

Se estrecharon las manos amablemente mientras el tío alababa al gerente de su bodega.

- En realidad, Secundino es como un hijo para nosotros, es el esposo de Joaquina ¿Te acuerdas de ella Benigno?

Secundino Funes era un hombre normal. De regular estatura, morocho, tenía una mirada franca y alegre, y al hablar, su acento con pronunciada tonada chilena revelaba a una persona sencilla y cordial.

- Los espero a cenar esta noche – invitó Gregorio a la familia Funes.

Mientras Benigno trataba de domar su impaciencia observando como el sol se zambullía en el mar entre nubes cada vez más rosadas, observó desde el balcón que había ingresado Secundino y hablaba con Francisca.

Benigno miraba todos los rincones vacíos del enorme salón y después clavó la vista en la puerta doble esperando que se abriese. Se abrió, pero fue para permitir la salida de Secundino.

- Joaquina está descompuesta, no vendrá esta noche – dijo Francisca a su marido y a su sobrino que se estaba desinflando.

Durante la cena, la conversación de los dueños de casa se centró en los Funes. Secundino era un fiel empleado que Gregorio había llevado a Manila con la intención de que recibiese los despachos aduaneros. Cuando Francisca llevó a Joaquina a Filipinas, se conocieron y a los pocos días, en el barco de regreso a Valparaíso, los casó el capellán dominico de Santiago.

- Es el confesor de Francisca – agregó Gregorio.

- Tiene devoción por Joaquina y por su hijo – agregó la tía refiriéndose a Secundino.

Al amanecer, Benigno fue a conocer el puerto y quedó sorprendido nuevamente con los colores del mar, las gaviotas y los pelícanos. Los pescadores cargaban las redes en los pequeños barcos de distintos colores y las velas los dirigían al centro de la bahía.

No se había animado a preguntar por la dirección de los Funes, sólo sabía que vivían por el puerto. De lejos vió a un hombre de mediana estatura, enfundado en su poncho, montar un alazán. Era Secundino. Siguió mirando el mar. Lo sorprendió un niño que le ofrecía “El Mercurio”, lo compró y no prestó atención a lo que leía.

A media mañana se abrió la puerta y una mujer muy abrigada salió y comenzó a subir la barranca del camino. Con sombrero, chalina que le cubría el rostro y un enorme tapado no la reconoció en un primer momento. Al verla caminar comprendió que era ella. Corrió.

- Joaquina – la llamó con el alma en la boca.

Se dio vuelta y Benigno se encontró con una mujer, no con la niña que había conocido. Pero una mujer hermosa. El color del mar lo tenía en sus ojos que lo miraban con una infinita sorpresa.

El primer impulso fue abrazarla pero ella estiró las manos que Benigno tomó entre las suyas.

Ambos conocían la historia del otro pero se deleitaron en escucharla de labios del protagonista. Regresaron al puerto y se sentaron sobre una roca, lejos de cualquier mortal.

- Nunca olvidaré lo nuestro Joaquina

- Mentiroso

Cada vez que Benigno se descontrolaba ella lo devolvía a su lugar.

- Soy mujer casada y soy madre. Lo nuestro fue una historia hermosa. Pero historia al fin.

Lo que decía su boca no era lo que Benigno percibía en sus ojos. La besó y se levantó indignada. El se paró de un salto y la abrazó. La rompiente de una ola contra la roca salpicó a los dos, pero no se dieron cuenta.

Sabían que no se volverían a ver y eso los desesperaba.

- Siendo oficial federal vine a Chile con Lamadrid sólo para verte – confesó Benigno.

- Mi hijo se llama Joaquín B. Funes. Nadie sabe que es por Benigno – confesó muy poco ella.

A la tarde regresó a la Bodega Toro y Villanueva una parte de Benigno. Se encerró en su habitación hasta el día siguiente a pesar de los consejos de sus tíos.

- ¡Come algo Benigno! o ¿no quieres caldo de pescado?

Al día siguiente, con el diario en la mano, explicaba que debía partir. Lo habían matado a Lavalle el 9 de octubre y “El Mercurio” presagiaba graves males para la Confederación Argentina. Decía la nota que leía a sus tíos: “El general argentino Juan Lavalle, jefe del partido unitario, había jurado “vencer o morir en la demanda” y se negaba a refugiarse en Bolivia. Al querer resistir en Salta, sus compañeros lo abandonaron. Con los 200 últimos hombres llegó a Jujuy en la noche del 8 de octubre. El gobernador Alvarado que ya

se había refugiado en Bolivia le mandó avisar que la ciudad no era segura. Que tropas federales merodeaban”.

“A pesar de la advertencia, Lavalle decidió pasar la noche en Jujuy. Ordenó a sus tropas acampar a seis cuadras de la plaza, mientras que él con una pequeña escolta de 8 hombres, el secretario Frías, el edecán Lacasa y Damasita Boedo se alojaron en la casa de la familia Zenarruza que acababan de dejar Alvarado y el doctor Bedoya”.

“Una partida de 1 capitán, 1 comandante jujeño, 3 milicianos y 1 soldado llegaron al amanecer a buscar a Alvarado y Bedoya. No sospechaban que Lavalle estuviese allí. Como el centinela les cerró la puerta, hicieron unos disparos para saltar la cerradura, escapando al advertir tropas unitarias cerca. En la casa quedó el cadáver del general Juan Lavalle con un tiro que había entrado por la horquilla del esternón y le había dado muerte instantánea”

- Lo debe haber matado Damasita Boedo – dijo Francisca frunciendo el ceño.

- ¿Por qué, tía?

- Porque es la hermana del coronel Boedo, que Lavalle ordenó matar en Metán. Ella le pidió clemencia por su hermano y a partir de allí, vivía con el general.

Según Benigno, debía regresar a Buenos Aires. Además, su compromiso de honor con Lamadrid ya no tenía vigencia por estar él en el exilio.

Lo despidieron en Valparaíso y dos días después lo hizo Remigio en Santiago. Acompañado por dos baqueanos, cruzó otra vez la cordillera que recién la primavera tardía empezaba a abrir sus pasos.

Mendoza era un vergel, sus padres habían regresado a la finca y Rafaela había retomado las riendas de su casa. José y Ana se abrazaron emocionados a Benigno ante la sorpresa de sus padres que siempre habían catalogado a sus encargados en la categoría de inexpresivos y distantes. Nadie supo jamás qué los unía. Nadie supo jamás el terrible secreto del corral de los chivos.

El fraile Aldao era nuevamente gobernador y en un acto de magnanimidad decidió no degollar a los unitarios que quedaban en

Mendoza por la sencilla razón que expresó, y luego refrendó en un decreto, que “todos los unitarios son locos”. Por consiguiente, irresponsables de sus actos y no les correspondía cárcel y menos muerte, sino manicomio. No podían “testar, ser testigos, tener personería civil o política, ni poder disponer de más de 10 pesos”.

Cuando Benigno saludó a la familia de su tío Gerónimo, se colocó el dedo índice de la mano derecha en su sien y la hizo girar despaciosamente mientras sus ojos se juntaban sobre su nariz.

Pacheco y su ejército aún estaban en Mendoza al empezar el año 1842. Benigno se reincorporó sin explicar mucho su situación de revista. “Había cruzado a Chile en calidad de prisionero de guerra”, figuraba en los partes oficiales. No había desertado para unirse al ejército de Lamadrid como habían hecho la mayoría de los prisioneros federales.

A partir de su reincorporación, el General Pacheco lo ascendió a Sargento Mayor y lo nombró segundo jefe del Regimiento de Caballería 3.

El General José María Paz había derrotado el 24 de noviembre al ejército de Echagüe en Caaguazú, Corrientes. Fue una hábil maniobra del célebre Manco que simuló una derrota de su caballería para atraer al ejército federal a una emboscada. El triunfo de Paz sobre una fuerza que lo duplicaba en número hacía peligrar al gobierno de Buenos Aires. Rosas sólo tenía 500 hombres en Santos Lugares, ya que Oribe estaba en Tucumán, Masa en Catamarca y Pacheco en Mendoza.

El gobernador de Buenos Aires ordenó la convergencia de los tres ejércitos sobre Santa Fe. A fines de febrero Pacheco estaba en Río IV mientras que Masa se reunía con Oribe en Fraile Muerto.

Como Paz no le sacó provecho a su victoria y permaneció en Corrientes más de un mes, la columna de Pacheco se dirigió directamente a Buenos Aires. El Manco pasó después a Entre Ríos donde lo nombraron gobernador y se iniciaron allí sus problemas. Los correntinos volvieron a su provincia, los uruguayos desertaron para volver a su país y la población entrerriana rechazaba al general unitario.

El peligro para Rosas, que estaba en Santos Lugares, había pasado pero en Buenos Aires se había desatado un fenómeno similar al de octubre de 1840: el terror, el terror rojo.

El giro y la angustia que había provocado a los federales la derrota de Caaguazú tuvo su contragiro en la disolución del ejército de Paz en Entre Ríos. La distensión de la población sin el ejército que se encontraba en Santos Lugares, dio pie para las mayores atrocidades.

En 8 días, ya que Pacheco ingresó a Buenos Aires el 19 de abril, hubo 38 muertos. Se mataba por la calle o se violaban domicilios. De día o de noche. Se mataba por ser unitario o por el hecho de ser extranjero.

En 1840 el contragiro había durado todo el mes de octubre, pero sin tantos muertos como ahora. Lo había desatado el cambio de la angustia, por la aproximación de Lavalle, al distendimiento por su retirada en septiembre. Además Rosas no estaba en Buenos Aires sino en Santos Lugares también.

Pacheco acampó en Santos Lugares y destacó una pequeña vanguardia del 3 de caballería para organizar el alojamiento en la ciudad. Allí va Benigno, con un teniente, dos sargentos y una veintena de milicianos.

Dejó el pelotón en el cuartel de Retiro y fue a visitar a su abuelo Sixto. No había gente por las calles. Las puertas y ventanas estaban cerradas y trabadas con palos y cadenas.

Sin embargo me están mirando, siento que de todas partes me miran. Doblaré por Defensa para ir a la Victoria ¿Qué es eso? Subí, zaino, a la Plaza. ¡Por Dios! una cabeza. Sangre en la pirámide. Los ojos afuera de las órbitas. Sangre y sangre. ¿Por qué corren carajo?. Vengan ¿qué es esto? Tranquilo zaino, sigamos por la calle del Cabildo. ¡Paasoo! ¡Dos más! La cabeza de éste está más allá. No lo pises, zaino. ¿Que mierda escribieron? MUERAN LOS SALVAJES... con sangre. La de la cabeza está negra, zaino, cuidado, me mira. Vamos. Vamos, galope.

Dobló en Santa Lucía hacia el bajo.

- ¡Español hijo de puta! ¡Mueran los españoles! – gritaban tres mazorqueros, cuchillos en mano, corriendo barranca abajo a un hombre mayor.

Benigno clavó espuelas y atrás del asustadísimo español tiró de las riendas.

- Soy el mayor Villanueva ¿qué pasa?

- Es un extranjero cabrón, jefe. Son como los unitarios. Hay que degollarlos a todos.

- A ése déjenlo, yo me encargo de él – refiriéndose al que acababa de doblar la esquina con el envión del susto y la bajada.

- Oficialito maricón.

- ¿Qué dijiste, huevón de mierda?

- Nada, nada jefe.

En la cuadra siguiente, en la puerta del negocio estaba el abuelo Sixto.

- Era Ambrosio Cevallos, el panadero de la calle Perú. Gracias a Dios que lo salvaste Benigno. Ayer mataron a Juan Manuel Equilaz, mi vecino. Era español. También mataron un portugués y tiraron la cabeza por la barranca. Pasaron pateándola y como no quedan unitarios por acá se la toman con los extranjeros. Pero con los españoles o portugueses y algún francés. Con los ingleses no.

- Es un baño de sangre abuelo. El Pilon Lamadrid hizo matar a varios mendocinos. Acá sigue el baile pero de otro color.

- Tomemos un vino y festejemos tu regreso, muchacho.

Acomodó dos copas sobre el mostrador, destapó una botella de vino tinto y lentamente sirvió.

- No es sangre Benigno, es vino tinto – decía Sixto mientras limpiaba el vómito de su nieto sobre un cuero que oficiaba de alfombra.

Quien no podía demostrar pureza federal ya se había ido de Buenos Aires. Pío estaba viviendo en Montevideo desde diciembre, pero le había prometido a su abuelo no incursionar en política y menos contra los “salvajes que se aliaban a los extranjeros en contra de su propia patria”.

Benigno se instaló en el cuartel de Retiro esperando a su regimiento. El 19 de abril leyó en “La Gaceta” que el gobernador

dirigió una orden al jefe de policía y a los jefes civiles y militares de la campaña afirmando que "... la mirada con el más serio y profundo desagrado los escandalosos asesinatos que se han cometido en estos últimos días". El terror cesó, pero había algo que Benigno no podía definir y que se había apoderado de sus sentidos. No tomaba vino tinto, sólo blanco o ginebra. Soñaba con jugadores de cabezas en vez de pelotas y se despertaba sobresaltado. Prefería dormir en el cuartel donde el sueño lo encontraba fácilmente después de los ejercicios hípicos. Seguía sorprendiendo su habilidad con las boleadoras y el lazo que incorporó nuevamente a la instrucción militar.

Cuando salía del regimiento se encontraba con Morel en la pulpería que conocían. Había vuelto a regentar el café de Los Catalanes donde jugaba billar. Carlos Morel prefería la pulpería "hay más colores Benigno", "en el café cambian de color las bolas". Era así, en la pulpería encontraban payadores, soldados o mazorqueros, en los que predominaba el rojo y el azul y blanco. En el café el color riguroso era el de la levita: el negro o el blanco.

- El negro no es color Benigno, es la ausencia del color, y el blanco es la presencia del color, pero no de los colores. Yo veo la vida por mis ojos y la pinto con mis manos. La vida y mis telas son colores.

Benigno asentía y le daba la razón a su sensible amigo. También solía hacer algún aporte a las artes plásticas con su teoría de los contrastes.

- Nada hay más bello que un cuerpo desnudo de mujer sobre el rojo, Carlos – a lo que Morel también asentía.

Lo que más le interesaba a Benigno de la lectura de "La Gaceta Mercantil" eran las noticias relacionadas con las campañas de Giuseppe Garibaldi. Si bien se denostaba contra el aventurero italiano, entre líneas apreciaba el interminable halo de libertad y aventura que destilaba el nuevo jefe de la armada oriental.

Como la isla Martín García, llave del Plata, se encontraba en manos de la Confederación y, por otro lado, el federal Oribe se aprestaba a invadir la provincia de Corrientes, el italiano decidió forzar el paso obligado de la isla.

Se aproximó a Martín García enarbolando la bandera federal. Como los artilleros de la isla sabían que los barcos de Brown se estaban reparando en Buenos Aires pensaron que era nuevamente el almirante de la confederación y dejaron navegar al barco, a los dos bergantines y a las dos goletas que se habían hecho a la vela en Montevideo. Cuando descubrieron el engaño era tarde y sus cañonazos sólo pegaron en un buque. Don Giuseppe consiguió forzar el paso pero “La Gazeta” lo llamaba pirata. Ese mote no lo entendía ofensivo Benigno, que disfrutaba en su fuero más íntimo de las hazañas del gringo. Había dominado en julio de 1842 a los buques federales y continuaba navegando hacia Corrientes.

Claro que quien marchó a perseguirlo gozaba de la admiración también de Benigno. El viejo Bruno (Brown), al mando de los barcos 9 de Julio, Chacabuco y Echagüe lo derrotó cerca de Corrientes, en Costa Brava, en un encarnizado combate en tierra que duró dos días, 15 y 16 de agosto. Garibaldi perdió su pequeña escuadra y escapó por Corrientes acompañado por Anita, su célebre mujer brasileña, de la que Benigno había escuchado los mejores elogios sobre su hermosura y coraje.

- Sueño con retratarla desnuda sobre los colores italianos no como pintaba a Encarnación con sus enormes peinetones que no entraban en mis telas – decía extasiado Morel ante el sólo nombre de la mujer brasileña de Garibaldi.

- Tu sueño es la aplicación empírica de mi teoría del contraste, querido amigo. Y a los colores de la bandera de la República Italiana le agregaría los ochocientos gringos locos que lo siguen contra viento y marea en el Uruguay.

Al ser vencido Garibaldi en Costa Brava, el federal Oribe trató de cruzar el Paraná. Necesitaba caballos y Pacheco destacó desde Buenos Aires al Sargento Mayor Villanueva con un contingente de caballería para llevar el ganado a la isla Tonelero.

La intención de Rosas era desarticular el proyecto de “Federación del Uruguay” que consistía en la creación de una nación independiente integrada por Corrientes, Entre Ríos, la República Oriental del Uruguay, Río Grande y tal vez el Paraguay y Santa Fe. El ejército de esta Federación, compuesto por orientales

seguidores de Rivera, farrapos o riograndenses y correntinos, tenía dos mil hombres de infantería, cinco mil de caballería y quinientos artilleros que servían 16 cañones. Por otro lado, Oribe había logrado reunir ocho mil hombres con buen armamento y bien montados gracias a Benigno.

El ejército federal o de vanguardia se fortificó en Arroyo Grande, al norte de Paysandú, en el Uruguay y allí consolidó una excelente posición de combate.

Benigno se enteró después de la victoria federal, de la astucia de Rosas para lograr el triunfo. El que lo relató lo había escuchado de labios de Antonino Reyes, secretario del Restaurador:

“Rosas llamó a Reyes y le dijo: Dentro de poco vendrá Mr. Mandeville; usted entrará a darme cuenta que las divisiones del ejército de Vanguardia están a pie, que no se ha empezado a pasar por el Tonelero los pocos caballos que hay, pero que por esto y la falta de armas el ejército no puede iniciar operaciones. Yo insistiré para que usted hable en presencia del ministro.

“Media hora después entró Mr. Mandeville. Asegurábale a Rosas que se esforzaría para que terminase dignamente la cuestión entablada, cuando se presentó Reyes a dar cuenta de lo que, con carácter urgente, avisaban del ejército de Vanguardia.

“- Diga usted – ordenóle Rosas-, el señor ministro es un amigo del país y hombre de confianza.

“Reyes habló, y Rosas se levantó irradadísimo exclamando:

“ – Vaya Ud., señor y dirija una nota para el jefe de las caballadas haciéndole responsable del retardo en entregar los caballos para el ejército de Vanguardia, y otra en el mismo sentido al jefe del convoy. Tráigame pronto sus notas, para firmarlas...

“Y como Mr. Mandeville quisiera calmarlo, arguyendo que quizás a esas horas ya todo había llegado a su destino:

“ – No señor, no puede haber llegado todavía!... y si el pardejón Rivera supiera aprovecharse... ¡así es como vienen los contrastes, así es como vienen! – decía Rosas cada vez más agitado.

“Mr. Mandeville pidió licencia para retirarse. Inmediatamente, Rosas ordenó al capitán del puerto que vigilase los movimientos de la rada. Esa misma noche tuvo parte que salía para Montevideo un

lanchón en el cuál iba un hombre de confianza de Mr. Mandeville. Este hombre transmitía lo que Mandeville había oído a Rosas.”...

Rivera lo creyó, ordenando rápidamente avanzar hacia Arroyo Grande. No contó con la eficiencia de Benigno en la entrega de la caballada. Atacó a Oribe el 6 de diciembre, estrellándose contra una posición bien defendida. Al darse cuenta del engaño y del desastre, Rivera escapó “arrojando su chaqueta bordada, su espada de honor y sus pistolas”. Perdió todo el parque y la caballada que fue hábilmente arriada por los jinetes de Benigno.

Parecía el fin de la guerra. Sólo quedaba en pie Montevideo. Hacia allí se había dirigido Garibaldi después de Costa Brava y se había formado en la ciudad la “legión italiana”.

Por otro lado, el francés Juan Thiébaud, veterano de las guerras de Napoleón, formaba la “legión francesa” con unos dos mil vascos franceses afincados en Montevideo.

El general José María Paz fue designado comandante general de la defensa y formó una escuálida “legión argentina”. Comparada con las demás legiones, su número era menor porque varios unitarios emigrados, como Alberdi y Juan María Gutiérrez, en un exceso de prudencia, ante la aproximación de Oribe embarcaron disfrazados de marineros en el Edén rumbo a Europa.

Los defensores llegaron a un total de siete mil hombres, constituyendo una fuerza importante comparándola con los 31.000 habitantes de Montevideo.

Oribe había iniciado el sitio el 16 de febrero de 1843 clavando su bandera en El Cerrito de la Victoria. Era la tercera vez que desde El Cerrito se sitiaba a Montevideo. Allí, el comandante federal formó gobierno, siendo reconocido por la Confederación Argentina.

Los orientales que escapaban de Montevideo formaron una villa que se llamó Restauración y tenían también el puerto del Buceo gracias al cual mantenían el tráfico marítimo. Esta nueva urbanización que rápidamente empezó a crecer a principios de 1843 tenía sus propios representantes en el gobierno de Oribe, se abrían comercios y entre ellos el más antiguo, que se llamaba el Remanso de doña Brunilda, atendido por mulatas brasileñas.

El Sargento Mayor de la caballería de la Confederación, don Benigno Villanueva asistía por las noches a faltar portugués y otros menesteres con las pupilas que recomendaba Brunilda.

El cerco no estaba hecho para ellas que semana por medio atendían en la sitiada Montevideo. Benigno intentó, por medio de Theresinha, tener noticias de su hermano Pío.

- Está con la legión argentina, es más bajo que yo y más delgado.

- Os argentinos estão a oeste para la vamos nos porque nos pagam melhor e são mais limpos.

- Brigado Theresinha.

El sitio produce en el sitiado una sensación de inseguridad que tiene su correlato en las medidas defensivas que producen un accionar continuo de vigilancia. En cambio, el sitiador pasado un tiempo pasa a tener tareas rutinarias y aburridas. Eso le ocurría a Benigno. Tenía un profundo aburrimiento en ese mar rojo confederal. Del otro lado estaba Pío, la legión italiana con el extraordinario Giuseppe Garibaldi o la legión francesa con esos vascos que hablaban además del francés, su propio dialecto.

Benigno disfrutaba hablando el inglés y últimamente, gracias a Brunilda o Theresinha, el portugués ¿por qué no el italiano o el francés?

Estas cavilaciones eran estrictamente personales, no las compartía ni con las pupilas de Villa Restauración. En El Cerrito la disciplina federal se resquebrajaba y Oribe se veía obligado a fusilar algún cuchillero de vez en cuando.

Había guerreado con Pacheco por todo el país. Lamadrid, Lavalle o Acha ya eran recuerdos, ahora, unidos atrás de Paz, los salvajes unitarios se defendían como leones en su último reducto. Pero ¿eran tan salvajes aquellos huevones del Salón Literario? se preguntaba Benigno. Al menos sabía que Pío no era salvaje ¿será unitario?

La mulata espía le trajo a Benigno una sencilla señal de reconocimiento escrita en un papel muy arrugado, decía simplemente, Huevón. Era lo que esperaba.

No sólo las pupilas de Brunilda podían sortear el cerco federal sino también los marineros ingleses del Comodoro John Brett Purvis.

Este marino se opuso al bloqueo que hacía Brown a Montevideo por “no reconocer el gobierno de Su Majestad Británica a los nuevos pueblos de Sudamérica como potencias marítimas autorizadas para el ejercicio de tan alto e importante derecho como el bloqueo”. Rosas ordenó al almirante de la Confederación no abrir fuego contra ningún extranjero mientras se quejaba a Londres.

De acuerdo con Theresinha, cuando un marinero inglés del porte de Benigno se desvistiese en su cuchitril, ella lo entretendría de tal modo que lo dejaría dormido.

Así fue, el Sargento Mayor de caballería tenía puestos un pantalón azul y zapatos negros. Entró en puntas de pie y tomó la casaca también azul del marinero. Al ver las barras en las mangas descubrió que era un oficial subalterno. Tomó también la gorra que era de lana y le cubría las orejas y se la embutió más debajo de las cejas, guiñó el ojo a Teresinha y se fue despidiéndose de Brunilda en perfecto inglés.

En el Fuerte del Oeste, sobre el Río de la Plata estaba la legión argentina. Entre los que nombraba Theresinha estaban Pío, Bartolo (Mitre) y Obes (Pacheco y Obes).

Montó al caballo del huésped de Brunilda y al paso se dirigió hacia el sur. Cada vez que lo paraban respondía en inglés y agregaba, para que lo entiendan mejor el nombre de Purvis.

Fue oportuno porque poco tiempo después, en el número del 21 de enero de 1844, el “Defensor de la Independencia Americana” que era el periódico que editaba Oribe en El Cerrito, se publicó un acróstico sobre el comodoro inglés:

“Pirata, vil comodoro,
Unitario turbulento,
Riverista por el oro,
Vendido como jumento,
Idólatra del tesoro,
Servil, infame avariento”

Traspasadas las primeras líneas defensivas, ya a plena luz del día, tiró la casaca en una zanja y se guardó la extraña gorra inglesa.

- Soy Benigno Villanueva, busco a mi hermano Pío.

Le señalaron el fuerte y lo dejaron pasar.

Pío trabajaba en la auditoría de guerra, era la mano derecha del auditor general Benjamín Djenson y llevaba además el detalle de la legión argentina.

- Sólo a vos se te ocurre cambiarte de bando, cuando lo nuestro está todo perdido – se lamentaba Pío con su hermano.

- Me cansé del color rojo, Pío, he visto mucha sangre, tal vez el celeste que es el color de la inmensidad haga vibrar mejor mi sable.

Pío no comprendió la sutileza pictórica de su hermano menor a quien lo hacía muy lejos de las artes.

- El celeste es de la inmensidad durante el día, pero aquí se viene la noche Benigno.

- Huevón – contestó cariñosamente y se abrazaron.

Benigno acompañaba en sus corridas al doctor Djenson quien iba de agrupación en agrupación tomando notas.

En el centro de la ciudad flameaban banderas francesas y hacia allí se dirigían los auditores. Como no entendían el castellano, Benigno probó con el inglés y un tal Jean Baptiste Brie, le respondió claramente. A partir de allí, la función de Benigno fue la de intérprete de la auditoría general. No representaba ningún esfuerzo para él y así se fueron sorprendiendo los legionarios franceses y luego los italianos. Tenía serias dificultades para entenderse con los vascos franceses y llegó a pensar que tampoco se entendían entre ellos.

Esas habilidades lingüísticas de Benigno llegaron a oídos del comandante general de la defensa.

- Me han dicho, Villanueva, que usted habla y entiende varios idiomas – le dijo el General José María Paz.

- Así es, mi general, hablo el inglés, el portugués, el francés, el italiano y algunos dialectos indios contestó sin inmutarse.

- Mi mayor problema en este sitio es la incomunicación. No me entiendo con mis propios legionarios ni con los ingleses y franceses que nos ayudan desde el puerto.

A partir de este momento, Teniente Coronel Villanueva, usted va a ser mi edecán.

¿Edecán del salvaje y manco unitario, traidor a la Confederación? ¿En el momento preciso en que el partido unitario está cercado y próximo a desaparecer del mapa, reunido y acorralado en este Monte que video y sin ninguna esperanza? ¿Lo habré hecho porque el punzó lo identifico ya con la sangre? ¿O por Garibaldi, los gringos y los vascos franceses? No... no sé ¿Por Pío? huevón filial.

Las mutaciones políticas estaban a la orden del día. Chilavert se afeitó la barba unitaria y se dejó el bigote nacional. El jefe de la legión francesa Juan Crisóstomo Thiébaud, suboficial de Napoleón devenido en carnicero y después en tenedor de libros en Montevideo, intentó pasar su legión al Cerrito. Los ingleses y franceses iban y volvían con su entente y sus apoyos. El más furibundo unitario en el exilio oriental, José Rivera Indarte había sido un furioso federal. A sus “tablas de sangre”, relato de los horrores rosistas, le había precedido el “himno a Rosas”.

***“¡Oh, Gran Rosas, tu pueblo quisiera
mil laureles poner a tus pies...!”***

En realidad, Benigno no se sentía íntimamente representado por ninguno de los bandos en pugna.

Lo que había presentido en Buenos Aires sobre Garibaldi y su legión, lo estaba comprobando como edecán de Paz. El único ideal de esos hombres era la libertad, pero la libertad infinita. Cantaban todas las noches festejando la vida y la aventura. Giuseppe tenía los ojos color del mar que Benigno había conocido en Chile, tenía cicatrices en la cara y en los brazos.

Su mujer, Anita, no era la que soñaba Carlos Morel, tal vez lo había sido antes, pero ahora, después de varios hijos, su cuerpo era como esas peras enormes que comía en Mendoza. Sin embargo, la

dulzura de su mirada y su gracioso portugués-italiano o italiano-portugués hacían de ella una mujer encantadora.

Era el anclaje del inquieto Garibaldi, era quien lo llevaba a pisar esta tierra de mortales, bajándolo de los sueños libertarios.

Anita oficiaba de intérprete o lenguaraza de la legión. El portugués gaúcho era entendible para los uruguayos pero al intervenir Benigno las comunicaciones se hicieron más fluidas.

- En Buenos Aires vive un gran pintor que sueña con retratarla, señora. Se llama Carlos Morel y ha pintado a prominentes damas de la Confederación.

- ¿Para qué me querrá retratar a mí que no soy federal?

Benigno callaba prudentemente y no hacía mención a su teoría del contraste pero sí le explicó que quería pintar como fondo, los colores de la bandera de Italia.

- ¿Para qué me querrá retratar con la bandera de Italia si soy brasileña?

- Porque usted forma parte del sueño de don Giuseppe, querida señora.

Al empezar 1844, Rosas sabía que se estaba gestando una coalición anglo-francesa-brasileña contra él. El Paraguay se había declarado independiente y Río de Janeiro intentaba influenciar en él, en la República Oriental y en Corrientes.

Fructuoso Rivera había abandonado la idea de la Federación del Uruguay porque la “República de Río Grande” ya había pasado a la historia. A don Frutos le interesaba ahora ser “virrey” de la Banda Oriental en un protectorado del Brasil con influencia en Corrientes y Río Grande.

Era necesario fortalecer la resistencia unitaria y adelantar una nueva rebelión en la Confederación. Se tendría que formar el cuarto ejército libertador y el único general que lo podría conducir era José María Paz.

El cónsul del Imperio del Brasil en Montevideo se entrevistó en el mes de junio varias veces con el comandante de la defensa, en presencia de su estado mayor y su edecán.

- El imperio apoyará la revolución. Al Brasil también le interesa desembarazarse del tirano Rosas porque no facilita el libre

comercio. Además contamos con el respaldo de Francia e Inglaterra. Recuerden ustedes que la hermana del Emperador se acaba de casar con el hijo de Luis Felipe. En Río de Janeiro ha sido nombrado en la cartera de Negocios Extranjeros el Excelentísimo señor Paulino Soares de Souza y en nombre de él pongo a su disposición un buque de guerra y uno mercante para su familia, con la finalidad de trasladarse a Río para entrevistarse con el nuevo Ministro.

A fines de junio Paz aceptó e informó al cónsul cómo se iba a integrar la comitiva.

- Viajarán conmigo – detalló Paz – los miembros del estado mayor, los coroneles Chenaut, López y Cáceres y mi secretario, el doctor Santiago Derqui.

- Y el edecán – agregó Benigno

- El edecán también, el Teniente Coronel Benigno Villanueva – sumó Paz con una sonrisa.

A Pío lo agregó en la lista del estado mayor como auditor y el Manco no lo objetó al firmar.

En la noche del tres de julio se embarcó la comitiva en el Caperebibe y la familia del general en el Nossa Senhora da Guarda. El buque de guerra sería la custodia del Nossa Senhora hasta Río Grande donde desembarcaría la señora y los hijos y el Caperebibe continuaría navegando a Río de Janeiro.

Para evitar la escuadra de Brown tomaron un definido rumbo sudeste para después virar al norte en alta mar y burlar la vigilancia de la escuadra argentina que permanecía próxima a la costa.

La capital del Imperio recibió a la comisión argentina con todos los honores. Si bien se preservaba el secreto de la maniobra diplomática, fueron recibidos por el propio Emperador en su palacio.

Quien mejor hablaba el portugués era Benigno, que estuvo presente en todas las negociaciones. Supo que Tomás Guido, encargado de negocios de la Confederación ante el Imperio, había denunciado el viaje de Paz y que éste preocupaba a Paulino porque aún no tenía interés en enemistarse con Rosas, ya que no estaba sellada aún la alianza con Francia e Inglaterra.

Al segundo día de su estada en Río, la delegación argentina conoció al general mexicano José Manuel Gutiérrez Morelos quien se lamentaba ante Paulino de la interpretación que hicieron los Estados Unidos de su propia doctrina Monroe. Los colonos norteamericanos se habían sublevado en Texas y habían declarado la independencia y ahora pretendían la anexión a la República del norte.

- Tenemos conocimiento –decía Gutiérrez Morelos con convicción- que los Estados Unidos nos quieren invadir y quedarse con nuestro país. Yo presido esta comisión de militares y políticos mexicanos que estamos en la capital del Imperio para solicitar ayuda a nuestros hermanos americanos.

- ¿Qué necesitan? –preguntó Benigno en correcto español-.

- Barcos, armas y, fundamentalmente, oficiales.

Benigno, que tenía ojos para admirar no sólo las mujeres del mundo diplomático sino también esos cuerpos perfectos que se movían con acompasada armonía debajo de los delantales, prestó expresiva atención al mexicano.

- ¿Qué categoría de oficiales señor General? – preguntó dejando de lado su discreto silencio.

- Necesitamos oficiales con experiencia en caballería y artillería. Nuestra caballería es indisciplinada y los jefes son guerrilleros sin ningún conocimiento de táctica. Necesitamos también artilleros porque compramos a Francia obuses y cañones que necesitan de oficiales que hagan cálculos y planes de fuego.

- No creo que en la Confederación Argentina o en Montevideo puedan conseguir voluntarios porque están en una guerra civil desde hace varios años. Rosas no aceptaría recibirlos porque correría el riesgo que algunos hombres deserten –dijo con voz extremadamente grave el doctor Santiago Derqui-.

- La nuestra –seguía el mexicano- es una causa americana, no es una guerra civil. Desconfíen de los aliados franceses, a nosotros nos atacaron Veracruz en 1836 y después quisieron ocupar nuestro territorio. Lo impidió el General Santa Anna que perdió una pierna en esa guerra. Simultáneamente, los colonos norteamericanos a los que les permitimos trabajar en Texas, se declararon independientes.

Santa Anna los venció en El Alamo el 6 de marzo de 1836 pero luego, con la tropa muy desgastada fue derrotado en San Jacinto. Los colonos están tratando de influenciar al Congreso norteamericano para que dicte la anexión de Texas a Estados Unidos. Eso no lo podemos tolerar los mexicanos e iremos a la guerra con un ejército disminuido no sólo por esas agresiones internacionales sino, como les ocurre a ustedes, por la guerra civil en Zacatecas.

Benigno esperó una oportunidad propicia para hablar con el General Gutiérrez. Lo siguió hasta el aposento en que el dignatario desahogaba su vejez y lo esperó.

- Disculpe, mi general, –ya no era señor general- soy comandante de caballería y estoy interesado en incorporarme a su ejército para colaborar con esa causa americana. Mi padre me transmitió la enseñanza del General San Martín que no se debe luchar entre hermanos. ¿Qué debo hacer?

Benigno tenía dos opciones: unirse a la comitiva mexicana en calidad de exiliado político de la Confederación o bien regularizar su situación personal en la legación argentina en Río.

La primera opción tenía el atractivo de ser inmediata, se podía agregar a la comisión de Gutiérrez Morelos sin más trámites, pero pasaba a estar desprotegido de su propio país a pesar que ya lo estaba de hecho desde que decidió saltar del Cerrito a Montevideo.

Significaba quemar las naves y los invisibles cabos que lo conectaban con la Confederación en el bando que fuere.

La otra opción significaba legalizar su situación ante la representación argentina que llevaría un tiempo no menor de dos meses. Por otro lado ¿cómo iba a explicar su presencia en la capital del Imperio siendo edecán del comandante unitario en misión secreta para complotar contra el propio gobierno que el embajador representaba?

Además intentaba sumar a Pío en la aventura que estaba en las mismas condiciones políticas que él.

Como el general mexicano le dio tres días para tomar la decisión, durante los cuáles guardaría la más absoluta reserva, Benigno partió del palacio en dirección a Guanabara donde residía

el General Tomás Guido, ministro plenipotenciario de la Confederación ante la Corte Imperial.

- Espere, siéntese, Teniente Coronel – le dijo un empleado a Benigno antes de internarse detrás de una enorme puerta con espejos.

No cabía en sí mismo la emoción que lo embargaba. Su padre sentía una gran admiración por el Brigadier General Tomás Guido. Recordaba cuando Miguel relataba que Mariano Moreno murió en brazos de él en alta mar en 1811. Que había sido quien escribió la “Memoria” desalentando la ofensiva contra los españoles por el Alto Perú, recomendando el cruce de los Andes y la expedición por mar a Lima. Que era el ministro de guerra que apoyaba a San Martín en su fabulosa campaña. Que era el gran amigo de Belgrano y de San Martín. Que despidió al Libertador emocionado después de Guayaquil y siguió la guerra con Bolívar y Sucre. Ese gran héroe estaba del otro lado de esa puerta que le devolvía su propia imagen cada vez más achicada.

- Adelante, su excelencia lo recibirá.

- ¿Es usted pariente del Teniente Coronel Villanueva, Miguel Villanueva, el mendocino? – preguntó mientras se acercaba con la mano extendida y una franca sonrisa el prócer argentino.

- Así es, excelencia, soy el hijo – contestó con la voz temblequeante.

- ¿Qué lo trae por acá m’hijo?

- Vea mi general, tal vez sea usted la única persona en esta América que me pueda entender. Siento una vocación definida a la carrera de las armas. Vocación que mi padre trató de variarla para impedir que yo cumpliera el mandato de San Martín de no desenvainar la espada entre hermanos. Ingresé en el ejército federal, fui jefe del escuadrón escolta del Restaurador. Seguí al General Pacheco hasta su campaña a Cuyo y de regreso a Buenos Aires sólo encontré sangre y desolación en ese terrible abril del 42. Seguí con el ejército de Oribe hasta el Cerrito y allí, mi general, seré franco con usted, mi corazón se colocó del lado de los sitiados entre los que estaba mi propio hermano. No hubo ningún cálculo

oportunista de mi parte. Pasé a defender al más débil. Estoy en Río como edecán del General Paz.

Guido se sobresaltó pero continuó escuchando – cargando culpas y reproches. La comisión mexicana del general Gutiérrez Morelos me ha invitado a unirme a su ejército en calidad de oficial de caballería. Me ofrecieron el cargo militar como exiliado, pero yo aspiro a otra cosa mi general. Ustedes guerrearon por la Independencia de América contra España. Lo hicieron en Chile y en el Alto Perú hasta Ayacucho. Yo aspiro a hacer lo mismo. Nuestros hermanos mexicanos son agredidos por los Estados Unidos y esa es una causa Sanmartiniana para luchar – terminó Benigno casi sin aliento, esa perorata que no había preparado pero que provenía directamente de sus entrañas.

El Ministro Plenipotenciario se paró sin dificultad de su mullido sillón, llamó al abrepuestas y le dio varias instrucciones en voz baja, que a gran velocidad salió a cumplirlas.

Guido seguía callado y miraba por el ventanal de su escritorio la selva con infinidad de tonos verdosos que estaba frente a su residencia. Benigno estaba intranquilo porque dudaba acerca de la eficacia de su franco discurso. “Dije huevadas” pensó – si él denunció la misión de Paz ¿cómo va a avalar a su edecán? acá me detienen y me deportan se alarmó.

El prócer giró dejando atrás el amplio ventanal, caminó lentamente y se sentó en otro sillón más próximo al que contenía al tieso Benigno.

- No sos el único m'hijo, ya han pasado por el puerto de Río, Bernabé de la Barra, Meyer, Viviani, Díaz y algunos otros. Tu caso es muy particular y te lo agradezco que me hayas hablado con el corazón en la mano, -Benigno se tranquilizó– es el único lenguaje que puedo entender en esta circunstancia paradójal.

Rosas me tiene acá para evitar que me vaya con San Martín a Francia. Tengo el honor de representar a nuestro país y no a un partido y tampoco mancho mi espada con sangre de hermanos.

La puerta de espejos se abrió y el abrepuestas la mantuvo abierta mientras hacía una reverencia. Ingresaba una dama muy elegante

con una inmensa sonrisa en su rostro que resaltaba las arrugas que los años habían tratado de escamotear a su belleza.

No lo habían logrado, Nieves Spano, la mujer de Tomás reducía los espacios con su presencia. Hija de Carlos Spano, el héroe chileno de Talca y esposa del prócer de la Independencia, infundía respeto a su alrededor que pronto se transformaba en amistad por la magia de su cálida humildad.

- Mi señora esposa.
- Teniente Coronel Benigno Villanueva.
- Bienvenido Benigno, siéntese por favor.

Detrás de ella había entrado el abrepuestas con una caja que apoyó suavemente sobre la mesa.

- Este joven – dijo Guido a Nieves – es hijo de un compañero de armas mendocino del Ejército de los Andes. Acaba de aprender la lección del Libertador de no guerrear entre hermanos, en una verdadera catarsis que tuvo ante mí y que me infunde optimismo por el futuro de nuestra patria, sobre el que soy algo escéptico. Por favor Nieves, trae tres copas para darle a este joven una sorpresa.

Tomás se dirigió a la mesa y abrió la caja, sacando de ella dos botellas que trataba de ocultar. Las destapó mientras su señora acomodaba las copas.

- ¿Blanco o tinto? – ofreció el General mostrando las rústicas etiquetas en las que Benigno alcanzó a leer “Bodegas Toro y Villanueva”. Valparaíso. Chile.

Fueron las letras más grandes las que conmovieron a Benigno y que lo obligaron a tomar la copa con las dos manos y las dos rodillas: SANTA JOAQUINA.

Relajado, con los sabores puestos de una botella y media de Santa Joaquina conseguido por el ministro gracias a su vecino, el representante chileno en Río, Benigno sumó sin consulta previa a Pío como voluntario.

- No es necesario esperar el decreto del gobernador de Buenos Aires, Villanueva, yo tengo potestad para autorizarlos y mañana mismo tendré preparadas sus cartas credenciales. Deberá venir con su hermano para firmar la documentación de rutina.

Benigno abrazó emocionado al prócer de la Independencia, cuya anatomía era sensiblemente menor a la suya, de tal modo que tuvo que ser socorrido por Nieves con suavidad cortesana.



Brigadier General Tomás Guido⁵

⁵ Fotografía extraída del libro “Vida de Grandes Argentinos”. Autor: Antonio Fossati. Edición del autor, 1960, Buenos Aires, Argentina.

TEQUILA

¡Cuántas cosas iguales! El jinete y el llano,
La tradición de espadas, la plata y la caoba,
El piadoso benjuí que sahúma la alcoba
Y ese latín venido a menos, el castellano.

“México” de Jorge Luis Borges

Capítulo IV

El vuelo del Quetzal

El general José Manuel Gutiérrez Morelos no era un hombre de mar. Embarcado en la fragata Hidalgo, no alcanzó a presentar a los cincuenta y tres oficiales extranjeros al Almirante Mejía porque el movimiento de las aguas en el tranquilo puerto de Río, lo descomponía totalmente.

Vomitó en la cubierta del barco aún anclado y amarrado y así siguió hasta la cabina del almirante que, para contrarrestar el efecto mecedor-mareador del atlántico, puso a su disposición una botella de tequila que tuvo la virtud de nivelar pendularmente los efectos desestabilizadores de la mar.

Al amanecer del 22 de agosto de 1844, la Hidalgo partió de Río de Janeiro rumbo al norte. En Recife anclaron nuevamente para sumar más oficiales a la expedición.

De allí el nuevo rumbo fue el noroeste hasta Caracas, donde fueron recibidos con todos los honores por el presidente venezolano, José Antonio Páez. El discurso de Gutiérrez Morelos tenía mayor audiencia en la cuna de Bolívar que en el Brasil.

La proximidad a Estados Unidos era mayor y el compromiso con la hermana república de México formaban parte del legado americanista del Libertador del Norte.

Fueron tan convincentes los discursos mexicanos que debieron organizar dos comisiones de voluntarios. Una embarcaba con

Gutiérrez y Mejía y la otra permanecía en Guarnición en Caracas a órdenes de dos coroneles mexicanos, hasta tanto otro barco pudiese transportar a la legión de voluntarios bolivarianos.

La fragata Hidalgo zarpó de Caracas a principios de octubre vulnerando holgadamente el exceso de peso permitido para navegar. Mejía no logró convencer a Gutiérrez de que un índice de flotabilidad negativo del barco era el modo más sencillo de terminar en el fondo del mar de las Antillas.

Ingresaron al golfo de México por el canal de Yucatán, piloteando el almirante personalmente el vapor que no superaba la velocidad de 15 nudos. Navegaban muy cerca de la costa, evitando restingas y corales. El sol recién comenzaba a trepar el horizonte a estribor de la fragata, iluminando la selva de Yucatán, sus arenas claras y el mar que oscilaba entre verde y azul.

- No estamos lejos de la costa, los vemos así porque los mayas son pequeños- explicaba un oficial mejicano refiriéndose a los indios que corrían por la playa a la par de la Hidalgo.

- Los indios de nuestra Patagonia se destacan por el tamaño de sus pies, los de acá por su... tamaño- comentó sabiamente Benigno a Pío en el colmo del aburrimiento y de la admiración de ese increíble paraíso.

Desembarcaron en el puerto de Veracruz donde debieron esperar medio día para descompensar la pendularidad etílica del general Gutiérrez Morelos. Una vez lograda la nivelación de su anatomía entre lo marítimo y lo terrestre, enfundado en un impecable uniforme con los colores nacionales y con sombrero napoleónico a dos borlas, condujo a los voluntarios americanos al fuerte de Veracruz.

El coronel Benigno Villanueva, del ejército mexicano, usaba chaquetilla azul con pechera roja y cinto verde, pantalones blancos ceñidos a sus piernas que coronaban con un par de botas negras relucientes entre espuelas de plata del país. Lo escoltaba el auditor Pío Villanueva que invariablemente llevaba papeles bajo el brazo.

Durante el mes de noviembre permanecieron en el fuerte donde Benigno demostró sus dotes de jinete no precisamente en un regimiento de caballería que no existía en Veracruz, sino a los

sufridos infantes mexicanos que marchaban por la extensa república sofocando rebeliones federalistas desde Yucatán a California.

Los hermanos se asombraban con esa ciudad multicolor, de casas de dos pisos y ventanales orientados invariablemente al este, al mar, al puerto.

A los pocos días de estar allí, Benigno hablaba como un mexicano, tomaba tequila como un mexicano y tumbaba mexicanos como un mexicano. Era reconocible su filiación porque no utilizaba el célebre “micuate” veracruzense sino un antológico “huevón” mendocino.

Pío se alarmaba con las explosiones emotivas al galope, en los bares, por las calles, con revólveres o escopetas, los gritos con vocales extendidas y repetidas hasta el borde del aliento y ese licor tan fuerte, más fuerte que el aguardiente o la ginebra.

- Hay que ser muy macho para tomar tequila- y era así, había que ser muy macho. Desataba una competencia de machos. Había que macharse para empezar a mostrar que se era hombre. Macharse y dejarse el bigote cuanto más largo mejor.

Benigno lo dejó crecer y coincidía con los mexicanos en que ayudaba a embutir el tequila.

Una vez uniformados y registradas y organizadas las comisiones extranjeras, se dispuso la marcha a la ciudad de México. El calor era peligroso en Veracruz. La fiebre amarilla azotaba en el puerto. Acechaba en el mar y las altas temperaturas la hacían desembarcar en las costas llevando la muerte hasta los rincones menos esperados. En esos días, al finalizar noviembre había vuelto el calor como si fuese verano y con él la maldita fiebre.

La legión extranjera de oficiales marchó con buenos caballos al distrito federal. El general Gutiérrez Morelos con su estado mayor marchaba a la vanguardia. Llegaron a la ciudad el 6 de diciembre de 1844.

-¡La pata del traidor!, ¡La pata de Santa Anna!- gritaba una multitud que salía del cementerio de Santa Paula.

Benigno alcanzó a ver una pierna que se agitaba sobre la gente. Era una pierna humana que pasaba de mano en mano entre hombres enardecidos.

-¡Viva Santa Anna!, ¡Devuelvan la pierna!- se escuchaba más allá entre tiros, gritos y relinchos.

Ese 6 de diciembre fue la revolución contra Santa Anna, primer presidente de la Segunda República Central. Ese día derrocaron al héroe de la guerra contra Francia, que en Veracruz en 1838, había perdido su pierna izquierda. Esa pata o pierna (según el color político) los mexicanos la habían colocado en un monumento en el cementerio de Santa Paula en 1842.

El célebre rengo gobernaba desde el año anterior como un dictador, a pesar que ya se habían promulgado las Bases Orgánicas. Exprimía al pueblo con impuestos y se olvidó de las leyes benignas de Tacubaya.

José Joaquín Herrera encabezaba la revolución triunfante. Era, como el rengo, centralista, enemigo del federalismo que tendía a la desunión de la república.

- Los federales nuestros- comparaba Benigno- gobiernan como los centralistas de acá y piensan como los federalistas mexicanos.

No sólo la pierna de Santa Anna fue ultrajada, su estatua en el Volador y su busto en el teatro Nacional fueron derribados.

La plaza Mayor de la ciudad se había convertido en una pista de tiro, carreras y gritos. Continuaban por la avenida del Empedradillo donde los jinetes se surtían de tequila sin apearse de sus caballos.

Todo era un caos ingobernable y Gutiérrez Morelos, prudentemente, dividió a la legión extranjera y, por los suburbios, la dirigió al comando central de guerra cuyos miembros estaban naturalmente acuartelados.

El general José Joaquín Herrera era un hombre prudente. Desterró a Santa Anna y aflojó las riendas de la administración pública. La secretaría de guerra se transformó en un gran desorden a raíz de ser un político pacifista frente a las reiteradas e irritantes provocaciones de Estados Unidos. Los que eran partidarios de la guerra contra el vecino del norte rápidamente empezaron a

conspirar contra el benévolo segundo presidente de la Segunda República Central.

No era la hora de los abogados en México y Pío se sentía fuera de foco. Las últimas leyes, los últimos decretos ya no tenían vigencia. Valía el calibre de las armas y el efecto del tequila sobre los hombres. Benigno lo comprendió y estaba a sus anchas. Inició el año 1845 con el cargo de jefe del regimiento de caballería de húsares, escolta del ministro de guerra general José Miguel Gutiérrez Morelos, su reclutador. Se había salvado de la limpieza de generales que inició el presidente Herrera porque estuvo en el exterior durante la gestión de su rengo antecesor.

El cuartel de los húsares estaba ubicado en el bosque de Chapultepec donde había empezado a funcionar el Colegio Militar. Allí lo encomendaron al auditor Pío Villanueva, como asesor de estudios del viejo general director Nicolás Bravo.

Benigno se adaptó rápidamente a la montura mexicana que, a diferencia del recado criollo, permitía al jinete mayor libertad de acción con el sable o la lanza.

- Este regimiento no tendrá nada que envidiar a los húsares húngaros o a los franceses- arengaba el jefe del regimiento escolta a sus oficiales.

Hizo talar árboles para disponer de una pista mejor para las cargas de caballería. Agregó al lazo del húsar las boleadoras y diariamente hacía practicar su uso sobre postes o animales salvajes.

- Hay que bolear al huevón- repetían sus hombres en los descansos mientras crecía en ellos la admiración hacia ese extraordinario jinete que hacía piruetas con las armas y a todo galope.

En “La Voz del Pueblo” de México que volvió a editarse diariamente después de la asunción de Herrera, se publicó el 5 de julio de 1845 una nota referida al “excepcional adiestramiento militar del regimiento de húsares, obra de su jefe, el coronel de origen argentino Benigno Villanueva”.

El 9 de julio, el ministro de guerra agasajó a los oficiales argentinos, que concurrieron al castillo de Chapultepec junto con su embajador, el doctor Cristóbal Uriarte.

-Coronel Villanueva, le presento a mi hija Leticia- dijo gravemente José Miguel Gutiérrez Morelos.

Pío trató de impedir el impulsivo avance de su hermano pero no pudo pellizcar la tela de la manga de la chaqueta azul. El embajador Uriarte diplomáticamente se ubicó entre Leticia y Benigno saludando a la dama con una reverencia estudiada. Pero la dama sólo tenía ojos para Benigno y Benigno no quitaba los suyos de la dama.

Era una hermosa morocha enfundada en un vestido verde con un tremendo escote en el que se hundían las miradas de los hombres de Chapultepec.

- Las mujeres muestran su busto a través de los escotes gracias a los franceses- le había dicho Pío.

- Y los hombres su bulto a través de las calzas. Esa costumbre la impuso Bolívar que la tomó de los oficiales de Napoleón- contestó Benigno mientras se acomodaba sus calzas para resaltar lo suyo.

Pío logró tomar el brazo de su hermano y acompañarlo hasta el extremo de la larga mesa donde el protocolo los había ubicado.

- He leído el artículo de “La Voz del Pueblo” Coronel, lo felicito- dijo con voz sonora Leticia detrás de una inmensa sonrisa y acortando las distancias protocolares.

Antes de que Pío lo pudiese detener, Benigno se incorporó, rodeó la larga mesa y agradeció besando la mano enguantada que la dama le extendía. Desandó el camino y nuevamente se sentó para tranquilidad de Pío.

- Coexisten en nuestro país dos versiones populares de la historia mexicana –decía el Secretario de Guerra inmerso en un estado de pura oratoria- una nos dice que nuestro país nace con el estado azteca, perdió su independencia en el siglo XVI con la conquista y la recobró en 1821. Entre el México azteca y el independiente no sólo hay continuidad sino identidad; se trata de la misma nación, por eso digo que México recobra su independencia en 1821. Nueva España es un paréntesis, un interregno histórico, una zona vacía en la que apenas si algo sucede. Es el período del cautiverio de la nación mexicana. El régimen de Moctezuna, aunque haya oprimido a todas las naciones indias, no fue un

régimen extranjero; de allí que la independencia haya sido una restauración. Como ustedes verán ésta es una colaboración mítica, la otra versión es una metáfora a un tiempo agrícola y biológico: las raíces de México están en el mundo prehispánico; los tres siglos de Nueva España, especialmente el XVII y el XVIII, son el período de gestación; la Independencia es la madurez de la nación, algo así como su mayoría de edad. Esta versión es más sensata pero me muestra la historia como una ininterrumpida evolución progresiva. Al poner énfasis en la continuidad del proceso histórico, hace caso omiso a las rupturas y las diferencias. En realidad más que de continuidad debemos hablar de superposiciones. En lugar de concebir la historia de México como un proceso lineal, deberíamos verla como una yuxtaposición de sociedades distintas. La verdad, y esto lo dice mi amigo Octavio*, la nuestra es una historia a imagen y semejanza de nuestra geografía: abrupta, anfractuosa.

Cada período histórico es como una meseta encerrada entre altas montañas y separada de las otras por precipicios y despeñaderos. La conquista fue la gran ruptura, la línea divisoria que parte en dos nuestra historia: de un lado, el de allá, el mundo precolombino; del otro lado, el de acá, el virreinato católico de Nueva España, el imperio de Iturbide y la República independiente. El segundo período comprende dos proyecciones opuestas, excéntricas y marginales de la civilización, la primera, Nueva España fue una realidad histórica que nació y vivió en contra de la corriente general de Occidente, la segunda, la República de México es una apresurada e irreflexiva adaptación de esa modernidad. Una imitación, diré de paso, que ha deformado a nuestra tradición sin convertirnos, por lo demás, en una nación realmente moderna.

Discretamente Leticia le recordó a su padre que celebraban el día de la Independencia argentina.

- Son historias diferentes con presentes semejantes. Nosotros nos debatimos por aclarar nuestros tres períodos históricos y ustedes sólo consideran dos: la colonia y la Independencia. Bendita sea esta última. Bendita sea la Argentina independiente.

* Paz (atemporal)

Se pusieron de pie y las pocas mujeres se dirigieron al balcón central del salón del castillo. Benigno las siguió hasta que se acercó a la más rezagada: Leticia.

- Desconocía las dotes de orador de su padre, señorita. Ahora entiendo la historia de su país.

- Siempre dice lo mismo. A ustedes, a los venezolanos, a los banqueros, a sus secretarios. Conozco de memoria cada palabra-contestó con cierta complicidad.

- Eso no es óbice para que su oratoria no sea útil para mí- dijo Benigno imitando la voz de Gutiérrez al decir “óbice” provocando la iluminación del balcón del salón del castillo con la risa de Leticia.

Como algunas mujeres se dieron vuelta para verla, se cubrió la boca con la mano en un gesto de mayor complicidad con Benigno.

- ¿No hay otro balcón?

- Sí, sígame- dijo ella.

Las formas de Leticia eran tan impactantes de atrás como de adelante. Benigno la seguía sin sacar los ojos de esas caderas que se bamboleaban como sus sensaciones.

Llegaron al balcón lateral apenas iluminado por las luces del salón. La noche sólo permitía ver alguna luz en el bosque, bajo el cerro.

- El salón “fue la gran ruptura, la línea divisoria que parte en dos nuestra historia”- continuó imitando Benigno a Gutiérrez mientras ella no hacía ningún esfuerzo por contener la risa.

- En lugar de concebir nuestra historia como un proceso lineal, deberíamos verla- mientras se acercaba riéndose - como una yuxtaposición - continuó con la imitación en la oreja- entre una hermosa mujer y un hombre solitario.

Leticia nunca había aceptado a un hombre tan rápido ni Benigno había soltado riendas tan pronto y en el balcón de un castillo. El padre de la dama estaba a pocos metros fumando un cigarro y disertando en el salón mientras que el argentino le subía las faldas a su hija en el mismísimo Colegio Militar de Chapultepec.

La banda roja del cinto, la abotonadura y las calzas apretadísimas dificultaban la maniobra masculina, sobre todo sin entrenamiento previo en uniforme nuevo.

Del balcón principal no se sentía el parloteo de las damas. Estarían escuchando porque no los podían ver. Más que las risas y algún gemido, la pareja demostró discreción. Volvieron a reírse mientras se arreglaban la ropa y elevaron el tono de voz.

- Durante el día el paisaje desde este lugar es encantador- decía Leticia peinándose y mirando con picardía a Benigno que volvía a acomodar sus calzas.

- Todo su país es un hermoso paisaje señorita- continuó Benigno distendido.

La Voz del Pueblo. México, 10 de julio de 1845.

“Inminente insulto a la soberanía mexicana: la anexión de Texas”

Los Estados Unidos de Norteamérica se preparan para dar el zarpazo del águila imperial a nuestra República.

Tal como lo hemos denunciado desde el año anterior, el programa electoral del partido Demócrata decía que la “recuperación de Oregón y la reanexión de Texas en el período más corto posible, son grandes medidas norteamericanas”.

Ese principio concebido para atraer tanto a los expansionistas sureños como para los del norte, evitaba las acusaciones de imperialismo al afirmar que Estados Unidos habían ocupado con anterioridad Oregón y poseído Texas, y ambas cosas son una sucia patraña que esconde la manipulación histórica, falseándola para cumplir el “destino manifiesto” y el ávido expansionismo del presidente Polk.

México escarmentará la osadía de los malos vecinos del norte. Los Estados Unidos son débiles tanto política como militarmente. Los aranceles y la esclavitud son cuestiones tan antagónicas que harán que los estados del Norte no ayudarán a los del Sur en una agresión a nuestra República. Los esclavos se revelarán y los indios buscarán la revancha de su exterminio.

Además, el ejército regular es pequeño y los ciudadanos soldados no sirven para la guerra.

Si Estados Unidos inicia la agresión, el apoyo logístico será imposible hacerlo dentro de nuestras áridas extensiones. Si creen que lo podrán solucionar con un desembarco anfibio, tendrán que lidiar con la fiebre amarilla y la falta de caminos hacia el interior del país ¡México es potente compatriotas! Nuestras fuerzas creadas son superiores en número y en calidad. Los corsarios impedirán el movimiento marítimo causando desastres en el comercio estadounidense. Las naciones europeas nos apoyarán. Inglaterra no aceptará que le roben Oregon que según ellos le pertenece.

¡Tenemos más fuerza de la necesaria para hacer la guerra! ¡Hagámosla, entonces y la victoria se posará en nuestras banderas!

Los comentarios acerca del affaire de la hija del ministro de guerra en Chapultepec se olvidaron de inmediato. “La Voz del Pueblo”, el diario más leído, informaba la anexión de Texas.

Estados Unidos había favorecido con armas, voluntarios y dólares a la independencia de los colonos texanos. La reconoció en 1837, luego lo hizo Francia en 1839 y Gran Bretaña en 1840. Estas dos potencias aconsejaron a México hacer lo mismo, pero el gobierno mexicano consideraba “punto de honor” el no ceder a esa presión.

La anexión era intolerable para el pueblo y gobierno de la República hispanoamericana. Además, no era sólo Texas la aspiración del norte, sumaban Nuevo México y California que intentaron comprar ante la negativa tajante mexicana.

El verde, rojo y blanco flameaba en todos los edificios de la ciudad capital. La movilización se había transformado en un gran caos. Bajo la fachada de los colores patrios que simbolizaban la unidad nacional frente a la agresión, la realidad mexicana era otra. El partido federalista, opositor, bregaba por la guerra mientras que el presidente Herrera había adoptado una actitud sumamente pacifista.

La prensa y la mayoría de los políticos querían defender el honor mexicano a toda costa pero con la desorganización que existía en sus fuerzas armadas era imposible apoyar una actitud semejante.

El general Mariano Paredes y Arrillaga, que había colaborado con Herrera en el derrocamiento de Santa Anna, encabezó una revolución al año de la anterior. Pasó a ser el tercer presidente de la segunda república.

Enmendó los desarreglos que se habían hecho en los distintos ministerios, destituyó a Gutiérrez Morelos e inició la reorganización del ejército. En política cometió dos graves errores. Uno de ellos consistió en la reunión de un Congreso Nacional Extraordinario, en el que no estaban representados los ciudadanos por divisiones geográficas, como en las democracias modernas anglosajonas, incluso en las ex colonias españolas, sino que lo hizo al estilo medieval, por cónporas: representantes de la industria, la propiedad, el comercio, la minería, las letras, la magistratura, la burocracia, el clero y el ejército.

La otra medida que tomó a contrapelo de la historia fue el apoyo que le dio a los monarquistas, convencido de que coronando una testa europea tendría la garantía de obtener alianzas exteriores contra Estados Unidos.

El viejo director del Colegio Militar de Chapultepec estaba contra Herrera y contra el nuevo presidente Paredes. Respetaba al ex ministro Gutiérrez Morelos y cuando lo destituyeron le ofreció alojamiento y seguridad para él y su hija en el propio castillo.

Nadie confiaba en nadie en México. El ejército, si bien comenzó a reorganizarse, miraba con desconfianza a Paredes que intentaba retrotraer a la República a la monarquía colonial. El partido centralista ya no tenía apoyo popular y eran los jefes federalistas de cada estado los que iniciaban, con movimientos precisos y claras actitudes beligerantes ante la inminente agresión, las renovadas conspiraciones.

El regimiento de Húsares que comandaba Benigno pasó a ser, en la nueva organización, el regimiento escuela para los alumnos del Colegio Militar. El coronel Villanueva pasó a tener una nueva

dependencia: el general Nicolás Bravo, director de los futuros oficiales del ejército.

Bravo era héroe de la Independencia y había ejercido como gran parte de los generales, la presidencia de la República. Su prestigio estaba fuera de toda discusión y más allá de las disquisiciones políticas.

Cobijó a Gutiérrez Morelos a pesar de haberse decretado el destierro del ex ministro sin que ninguna autoridad política o militar osase contradecirlo.

El auditor Pío Villanueva asesoró en la redacción del reglamento del Colegio Militar que contaba recién con dos años de antigüedad. Había creado una organización tal, que el jefe de Regimiento de Húsares cumplía las funciones de subdirector del instituto. En realidad, la edad avanzada del general Bravo hacía que Benigno asumiese su reemplazo en varias funciones ejecutivas.

Las prevenciones que tuvieron en un principio algunos coroneles mexicanos que desconocían a Benigno, se fueron desvaneciendo ante la evidencia de encontrarse frente a un organizador nato y verdadero profesional de la guerra.

Benigno había consolidado su ascendiente haciendo de los húsares una aceiteada máquina de guerra.

A sus oficiales les leía las campañas más importantes de Napoleón y sus grandes batallas. El modelo a imitar era el General Murat, comandante de la caballería del Gran Corso.

El alistamiento y el acuartelamiento del ejército en sus cuarteles o en campaña se fue relajando porque la guerra no empezaba y las mutuas declaraciones tampoco.

México había avisado que la anexión de Texas era un acto de guerra. Sin embargo el conflicto no se iniciaba. Por otro lado, el presidente norteamericano Polk demoraba las hostilidades esperando alguna excusa con peso para iniciarlas. Si bien México rompió relaciones diplomáticas y amenazó con represalias contra Texas, su situación política impedía que la sangre llegase al río. Y fue por el río por donde estalló. Para los mexicanos el límite sur de Texas era el río Nueces, para los texanos, el Río Grande, más al sur.

Polk ordenó al general Zachary Taylor que tomara posición sobre la desembocadura del río Nueces. Desde allí, intentó persuadir a sus irritados vecinos que aceptasen el límite del río Bravo y como si eso fuese poco, le vendiesen Nuevo México y California.

El 13 de enero de 1846, Taylor avanzó hasta el río Bravo. En marzo estaba frente a Matamoros. Para Polk, Taylor había tomado una “posición defensiva avanzada”, para México era una invasión.

Desalojaron a los mexicanos de Laredo, desarmando tropas que estaban en descubierta. Fue inevitable el choque en Carricitos, el 24 de abril y de allí se tomó el presidente norteamericano para comunicar al Congreso que “México había comenzado las hostilidades, invadiendo territorio americano y derramando sangre americana en territorio americano”. Así declaró la guerra Estados Unidos, México la declaró recién el 7 de julio.

La pelea entre federalistas y centralistas continuaba como si la invasión que venía del norte atacase otro país. El general José Mariano de Salas se pronunció contra el presidente Paredes y tomó el poder.

La República era un caos indescifrable para Benigno, Pío y el grupo de voluntarios argentinos. Matarse ya no era un juego, era un deporte- Que me mirás mal- Cara de gringo- No eres lo suficientemente macho- Tequila, te mato. El deporte había superado las reglas, no era necesario el duelo. Los jueces y la policía cambiaban según el golpe de estado. Centralistas contra federalistas y unos y otros entre sí. Pío prefería no salir de Chapultepec, Benigno salía todas las noches. Concurría a la caverna Carabaos, frente al nuevo Teatro Nacional. Usaba chaleco, sombrero mexicano, cananas cruzadas y dos revólveres de gran calibre con brillosas cachas hacia delante. Lo acompañaban los húsares más machos del regimiento reclutados para tener el honor de acompañar a su jefe, luego de meticulosas evaluaciones en las que la unidad de medida estaba dada por la botella de tequila tomada.

Pío almorzaba diariamente con los generales Bravo y Gutiérrez Morelos y otros invitados, prolongando las sobremesas, en las que

invariablemente se hablaba de política, hasta bien avanzadas las tardes. Benigno no acostumbraba a comer durante el día, y, al mediodía ocupaba el departamento de Pío en el castillo. Allí la recibía a Leticia en un mar blanco de enaguas, calzones y sabanas.

El Colegio Militar y su regimiento de Húsares eran las únicas organizaciones del ejército que no se habían movido. Los relevos, secuelas de los continuos cambios de autoridades políticas y militares, engendraban marchas y contramarchas, órdenes y contraórdenes. Pero al general Bravo, héroe de la Independencia nacional, nadie le impartía una orden.

Benigno estaba totalmente disconforme con la indisciplina y desorganización del ejército y del mismo estado mexicano en medio de la excitación por la guerra.

Se lo pidió al general Bravo. Intentó que Leticia interceda ante su padre para influir sobre el Héroe. -¿Cómo voy a interceder a favor de la guerra con lo que me gusta Benigno? - se decía Leticia Gutiérrez especialmente a la hora de la siesta.

El regimiento de Húsares se había transformado, de la mano de Benigno, en un cuerpo ejemplar. La disciplina era el distintivo que hacía de ese cuartel de Chapultepec un modelo no sólo para los alumnos del Colegio sino para el resto de las tropas. Por lo general, las unidades de caballería mexicanas reclutaban sus hombres de los presidios y de los arrabales. El soldado era pendenciero y muy afecto a matar porque sí.

Esa naturaleza difícil del hombre de caballería fue domada por Benigno y encausada en un régimen disciplinario duro en el que el jefe de regimiento imponía su propia ley, logrando que la tropa lo respetase por ser el mejor jinete, el más audaz y el que en cualquier entrevero salía siempre victorioso.

“El presidente de la República de México en campaña”

“Ordena”:

“El excelentísimo señor General Don Nicolás Bravo, Director del Colegio Militar de Chapultepec, dispondrá que el 15 de marzo

de 1847 el Regimiento de Húsares Escuela se encuentre en Veracruz. Su cuartel será ocupado por el Batallón Matamoros de la Guardia Nacional en esa misma fecha”.

“Dios guarde a Su Excelencia”.

“En marcha hacia Veracruz, 2 de marzo de 1847”

General Antonio López de Santa Anna
Presidente de la República de México en Operaciones.



Antonio López de Santa Anna

El general Bravo lucía su uniforme de gala recargado de condecoraciones en el Portal de Chapultepec. Estaba despidiendo a su regimiento en esa mañanita en la que el sol todavía forcejeaba con la bruma. A su lado el general Gutiérrez Morelos vestido con levitón negro, sostenía en su brazo a Leticia. El auditor Pío Villanueva y el ayudante del director estaban un poco más atrás. Frente a ellos, camino por medio, el cuerpo de alumnos del Colegio Militar permanecía inmóvil mirando cada uno la nuca del que formaba delante y los de adelante mirando a Leticia que estaba enfundada en un vestido negro entallado que delataba cada una de sus sensuales curvas.

Al ritmo acompasado de timbales que tocaban la marcha de los Húsares de la República se aproximaba el regimiento al Portal. El público agitaba banderas mexicanas mientras los alumnos presentaban armas y el director desenvainaba el sable para corresponder al saludo que, desde arriba de una yegua alazana le hacía el coronel Benigno Villanueva.

- Me voy contigo- alcanzó a leer en los labios de Leticia cuya boca no emitía sonido alguno.

Era la misma cantinela que repetía sin cesar desde que se enteró de boca de su padre de la partida de Benigno.

Los ochocientos húsares vieron las lágrimas de la hija del general. Los ochocientos sabían que las provocaba su jefe y esto agregaba prestigio a su mando.

- Es hembra del huevón- decían entre ellos utilizando una etimología distinta para la voz mendocina huevón.

- Las tiene bien puestas, por eso en su país lo llaman huevón-entendían. Y así llamaban con orgullo a su jefe: el huevón Villanueva, provocando sonrisas que no se mostraban entre los pocos argentinos con los que se relacionaba.

***“El quetzal monta a la vera
y el mirlo a la cuclicia
como el huevón Villanueva
que se monta a la Leticia”.***

Cantaba un inspirado poeta del escuadrón escolta debajo de las estrellas, mientras Benigno se hacía el dormido apoyando su cabeza sobre su montura.

El 15 de marzo llegó el regimiento a Cerro Gordo, entre Julapa y Veracruz. Allí estaba el puesto de comando del general Santa Anna.

- El general Windfield Scott ha sitiado el puerto de Veracruz. Ha intimado rendición al general Arista que no la aceptó. El gringo prometió bombardear la ciudad hasta que no quede piedra sobre piedra- explicaba la situación el presidente en operaciones a los comandantes y jefes de las tropas que se concentraban allí para impedir el avance de Scott hacia México si lograba vencer la resistencia de Veracruz.

- El frente norte lo tenemos controlado- continuaba Santa Anna- Después de perder Monterrey les dimos una lección de coraje en Angostura. Al gringo general Taylor lo detuvimos. Pero no nos puede volver a pasar lo mismo que en el norte. Durante tres días las tropas no comieron y, a pesar de ser nuestra la victoria del 23 de febrero, tuvimos que abandonar nuestras posiciones. Estamos operando por líneas interiores. Ayer en Angostura, hoy acá impidiendo el paso del otro yanqui invasor desde Veracruz. El mayor peligro es por acá, camino a México.

-¡No pasarán mi general!- respondieron al unísono los jefes y comandantes.

El 20 de marzo, las avanzadas empezaron a escuchar las explosiones. De noche a Veracruz la iluminaba el fuego. Sus fuerzas capitulaban el 27.

Los hospitales de sangre y de caridad estaban destruidos. Los cuarteles y los edificios particulares recordaban el Apocalipsis. No quedaban balcones, terrazas o segundos pisos. Todo era humo y desolación en ese hermoso puerto de Veracruz.

Los que huían hacia la capital se unían en Cerro Gordo a las fuerzas nacionales. Hombres, mujeres y niños se repartían en las posiciones defensivas. Los que llegaban montando, se agregaban a la caballería del coronel Villanueva, que detrás de una altura y una

legua al sudoeste de las fortificaciones cumplía la misión de reserva.

- El coronel Villanueva solicita una entrevista, señor presidente.

- Que pase.

- Mi general..., digo, señor Presidente, usted sabrá disculpar pero creo mi deber informarle que el sendero que pasa por atrás de la posición puede ser utilizado por el enemigo y, en ese caso, yo no llegaré con la reserva a contraatacar.

- No sea presuntuoso Villanueva, reconocí personalmente el terreno y ese sendero es intransitable. Guarde sus reservas y sus ímpetus para combatir.

- Pero...

- De acá no pasarán coronel y aténgase a prestar atención a la señal del contraataque. Marche. - Benigno saludó respetuosamente, pero recordaba como se las arreglaba el argentino manco Paz con los senderos intransitables para aplicar el principio que consideraba más importante de la guerra: la sorpresa.

-¿Sabe quién fue Jenofonte? -le había preguntado una noche José María Paz- Un estratega que vivió 350 años antes que nuestro señor Jesucristo y escribió “El Hipárquico”, ¿sabe qué es eso?. Usted Benigno, hipárquico es jefe de caballería y allí enseña que lo principal es la sorpresa. Conseguirla es el mayor arte de la guerra.

Si algo así le hubiese tratado de explicar al infatuado presidente en operaciones, el Cerro sería más gordo con los huesos de ese moderno jefe de caballería.

El 17 de abril Scott inició el ataque a Cerro Gordo. Las buenas fortificaciones mexicanas paraban una y otra vez los ataques norteamericanos. El fuego de un cañón al sur de la posición era la señal para Villanueva que en un impetuoso torrente de lanzas y sables cargó contra los invasores que retrocedieron ante ese impulso avallasante. La caballería continuó su carga persiguiendo a tropas desbandadas. A sus espaldas Benigno empezó a escuchar un fuego diferente. Estaban atacando la posición por el noroeste. Por el maldito sendero que el huevón de Santa Anna había reconocido. Resultó difícil reunir a sus tropas para contraatacar al ataque principal norteamericano que había aplicado la sorpresa.



Batalla de Cerro Gordo por Carl Nebel, 1851⁶

Benigno cargó a la cabeza de sus hombres pero el fuego cerrado de la infantería yanqui era una pesadilla de acero. Cargó igual, cargó a pesar del enorme foso defensivo, de las trincheras y casamatas. Lo hirieron en el brazo izquierdo y en la cabeza. Sus hombres caían junto con sus caballos. Las lanzas teñidas de rojo y el polvo y la sangre formaban una costra que espantaba a los gringos.

Quería unirse al grueso de la defensa para reorganizarse y afirmarse en el terreno, pero Santa Anna había ordenado retirada. Tenía que preservar las pocas fuerzas que le quedaban.

⁶ <https://www.pinterest.com/pin/290060032222615861/> y <http://usarmy.vo.llnwd.net/e2/-images/2007/04/15/3630/>

La caballería cruzó como peinando al galope la fortificación que ahora estaba en manos enemigas. Sólo pasó la mitad. En Padierna-Churubusco encontró a Santa Anna con lo que quedaba de su ejército. Al ver a Benigno el presidente en operaciones bajó la vista de tal modo que conmovió al hipárquico argentino. Benigno se aproximó y lo saludó militarmente. Santa Anna lo volvió a mirar a los ojos, cerró los suyos con fuerza a la par que sus dientes y lo abrazó. El coronel Villanueva lo ensució con la sangre de su brazo izquierdo y de su sien derecha. Nada se dijeron. Nuevamente el saludo militar y Benigno se retiró.

La derrota de Cerro Gordo precipitó la caída de Jalapa, Perote y Puebla a fines de abril. Scott dominaba cada vez más territorio mexicano. Avanzaba con pasos seguros, por eso permanecía más de dos meses en Puebla esperando refuerzos. Una vez que les llegaron, reorganizó un ejército de más de diez mil hombres para avanzar hacia la capital.

Santa Anna concentró en la ciudad veinte mil hombres y más de cien cañones de bala explosiva. Los había construido el teniente coronel Bruno Aguilar al estilo de los franceses Paixhans. Se armaron dos líneas de defensa, una exterior y una interior. El gran defecto que criticó desde un principio el coronel Villanueva consistía en que los planes eran puramente defensivos.

-¿No le gusta la defensa, Villanueva?-le preguntó ofendido Santa Anna.

- Así es señor presidente, la caballería no podrá contraatacar. No hay reservas y la defensa en sí misma es la mejor garantía de la derrota.

Santa Anna no habló más. Ese mismo día su edecán le transmitía la orden a Benigno de dirigirse a Chapultepec con un escuadrón de su regimiento para dar seguridad al castillo y a esa aproximación a la ciudad.

Para el jefe de la reserva fue como un baldazo de agua fría pero satisfecho con su conciencia ya que le había dicho al mismísimo presidente lo que pensaba delante de todo su estado mayor obsecuente.

Por otro lado, nadie contaba con que Scott fuese un verdadero estratega. No atacó por donde se lo esperaba, burló las excelentes fortificaciones mexicanas del oriente y atacó primero por el sur a Padierna y Churubusco, dirigiéndose después al residente en Molino del Rey.

Leticia tenía en sus manos un fusil a chispa apoyado sobre una bolsa de arena en la baranda del balcón del salón de honor del Castillo de Chapultepec.

Nicolás Bravo había organizado la defensa integrando oficiales, alumnos, soldados, maestros, frailes y las mujeres de limpieza a las que se había agregado la hija del ex ministro.

Pío Villanueva comandaba la defensa del ala sur del edificio donde estaban en posición los civiles y la maestranza. Gutiérrez Morelos, enfermo, se encontraba internado en el Hospital Azteca.

En el sector norte, cubriendo la espaciosa entrada principal se habían organizado tres líneas defensivas con los alumnos del Colegio Militar. Una exterior, la más numerosa, sobre el barranco a 200 metros al frente, otra en el portón y balcones centrales y la tercera en el interior, detrás de cuanta cubierta de fuego había.

Scott no dudó en avanzar desde Molino del Rey hacia Chapultepec donde sólo había 800 hombres. El combate se libró en las faldas y al pie del cerro. Los soldados mexicanos se llenaron de gloria en la inútil defensa. El general Bravo clavó su espada en el suelo para no entregarla al invasor y una pared de jóvenes muertos impedía el ingreso al castillo.

Con los primeros tiros se produjo una desbandada en el sector de Pío hacia el portal de ingreso. En la corrida fueron fusilados por los norteamericanos que practicaban puntería con blancos veloces que sólo atinaban a gritar. El auditor Villanueva intentó mantener las posiciones advirtiendo que quien abandonase su refugio sería hombre muerto.

Alcanzó a escuchar un grito ahogado desde el primer balcón de su sector. Supo que era Leticia. Pese al fuego trepó hasta ella, que se desangraba por una enorme herida en el pecho. Murió en sus brazos con un gesto de terror en su rostro. La arrastró al salón de honor y ahí la dejó para volver al combate.

Benigno Villanueva, desmoralizado por Santa Anna que lo relevaba del comando de la reserva para realizar tareas de rutinaria seguridad con un escuadrón de 150 hombres en el Colegio Militar, escuchó de lejos el fragor del combate.

Rápidamente ordenó a sus húsares que formasen en línea con doble distancia entre hombre y hombre. Así cruzaron el río y avanzaron al galope por el bosque. Al llegar a la última arboleda ordenó “a la carga” y un alarido infernal se escuchó en Chapultepec. Todos los pechos se inflamaban para transmitir la fuerza a 150 gargantas que gritaban como marranos blandiendo sables y lanzas con una furia imparable.

Benigno salvó al Castillo de Chapultepec. Los invasores al ver y escuchar a esos jinetes que se les abalanzaban con un frente considerable, creyeron que atacaba al menos un regimiento y se replegaron espantados ante la sorpresa.

El escuadrón de Benigno se encontró con una carnicería. Los cuerpos de los cadetes impedían el ingreso al castillo. Pío ayudaba al general Bravo a mantenerse en pie. En el medio del salón de honor, Leticia, con una inmensa flor roja en el pecho. Pío consolaba a su hermano mientras lo llevaban a la enfermería para curar sus heridas.

El escuadrón de húsares y los sobrevivientes del castillo rindieron honores a los cadetes que cayeron defendiendo a su patria. Los hermanos Villanueva homenajearon a la dama muerta en el combate con las flores más coloridas del bosque de Chapultepec.

Los norteamericanos bajaron rápidamente por dos estrechos senderos hacia la ciudad de México y conquistaron las partes de Belén y San Cosme, ganando el acceso a la ciudad. El 14 de septiembre, el ejército de Scott, con siete mil hombres ocupó la capital mexicana.

El famoso duque de Wellington, vencedor de Napoleón, que una semana antes había opinado que “Scott está perdido. No puede tomar la ciudad y no puede volver a su base”, ahora decía que Scott era “el más grande soldado vivo” y urgió a los oficiales jóvenes

ingleses a estudiar la campaña de Veracruz a ciudad de México, que él consideraba “no superada en los anales militares”.

Con un ejército derrotado en todas las batallas, sus provincias del norte conquistadas y su capital ocupada por el invasor, México recurrió a la guerra de guerrillas. Emboscadas, incendios y “muertos gringos” andaban a la orden del día. Desgastaban a los norteamericanos y hacían desestimar la idea de no pocos congresistas de anexarse todo México.

Benigno Villanueva se transformó en una pesadilla para las tropas de Winfield Scott. Atacaba Puebla cuando los norteamericanos lo buscaban en la capital. Si lo buscaban en Puebla, atacaba en Jalapos o en la misma México.

Los invasores respetaron Chapultepec que se transformó en una gran cárcel para el general Bravo y Pío Villanueva y algunos pocos oficiales viejos.

La guerrilla tuvo poca duración. El 2 de febrero de 1848, mexicanos y norteamericanos firmaban el tratado de Guadalupe-Hidalgo. Los Estados Unidos pagarían a México quince millones de dólares y se harían cargo de los reclamos por daños que sus propios ciudadanos (¡norteamericanos!) presentaran contra el país azteca, y que totalizaban más de tres millones de la misma moneda. A cambio, México reconocería la frontera del Río Grande y cedería Nuevo México y California.

Los hermanos Villanueva no entendían nada. Se cedía un enorme territorio al invasor y Benigno, héroe de la resistencia, se enteró por el periódico “La Voz de la Libertad” que continuaba editándose en México que todo estaba perdido.

En el mismo periódico una noticia les llamó la atención:

La voz de la Libertad. México, 5 de febrero de 1848: “Oro en California”

“En la vertiente oriental de la Sierra Nevada se ha encontrado oro en los placeres, es decir, casi en la superficie del suelo. El descubrimiento aurífero ha motivado que grandes contingentes de personas ocupen campamentos precarios en el valle y la ladera de la sierra”.

- Me interesa esa noticia- detalló Pío.

- Soy un coronel sin ejército, de un país derrotado y además, extranjero. No me atrae el oro, me gustan las mujeres y la guerra, Pío. Pero ahora no tengo ni la una ni la otra- se lamentó Benigno mientras reflexionaba acerca de su futuro.

El 25 de mayo de 1848, los pocos argentinos que quedaban en México fueron invitados al castillo de Chapultepec. Las fechas patrias, por lo general se festejaban en las embajadas pero en esa oportunidad se lo hizo en la plaza de armas del castillo.

Los cadetes del colegio militar estaban formados en cuadro y lucían uniformes con la estrella que los identificaba como alféreces. Cerrando el cuadro, los oficiales y profesores de la escuela. El general Bravo, en el centro de la plaza rindió un emotivo homenaje a los muertos por la república.

Hubo entonces un fuerte redoble de tambores que emocionó a todos y el director, el héroe de la independencia, el General Nicolás Bravo llamó: -Coronel de Húsares don Benigno Villanueva.

Benigno dio un respingo y avanzó hacia el Director.

- El señor Presidente de la República de México, don Manuel de la Peña y Peña, conjuntamente con todos sus ministros desde la sede del gobierno nacional en Querétaro, ha acordado que en el día de la fecha, aniversario de la Revolución Emancipadora de la Confederación Argentina, sea honrado el señor coronel argentino Don Benigno Villanueva con la condecoración máxima de la República, la Orden del Sol. Bravo se adelantó y en puntas de pie colocó a Benigno el collar con los colores mexicanos y la enorme medalla de oro.

Los vítores en honor del Huevoñ Villanueva no permitieron escuchar lo que agregaba el viejo general: es el primer nombramiento honorífico que otorga la República de México a un extranjero.

Se rompieron filas y el Coronel Benigno Villanueva abrazó uno por uno a todos los miembros de la heroica guarnición.

En la batalla de Chapultepec intervinieron cuatro divisiones norteamericanas. Después de practicar un bombardeo de artillería durante el 12 de septiembre, en el que lanzaron cerca de dos mil

proyectiles sobre los dos edificios que había en la cima del cerro, el del castillo propiamente dicho y el del Colegio Militar, al día siguiente se lanzaron al ataque.



Batalla de Chapultepec por Carl Nebel, 1851⁷

832 hombres defendieron la altura. Eran del 10º Regimiento de Infantería y de los Batallones de Guardia Nacional de Toluca, de Mina y de Querétaro. Fueron auxiliados antes de la carga de los húsares de Benigno por 300 infantes del Batallón activo de San

⁷ <http://www.museumsyndicate.com/item.php?item=47122>

Blas. Su jefe, el teniente coronel Felipe Xicoténcalt, sin poder llegar a la cúspide del cerro, peleó al pie de la falda sur donde lo aniquilaron.

En las cuentas de los defensores, injustamente no se sumaron los 50 cadetes del colegio militar porque no se los consideraba combatientes. Pero fueron ellos quienes dispararon los últimos cartuchos cuando los norteamericanos llegaron a la explanada del cerro.

Muchos muertos quedaron en el campo de batalla, muchos muertos que todo el país lloró. En el bosque, el quetzal enmudeció ante el dolor y la impotencia. Allí se escribió la página más gloriosa de México. Allí murieron los cadetes Francisco Márquez de 13 años, Vicente Suarez de 15, Juan Escutia de 20, Agustín Melgar de 18, Fernando Montes de Oca de 18 y el teniente Juan de la Barrera de 19 años.

El servicio postal no existía en México. Además del altísimo índice de analfabetismo, que intentaba disminuir el sistema de monitores lancasterianos como el que había introducido Rivadavia en Argentina y Bolívar en la Gran Colombia, el que tenía pretensiones epistolares debía desarrollarlas personalmente.

Pío había escrito cartas a sus padres relatando la vida de los dos hermanos en el país azteca. Despachaba la correspondencia en el puerto de Veracruz pagando a algún tripulante de vapores argentinos. Nunca recibió respuesta. Conociendo la realidad postal mexicana, aclaraba en sus cartas que no se preocupasen en escribir porque no recibiría la correspondencia-

Desde que llegaron los Villanueva a México, el país era un caos. Y continuaba siéndolo.

-Me aburre ésta vida Pío, es demasiado monòtona.

-¿Por qué no probamos suerte en California?- le preguntaba el Auditor a su hermano Coronel.

Capítulo V

El oro

El 22 de agosto de 1848, los hermanos Villanueva llegaron a Sacramento, capital de la California que habían perdido. Cabalgaron más de cien kilómetros desde su desembocadura en la bahía de San Francisco.

El río Sacramento nace en la Sierra Nevada y llevaba en su caudal el oro que a todos afiebraba. En las dos márgenes había campamentos. Los hombres y las pocas mujeres estaban armados con enormes escopetas y miraban a los dos forasteros con decidido rechazo. En el agua, con sectores bien delimitados, los zarandeadores buscaban en sus cribas el dorado resplandor entre la arena.

Cuando se detenían para observar, se le acercaban los buscadores con el arma entre las manos y con caras de pocos amigos.

El clima seco y el sol, el inmenso sol de California, les recordaba su querida Mendoza. Todo era una gran anarquía pero los buscadores ensayaban organizaciones que consistían sólo en la delimitación de sectores. No había policía ni algo que representase a cierta autoridad.

Los hermanos vestidos de paisanos y con enormes bigotes, no eran fácilmente categorizados como mexicanos o gringos. El bigote del sur, el porte del norte o vaya a saber de dónde. Cada uno llevaba dos revólveres en la cintura y Benigno exhibía en la silla de montar un rifle que brillaba como la hoja de una espada.

Compraron zarandas en Sacramento y se dispusieron a remontar el río hacia la sierra. Era lo mismo que habían visto antes: sectores ocupados y celosamente protegidos, buscadores agachados en el agua y zarandeando sus cuerpos al ritmo de la búsqueda. No había lugar para ellos.

Algunos indios con mucho pelo y poca barba ayudaban a las mujeres y cocinaban. El bosque, que nacía a pocos metros de la orilla y trepaba la sierra, resguardaba al quetzal verde, de airosa cola y lindo copete. Como en Chapultepec, cantaba la tórtola, los cuhillos y los pitorreales. La calandria, el jilguero y los gorriones se animaban más allá de la arboleda.

Decidieron afeitarse los bigotes porque a los pocos mexicanos que había se los echaba y diariamente se armaban grandes peleas con los norteamericanos. Las dos culturas chocaban allí, en el Sacramento; los separaba el oro que se escondía en su cauce. Al “gringo de mierda”, que los buscadores rubios habían descifrado de la lengua hispana, empezaban los golpes.

Benigno era el que hablaba. Arrastraba con naturalidad de tejana las sílabas sajonas. Pero de todos modos no lograban hacerse de un lugar en el río para ellos.

- Si no podemos tener un lugar en el río, haremos que el río venga a nosotros- escuchó Pío sorprendido de labios de su hermano, con cierto sentido presocrático.

- ...

- No, no estoy filosofando huevón. En Sacramento hay sólo un almacén para proveer a toda ésta gente. Y día a día son más. Donde dobla el río, antes del pueblo, podríamos abrir un general store o branch store y cobraríamos en oro.

Contrataron cinco indios para fabricar el negocio. Uno de ellos hablaba el español, el resto sólo Náhuatl. Como el lenguaraz dijo llamarse Domingo, el resto fueron bautizados como Lunes, Martes, Miércoles y Jueves.

En Sacramento se sorprendieron cuando los hermanos quisieron comprar el terreno que habían elegido. Como pagaron con monedas de oro, el único juez dispuso la confección de una escritura por “tres acres de tierra a cincuenta yardas de la costa del río Sacramento y cuatrocientas del puerto del mismo nombre”.

Contrataron más indios para inaugurar el negocio en Navidad. Mientras tomaba forma el “almacén de ramos generales”, Pío decidió adelantar algunas ofertas que sutilmente compraba en cantidad en el puerto. Botas, guantes de cuero, sombreros, armas, munición, vestidos de mujeres, palas, picos, zarandas, balanzas, balancines, girasol, alfalfa, etc, etc... Como en noviembre empezaron las lluvias, las ofertas las tenía que guardar en un cobertizo que los indios cuidaban de noche.

El negocio se había iniciado al amarrar en el puerto Sacramento el barco Esmeralda, chileno. Pío entabló una excelente relación con

el capitán Hewet, de Valparaíso, que comerciaba por todo el Pacífico.

Además de proveedor, Hewet, se comprometió a llevar y traer correspondencia de Chile y Argentina, tema que preocupaba seriamente a Pío Villanueva.

- ¡Por fin tendremos noticias de nuestra familia! – le dijo exultante a su hermano quien le respondió con una sonrisa - ¡Y de Chile! – agregó, notando cierta conmoción inesperada en Benigno.

Mientras el auditor se dedicaba a estos menesteres, el coronel boleaba Carabaos. Así llamaban a los búfalos en California. Eran demasiado fuertes y veloces para enlazarlos, las flechas indias no pasaban más allá del cuero y, por otro lado, existía una rigurosa, tal vez la única, prohibición de tiro que, casualmente era contra los carabaos. El galope veloz, zigzagueante y sorpresivo del animal convertían al tirador en un molinete que tiraba en todas direcciones transformándose en una maquinaria de matar inocentes buscadores de oro o de cualquier otra cosa.

Benigno iba a la sierra y allí, en la ladera, corría a los terneros carabaos y les lanzaba boleadoras que él fabricaba. Invariablemente el animal caía y allí estaba Benigno con su cuchillo degollando y degollando.

Desde San Francisco a Sacramento se hablaba del boleador Villanueva y sus boleadoras se empezaron a vender a buenos precios como si fuesen armas sofisticadas. Los cueros con los que envolvía las piedras y tientos trenzados provenían de los propios búfalos.

Boleadoras y carne de terneros carabaos se encontraban a la venta en el negocio que ya había abierto Pío.

Los Náhuatl reverenciaban a Benigno que les estaba enseñando un nuevo método de caza. A los cinco indios del almanaque se les sumaron varios más, que contribuyeron a que el 24 de diciembre de 1848 se inaugurase el GENERAL STORE MENDOZA. Abajo del enorme cartel en que se destacaba la provincia cuyana estaba grabado sobre madera y quemado para resaltar: VILLANUEVA BROTHERS.

Para esa navidad, el párroco de Sacramento había preparado a los Nahuatl para su bautismo. Después de una catequesis rudimentaria, unos treinta indios se congregaron en la capilla de piedras que el cura había construido con sus propias manos.

Benigno, Pío y algunos pocos mexicanos estaban presentes. Lo que les llamó la atención fue que al persignarse lo hicieron al revés y Domingo, que era algo así como un cacique, no apartaba los ojos de Benigno Villanueva mientras lo hacía.

Al día siguiente fue la fiesta inaugural que duró una semana. Una semana en la que los buscadores olvidaron el oro en el río, las tripulaciones a sus barcos en el puerto y los vecinos de Sacramento a sus mujeres.

Pío no perdía la compostura y controlaba celosamente la caja que guardaba pocos dólares y gran cantidad de pepitas de oro a las que les consideraba más el valor de la pepita que el del oro, para neto beneficio de Villanueva Brothers.

Empapado por la lluvia, el capitán Hewet irrumpió en el Mendoza llamando a gritos a Pío revoleando un bolso de cuero en su mano derecha.

- Correspondencia argentina y chilena amigos - gritaba mientras trataba de sacarse el agua de encima.

Solicitos, Lunes y Miércoles ayudaron a secar al recién llegado. Benigno estaba en San Francisco vendiendo cueros, así que el hermano presente abrió la carta que provenía de Mendoza.

Viva la Federación

Queridos hijos:

Espero que ésta carta llegue a ustedes gracias al gentil capitán Hewet. Sé que no han recibido las anteriores mías pero nosotros leímos las tuyas Pío. Escribo tuyas porque mi querido Benigno se debe haber olvidado de su madre. En cambio yo los recuerdo a cada instante y estoy muy orgullosa de mis dos hijos defendiendo a nuestros hermanos mexicanos.

Vuestro padre está enfermo y me pide en cada carta que les escribo que les mande mil abrazos. Por el encabezamiento de ésta

podrán apreciar lo que ocurre en el país. Remigio también está enfermo y las cosas no son fáciles por aquí.

Los quiero y los extraño muchísimo. Mamá.

Pío mojó el papel con sus lágrimas mientras Hewet y los dos indios no sabían como hacer para consolarlo.

La otra carta venía de Valparaíso y decía con letras muy pequeñas “Benigno Villanueva”. Pío la abrió y leyó

Amado Benigno:

Tuve la suerte de estar en casa de tu tío Gregorio cuando llegó el capitán Hewet con carta de Pío. Como amablemente se ofreció a llevar noticias nuestras, me decidí a escribir estas líneas.

Hace unos meses, en las manifestaciones de obreros de Valparaíso, murió Secundino, mi marido, Joaquín Benigno y yo quedamos sólo. Gracias a Dios mis tíos Francisca y Gregorio nos albergan en la casa de la bodega.

(Más adelante con letra mucho más chica y palabras concentradas, pudo leer:) *Mi hijo se llama Benigno porque es tuyo.*

Joaquina.

Era mucha emoción para Pío. Con el primer llanto había decidido viajar a Mendoza. Al leer la segunda carta comprendió que tendría que hacerlo Benigno. Pero ¿quién iba a llevar adelante el negocio en Sacramento? A él le pasarían por encima los indios y los buscadores, sólo podía su hermano. Por otro lado ¿se entendía bien el “porque es tuyo”? Además, y en definitiva, Hewet partía pasado mañana y Benigno no estaba.

Al día siguiente resolvió quemar la carta chilena y dejar la mendocina a Domingo, para que la lea su hermano. Esa noche durmió en el Esmeralda y a la madrugada, con bruma sobre el río, salieron a buscar el mar.

Esa tarde llegó Benigno con los bolsillos llenos de oro. Había vendido los cueros que para él eran tan fáciles de conseguir. Leyó la carta de su madre y recibió su suave reproche mientras su

corazón y su mente corrían a Mendoza y escuchaba a Rafaela que le decía como en un dulce susurro ¿por qué Benigno? Mientras rompía vidrios con cuanta piedra encontraba.

El Esmeralda llegó a Valparaíso en los primeros días de noviembre de 1849. El mar verde, los pelícanos, la espuma de la rompiente sobre las rocas, alumbrados por un sol similar al de California, deslumbraron a Pío. Se volvió a sentir como en su tierra. Desde el puerto, a pie, se dirigió a la bodega Villanueva y Toro donde los recibieron con grandes muestras de afecto.

En el tío Gregorio los años habían dejado su huella. Su seriedad era la contracara de Dominga, su mujer, que ofrecía una permanente sonrisa en su rostro bondadoso.

- Esperemos a Joaquina y a su hijo para almorzar, Pío. Pobrecita, enviudó en abril. Desde entonces vive con nosotros. Al marido lo mataron porque reclamaba a favor de los obreros del puerto a los que trataban como esclavos. Secundino era un buen hombre.

- Lo sé tía, acá la muerte es una catástrofe, en cambio en México está más relacionada con las cosas de todos los días. La vida allá no tiene ningún valor.

Mientras hablaban la tía y el sobrino sobre el valor de la vida, se abrió la amplia puerta oscura ingresando a la sala un muchacho que con paso resuelto y una gran sonrisa abrazó a Dominga.

- Mi sobrino Joaquín. Este señor es Pío Villanueva,

- Mucho gusto señor- dijo mirando a los ojos al pariente que acababa de conocer.

Pío le extendió su mano que Joaquín estrechó francamente.

- Mi sentido pésame por la pérdida de su...Secundino, joven-corrigió Pío.

Mientras Dominga le preguntaba al muchacho por su madre, Pío lo observaba detenidamente. La frente despejada, los ojos negros vivaces y la nariz aguileña eran las facciones de Benigno. La altura y el pecho altivo eran el porte de su hermano.

Cuando llegó Joaquina, Pío ensayó una gran reverencia para besarle las manos. Era una mujer hermosa de algo más de treinta

años. Vestida de negro, su piel blanca resaltaba como un sol entre nubes oscuras.

- Mi más sentido pésame por la perdida de tu esposo, Joaquina. Me acabo de enterar por la tía Domiga.

- Gracias Pío- iluminando la sala.

Gregorio se sentó a la cabecera de la mesa y rápidamente se sentaron los demás. Comieron pescado mientras Pío escuchaba con atención las noticias de su familia en Mendoza.

- Has hecho bien en viajar hijo, tu padre está muy enfermo, ha tenido hace quince días un ataque de miocarditis del que se está recuperando. Pero los médicos no dan muchas esperanzas. Será mejor que continúes viaje cuanto antes- le dijo Gregorio saliendo de su mutismo habitual.

- Si usted me permite dormir acá, tío, esta tarde conseguiré un birlocho para viajar mañana mismo a Santiago y de allí a Mendoza.

- Será un placer tenerte en casa hijo.

En la primera oportunidad en que se encontraron solos, Joaquina con voz alterada preguntó a Pío si junto con la carta de Mendoza no habían recibido una de ella.

- Recibí dos cartas, una de mi madre y otra dirigida a Benigno. Como debía aprovechar el barco del capitán Hewet no pude esperar a mi hermano que no estaba en Sacramento. Le dejé las dos cartas para que las leyese.

Pío notó que lo estaban estudiando, lo estaban mirando más allá o más adentro que sus ojos. Puso el mismo gesto que había aprendido de Benigno al jugar al póker.

A la mañana siguiente el birlocho esperaba a Pío.

- Probablemente esté nuevamente por aquí en febrero para embarcarme en el Esmeralda a California.

- Tal vez no viajes sólo- dijo misteriosamente Joaquina.

- Adios, queridos tíos, nos veremos pronto.

- Que Dios te acompañe hijo. Que encuentres bien a tu padre y a Remigio.

El coche pudo llegar hasta las grandes quebradas y allí Pío montó a caballo acompañado por un baqueano despidiendo al

birlocho que regresaba a Santiago. El sol transmitió el rojo del atardecer a las nieves y a las laderas de los Andes.

Era el mismo color con el que se encontró en los pueblos mendocinos y en la propia Mendoza. No lo provocaba el sol sino el fraile Aldao so pena de degüello a quien no lo usase.

Pío llegó tarde. Miguel Villaneva había muerto cuatro días antes.

- Estaba muy orgulloso de ustedes, hijo. Les decía a todos sus amigos que ustedes eran dos verdaderos soldados de San Martín. Que defendían a América como la defendió el Libertador. Incluso lo escribió en “El federal cuyano”

“Dos mendocinos en México” (13 de marzo de 1849)

“Nos llegan noticias de los bravos oficiales mendocinos: Coronel Benigno Villanueva i Auditor Pío Villanueva que se han batido con gran valentía defendiendo el Colegio Militar de México ante la vergonzosa invasión de los Estados Unidos de Norteamérica”.

”El Presidente Santa Anna al frente de la resistencia de su país contó con la gran colaboración de los oficiales argentinos. El coronel Villanueva se desempeñaba como jefe del Regimiento de Húsares de la ciudad de México i el Auditor Villanueva como Auditor del Colegio Militar de Chapultepec”.

“La valentía i la dignidad de nuestra hermana República nada pudieron hacer contra las poderosas y modernas armas que mandó el Presidente Norteamericano sin tener presente la Doctrina de su antecesor Monroe demostrando que tan sólo la conquista de territorios constituían su objetivo”.

“El federalismo cuyano de pie aplaude a sus hermanos mendocinos que tan honrosamente nos han representado”

Firmado: Un Oficial de San Martín.

- Le dio vergüenza firmarlo con su nombre, pero ¡que orgulloso estaba, hijo!

Pío abrazaba a su madre mientras la emoción se enseñoreaba en la sala de los Villanueva de Mendoza.

Toribia Luzuriaga debía soportar no sólo el ilustre apellido de su padre sino su mismo nombre en la versión femenina. Así la había bautizado su madre en la Iglesia de Mendoza el 28 de julio de 1820.

El general Toribio de Luzuriaga era amigo de San Martín y solían pasear juntos por la ciudad. Toribio había conocido, mientras tomaba “helados” con el futuro libertador, a una exuberante morocha que se había enamorado de él, de su uniforme, de su grado militar y de su gran simpatía.

María Infrán vivía en un rancho sobre la alameda con su padre y un hermano varón. Ambos habían sido voluntarios del ejército que se aprestaba a desafiar el Pacífico rumbo al Perú. María, sola en el rancho recibió a Toribio quien nunca más volvió a verla ni tampoco ella lo exigió. Así era el amor de María, y de allí Toribia, Toribia Luzuriaga. La madre luchó contra todo sobrenombre que intentaron imponer los mendocinos.

- ¡Se llama Toribia y nada más!

Pío conoció a la joven como esposa de un comerciante de vinos unos años atrás y le había impactado su pelo renegrido igual a sus ojos que reflejaban un fuerte carácter. “Parecía una gitana” la recordaba el auditor y así la solían llamar.

Ahora la estaba viendo en el mismo comercio al que fue a comprar vino. La timidez de Pío lo llevó a balbucear un saludo formal.

- ¿Cómo le va señor Villanueva? Bienvenido a Mendoza.

- Me alegro que me reconozca señora, pensé que no se acordaría de mí.

- Lo tengo muy presente señor, a usted y a sus hermanos. Disculpe. Mi sentido pésame en su dolor por la muerte de su padre.

- Gracias señora.

- Toribia, por favor.

- La recuerdo muy bien a usted y a su marido, señora.

- Enviudé hace dos años señor.

- Lo siento Toribia.

- Gracias Pío.

Nunca antes había comprado tanto vino Pío. Lo hacía todos los días. A medida que pasaba el tiempo Toribia se vestía mejor. Era cada vez más coqueta. No tenía hijos. Su madre había fallecido poco después de ubicarla, es decir, casarla. Estaba sola y ahora la visitaba un Villanueva; a ella que sistemáticamente rechazaba a todo gavilán que se le acercase. Pero Pío era abogado, militar y, como ella, tenía un apellido tradicional, sanmartiniano si se quiere. No estaba mal, era digno de su cuna, no como los borrachines que se acercaban a tomar vino a su prestigioso comercio. Era distinto. El la comprendía. Se notaba en sus ojos y en cada una de sus visitas.

Así era, Pío consolaba a su madre todo el día y a la hora de la oración iba a comprar vino con sus mejores ropas.

- ¿Para qué compras tanto vino Pío? Si nosotros lo producimos-preguntaba Rafaela sin entender las razones de su hijo tímido.

Pío es tímido, Remigio enfermo y Benigno el sol, pensaba siempre la madre de los Villanueva. Y se contestaba a sí misma: el tímido sigue a la gitana, el enfermo que se recupera en Buenos Aires nos va a enterrar a todos y Benigno, mi Benigno está siempre lejos, adonde le vuela el alma.

- ¿No quiere pasar, Pío?- Toribia señalaba la puerta del otro lado del mostrador.

Avanzó con timidez, cruzó el umbral, y Toribia cerró la puerta detrás suyo. La gitana fue un torbellino con sus manos, sacándole el chaleco, la camisa, las botas, los pantalones. Pío se sostenía los calzoncillos pero el torbellino pudo más. El auditor se entregó a esa mujer apasionada que lo llevó una y otra vez a la cumbre del placer. Del placer que él había conocido en caricaturas en los kilombos a los que concurría acompañando a Benigno. Esto era otra cosa. Y en su despertar pasó a la iniciativa sobre la morocha que lo recibía como agradeciéndole la deferencia.

Pío estaba cerca de cumplir cuarenta años y resolvió blanquear la relación con Toribia frente a su madre. Así, esa última navidad de la primera mitad del siglo, rojo como un tomate rojo, Pío presentó a Toribia Luzuriaga a Rafaela.

- Tu padre hubiese disfrutado este momento, hijo. Como sanmartiniano que fue, admiraba a don Toribio y no comprendía porque no se aceptaba a esta hija de la guerra en la sociedad mendocina, que llevaba en su sangre la prosapia del gran amigo del Libertador.

El amor fue fulminante y Pío acostumbrado ya a la anarquía y a la falta de normas, sea en la Confederación, en México o en California, no esbozó siquiera la idea de casarse. Sólo advertía que se aproximaba la fecha de embarcarse en Valparaíso, y eso lo tenía exaltado.

- Quiero estar siempre a tu lado Pío- le dijo varias veces la gitana.

- ¿En cualquier lugar?- preguntó por último el auditor.

- Sí.

- ¿En California?- preguntó con timidez.

- ¡En cualquier lado!

La exaltación creció y Pío no dormía. ¿La llevaría el capitán Hewet? ¿Cómo reaccionaría Benigno?

- Es tu vida, hijo, ya sos grande y tenés que pensar en vos. Es tu propio futuro, es tu propia familia- aconsejaba Rafaela- Si no pueden embarcarse con Hewet se quedan en Valparaíso esperando otro transporte.

- No puedo, tengo que viajar.

- Entonces la dejás a Toribia con tu tía Francisca quien la va a cuidar como a una hija.

El birlocho descendía de la montaña mientras la pareja de pasajeros se refugiaba del sol abrasador de febrero.

Pío y Toribia no hablaban, viajaban tomados de la mano. De todos modos las ruedas, que no esquivaban piedras, impedían cualquier comunicación oral. El baqueano los había dejado en la posta de la quebrada, llevando los caballos de regreso a Mendoza.

Toribia conoció Santiago, su alameda, el tajamar. Cuando llegaron a la plaza de armas, descendieron del coche y Pío observó un cartel que decía: IMPRENTA de Julio Belín y D.F. Sarmiento. Se acercaron al local y fueron atendidos por Belín que hablaba con dificultad el castellano. Medio en francés y medio en español con

acento chileno, Julio les explicó que Sarmiento se encontraba en Yungai, la casa en la que vivían Benita y Dominguito, a unas diez cuadras de allí.

Fueron caminando hasta el enorme caserón que ocupaba una buena parte de la manzana de terreno. Preguntaron a un criado si podían visitar al sanjuanino. El hombre, con desconfianza interrogaba a Pío por el motivo de su presencia allí, porqué viajaba a California, cuál de los Villanueva era.

- Dejalos pasar- retumbó una voz grave desde la galería principal.

- Señor Sarmiento, es un honor para mí conocerlo. Soy el doctor Pío Villanueva, de los Villanueva de Mendoza. Presté servicios en la guerra de México como auditor militar y ahora estoy radicado en California. He leído su Facundo y me parece una obra maravillosa. Le presento a mi señora esposa.

Sarmiento estiró su mano con franqueza y saludó a la pareja. Su gesto adusto se desdibujaba cuando Pío elogiaba su obra.

- Disculpe al criado, pero me quieren convencer que Rosas ha mandado matarme. Lo que sí sé es que le teme más a mi pluma que a todas las espadas unitarias juntas. Me quiere extraditar. Gracias a Bulnes y a Montt todavía sigo viviendo aquí. Sabía que hubo algunos argentinos que lucharon junto a los mexicanos. Escuché hablar de dos hermanos mendocinos...

- Mi hermano Benigno y yo señor- dijo lleno de orgullo.

- ¿Fue su hermano el ayudante del general Paz que se quedó en el Janeiro?

- Así fue señor, yo me fui con él a defender una nación hermana contra la voracidad insaciable de los vecinos del norte.

- Veá, Villanueva, tenemos que hablar con mayor respeto de la gran nación del norte. He regresado hace poco de allá representando al gobierno chileno y son muchas las cosas que debemos aprender de ellos. En Boston, Horace Mann me enseñó el significado de la pedagogía y la necesidad de la educación masiva para toda la población. Es el único camino para enfretarnos a los nuevos Facundos. Conocí la Casa Blanca, el Capitolio, la increíble oficina de patentes, centro promotor del genio norteamericano. En

fin, y discúlpeme, pero probablemente esa guerra ayude a México a salir de su anarquía y de la barbarie.

- Yo entendí por su Facundo que cada república debe enfrentar su propia barbarie...

- Lo único que se le enfrenta a la barbarie es la civilización doctor, sea nacional o extranjera.

- En el caso mexicano esa "civilización" les robó dos estados: Nueva México y California. En realidad fueron tres porque antes de llegar nosotros se habían anexado a Texas.

- En cierto sentido es así, pero tenga en cuenta que devolvieron todo el país azteca, hasta su ciudad capital que la habían tomado en la guerra.

- Menos mal...- atinó a decir Pío.

Sarmiento invitó a Toribia y Pío a pasar la noche en Yungai. En realidad la propiedad pertenecía a Benita Pastoriza que hacía poco tiempo había enviudado. La pareja decidió no hacer muchas preguntas, sobre todo acerca de la paternidad de Domingo sobre Dominguito y así, disfrutaron del buen trato y de la amabilidad de esta familia atípica.

Al día siguiente partieron de Yungai hacia Valparaíso donde los esperaban los Villanueva chilenos.

- Es una gran alegría la que me das, Pío - decía Dominga - yo te imaginaba solterón.

Una semana permanecieron en la ciudad- puerto. Toribia y Joaquina entablaron una relación que día a día se transformaba en amistad.

Joaquín era la sombra de su madre. Cada vez que salía del edificio de la bodega la acompañaba adonde fuese. Si se agregaba Toribia, él tomaba una distancia prudencial de las dos, pero no las perdía de vista. El arrabal era peligroso y más aún el puerto para mujeres solas.

A pedido de Gregorio, el capitán Hewet había incorporado un grumete a la tripulación del Esmeralda: Joaquín Funes. Su horario era simple, cuando el crepúsculo advertía que atrás de él venía el sol, el grumete debía estar calentando café que sistemáticamente sería traspasado al jarro que ya contaba con ron hasta la mitad de su

volumen. Joaquín esperaba el primer eructo matutino de su capitán después del desayuno, como señal para incorporarse al reducido núcleo de marineros que baldeaban la cubierta.

Al mediodía lo esperaban su madre y la tía Francisca con la mesa servida para saciar un apetito de 15 años.

- Mi hijo viajará contigo Pío. Es grumete del Esmeralda- Le dijo Joaquina en la primera cena mientras escudriñaba a su amigo en busca de algún gesto revelador, pero Pío sabía sortear serenamente ese tipo de inquisiciones. Había notado que nadie más que él conocía el secreto de Joaquina. Sabía que Benigno lo desconocía, pero dudaba si al grumete su madre se lo habría revelado.

- El viaje será más placentero con el nuevo tripulante -atinó a decir y cambió de tema rápidamente:

- El problema que me preocupa consiste en que no sé si el capitán Hewet aceptará embarcar a una mujer.

- Si la respuesta es negativa, como creo que será Pío, quiero que sepas que nos alegraría mucho que se quedasen el tiempo necesario en nuestra casa.

- Yo tengo que zarpar tía.

- Mejor, cuidaremos tu tesoro en Valparaíso. Mimaremos a Toribia hijo, hasta que ella pueda embarcarse. No pasará mucho tiempo.

En el siguiente amanecer Joaquín acercó el ron con café a su capitán.

- Buen día señor, su café.

Después del eructo, antes de ir hacia la cubierta, cambió la rutina.

- Disculpe el atrevimiento señor, quisiera preguntarle algo.

- Sí...

- ¿Usted embarcaría una mujer?

- ¡Jamás!

El grumete tomó el balde y continuó con la rutina.

A media mañana, Pío Villanueva se hizo anunciar para saludar al capitán Hewet en el puente.

- Es un honor tenerlo nuevamente a bordo Villanueva. Yo sabía que usted llegaría a tiempo, zarparemos en cuatro días. Lamento la pérdida de su padre pero Dios sabrá porque se lo llevó.

Después de agradecer y relatar sus pasos por la cordillera y la situación en la Confederación, especialmente en Mendoza, Pío contó su noviazgo con Toribia, con Toribia Luzuriaga.

- ¿Cómo dijo que se llama su novia, Villanueva?- preguntó Hewet de pie.

- Toribia, Toribia Luzuriaga.

- ¡No puede ser que se llame como el general!- murmuró el capitán pensando en voz alta mientras miraba el piso y al cielo alternativamente.

- Permítame decirle que sí, Hewet. En realidad es hija del general pero él nunca se enteró.

- El general ignoraba que María le hubiese dado una hija- murmuró otra vez como para sí mismo.

- ¿Cómo conoce esta historia, Hewet?

- Yo fui ayudante secretario del general desde 1819. El era gobernador intendente de Mendoza y viajó a entrevistarse con San Martín acá, en Valparaíso, mientras se preparaba la flota que los llevaría al Perú. Luzuriaga quería participar de aquella epopeya y así se lo pedía al Libertador. El argumento que esgrimía era que Chile ya estaba liberado y no necesitaba más sus servicios en Mendoza. Recuerde que fue el apoyo permanente del ejército de los Andes, incluso era el resguardo ante una posible reacción española contra Cuyo. En esa oportunidad San Martín lo aceptó en el ejército unido con gran satisfacción y le ordenó al almirante Cochrane que dispusiese de un ayudante para el general, que lo escoltaría nuevamente a Mendoza para organizar la provincia y nombrar nuevo gobernador. Ese ayudante fui yo Villanueva, era teniente y así lo conocí. Cuando llegamos a Mendoza yo me ocupé de preparar el viaje de su familia a Buenos Aires. Josefa Cavenago, su esposa tenía dos niños pequeños, el mayor se llamaba José de San Martín Luzuriaga.

- Nada refleja mejor la admiración al Libertador.

- Del mismo modo, mi único hijo se llama Toribio Hewet, querido amigo.

- El general usaba siempre casaca y pantalón azul con bordados, charreteras de oro, elástico, espada al cinto y bastón con borlas. Era muy elegante y las mujeres se lo disputaban y me mandaban mensajes a mí para transmitirlos. El caso María fue especial, creo que fue su única aventura en Mendoza. Yo tenía que cubrir las apariencias porque la pasión lo había trastornado. Recuerdo en pleno invierno, esperarlo toda la noche frente al rancho de ella. Era una mujer hermosa. Cuando se despidió de ella en Mendoza, conocí al señor Luzuriaga, al hombre quebrado por la despedida frente al desafío libertador. Cuando cruzamos la cordillera, en febrero de 1820, fui su paño de lágrimas. No existían cumbres, abismos u hondonadas, sólo el recuerdo de María, de María Infrán, morocha hermosa, morocha linda, decía. Nos embarcamos en este puerto el 20 de agosto de 1820 en el “San Martín”. Luzuriaga era general del Ejército Unido Libertador.

*Eran soldados de tierra
Que se animaron al mar
El corazón en la proa
Y sus sueños sin arrear.*

El ejército desembarcó en Paracas pero el general y yo continuamos con Cochrane detrás de “La Esmeralda”, el barco insignia español. La cacería duró mucho tiempo, mucho tiempo en el Pacífico. La Esmeralda se transformó en una obsesión, en un sueño para el almirante y para el general. El sueño lo cumplió Cochrane después. Con Luzuriaga nos fuimos a Guayaquil sin la Esmeralda. San Martín lo nombró comandante de esa guarnición desde donde el Libertador dio al mundo una lección de humildad.

- Tuvo dos sueños inconclusos: María y La Esmeralda- agregó Pío a la historia.

- Así fue. Mi barco se llama Esmeralda para continuar el sueño del general. Por otro lado usted me ha dado una noticia que alegra mi espíritu: el otro sueño continúa en su novia mendocina.

- Disculpe Hewet, mi novia está aquí, en Valparaíso y yo pensaba abusar de su amistad...preguntándole si..., sin ningún compromiso de su parte..., usted me pudiera indicar cómo puede ella viajar a California.

- Por favor Pío, tráigala ya, la quiero conocer y será un gran honor para mí y mi tripulación navegar con la hija del general.

Cuando se refirió a la tripulación hizo un gesto ampuloso señalando la cubierta, sobre la que se encontraba tan sólo un grumete de 15 años que escuchaba sorprendido a su viejo capitán.

El camarote de Hewet pasó a ser de Pío y Toribia y el capitán dormía con la tripulación. Al zarpar de Valparaíso, entre pelícanos y gaviotas, la Esmeralda se internaba en el mar esmeralda bajo el sol de febrero, mientras el antiguo ayudante de Luzuriaga cantaba el estribillo del canto de la montaña

*las piedras y las alturas
cautivas del General
el oleaje y las estrellas
cautivas del Capitán
tres patrias son mis laderas,
tres patrias en libertad.*

Hicieron escalas en Lima, en Guayaquil y en Panamá donde se quedaron dos semanas esperando cargas que llegaban de Europa. Continuaron a Acapulco y de allí a California, al río Sacramento y al puerto.

Benigno había hecho construir detrás del galpón dos enormes piletones donde se fermentaban las pitas. En uno se acumulaban las hojas grandes y carnosas de la planta mexicana y en el otro las flores amarillas con sus largos tallos. Así preparaba el pulque con el que hacía aguamiel, jugo de pitas y, lo más importante, tequila. Todo tenía el mismo precio para facilitar las ventas en gramos de oro o bien en pepitas, para redondear mejor.

Instaló la costumbre en California de lamer una pizca de sal y apurarla con una copa de esa deliciosa brandy.

Degustando el delicioso aguardiente sorprendieron a Benigno los recién llegados menos el capitán y su tripulación que permanecían a bordo.

El abrazo entre los Villanueva con lágrimas en los ojos, equivalió a la noticia y al duelo por su padre.

- Ella es Toribia, Benigno, mi... mujer.

La copa de tequila se cayó al piso de madera sin romperse, mientras que el gesto boquiabierto del hermano menor exigía una explicación para salir del shock.

Mientras Pío iniciaba el relato, Benigno se recuperó y abrazó con alegría a Toribia y a su hermano.

Esa misma noche invitaron a cenar al capitán Hewet y al grumete Joaquín. Benigno sabía ya que era hijo de Joaquina.

- Si mal no recuerdo, somos tocayos por tu segundo nombre.

- Así es señor, me llamo Joaquín Benigno Funes, mucho gusto señor.

Pío no perdía detalle. Notó como se estrecharon las manos durante más tiempo que el habitual y cómo se miraron a los ojos con la misma expresión y con el mismo color.

Toda la carga textil y la vajilla que Hewet había comprado en Panamá, proveniente de Europa no se desembarcó en Sacramento para el negocio de los Villanueva. Benigno había alquilado un gran local en San Francisco que tenía características similares al "Mendoza". San Francisco estaba creciendo día a día a un ritmo mayor que Sacramento y tenía la ventaja de estar sobre el Pacífico con un puerto que adquiriría a partir del oro de la cuenca del río, cada vez mayor importancia.

Benigno había tomado la iniciativa del alquiler y esperaba a Pío para decidir la compra sobre la que tenía opción.

Decidieron cargar aguamiel, jugo de pita y tequila en el Esmeralda y hacer el corto viaje a San Francisco.

El local estaba ubicado sobre la Kearny Street y su tamaño era de un cuarto de manzana abarcando la esquina. Era el centro del pueblo que se estaba convirtiendo aceleradamente en una gran ciudad. Pío no dudó en dar el consentimiento a su hermano para la compra.

Domingo había finalizado la obra y, mientras Martes y Miércoles limpiaban, mostraba orgulloso su trabajo. Las mesas, mostradores y paredes internas estaban hechas con cedro rojo de la Sierra Nevada... Poseía la gran ventaja de ser incombustible y además, bruñido como estaba, tenía apariencia de buen mármol.

- Maromol, eh, maromol- decían hinchando el pecho, Martes y Miércoles.

En el fondo del local existía un cómodo departamento y los dos hermanos con sólo mirarse supieron que sería de Pío y Toribia.

Mientras acomodaban las cargas en el negocio notaron que el grumete Funes no se encontraba entre quienes hacían la fajina de descargar del carro que venía del puerto.

- Joaquín se quedó en el barco porque no se sentía bien. Creo que tiene fiebre- dijo Hewet.

Benigno sabía de la epidemia de peste que venía desde el Caribe como un castigo a los que arrebataron tierras mexicanas. Así que rápidamente fue al Esmeralda a verlo.

Acostado en una hamaca y tapado con varias mantas, Joaquín tiritaba de tal modo que su coy se mecía como si estuviese en medio de una tormenta.

Benigno lo bajó pero el grumete no pudo quedarse parado. Se lo hechó sobre el hombro derecho y apuró el paso hasta el primer birlocho que encontró. De allí exigió al cochero velocidad para llevarlo al consultorio del doctor Cifuentes, venezolano y sabio probador del tequila que producía Benigno.

- Este joven está en el segundo período de la peste Benigno, recién empieza. Le daré mucha quinina y le pondré cataplasma en los bubones. Tendrás que quemar estas mantas y su ropa y dejarlo en cuarentena.

- ¿Es grave?

- Lo sabremos si sobrepasa el séptimo día. Yo recomiendo que lo lleves a Sacramento o lo dejes acá en San Francisco, esperar la primera semana y luego treinta días más. No es contagioso de persona a persona. Sólo es contagioso el foco de la infección por eso hay que quemar lo que lleva puesto. ¿Alguien más tiene los mismos síntomas?

- No doctor- dijo Hewet que acababa de llegar al consultorio- Voy a fumigar el barco con azufre, ya tengo experiencia.

El Esmeralda debía zarpar cuanto antes para evitar el invierno del norte. Hewet tenía que transportar mercadería a Vancouver y ya se había demorado demasiado. Lo despidieron en el puerto mientras el capitán hacía sonar una sirena que le regaló Pío.

Decidieron quedarse los tres a acompañar a Joaquín en esa primer etapa decisiva. Se turnaban Benigno, Pío y Toribia para permanecer al lado del muchacho, cambiar las cataplasmas y darle a tomar mucho líquido.

La fiebre no disminuía y el doctor Cifuentes los tranquilizaba explicando que así, con esos síntomas lo iban a ver durante siete días.

- Es un mozo muy fuerte. Va a salir de esta vaina- serenaba el médico venezolano que diariamente lo asistía en el departamento de atrás.

Al sexto día Joaquín tuvo convulsiones alternadas con arcadas porque ya no tenía qué vomitar. Invariablemente cuando se ponía así, Benigno lo abrazaba sin entender muy bien de dónde provenía esa ternura.

Esa noche no se turnaron en acompañarlo. Entre los tres le ponían paños fríos en la frente y en las articulaciones, acomodaban las cataplasmas y secaban el sudor.

Al amanecer la fiebre había amainado y el grumete abrió los ojos mirando a sus amigos francamente.

- Gracias- susurró.

La noche en vela de los Villanueva y Toribia había valido la pena.

Dos días después fueron a Sacramento, Benigno y Joaquín en diligencia, y Martes a caballo. La cuarentena, que ahora era treintena, la cumpliría en la casa contigua al galpón del General Store Mendoza.

A la semana de estar encerrado sanitariamente, el muchacho se había recuperado y su apetito no tenía límites. Benigno hacía ensillar dos caballos y todas las tardes cabalgaban siguiendo el curso del río hacia la sierra o hacia el oeste. Galope sin estribos,

volteos del lado de montar y del lado del lazo. Jineteando al revés, parado sobre la silla revoleando el lazo, arrojando boleadoras o lanceando muñecos.

Joaquín no paraba y cada día aprendía una nueva destreza para orgullo de su maestro.

Al terminar la cuarentena decidieron viajar a San Francisco a caballo, desdeñando la diligencia.

- ¿Y la cuarentena muchacho?, ¿el reposo? preguntó Toribia mirando alternativamente a Joaquín y a Benigno.

- La respeté. Esta es nuestra primer cabalgata- contestó el grumete mirando de reojo a su maestro de equitación con picardía.

Pío pudo apreciar los profundos lazos de simpatía que se habían creado entre su hermano y Joaquín. A todos lados iban juntos excepto durante las noches en las que Benigno informaba displicentemente que se reuniría con amigos a tomar unas copas. Los brothels crecían al mismo ritmo que la ciudad y las pupilas provenían de las colectividades chinas y mexicanas con acento francés que crecían cerca del puerto.

Todo era nuevo. Todo se construía al ritmo del río que traía el oro. Pío soñaba con comprar una mina en la sierra. La inversión no era importante porque era fácil sacarle el metal a la montaña. La apertura del nuevo negocio en San Francisco obraba en él como acicate para crecer más. Y ahora no estoy sólo, pensaba.

Así era, Toribia apoyaba las ideas doradas de su auditor que con entusiasmo económico dedicaba menos tiempo a los arrebatos sexuales, a pesar de las severas exigencias que le imponía la, según Pío, insaciable gitana.

La Esmeralda estaba por llegar a San Francisco. Hacía casi dos meses que Hewet había puesto su proa rumbo a Vancouver y los Villanueva esperaban un gran cargamento de pieles.

El viaje de Pío, las cartas de su madre y su imperceptible reproche, habían calado hondo en el espíritu de Benigno. ¡Y ese muchacho! No comprendía ese sentimiento que crecía en él hacía Joaquín. Se irá cuando llegue Hewet, pensaba sin aceptar esa idea.

- Estuve pensando en la posibilidad de viajar a Mendoza, Pío, pero sé que es imposible. Ahora tenemos dos negocios que atender así que...

- Me alegro muchísimo, Benigno. Y mucho más se va a alegrar mamá cuando te vea. Por otro lado te aseguro que el negocio marchará como el barco de Hewet: viento en popa. Donde no esté yo, estará Toribia con Domingo, y cuando vuelvas seremos ricos porque cada día hay más oro en San Francisco.

Quien también se alegró con la noticia fue Joaquín que había encontrado en su compañero de cabalgatas a un verdadero amigo.

Cuando regresaron a Sacramento, el muchacho preguntó naturalmente ¿mi madre y vos fueron novios, Benigno?

- Si... dudó- ¿te lo dijo ella?

- No, pero... mi padre se molestaba cuando se hablaba de vos.

- Nuestra relación fue muy corta y anterior a que conociese a tu papá.

- Siempre me pregunté por qué mi segundo nombre es Benigno...

- Peor sería Maligno- se rió mientras tomaba el galope.

Capítulo VI

A Barcelona

El 25 de octubre de 1850 el coronel Benigno Villanueva y el grumete Joaquín Funes se embarcaron en la Esmeralda. Debajo de la bandera de Chile, un crespón negro advertía el luto de la tripulación. Se habían enterado en Canadá que el General San Martín había muerto en Boulogne Sur Mer el 17 de agosto.

En Panamá descargaron pieles y cueros que pasarían al Mar de las Antillas rumbo a Europa. Cargaron en las bodegas vacías toda la oferta textil inglesa que había en la ciudad y de allí al Callao y finalmente a Valparaíso. El Pacífico los había tratado bien.

Joaquina, pendiente del mar que le traería a su hijo, había avistado al Esmeralda y corrió al puerto mientras el barco, tocando su sirena se aproximaba. Dos chalupas salieron al encuentro para guiarlo hasta el nuevo muelle de madera.

Desde lo alto del palo mayor un grumete se esforzaba por saludar hacia la costa mientras soltaba la vela anudada debajo del carajo.

Benigno, desde el puente de mando del capitán observaba semioculto a aquella mujer que recibía alborozada a su hijo. Notó de lejos su fino talle y el cabello alborotado por el viento. Más abajo estaban las piedras entre las que tuvieron su último encuentro. Allí, salpicados por el mar, entre esas dos rocas. Allí fue. Desnuda, al sol, casada, con un hijo. Así la recordaba y esa imagen se alternaba con la que ahora veía recibiendo a Joaquín.

- ¿Qué le diríamos hoy si la peste se hubiese llevado al muchacho?- preguntó con sabiduría de velorio el viejo capitán.

Joaquín desembarcó primero y se abrazó con su madre en el muelle. Benigno continuaba inmóvil detrás de Hewet. Algo le debe haber dicho el grumete a Joaquina para que aparte a su hijo con suavidad y clave sus ojos del mismo color del mar de Valparaíso en esa figura tiesa, que desde abajo de un sombrero observaba la escena.

- ¡¡Benigno!?

No saltó esalones, saltó escaleras hasta el muelle, hasta ella. Frenó ante Joaquín que seguía abrazado a su madre. Tal vez haya sido la primera vez que el jinete de húsares atascaba el freno. Se descubrió y besó la mano de la dama con gran delicadeza ante la mirada atónita de Hewet que desde el puente había observado una carga de caballería desbocada... inconclusa.

Los probadores de plata de la bodega Villanueva y Toro cometieron una infidelidad. Sólo se cataba en ellos el vino, menos esta vez en que Benigno Villanueva cometió el sacrilegio de verter en la plateada cavidad su propio tequila.

- No está mal hijo- comentó su tío Gregorio después de oler, sorber, oler, sorber y dejar reposar en la boca para que deguste el paladar y se sumerja la lengua.

El grumete, que no se apartaba de su madre, tuvo que regresar al puerto para sumarse al resto de la tripulación que arreglaba todo lo que el Pacífico había desarreglado.

- Es un gran muchacho y fuerte como un carabao. Cuando llegó a San Francisco tenía mucha fiebre y el médico nos indicó desembarcarlo. Hewet siguió su viaje a Vancouver y Joaquín se quedó con nosotros y luego sólo conmigo. Además de marino lo convertí en un buen jinete, puedes estar orgullosa de tu hijo, Joaquina.

- Lo estoy, estoy muy orgullosa de él- respondió con una mirada que Benigno no alcanzó a comprender mientras hablaban con los tíos Villanueva en la sala.

Esa tarde caminaron juntos hasta el mirador de la Langosta, una terraza hacia el mar al norte del pueblo desde donde todo era absolutamente verde. Verde del océano sin rompientes ni pájaros blancos.

- El mismo verde que tus ojos.

- Acá no Benigno.

Tomados de la mano, de la cintura, de los hombros, besándose y cada vez con mayor intensidad, llegaron a la pequeña casa que él había conocido de afuera unos años atrás.

- ¿Te sorprendió mi carta?- preguntó ella en un intervalo de amor.

- ¿Qué carta?
- La que te dejó Pío antes de viajar.
- Era de mi madre
- Además había otra, que te envié yo.
- No la recibí
- ¿Pío no te habló acerca de Joaquín?
- No sé a que te refieres.
- Benigno, ¿para qué viajaste a Valparaíso?
- Para visitar a mi madre en Mendoza... y verte a vos mi amor.

Joaquina lloró de tal modo que las sábanas no alcanzaban a secar sus lágrimas ni los brazos de Benigno para consolarla.

- Joaquín es hijo tuyo y ese secreto no lo quiero llevar a mi tumba- gritó ella mientras continuaba llorando.

Mil imágenes se agolparon en la memoria de Benigno. Santiago, el Mapocho y el sorpresivo viaje de ella.

- Cuando Dominga se enteró de mi embarazo, yo negué que vos eras el padre. Me trajo a Valparaíso y de inmediato arregló el casamiento con Secundino que era empleado de la bodega.

- ¿Por qué no confiaste en mí?- respondiéndose a sí mismo y sin esperar respuesta de Joquina, sólo atinó a abrazarla.

Una semana permaneció Benigno en Valparaíso. Mientras el grumete amanecía en la Esmeralda, Joquina caminaba hasta su deshabitada casa. Rato después llegaba Benigno y el amor matinal. Al mediodía regresaban juntos a la bodega donde esperaban a Joaquín y almorzaban con Gregorio y Dominga que simulaba distracción.

Decidieron guardar su secreto. El tiempo les diría qué hacer, decía Benigno mientras preparaba su viaje a Mendoza.

Compró una yegua alazana, la ensilló con su montura mexicana de cuero oscuro, brillante y trabajado, le colocó su cabestro de lonjas trenzadas y alternadas con plata con el cabezal y se dirigió al puerto al mediodía.

- Es hermosa Benigno.
- Es tuya muchacho.

Antes del amanecer el birlocho se llevó a Benigno Villanueva hacia Santiago y de allí a caballo, encaró los Andes.

Las hondanadas, los valles, el viento o el frío pasaban desapercibidos para el jinete que con mirada errática marchaba enfrascado en sus pensamientos.

Al ver el vuelo de un cóndor sobre su cabeza que incomprensiblemente no aleteaba, sólo planeaba, comprendió su delicada situación personal: estaban en riesgo sus propias alas. No envidiaba el destino de esos árboles que morían donde nacían: en los valles. El envidiaba el vuelo del cóndor que volaba donde quería. Sin embargo, no podía desprenderse del perfume de Joaquina, del color de sus ojos y cada uno de los rincones de su cuerpo. Y ahora, ese muchacho de su propia sangre, con sus propias alas que comenzó a desplegar como marino, o como jinete, o como..., trataba de concentrarse en la montaña, en su serpenteante senda al borde del abismo.

La montaña ya lo había separado antes de Joquina. En la pendiente chilena, la trepada conjugaba el esfuerzo del ascenso con el dolor de la partida. En la bajada mendocina de los Andes, la livianidad de la pendiente lo ayudaba a liberar su alma. Liberarla hasta del tremendo peso de la responsabilidad. Era más pájaro en la bajada y más árbol en la subida. Pero ahora estaba Joaquín y no lo podía apartar de su recuerdo. Lo imaginaba galopando su yegua, enlazando o volteando, siempre con una inmensa sonrisa.

En marzo Mendoza era un vergel, la vendimia le daba un colorido especial al paisaje y a la gente. El sol que había madurado los viñedos alumbraba cada rincón de esa tierra que él recordaba con cariño. Las acequias correteaban por las veredas irregulares, llevando el agua a la sequedad que producía el sol. El sonido de la corriente en esos angostos cauces era música para Benigno. Conviviendo con esa belleza se pierden sentidos particulares, se incorporan las sensaciones a la naturaleza del que las disfruta, del que está inmerso en ellas. Pero el que después de unos años regresa se va maravillando particularmente de cada una de ellas. De a poco, los colores, la música, el perfume, se incorporan al propio ser. Así

ocurría con el coronel Villanueva en marzo de 1851, regresando a su hogar más allá de la alameda.

Los Villanueva de Mendoza lo estaban esperando. Alguien lo había visto en Valparaíso y se sabía que sería inminente la visita a Rafaela.

Se lo recibió como a un héroe que regresaba de defender un confín americano. Dos tíos leyeron sendos artículos de “La voz cuyana” y del “Independiente” que hacían mención al regreso del guerrero. Llamaba la atención que, siendo páginas políticas no hicieran mención al Restaurador.

- Es que en Entre Ríos se está por pronunciar el General Urquiza contra Rosas.

- Las provincias no toleran más la tutela de Buenos Aires y quieren una Constitución.

Benigno escuchaba los halagos y las noticias de la Confederación abrazando a Rafaela y a Remigio que no perdía oportunidad de adularlo.

Sabía que Sarmiento había sido tentado por Urquiza para sumarse al ejército grande. Sus parientes unitarios y los primos Villanueva federales habían decidido marchar hacia Entre Ríos.

Melchor Villanueva sólo, con la punta de una espada descolgó uno por uno los florones punzó de la plaza de Mendoza. Benigno lo vió y al notar que tres milicos se le acercaban con sus tercerolas amenazantes, se acercó a saludar a su pariente. Atrás de ellos varios más siguieron el mismo camino y los tres agentes del orden, prudentemente, volvieron a sentarse en el banco, frente a la comisaría.

Algo nuevo estaba sucediendo en la provincia y el coronel de húsares lo comprendía en toda su magnitud.

Decidió hacer una íntima apuesta. Muchas veces había escuchado a su padre que los cóndores suelen indicar los caminos de la vida y Benigno tenía dos; volver a Valparaíso, a Joaquina y a su hijo o embarcarse con ellos o sin ellos hacia California. Pero ahora esas dos posibilidades eran una; formar su familia y seguir la ruta del oro a Sacramento.

Había algo nuevo que incluso no se animaba a pensarlo, a darle entidad de posibilidad, porque implicaba abandonar a una mujer (hermosa) y a su hijo, a ese muchacho cuya sonrisa se le repetía en cada sueño y en cada ensoñación. Era la guerra en Buenos Aires. No tenía predilección por partido alguno pero el tiempo que vivió en México y en California fue suficiente para comprender la necesidad de cada Constitución. Era lo que vivía diciendo Pío y era un buen motivo para guerrear. Pero sentía que las alas que necesitaba serían demasiado fuertes como para abandonar el nido de Valparaíso.

Por eso fue hasta Uspallata donde su padre lo llevaba para cazar cóndores. Hizo lo mismo que él, abrigado, se acostó en el suelo a dormir al sol. Al despertar, el primer cóndor que viese le indicaría el camino. A Miguel le había marcado el vuelo hacia Chile siguiendo a San Martín.

Benigno despertó y sobre él planeaba un condorito hacia el este. No es cóndor. Esperemos. Unas alas negras enormes seguían a un nítido collar blanco. Venía desde el sur y sobre su cabeza, como para que no existan dudas, viró hacia la derecha, hacia el este. Lo tomó como un augur. Claro e inapelable. Trasvasaba su culpa chilena al augurio del ave negra.

Por Mendoza circulaba una convocatoria que había tenido origen el 3 de abril de 1851 en Santiago. Era un folleto del que se había impreso dos mil ejemplares para las provincias cuyanas.

¡Viva la Confederación Argentina!

Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Mendoza:

Habrá precedido, o seguirá inmediatamente a la presentación de esta petición, la declaración solemne hecha por el general Urquiza, general en jefe de uno de los ejércitos de la Confederación, y en virtud de su carácter de Gobernador y Capitán General de la benemérita provincia de Entre Ríos, pidiendo que se convoque el Soberano Congreso, cuya convocación es la base del pacto federal; para que constituya el

país bajo el sistema federal, y resuelva la cuestión de la navegación de los ríos, incluida entre las atribuciones del congreso, que el mismo pacto litoral reconoce.

El acto del Excmo. Señor gobernador de Entre Ríos no es, pues, un acto de rebelión contra ninguna autoridad legítima, sino el uso de un derecho y el cumplimiento de un pacto...

El Excmo. Señor gobernador de Entre Ríos tiene interés en que se convoque el congreso:

1°. Porque desearía depender de una autoridad constituida y reglada, bajo el imperio de una constitución, y no de la voluntad sin trabas ni responsabilidad de otro gobernador igual a él, que puede, sin embargo, declararlo salvaje, unitario, traidor, y tratarlo como a tal.

2°. Porque si el congreso se reúne se acabarán al fin esos encargados, que hacen la paz o la guerra, y mantienen durante veinte años el desorden en el interior, la República inconstituida, y las relaciones exteriores complicadas en desavenencias desastrosas.

3°. Porque siendo jefe de una provincia litoral desea, naturalmente, que el congreso arregle la navegación de los ríos, y que su provincia tenga las mismas ventajas comerciales, para tener su parte “en el cobro y distribución de las rentas generales”. El interés del general Urquiza es el mismo que tienen todos los gobernadores de las provincias y las provincias mismas; pues nadie mejor que ellas debe saber lo que les conviene a este respecto, y lo que manifestarían si estuviesen reunidas en congreso soberano, y no sujetas a la discreción de quien tiene interés en privarlas de estas ventajas”.

Todas las tardes, doña Clara Villanueva de Ortiz visitaba a su prima Rafaela. Benigno y Remigio aprovechaban la oportunidad de ver a su madre acompañada y salían a cabalgar por la alameda. Sin embargo, a medida que escuchaban los relatos de doña Clara, los hermanos se agregaban a la tertulia con infaltables mates.

- Por favor Clara, cuénteles a Benigno lo que le ocurrió a su hijo Pedro con Irigoyen, no sea cosa que algo así le suceda a él - pidió Rafaela.

- Ya lo creo que le puede ocurrir. Irigoyen se cree el árbitro de la elegancia de Mendoza y aprovechando su poder político lo ha desterrado a mi pobre Pedro.

- ¿Cómo fue doña Clara?

- En octubre del año pasado entraron en nuestra finca tres foragidos que detuvieron a Pedro por orden del gobernador. Cuando yo intenté defenderlo, uno de ellos sacó de su bolsillo una carta firmada por Sarmiento. Me dijeron que esa era la prueba de la traición de mi hijo. Leí atentamente la misiva fechada en Santiago y me dí cuenta que jamás Sarmiento hubiese escrito algo tan mal redactado e inentendible para cualquier persona culta.

- La habían fraguado.

- Así fue. Lo que ocurre que mi Pedro es elegante como vos Benigno y este loco de Irigoyen está convencido que es el dandi cuyano. Como sintió que le hacían sombra inventó la patraña de la carta. Pedro fue condenado a ocho años de destierro en Buenos Aires y en la sentencia, lo recuerdo bien, se leía que no estaba probado el hecho. En la última carta que recibí de mi hijo me escribía que en los salones de Manuelita Rosas, en Palermo, lo acaba de encontrar a Irigoyen a quien le hizo las mil y una muecas.

- ¿Qué hacía Pedro en Palermo Clara?- preguntó Remigio.

- Pedro Ortiz es un médico prestigioso y su fama llegó a oídos de Rosas- se adelantó Rafaela para evitar la falsa modestia de su prima.

- En la carta me cuenta que Irigoyen, ofendido, le juró venganza por lo que mi Pedro se embarcó para Entre Ríos. En realidad no tenemos relaciones en esa provincia, será una cuestión de polleras - agregó Clara. Benigno interpretó bien las noticias de Pedro Ortiz. Se embarcó para Entre Ríos como lo estaban haciendo los que tenían esperanzas en Urquiza. Sarmiento se había embarcado en Valparaíso y se dirigía por mar al foco de la revolución. Pero Pedro no quiso entrar en detalles con su madre, tampoco lo haría él.

Mendoza 22 de agosto de 1851

Queridísima Joaquina:

Los Andes impidieron que vuele a tus brazos. La nieve i el hielo son una barrera transitoria en nuestro amor.

Esperaba la primavera para cruzar a verte a ti i a mi hermoso muchacho pero en esta Confederación las armas me llaman. Cuando la Patria reclama a los soldados sus servicios, todo lo demás debe quedar atrás.

Vuelo a Entre Ríos querida mía, llevándote en mi mente i en mi corazón.

Tendrás noticias mías cuanto antes. Te amaré siempre. Benigno.

La suerte estaba echada. Al despedirlo, Rafaela le colocó una cintilla roja en el pecho.

- No te la saques hijo.

- No me la sacaré madre - respondió antes de montar y enjugando las lágrimas de Rafaela.

Los caminos estaban poblados de jinetes armados con lanzas o tercerolas. Todos lucían cintas rojas pero todos se miraban con desconfianza. Sabían que el “infame traidor” entrerriano también la obligaba a usar.

Cuando llegó al Luján recordó a su madre que recién había despedido. Allí había nacido él, en el campo de la Virgen. En el atrio de la Iglesia, un grupo de hombres se aprestaba a marchar. Estaban reemplazando cintas celestes y blancas de sus chaquetas por la rigurosa punzó. Los colores de la bandera identificaban particularmente a la gente del lugar. Eran los colores de la virgencita milagrosa que tenían allí.

Benigno intuyó que se preparaban para ir más allá de Buenos Aires, a Montevideo o a Entre Ríos. A pesar de la desconfianza inicial, un hombre que se identificó como Lorenzo López le dijo que iban a Santa Fé por el camino del Rosario.

- ¿Puedo seguirlos don Lorenzo? Yo también nací en estos pagos.

Lo recibieron atentamente y se unió al grupo lujanero. López era el hijo de Lorenzo López Camelo e Illescas, el Alcalde de Pilar, quien salvó la vida de Pueyrredón en Perdriel. Cuando entraron en confianza le comentó a Benigno que era pariente del Restaurador pero consideraba que la Confederación estaba madura para dictarse una constitución y no soportaba más un gobierno paternalista.

- ¡Mueran los salvajes unitarios y los traidores entrerrianos!- gritaron desde un grupo numeroso de gauchos que los observaban atentamente. Nadie respondió- ¡Mueran los salvajes unitarios y los traidores entrerrianos!- de nuevo pero mucho más amenazante.

- ¡Mueran!- contestaron prudentemente los lujaneros mientras clavaban espuelas para tomar el galope.

No iban a Santa Fé sino que cruzarían el Paraná desde San Pedro. Allí había un fondeadero de donde partía todas las noches un vapor de Lafone y Cía con conspiradores de todo pelaje. Al llegar a Entre Ríos desembarcaron en Landa. Del vapor se pasaba a una lancha y de esta a la costa con el agua a la cintura.

Los ceibos estaban en flor y el rojo de sus pétalos resaltaba por la humedad del amanecer sobre el río.

La primera preocupación fue conseguir caballos. La tarea era fácil porque todos tenían con qué pagarlos.

Se enteraron que pocos días antes había llegado a ese mismo desembarcadero Sarmiento y que después viajó a Gualaguaychú para entrevistarse con Urquiza. Les aconsejaron seguir el mismo camino y así lo hicieron. Fueron recibidos por el coronel Olegario Horqueda quien les preguntó por la situación de revista de cada uno y sus experiencias de guerra. Cuando escuchó a Benigno pensó que estaba frente a un mitómano que se imaginaba haber estado en la guerra de México. De todos modos, el trato fue extremadamente cordial y esa noche, Horqueda, reunido con el coronel Soza comentó la entrevista con el “coronel de Húsares mexicano”. Soza era de origen sanjuanino y formó parte desde 1815 de todos los ejércitos, incluido el brasileño. En el Ejército Grande se había puesto a órdenes de Sarmiento como asistente. En realidad el grado

que tenía era honorífico por su edad y sus campañas. Le comentó a su teniente coronel Sarmiento sobre la presencia del mendocino loco.

-Yo conozco al hermano, el auditor. Es cierto, es coronel mexicano y fue oficial del general Paz en el Cerrito.

Urquiza le dio el grado de coronel y lo nombró comandante de la división de caballería porteña. Los lujaneros pasaron a depender de él y Lorenzo López fue el jefe del segundo batallón, al que inmediatamente puso bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján.

Benigno se daba tiempo para todo: organizar la división, reclutar gente, instruirlos y desafiar a los excelentes jinetes entrerrianos a realizar montados, toda clase de piruetas. Su actividad continuaba por las noches. Había algo del general Urquiza que despertaba su admiración más genuina. Era su pasión por los bailes que se reflejaba todas las noches en la casa de gobierno de Gualeguaychú. El baile era una institución pública y algo así también como una carga pública. Eran obligatorios para las familias y vecinos. Había bailes de chinas a las que los hombres asistían con poncho. Los había de parada con bandas y uniformes con charreteras. Los más importantes eran los de frac, después del teatro.

Benigno no se perdía ninguno y observaba con admiración al Comandante en Jefe de su ejército que invariablemente bailaba con expresión imperturbable hasta las tres de la mañana.

Durante el día cargas de caballería y de noche contradanzas. Benigno montaba de día y de noche. Así fue hasta fines de noviembre que marchó con su división hacia Diamante. Desde allí cruzarían el Paraná con todo el ejército.

El día de navidad, Sarmiento le dio a firmar a Urquiza el boletín número 3 que él había redactado. La primera copia la recibió Benigno en la costa santafecina.

Cuartel General en EL DIAMANTE, Diciembre 25 de 1851.

“El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un grande ejército.

“Las alturas de Punta-Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las más grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió el general Ramírez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza el general Urquiza al grito de regeneración de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

“La Villa del Diamante ocupa uno de los sitios más bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama: masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y en el lejano horizonte brazos del grande río y la costa firme de Santa Fe, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

“Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasileña, y la llegada de las balsas correntinas, construídas bajo la hábil dirección de don Pedro Ferré, y capaces de contener en su recinto, circundado de una estacada, cien caballos.

“Al amanecer del día 23 todo era animación y movimiento en las alturas del Diamante, en la playa, en los buques y en las aguas.

“En los países poco conocedores de nuestras costumbres el juicio se resiste a concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron a nado en un solo día el Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado.

“Esta vez el auxilio del vapor mismo hacía innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban de una a otra orilla los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor Don Pedro, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos pero aún no satisfecha la actividad del general en jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigen

el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del río. Por horas enteras veíase algún nadador luchando con un solo caballo, obstinado en volver atrás a la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaba al sol sus tiendas, y allá en el horizonte los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

“Daba impulso a aquel extenso y variado campo de acción la mirada eléctrica del general en jefe que, situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo a los unos y a todos actividad y entusiasmo.

“En medio de la variada escena del paso del Paraná descubrióse al sur el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco después tuvo noticia que el general Mansilla había abandonado los acantonamientos de Ramallo, dejando clavados los cañones que guarnecían el Tonelero. Los entusiastas vivos de la población del Rosario saludaron a su paso a nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado ejército de Rosas obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse a nuestras fuerzas.

“El 24, a las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental, dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operación militar que arredra a los más grandes capitanes está, pues, ejecutada, y el pasaje del Paraná, realizado por un grande ejército y medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor o el poeta como uno de los sucesos más sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

“La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media más tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépido jinetes”.

La división de caballería porteña de Benigno Villanueva avanzó en la vanguardia del ejército grande hacia el Rosario. Allí, enterados Pascual Echagüe y el temible Santa Coloma del inminente ataque, abandonaron la provincia rumbo a Córdoba, porque la división había cortado los caminos hacia Buenos Aires.

Con Rosario liberado, Sarmiento se instaló con su imprenta en la ciudad. Allí se encontró nuevamente con Benigno a quien le pidió que regrese a Mendoza para aconsejar a sus amigos que traten de aprovecharse del momento de desquicio que va a traer la caída de Rosas y que se apoderen del gobierno.

- No tienen tiempo que perder, Villanueva, si no el despotismo va a reorganizarse inmediatamente con los mismos hombres de Rosas. Benigno comprendió en toda su magnitud el pedido del sanjuanino. No debía permitir en Mendoza lo mismo que iba a ocurrir en Buenos Aires, que Urquiza suceda a Rosas, que el rojo de uno lo continúe el rojo del otro.

Sin embargo Sarmiento era el boletínero del ejército de Urquiza. Parecía una traición (o poco menos).

Entre Diamante y Rosario el coronel Villanueva escuchó hablar a oficiales brasileros. Para ellos la guerra era contra la Confederación y Benigno hablaba y entendía su idioma perfectamente.

- ¿Qué hago yo, Lorenzo, comandando una división de caballería aliado a un ejército brasileros contra mi nación? ¿Qué motivaciones ocultas tiene Sarmiento y vaya a saber cuántos más, para maniobrar a espaldas de Urquiza?

- Parece un nido de víboras, pero yo quiero un nuevo país, Villanueva, con una Constitución, sea con Urquiza o con quien sea. Comparto con usted la preocupación por los brasileros ¿Qué irán a hacer una vez que caiga Rosas?

La caída del Restaurador era un hecho. El ejército de Oribe era el más fuerte que disponía, ya sea en hombres o en cañones y se había rendido sin tirar un tiro en Montevideo, pocos meses antes.

Cuando ingresaron a la provincia de Buenos Aires, Benigno podía apreciar el desprecio con que trataba la gente de las campañas al “ejército invasor”.

En la noche, mirando las estrellas el comandante de la división porteña recordaba a su padre, el mandato sanmartiniano, a su conversación con Guido en el Janeiro. Y se sumaba ahora el desprecio de su pueblo.

- Lorenzo, despiértese - mientras lo tomaba del brazo.

López no dijo una palabra, miró a los ojos a su comandante y se puso de pie. Se abrazaron y el hombre de Luján le deseó suerte. Benigno, vestido de uniforme montó y de inmediato tomó el galope hacia el puerto de Rosario. Sabía que había un servicio continuo de barcos, lanchas, botes o vapores que el ejército grande utilizaba para cruzar el Paraná. Hacia Entre Ríos regresaban vacíos y le resultó fácil el embarque suyo y el de su caballo.

Al mediodía cruzó el Uruguay del mismo modo, y de allí al galope a Montevideo.

El 17 de enero se embarcó con destino a Panamá en el vapor Potomac que luego seguiría a Nueva York. Recostado en la cubierta, con el sol saliendo sobre el río, Benigno extendía su vista hacia Buenos Aires y más allá... Mendoza y más allá... Joaquina en el Pacífico.

En el Janeiro, dos mujeres corrían hacia el Potomac. La segunda sirena que tronaba en el puerto indicaba que se debía levantar la planchada para el acceso de los pasajeros y se soltaban las amarras. Adelante corría una dama con faldas que cubrían cien enaguas y sombrilla, atrás una mulata que cargaba con dificultad un baúl entre sus brazos y dos bolsos en su espalda.

- ¡Esperen!- gritaba la dama y la planchada volvió a afirmarse para ella.

La mulata cayó con su carga entre los tablones en mal estado del dique. Como Benigno estaba próximo al portal, saltó y ayudó a la mujer, recogiendo la ropa de todo tipo que el golpe había desparramado del baúl.

- Le agradezco su gentileza caballero, soy Isabel Prim y Prats-dijo detrás de una sonrisa que iluminaba al Potomac y a todo el Janeiro.

- Benigno Ben y Vill - contestó embobado mientras llevaba una mano enguantada hacia sus labios y trataba de empujar en el baúl un corsé rosa.

El impacto que causó Isabel en Benigno fue instantáneo. Era una hermosa mujer de algo más de treinta años, de cabello renegrido y ojos celestes como el cielo.

- Es la sobrina del conde de Reus, el general Prim y Prats. Fue gobernador hasta hace poco tiempo de Puerto Rico y hoy es uno de los notables de Cataluña - le informó el capitán del vapor.

El coronel de Húsares y del ejército grande sentía que todas las trompetas tocaban “a la carga”. No paró en su camarote sino que recorrió todo el barco una y mil veces para lograr un encuentro casual.

Lo logró a la mañana siguiente en la cubierta de estribor.

- ¿No le molesta el sol señorita Isabel?

- Al contrario, me place sentirlo en mi piel.

- Si cierra los ojos se apagará el sol- avanzó Benigno.

- ¿Por qué, señor?

- Por que nada tendrá sentido si el celeste de sus ojos se apaga, señorita.

- Isabel...

- Isabel.

Hablaron de la revolución en la Confederación, de México, de California y de Puerto Rico. Viajaba a Nueva York para conocer la ciudad y de allí se embarcaría hacia su querida Barcelona.

Cuando su “tío” don Juan dejó la gobernación de Puerto Rico, ella se dedicó a viajar por toda América. La excursión estaba llegando a su fin y extrañaba su país.

Al día siguiente Benigno golpeó la puerta de su camarote, abriéndola la mulata. Invitó a Isabel a pasear por la cubierta. A la tarde hizo lo mismo y a la noche no abrió la puerta la morocha. Benigno la cerró detrás de él.

Cada enagua que lograba sacar era correspondido con un no, Benigno. Con manos diestras soltó el cintillo del corsé y fue tirando de a poco para que diese lugar a un par de pechos blancos erguidos y sabrosos.

En Recife, antes de virar hacia el oeste, el Potomac hizo puerto y los pasajeros podían bajar a tierra. Isabel y Benigno lo hicieron casi corriendo y ella lo llevó a una encantadora y diminuta playa enmarcada por acantilados. Sólo llevaba una enagua debajo del vestido. Se desnudó y se zambulló en el mar. Él se demoró un poco más por culpa de las botas y de no llevar sacabotas. Acomodó cada talón entre dos piedras y se descalzó. Corriendo se juntó con ella en el agua transparente con fondo de corales.

La piel de Isabel era más cálida que el agua, que era cálida. Poco tiempo estuvieron sin hacer pie. Abrazados se hundían. Bracearon hacia la costa y allí, donde todo el océano se rinde ante la arena, se tumbaron y se entregaron una y otra vez a ese misterioso juego de entradas y salidas al que era tan afecto Benigno.

Como el Potomac zarpaba al alba decidieron quedarse en la playa a esperar la luna. La última fase creciente la habían visto en cubierta la noche anterior y sabían lo que les esperaba ver sobre el mar.

La noche no los defraudó. Un disco incandescente se iba trepando sobre el horizonte iluminando todo. El cuerpo de Isabel se iluminaba al conjuro de esa luna que producía un movimiento sobre el mar. Había una mágica relación entre el brillo de ella y el del cielo como entre su cabello, seco ya, que se mecía al ritmo de la brisa y la luz en el mar que lo hacía al ritmo de las olas.

- ¡Mi ropa! - gritó Isabel al notar que la crecida se la había llevado de la orilla.

Benigno tuvo más suerte, las botas y el pantalón se habían salvado gracias a las piedras.

Decidieron quedarse en la playa hasta bien entrada la noche para no ser vistos en el puerto.

Isabel se calzó los pantalones hasta el pecho, atándolos por detrás del cuello con el cinturón de su compañero. Benigno lucía sólo calzoncillos.

- Buenas noches señorita Prim y Prats. Señor - saludó incrédulo el oficial de cubierta mientras se dirigían corriendo hacia el camarote de Isabel.

- Después te explico - contestó la dama a la mirada inquisidora de la mulata, que en realidad no dejaba de mirar lo que Benigno mostraba.

Cuando el Potomac llegó al istmo de Panamá se separaron. Él prometió viajar a Barcelona para verla.

Sobre el Pacífico Benigno esperó dos días para poder embarcarse hacia California.

Había pasado un año y medio desde que el coronel de húsares y próspero comerciante norteamericano se despidió de su hermano en California. Lo recibieron de regreso con sincera alegría. El General Store Mendoza de los Villanueva Brothers había crecido exponencialmente. Pío y Toribia no se cansaban de mostrar las nuevas estanterías, los nuevos depósitos y fundamentalmente la nueva caja fuerte, que fue abierta luego de una sigilosa maniobra de combinación, para mostrar enormes pilas de lingotes de oro.

- Es todo nuestro Benigno, y en el banco hay mucho más - gritó Pío mirando cuidadosamente la expresión de su hermano para poder vislumbrar el menor gesto de emoción en ese rostro de jugador de póquer.

No fue necesario, Benigno abrazó a Pío y a su señora con genuina satisfacción. Ese oro le permitiría convertirlo en alas para volar a Barcelona. Pero nada dijo.

- Esta fortuna es de ustedes hermanos, yo sólo empecé esto y luego me ausenté.

- No es así. Esto es nuestro, mitad de cada uno- dijo con firmeza Pío, el auditor.

No pasó mucho tiempo sin que Benigno revelase sus planes. Barcelona era su destino.

- ¿Y Joaquina, Benigno? ¿La visitaste en Valparaíso?

- A propósito, supe que me escribió una carta que llegó acá junto con la de mamá...

- Así es... así fue hermano, yo cometí un error tal vez, pero no quise que...

- Huevón...

Toribia no entendía ese diálogo de hermanos con silencios y comprensiones infinitas.

- Ese muchacho es mi hijo y lo llevaré siempre en mi corazón pero yo tengo alas y no pies, Pío.

Era una confidencia y Toribia empezó a entender.

- Te conozco, hermano, te conozco - mientras se abrazaban los dos Villanueva.

No recordaban en Barcelona una nevada como aquella que recibió a Benigno el 13 de enero de 1853.

La sobrina del conde de Reus, enfundada con pieles blancas, ordenó a su cochero que ayude al coronel Villanueva con el equipaje y con la difícil tarea de caminar con botas de montar, sobre el piso helado del puerto.

Isabel utilizaba a regañadientes del conde, una exquisita carroza atalajada a la Doumont, en la que predominaba el color rosa.

- No es el color lo que más me molesta, es la apariencia del transporte real que tiene y que no condice con mi condición de liberal y progresista- protestaba el conde de Reus, vizconde de Bruch y marqués de los Castillejos, general D. Juan Prim y Prats.

Las cuatro yuntas de caballos andaluces levantaban exquisitamente las patas para evitar resbalones. Su propietaria hacía algo parecido detrás de delicadas cortinas sin intentar evitar nada del impetuoso húsar.

- Saludaremos primero a mi tío Juan y después iremos a mi casa-dijo la dama sin consulta previa.

- Prefiero ir primero a tu casa y más tarde saludaremos al general.

- No Benigno, si bien Juan es extremadamente liberal, su personalidad es la de un recalcitrante conservador. Se ofendería si no lo saludas de inmediato.

- ¿Cuán conservador es?

- Lo suficiente como para esconder lo nuestro. Además será por poco tiempo porque vive en París hace dos años.

Detrás de un enorme escritorio en el centro de la biblioteca, se erguía Juan Prim y Prats.

- Mi padrino Juan, el coronel Benigno Villanueva.

- Es un honor conocerlo señor general.

- El honor es mío coronel.

- Conozco alguna de sus hazañas militares por las cuales ha logrado el reconocimiento de toda España y de los liberales americanos. Yo he hecho mía, desde hace mucho tiempo, su frase “más liberal hoy que ayer, más liberal mañana que hoy”.

- Me alegra Isabel que esta vez traigas a un hombre responsable a esta casa.

El gesto de circunstancias de ella coincidió con otro de Benigno que los Prim no pudieron descifrar. Sin embargo, Juan percibió que se relacionaba con que no era una novedad para ese argentino y coronel mexicano, que adelantándose a él se presentasen en esa casa hombres irresponsables.

El general Prim era el hombre público más reconocido en toda Cataluña. Durante las guerras carlistas, que duraron 6 años, participó en 35 acciones de guerra y recibió 8 heridas que para él eran las más hermosas medallas. Sus sublevaciones contra el regente de España que gobernaba hasta la mayoría de edad de Isabel, fueron muy populares y su valentía se destacaba en cada acción. En la sangrienta conquista de Mataró lo condecoraron con la gran cruz de San Fernando. El gobierno, ya con Isabel II en el poder, premió sus méritos con los títulos de Castilla para él y sus descendientes.

- A pesar de mis condecoraciones, mis heridas y mi fidelidad a la reina, me tienen en el exilio, Villanueva.

- No debe ser muy difícil vivir en París, señor.

- No, en realidad es un exilio dorado, pero anteriormente, para que no accediese a las cortes me nombraron gobernador en Puerto Rico, alcalde en Centas, diplomático en Londres. En fin, mi destino es España, pero este reino no está preparado para recibirme. Un progresista anticlerical está de más en esta sociedad frailer y conservadora.

- América es distinta señor. No tenemos reyes y lo conservador está arrinconado por los amantes de la libertad.

Mientras hablaban, Benigno notó que lo estaban estudiando cuidadosamente. No sólo sus ideas sino la capacidad de su garguero para recibir la seguidilla de copas de cognac que servía don Juan.

Después de la cena, Isabel intentó llevar al reciénvenido a su casa pero chocó con su indiferencia y la de su tío. La bebida y el fuego de la chimenea que alimentaba un sirviente impidieron las maniobras de retirada de la dama. Juan y Benigno se reconocieron mutuamente afinidades comunes. Pero había una característica unilateral, sin parangón para quien no tuviese una ahijada. Era celoso.

- No soy celoso Isabel, es sólo por cuidarte. Sólo somos tú y yo en este mundo y es mi responsabilidad hacerlo.

- Es la misma cantinela de siempre-contestaba invariablemente la sobrina resignada.

En esta oportunidad ese diálogo no se planteó porque los dos hombres temulentos no le prestaban atención a la dama que, aburrida, se durmió en un sillón de la sala.

De México a Cataluña, de hazaña en hazaña los sorprendió el nuevo día. Tres botellas de cognac y dos de vino eran el testimonio cabal de una nueva amistad entre dos hombres de la misma edad y de similares inquietudes.

- ¿Quiere viajar conmigo a París Benigno?-en realidad Prim gozaba de un exilio forzoso en Francia pero cada tanto viajaba a Barcelona subrepticamente para controlar a su sobrina.

- No Juan - terció Isabel - mi amigo acaba de llegar y le prometí ser su anfitriona en Barcelona.¿No es así Benigno?

- Sí, realmente es así, pero le quedo infinitamente agradecido por su invitación. No faltará ocasión para vernos pronto nuevamente.

- No tenga la menor duda Benigno - Juan hizo sobresaltar a su ahijada.

Cuando Juan viajó a París, Benigno se instaló en la casa de Isabel. El frío y la nieve que lo recibieron a su llegada se habían transformado en días en que el sol iluminaba hasta en las sombras.

La Rambla era el paseo obligado de la pareja desde el puerto hasta la plaza de Cataluña. Si lo hacían montados llegaban a Gracia. Había pasado un mes desde su llegada y Benigno ya conocía de memoria cada rincón, cada tramo de la Rambla: Santa Mónica, Plaza del teatro, Capuchinos, Llano de la Boquería, San

José, Rambla de los estudios, de Canaletas o los paseos de Colón, de Isabel II, de la Adriana o plazas del Palacio, de la constitución, Real y Urquinaona.

A Villanueva le había llamado la atención La Barceloneta, un barrio marítimo cerca de Barcelona.

- Esto es desagradable Benigno, es un antro de juego, alcohol y prostitutas.

- . . .

Unos días después, Benigno manifestó su interés en conocer los viñedos de Barcelona, al este de la ciudad.

- Quiero explorar la posibilidad de hacer negocios con mi hermano Pío en California. Iré solo a entrevistar a Miguel Santa Coloma. Debe haber interesantes ofertas de intercambio comercial.

Isabel le había presentado en uno de los paseos a don Miguel, acaudalado exportador de telas y vinos. Por otro lado (por su caballerizo), sabía que Santa Coloma atendía al este de Barcelona porque allí estaba La Barceloneta y era propietario de varios locales non sanctos.

Las relaciones comerciales de importación y exportación entre California y Barcelona fueron creciendo en aspiraciones y posibilidades bien explicadas a Isabel. Lo que era difícil de explicar eran los horarios en que se desarrollaban los proyectos.

Benigno comenzó a apreciar las bellezas del Puerto e Isabel a despreciar los negocios con Santa Coloma.

La Voz de Barcelona, edición especial del 22 de julio 1853.

Rusia invade los principados danubianos

El príncipe Gorchakoff invadió los principados con el pretexto de tomar garantías para hacer valer las exigencias rusas.

El clima de guerra está creciendo aceleradamente no sólo en la región. En realidad, el conflicto se inició ante el convencimiento del Zar Nicolás de que estaba próximo el desmembramiento de Turquía. Lisonjeábale la idea de emprender contra la media luna la cruzada que debía arrojarla definitivamente de Europa. Envanecido con sus triunfos sobre la revolución en Hungría y

Alemania (1849 y 1850) considerábase con justicia acreedor al agradecimiento de los soberanos de Austria y Rusia, y pensaba que éstos le dejarían las manos libres para obrar en Oriente como mejor le pareciese. Si en alguna parte pensaba encontrar oposición era en Francia, con cuyo gobierno habían surgido algunas desavenencias a causa de la protección ejercida por esta potencia y por Rusia respectivamente sobre las iglesias latina y griega de los Santos Lugares. Estas diferencias se habían ahondado por efecto de la conducta agresiva que siguiera el Zar contra el gobierno turco, por haber cedido en parte a las pretensiones de los católicos; y ésto hacía suponer que Francia consideraría como un compromiso de honor no abandonar a Turquía en caso de un arrepentimiento; mas, para precaverse contra esta eventualidad, quedaba el recurso de conquistar el apoyo de Gran Bretaña. Esto es lo que trató de hacer Nicolás, como nuestro corresponsal nos había informado y publicamos en febrero bajo el título de “El reparto de la herencia del hombre enfermo”. Reparto del que quería excluir a Napoleón III, y en el cual reservaba para Inglaterra la posesión de Egipto y de la isla de Canadá.

Sin embargo, el gobierno inglés rechazó el proyecto y se puso del lado de Francia para mantener el statu quo, aunque tratando de preservar la paz.

Sin embargo, la guerra parece inevitable. El embajador extraordinario del Zar, Príncipe Menchicoff, procediendo con absoluto desprecio por las fórmulas diplomáticas usuales, como si su conducta obedeciese a la consigna de provocar un rompimiento, había exigido la destitución del ministro de Negocios Extranjeros Fuad Effendi y la conclusión de un convenio que diese a Rusia el protectorado de los súbditos cristianos del sultán.

Tan inaudita pretensión fue rechazada por el gobierno turco y, en consecuencia, Menchikoff declaró rotas las relaciones diplomáticas y el Príncipe Gorchakoff acaba de invadir los principados danubianos.

- Otra vez la guerra Villanueva. Otra vez buenos negocios - decía Santa Coloma.

- ¿España será neutral, don Miguel?

- Mientras detrás de los Pirineos se desangrarán por el Santo Sepulcro como en la época de las cruzadas, acá nos seguiremos desangrando entre nosotros.

- Se matan entre ustedes, como hacemos en la Argentina.

- Somos incorregibles y es nuestro legado a los americanos.

- Vaya si lo aprendimos, Miguel.

- Sin embargo hay quienes se favorecen con la guerra. Por ejemplo yo, exportaré telas para los uniformes y usted Benigno también saldrá favorecido.

- ¿Por qué?

- Porque la reina va a mandar observadores al conflicto y como no soportan los desplantes de don Juan Prim y Prats, se comenta que la delegación española la encabezaría él. Podrá vivir tranquilo con Isabel, Benigno, sin el tío celoso que la vigile.

Muchas lámparas se encendieron en la mente de Benigno Villanueva imaginándose cabalgando entre turcos, ingleses y franceses hacia Oriente.

Las visitas de don Juan a su ahijada se hicieron cada vez más frecuentes.

- Al principio era para celarme Benigno, pero ahora te estima. Me lo ha dicho anoche cuando le comenté los negocios que estás preparando con Santa Coloma.

Prim visitaba a Isabel con mayor asiduidad pero por corto tiempo. Debía viajar a Madrid para informar al canciller los preparativos franceses para la guerra.

Otra noticia ocupaba las primeras planas de los diarios:

Cuando los turcos vencieron a los rusos en Olteniza, el 4 de noviembre, después de haber cruzado el Danubio, el mundo no lo podía creer. El general Omer-bajá era Bonaparte resucitado.

Fue efímera la gloria del turco. Los barcos de su flota se fueron al fondo del mar en la bahía de Sinope ante el ataque del almirante Nakhimoff a fines de noviembre.



Batalla de Sinope, Ivan Aivazovsky (1817-1900)⁸

La Nochebuena en casa de Isabel había sido muy especial. En el salón no estuvieron sólo los Prim y Benigno sino los mayordomos, mucamas y ama de llaves. Habían preparado las cocineras todo tipo de pescado hecho de los modos más imaginativos. Los hombres de la casa obsequiaron cigarras a los sirvientes y se dedicaron a tomar cognac en el salón de recepción.

Don Juan observó la hora y, alarmado por lo avanzado de la noche se despidió de su ahijada

- ¿Lo llevo al hotel Benigno?

- . . .

⁸ La batalla de Sinope, 18 de noviembre de 1853, en la noche posterior a la batalla. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Battle_of_Sinop.jpg

- En realidad, por esta noche le preparé el dormitorio de huéspedes. Hace mucho frío y Benigno sufrió una gripe hace poco tiempo... – terció Isabel.

El general se acomodó su capa y con una sonrisa indescifrable se despidió hasta la mañana siguiente. Se encontrarían en la Plaza y luego almorzarían en su propia casa.

Notaron una actitud rara en don Juan. Manifestaba una gran simpatía por Benigno a quien lo tomaba del brazo y lo presentaba a media Barcelona como “mi amigo, el coronel Villanueva”.

Después del almuerzo navideño y tras los consabidos cigarros y cognac, el general, a solas con Benigno le comentaba los últimos acontecimientos del oriente.

- Francia e Inglaterra apostaron barcos de sus flotas en aguas de Constantinopla. Lo hicieron para disuadir a los rusos de usar su poderío marítimo sobre los turcos. Pero lo hicieron igual, hundieron su flota musulmana en Sinope.

- Fue muy temerario el Zar Nicolás – acotó Villanueva.

- Así es, fue una provocación. Ahora Francia y Gran Bretaña ordenarán a sus escuadras dirigirse al Mar Negro.

- La guerra será irremediable.

- Mire Benigno, tan cierto es lo que usted dice que la Reina me acaba de nombrar jefe de una misión de observación a la guerra de Oriente. Conociéndolo como lo conozco, sabiendo de su valor y del placer por las aventuras de la libertad que compartimos; por esas razones y por muchas otras que lo favorecen, pensé en usted para integrar esa misión que servirá a España para comparar su poderío con el de las grandes potencias.

- Será un honor para mí poder contribuir a su reino con mi humilde presencia en los campos de batalla - dijo Benigno sin dudarle y con un énfasis que sorprendió a Juan Prim y Prats.

- Sólo le pido - agregó Benigno-que sea usted, querido amigo, quien le informe esto a Isabel.

- No se preocupe, ya lo había pensado-respondió con la misma sonrisa indescifrable que la noche anterior.

Isabel II era una mujer altanera. Como su estatura no le permitía mirar a sus súbditos hacia abajo, echaba hacia atrás la cabeza. El general Prim hizo una gran reverencia y besó la mano tendida de la reina.

- Majestad, la comisión de observadores de la guerra de Oriente tendrá el honor de saludaros antes de partir.

Los tres generales y ocho coroneles acercaron también sus labios a la mano helada de Isabel. Helada como su mirada y como su boca que no esbozaba el menor gesto humano.

¿Esta es la reina niña? pensaba Benigno que veía en ella el gesto de alguna de sus tías viejas mendocinas. Además se sentía ridículo haciendo reverencias a la hija de Fernando VII, el rey traidor que entregó España a Napoleón. Sí, pero gracias a eso América se independizó, pensaba, y él nació con la Revolución y la Independencia.

Isabel era hija del último matrimonio de Fernando. Cuando el rey murió, ella era una niña y su madre Cristina fue la regente. Los carlistas no aceptaban una mujer en el trono. La ley sálica llevó a la guerra de sucesión hasta que las cortes decidieron declarar a Isabel mayor de edad a los trece años (1843). Y listo. Fue la reina niña y tres años más tarde se casó con Francisco de Asís.

- Que no puede ser.

- Pues así se llama, coño, como el Santo.

Benigno ya había notado que si bien no era el Santo, tal vez se ganase también el cielo por soportar a la bruja niña.

Tres días después la comisión y todos sus ayudantes se embarcaron en el puerto de Barcelona. Isabel Prim y Prats despedía desde el muelle a sus dos hombres que, vestidos con los mismos uniformes le regalaban amplias y cariñosas sonrisas.

- Son tal para cual- le dijo a la mulata mientras observaba con interés a un joven capitán que rendía honores a su padrino y de reojo hacía lo mismo con ella.



Don Juan Prim y Prats, 1871 por D. Francisco Gimenez y Guitied
– D. Justo de la Fuente⁹

⁹ https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Juan_Prim_book.jpg

VODKA

*El águila reemplaza al cóndor y al quetzal.
Las alas señalan el Oriente
hacia donde el hetmán va
Benigno el vuelo, benigna tempestad,
llama con el viento el cosaco del Ural...*

Capítulo VII

*El águila vuela agotando horizontes en planeos infinitos.
Quien descifra el sino oculto de su rumbo será reconocido como
hetmán.*

Inglaterra, Francia y Turquía declararon la guerra a Rusia el 27 de marzo de 1854. Aún no habían iniciado los planes estratégicos más elementales pero decidieron dar un primer paso que consistía en la defensa de Constantinopla. Concentraron fuerzas aliadas en la Península de Galípoli, a las que fueron aumentando su número y armamento. El cuerpo expedicionario francés contaba con cuatro divisiones de infantería, una de ellas a órdenes del príncipe Napoleón; una de caballería y sesenta y ocho cañones. En total eran tres mil hombres comandados por el mariscal Saint Arnaud, ministro de guerra. Los ingleses disponían de cinco divisiones de infantería, una de caballería y nueve baterías de artillería. Lord Raglan comandaba a los veintidós mil británicos.

Los observadores españoles se instalaron en el campamento francés, junto al estado mayor de Saint Arnaud. El general Prim tenía una larga amistad con el mariscal y con el general Canrobert, comandante de la primera división de caballería.

Los estados mayores de los aliados sesionaban con sus comandantes en la Catedral Ortodoxa de Galípoli sobre un inmenso mapa de toda la región. Los observadores españoles e italianos seguían atentamente las exposiciones de los aliados que se expresaban en francés, ininteligible en el caso de los turcos.

Benigno, haciendo gala de su poliglotía, traducía para los italianos algunos galicismos rebuscados que utilizaba Saint Arnaud.

- Señores, dispongo de noticias alentadoras para destruir a Nicolás- decía el comandante francés, - Austria, con el apoyo incondicional nuestro, concentró ocho mil hombres en Transilvania y Hungría e intimó al Zar a evacuar los principados. Rusia está en estos momentos retirando su ejército al otro lado del Pruth.

Los aplausos retumbaron en el templo mientras el coronel Villanueva, observador español, murmuraba “pobres rusos”.

Las sesiones del estado mayor cambiaron su objetivo amoldándose a las nuevas circunstancias. Hasta ese momento no existía un planeamiento estratégico basado en distintas alternativas o cursos de acción generales. Toda la concentración aliada se había hecho apresuradamente y con un gran desconocimiento de la situación real.

Ahora era diferente, el brusco cambio que le dio a la dinámica del conflicto la retirada rusa, llevó a los aliados a esbozar opciones estratégicas. O se los perseguía a través de las estepas de Dnieper o se realizaba un desembarco en Crimea o en Cáucaso. La primera opción tenía el riesgo de exponer a las tropas a un desastre como el del invierno del año 1812 para Napoleón. La segunda daría una segura satisfacción a la opinión pública con menor riesgo militar.

Al analizar la conveniencia de Crimea o el Cáucaso, los observadores escuchaban al estado mayor en sus conclusiones finales: Crimea ofrecía como objetivo inmediato la destrucción de Sebastopol, base del poder naval ruso en el Mar Negro.

El Cáucaso facilitaría la insurrección de los naturales que habría proporcionado a los aliados numerosos auxiliares poniendo en grave aprieto al gobierno moscovita. Los ingleses apoyaron la opción Crimea y así se resolvió.

- Vea Juan- le había dicho Benigno a Prim- creo que acertaron en la resolución porque a mi modo de ver los naturales no hubiesen traicionado a Rusia.

- ¿Por qué piensa eso?

- Estoy leyendo “Eugenio Onieguin”, una hermosa novela rusa en verso escrita por un tal Pushkin y estoy conociendo el alma de este pueblo que, por otro lado, me resulta similar a la Argentina.

- Tenga cuidado Benigno, somos observadores europeos no neutrales...

- Yo creo que a España le convendría conocer el conflicto en su totalidad, de un bando y del otro.

- Dijo bien Benigno al decir convendría. Nuestra misión se enmarca en los intereses españoles. Esa es nuestra conveniencia. Rusia nos tiene sin cuidado y España intenta dejar atrás su aislamiento europeo. Nuestras eternas guerras internas nos han ausentado del mundo y eso es lo que intenta nuestra corona revertir.

- Claro - pero “pobres rusos” pensaba mientras se aprestaba a seguir leyendo a Pushkin en la primera edición en francés, traducida en la misma San Petersburgo. “Los rusos hablan en ruso y escriben en francés” le habían dicho.

El 5 de septiembre los aliados desembarcaron en Eupatoria con el refuerzo de una división turca. Benigno había entablado relación con su comandante, Ahmet- Bajá, a quien había confesado que la inactividad como observador lo tenía sumamente aburrido.

- Coronel Villanueva, si bien usted no puede participar en las acciones de guerra, lo invito formalmente a la instrucción de mis jinetes.

Benigno no se hizo repetir la invitación del turco. Mientras la tropa de los escuadrones hacía ejercicios de cargas de caballería, los oficiales de la división lo hacían con Ahmet.

Benigno observaba las cargas de los oficiales con sus sables corvos apuntando al horizonte de ida y de vuelta y una y otra vez.

- ¿Me permite mostrarles algo que se hace en mi país? – preguntó Benigno.

El comandante ordenó a dos de sus hombres el galope en la misma dirección. Atrás de ellos como una saeta, revoleando unos cueros con piedras en las puntas se lanzó el coronel de húsares. Arrojó las boleadoras a las patas de la yegua que corría a la derecha que rodó por el suelo unos cuantos metros, arrojando al jinete más

allá. De inmediato revoleó sobre su cabeza un lazo, se paró sobre los estribos y lo arrojó, enlazando al pobre turco de la izquierda.

Los dos caídos gritaban, en el único idioma que aún Benigno no conocía, palabras que fácilmente descifró.

Ahmet-Bajá quedó impresionado con esa nueva técnica para usar en la persecución o bien en emboscadas o toma de prisioneros.

Cada escuadrón tuvo sus talabarteros que trenzaban lazos y boleadoras. Diariamente a la instrucción de las cargas se le agregaba la nueva técnica venida de las pampas. Los blancos de las lanzadas ya no eran caballos ni jinetes turcos. Ya no había más voluntarios. Se lanzaba a muñecos y a postes.

El cólera hacía estragos en el sector francés y turco después del desembarco. El general Saint Arnaud murió el 24 de septiembre de cólera y lo reemplazó Canrobert que no se destacaba por su amistad con los turcos.

Parte de la división de Ahmed pasó a engrosar la caballería inglesa a órdenes del general Lucan y Benigno consiguió la comisión de observar esas tropas.

La paradoja de la observación consistía en este caso, que el observador no sacaba experiencia de lo que observaba sino que transmitía la suya a sus observados.

El grueso del ejército turco que no había terminado de construir sus trincheras en Balaklava fue arrollado por treinta mil rusos el 24 de octubre de 1854. La caballería inglesa junto con los jinetes de Ahmed, cargaron a sangre y fuego sobre los atacantes. Fue una carga temeraria. No llegaban a mil los jinetes, pero fueron suficientes para disuadir a los rusos. El contraataque lo completaron los franceses con los cazadores de Vincennes y los zuavos.

Sólo trescientos jinetes ingleses y turcos sobrevivieron a la carga impetuosa de la caballería. Benigno, herido en el brazo izquierdo era uno de ellos. Como el coronel turco murió en el combate, el jinete argentino dio personalmente el parte de la carga a Ahmed, quien luego de escucharlo, se apeó de su magnífico caballo turco y se lo ofreció a Benigno con todos sus ricos atalajes. El húsar lo

montó de un salto a pesar de la herida y erguido como siempre, saludó militarmente al general Ahmed-Bajá.

No hay un gesto de reconocimiento mayor que entregar su propia monta. El que lo recibió lo pagó con su propia sangre en esa bravía carga de Balaklava, la más temeraria, romántica y valiente de la historia militar inglesa y, por supuesto, de la turca.

El caballo turco es un producto del árabe con el persa, del que ya quedaban muy pocos ejemplares. Su crin y su cola eran espesísimos y acrecentaban el brillo y la belleza del negro.

Como la matra lucía del lado de montar la media luna y Benigno debía ser neutral por su función, colocó su lazo y boleadoras de ese lado, previa aceptación de Ahmed.

Los rusos vencidos se dirigieron en orden hacia Sebastopol donde construyeron una fortaleza prácticamente inexpugnable.

- Benigno ¿por qué ha intervenido en la batalla? Usted es un observador y encima está herido. Cometió una falta grave que no la puede atenuar su valentía en el combate- después de un rato de mirarlo con el ceño fruncido, el general Juan Prim y Prats con una sonrisa le preguntó - ¿Qué le diré a Isabel si te matan?

- El caballo valió la pena, Juan.

- De aquí en más – otra vez serio- la comisión de observadores se mantendrá unida a mis órdenes.

Este mandato le impidió a Benigno participar en la batalla de Inkermann que libraron los aliados ante el ataque del príncipe Menchicoff en los primeros días de noviembre.

Si bien fue una victoria aliada, fue una victoria a lo pirro. Les costó más de cuatro mil bajas, entre ellas nueve generales. Produjo el efecto de una derrota en el ánimo de los ejércitos occidentales que se tradujo en demoras para la organización y los planes. De este modo los rusos dispusieron del tiempo necesario para continuar preparando a Sebastopol para defenderse del inminente asalto y del sitio.

Los observadores españoles recibieron la invitación de Lord Raglan para conocer y tal vez para garantizar, el primer campo de refugiados de la historia de las guerras.

Estaba dividido en dos sectores bien diferenciados. Un campamento con pabellones para prisioneros de guerra y un amplio sector separado del anterior por fuertes vallados, para refugiados que habían quedado sin hogares y los aliados se comprometían a realizar ayudas humanitarias para sostenerlos.

Juan Prim, los tres generales españoles y cinco coroneles supervisaban el primer sector, sobre todo el interrogatorio a los prisioneros que, según Raglan, sería un modelo de trato humanitario. Benigno y los coroneles De la Vega y Gutiérrez de Agüero tenían libertad para transitar por el sector de refugiados y poder informar así al comandante inglés las necesidades de alimentos, de salud, etc...

El invierno se presentó extremadamente duro para los aliados. El 14 de noviembre un furioso huracán arrasó los campamentos, inundó las trincheras y echó a pique a un gran número de barcos que transportaban verdaderas riquezas para aquella situación, en especial los víveres y las ropas de abrigo. El frío, la falta de capotes, mantas para los soldados y material sanitario, aumentó considerablemente el número de víctimas de fiebres, el tifus y el escorbuto. Hasta enero, cuando los franceses mandaron barcos con nuevas provisiones la precariedad ante el tiempo se hacía insostenible.

Las menores fracciones de cada potencia ingresaban a la fuerza al campo de refugiados. No se salvaban los prisioneros ni las familias rusas desoladas. Cualquier tipo de abrigo era bien cotizado por las tropas.

Benigno observaba impotente el saqueo a los refugiados con quienes prácticamente convivía. Gracias al dominio del francés se comunicaba con las personas de mayor categoría, quienes lo introdujeron en el idioma ruso. Su facilidad para adquirir una nueva lengua sorprendía a todos, en especial a los dos observadores españoles.

Le extrañó el modo con que los rusos se referían a Nicolás Pávlovich, el Zar. Era el padre, era el paladín de la cristiandad, el último cruzado que se enfrentaba a los infieles (los turcos), a pesar

que las potencias que se autoproclamaban cristianas se hubiesen aliado con los seguidores de Alá.

Fedor Flianoff era un hombre de setenta años al que diariamente Benigno le llevaba tabaco. Él a su vez le leía en ruso “La Hija del capitán”.

- Alexandr Sergeyeovich Pushkin nos devolvió a los rusos el amor por nuestra tierra –explicaba Fedor-, antes que él no existía una lengua escrita nacional. Todo era occidental. Él refundió dos tradiciones literarias que se habían mantenido paralelas: la tradición oral y la tradición escrita. Junto con Nikolai Gogol crearon la conciencia y el sentimiento de los valores espirituales rusos.

- Yo no soy hombre de mucha lectura Fedor, pero sí me ha impresionado, sobre todo ahora que lo leo en su propio idioma, es la veracidad, la ausencia de mentira, la sencillez, sinceridad y honradez de sentimientos que se distinguen en Eugenio Onieguin.

- Así es el pueblo ruso y ese es el arte de Pushkin. Ahora son varios los escritores que siguen su escuela. La escuela que nos hizo encontrar a nuestra Santa Rusia.

- Noto un gran parecido entre el ruso y el argentino. Pero el argentino del interior, de las pampas o de las montañas, no el de Buenos Aires. Las pampas tienen similitud con sus estepas, el caballo es indispensable y la sencillez y hospitalidad de los suyos es como la de los míos. En la Argentina también aparecieron escritores que no copian lo europeo. Esto yo lo sé por un hermano mío que vive ahora en California.

- Vea coronel –le dijo en una oportunidad el ruso- cuando nos reunimos a hablar con amigos lo hacemos compartiendo tabaco y además vodka. Por otro lado, el abrigo que nos quitaron se puede reemplazar con abrigo interno ¿no le parece?

- Encantado pero ¿cómo?

Al día siguiente, el coronel Villanueva montando en su espectacular caballo negro mostraba sus credenciales de observador contestando en cada parada en el propio idioma de los centinelas. Lo seguía un carro vacío con un viejo a las riendas.

Así entraron a Sebastopol burlando el sitio y se dirigieron a una bodega cuyas cerraduras y candados fueron fácilmente abiertas por

Fedor. Con naturalidad cargaron tres barriles de aguardiente ayudados por una vecina de enormes caderas que solidariamente intentaba también paliar el frío de los refugiados. Su solidaridad resultó mejorada cuando Fedor, luego de cachetear las nalgas de la dama, se dirigió con ella a la habitación haciendo señas a Benigno que lo esperase.

- Sentado –agregó ella- cerca del hogar que acabo de encender.

Cuando regresaban pasaron frente a una posición de artillería cuyo jefe, con un tono nada amistoso preguntó qué estaban haciendo. Se acercaron, Benigno se apeó e hizo una gran reverencia mientras se presentaba, ya en lengua rusa. Fedor explicó la situación de los refugiados y elogió el gesto de ese coronel argentino, mexicano, ahora español y observador. Eso le bastó al artillero que entre su sordera, que es la identidad de su arma; las nacionalidades que ostentaba Benigno; su caballo turco y el aguardiente para el campamento prefirió no preguntar más y palmeó efusivamente al observador que contrabandeaba vodka para su propia gente.

El coronel Villanueva se había hecho popular entre los refugiados. El tabaco, el vodka y hablar la misma lengua lo habían convertido en uno más en ese sufrido grupo de familias.

- Yo sólo aprendí a decir Niet y eso creo que me alcanza – decía el coronel De la Vega riéndose en el cuarto que utilizaba la comisión de observación en el campamento.

- No entiendo este campamento de prisioneros. Los ingleses dicen que hay que respetarlos pero los emplean como esclavos. Los franceses hacen lo mismo y en el turno de ellos fusilan a dos o tres por diversión. No hablemos de los turcos porque directamente le sacan todos los víveres y al que se queja lo matan – agregaba Gutierrez Agüero.

Como ocurría cada vez con mayor asiduidad Benigno pensó “pobres rusos”. Estaba más cómodo con los refugiados que con los aliados. ¡Aliados! Se tuvieron que aliar Inglaterra, Francia, Italia, Prusia, Austria y Turquía para hacer frente a Rusia.

Se aliaron para defender al Islam contra el emperador cristiano. No entendía el observador la agresión de tantas potencias

ensañadas contra ese pueblo tan similar al suyo. Tan hospitalarios y honestos que adoraban a su gobernante, el Zar, como a un Dios.

- Es un aguardiente de cereales, en Crimea lo hacemos con centeno. En otras partes de Rusia lo consumen con cebada o con maíz. Lo que es pareja es la graduación alcohólica, pruebe coronel.

- No tiene olor y es totalmente incoloro – apreció Benigno antes de embuchar.

- Usted lo ha dicho, esta bebida es indolora y tiene por eso la ventaja de no dejar aliento a alcohol que critican las mamushkas y hasta las nanias.

- Sírvame otro jarro Fedor, para apreciar mejor.

Era tarde, junto al vodka, el amigo ruso sacó a relucir un instrumento parecido al acordeón que conoció Benigno en Entre Ríos, pero más pequeño.

- Voy a tocar una mazurca – dijo Fedor y empezó un ritmo rapidísimo y alegre que fue convocando a los vecinos del campamento.

Los hombres bailaban entre ellos y las mujeres también, levantando con sus saltos y corridas tal polvareda que el caballo turco empezó a encabritarse.

Un ruso prudente avisó que se aproximaba una patrulla de guardias de refugiados. Benigno se sacudió su uniforme, ordenó esconder el vodka y dirigiéndose al oficial francés le dijo en su misma lengua que la situación estaba bajo control. Festejaban una fecha íntima. Satisfechos los guardias se retiraron y a medida que se alejaban crecía la intensidad de las mazurcas.

- Benigno, he recibido algunas quejas de los franceses acerca del alboroto de ayer. Por favor que no se repita- le advirtió Juan Prim y Prats.

Y no se repitió. Tres días después, el cinco de marzo el observador argentino ingresó al campamento y se asombró por el silencio sepulcral que lo dominaba cortado por algunos sollozos desgarradores.

- ¡Murió el Czar! ¡Murió nuestro padre! ¡Nicolás Pávlovich!

En la lengua rusa comprendió Benigno el significado de Zar (Czar). Venía de César emperador.

- Todo en él era humanidad- decía Fedor con voz entrecortada- su amor por los humildes, su apego verdaderamente profundo a los valores cristianos. Su religiosidad, que no era, por cierto, la de un místico ya que en él veíamos a un hombre que nunca perdía de vista la realidad. Es la que lo inspiraba a las atenuaciones que nunca dejó de aportar a sus medidas más severas. Soldado ante todo y amigo de la disciplina, sabía que el hombre es rebelde por esencia y era rara la oportunidad que no perdonase faltas a veces gravísimas. Lo llamábamos el “emperador caballero”, por su fidelidad nunca desmentida a la palabra dada, su vigilancia en socorrer a los desamparados, de donde fueran, pueblos o individuos. Incluso si su intervención podía ponerlo frente a compromisos peligrosos.

- ¡Pobres rusos, ahora desamparados!- alcanzó a decir Benigno. A exteriorizar lo que venía gestándose en su alma y que no habían sido más que pensamientos.

Habló con Fedor. No quería volver al comando aliado ni a la comisión de observación española. Se había identificado con ese pueblo que tanto le recordaba al suyo.

Esa noche permaneció con ellos, con el frío y el fuerte viento que apagaba las velas de la vigilia.

A la mañana siguiente circulaban por el campamento unas páginas sumamente manoseadas, sin membrete de publicación y rotas en algunas de sus partes. Hechas en imprenta como parte de un periódico y en buen ruso se leía:

ORTODOXIA, AUTOCRACIA, IDEA NACIONAL.

El dos de marzo (1855) a las doce horas y diez minutos, Nicolás Pávlovich, último cruzado del mundo moderno, quebrantado por el dolor de ver derrumbarse la obra de toda su vida, exhaló su último suspiro en el palacio de Invierno, en San Petersburgo. Sus supremas palabras dirigidas al Gran Duque heredero fueron: “Guárdalo, guárdalo todo”.

.....
Creó en la imposibilidad de abolir la servidumbre en razón de los trastornos mayores que ocasionaría en el aparato estatal y de

las repercusiones que tendría sobre el orden público. Quiso dar el ejemplo a los terratenientes al refundir el estatuto de los siervos del Estado y al mejorar su situación dejaba a los dyorianie plena libertad para imitarlo. En 1833, los campesinos fueron puestos bajo la administración de un ministerio especial confiado al conde Kíselev, uno de sus colaboradores más inteligentes. Concedió a sus administrados una autonomía que les permite elegir delegados cuya misión es denunciar a los soberanos los abusos de los funcionarios.

Creó numerosas escuelas para los hijos de los siervos... los propietarios particulares no podrán ya rematar a sus campesinos para pagar sus deudas, que no podrán tampoco venderlos sin la tierra o transformarlos en siervos industriales. Gracias a Nicolás I el hecho de pasar de la gleba a la fábrica de manera estable, siempre provocará la liberación y felicidad del campesino.

Para volver a hacer de la monarquía un sistema popular y ponerla junto a todos los rusos, domesticó a los nobles. Para eso derogó todos los decretos de sus predecesores que liberaron a los aristócratas de la obligación del servicio y es aplicado con una severidad

Alejandro II, nuevo Emperador de Rusia, hijo del Zar Nicolás I y de Alejandra Feodorowna reemplazó en la conducción de la guerra de Crimea al generalísimo Menchikoff por el príncipe Miguel Gorchakoff

Con las primeras luces un cura ortodoxo dió una misa para todos los refugiados. Cuando terminó, Benigno, cansado por la vigilia, le pidió su propio capote a Fedor a quien se lo había regalado y, a pie, se dirigió a trepar los montes que encuadraban el campamento. Había visto águilas en las alturas y quería decidir del mismo modo que en los Andes. Así es que entre unas rocas y con el sol que algo lo entibiaba durmió. Soñó con lo que había dejado en Valparaíso: Joaquina y su hijo. Sin embargo lo miraban sonriendo y sin reproches. Los cóndores lo tomaban de sus brazos y lo llevaban hacia Buenos Aires, el oriente. La culpa era de los cóndores. Nada reprochaba a los que abandonó y nada le reprochaban ellos. Eran

esas águilas, esos cóndores planeadores de collares blancos que lo llevaron hacia el saliente, hacia donde salía el sol.

Despertó al mediodía con la cara ardida y con frío a pesar del capote. Se quedó mirando el cielo, curiosamente azul en aquellos días de tormentas.

No había cóndores en Crimea. En realidad el cóndor es un buitre que vive en las alturas y al que le cantan los poetas. Allí había águilas y volaban en bandada. No eran negras, eran pardas, pero todas volaban hacia el oriente. Ese era el sino de Benigno.

Fedor esperaba a su estrafalario amigo observador. Sabía que estaba por tomar una decisión crucial para su vida. Lo sorprendía ese carácter aventurero y absolutamente libre que lo caracterizaba. Ni Pushkin ni Gogol habían imaginado un hombre así. Pero allí estaba, compartiendo la vida de los rusos refugiados en ese inhóspito rincón de Crimea.

Iba a consultar a las águilas le dijo antes de trepar las alturas. Le dejó su caballo negro, al que desensilló y lo lavó como pudo.

De lejos lo vio llegar, caminaba con paso firme y las solapas del capote le protegían la cara y las orejas.

-A Rusia me llevan las águilas - dijo en perfecto ruso.

Fedor lo abrazó como a un hijo. Abandonaba todo lo que tenía atrás, Europa, América, riquezas y victorias para sumarse a la ahora débil Rusia. Débil Santa Rusia.

- Bienvenido a todas las Rusias, hijo.

Uno a uno fué saludando y explicando a los vecinos de Fedor Flianoff su decisión y cada uno de ellos lo bendecía en nombre de Dios y del nuevo Zar.

El viejo Fedor recitaba de memoria unos versos de Lensky, el joven poeta a quien Onieguin mató en duelo:

*¿Adónde habéis huido,
días de mi dorada primavera?
¿Qué me aguarda en el venidero día?
Mis esfuerzos por adivinarlo son vanos.
Se esconde en tinieblas insondables.
¡Cúmplase, pues, la ley del destino!*

*¿Traspassará la bala mi pecho,
o cruzará por mi lado sin rozarme siquiera ?
¡Poco importa lo que ocurra !
A todos les llega su hora señalada.*

.....

A media mañana del día siguiente había reunión de los estados mayores aliados y debían asistir los miembros de la comisión española.

Fue la oportunidad que aprovechó Benigno para ingresar sólo al cuarto de los observadores y preparar su mochila. Pensó en escribir notas a sus compañeros y comenzó a hacerlo, quemando después las explicaciones inexplicables para la razón de los destinatarios. Guardó celosamente los títulos por el oro que le quedaba en el banco de Barcelona, borró la medialuna de la matra del caballo negro y al galope corto regresó al campamento. Lo esperaba Fedor con el mismo carro pero sin barriles.

Repetía el salto hacia El Cerrito unitario. De federal ganador y sitiador a unitario perdedor y sitiado en Montevideo.

Repetía el rito también del vuelo de las águilas o, mejor dicho, de los cóndores. Los que le indicaban el camino en Crimea eran la mitad del tamaño de sus cóndores mendocinos. ¿Indicarían inseguridad en la elección? No, eran bandadas que volaban hacia oriente. No cabían dudas.

Los centinelas de los distintos círculos del sitio saludaron al observador montado en el hermoso negro y al viejo con su carro. Esta vez no pidieron el pase al coronel. En Sebastopol, el artillero les permitió pasar frente a sus cañones.

Fedor buscaba a Iván Ignatich, que era el comandante de la guarnición Sebastopol durante la paz. Era sobrino suyo y por lo que pudieron averiguar, se encontraba en la torre de Malakoff en el extremo izquierdo del dispositivo defensivo de las fuerzas rusas.

Los trabajos de fortificación impedían ver la torre desde lejos. La tierra amontonada era proporcional al tamaño de la trinchera, del foso y de las fortificaciones.

El mayor Ignatich, originalmente rubio, se presentó a su tío y al observador como una cáscara de barro negro.

- El ataque aliado a Malakoff es inminente tío y debemos defender esta posición cueste lo que cueste- decía agitado Igor mientras besaba a Fedor y saludaba a Benigno.

- El coronel Villanueva forma parte de la comisión de observación que mandó España a esta guerra. Nos hemos hecho amigos y acaba de volcarse decididamente a la causa de nuestra Santa Rusia.

- ¿Es desertor...?- comenzó a preguntar a su tío

- No soy desertor- sorprendió Benigno respondiendo en ruso- No era beligerante. España no interviene en esta guerra. Además no soy español, soy argentino y combatí en México contra la agresión de los Estados Unidos de América.

- Lo llevaré a presentarse al comandante de la división de infantería de...

- Soy de caballería- mientras acariciaba al negro.

Poco entendía Igor lo que ocurría y lo confundía más cuando con gesto de interrogar lo miraba a su tío y éste le contestaba con una sonrisa y asintiendo cada aseveración del observador con un explícito movimiento vertical de su cabeza.

Las dos divisiones de caballería en Sebastopol se encontraban al este de la ciudad y constituían la reserva del ejército ruso. Igor hizo acompañar a Benigno por un teniente de su posición, que saltó al lado de Fedor en el carro.

El coronel Vladimirov se acercó al coronel observador y a Fedor acompañado por el teniente que ya le había informado lo poco que había entendido de su jefe y del viejo compañero de carro. No reparó en ninguno de los dos. Se acercó al caballo turco y lo observó desde todos los ángulos. Con el permiso de Benigno tomó las riendas, estiró su brazo derecho y lo hizo caminar para apreciarlo mejor.

- Es la segunda vez en mi vida que veo un caballo así. Pero este es único, tiene más de persa que de turco y esas crines son hermosas- dijo admirado el coronel de caballería- ¿Dónde lo consiguió?- le preguntó a Fedor

- Se lo regaló el comandante turco después de la batalla de Balaklava- respondió el viejo con temor de no haber cometido una infidencia que delatase al observador-combatiente.

- Disculpe mi coronel, –intercedió Benigno en buen ruso- soy el coronel de caballería argentino al servicio de España Benigno Villanueva. Mi función en esta guerra fue de observador. Como en Balaklava me hirieron en el brazo, el comandante turco se creyó en la obligación de regalarme su caballo- ni una palabra sobre su heroica carga junto a los ingleses y a los hombres de Ameth-Bajá.

- Sí coronel –agregó Fedor- y conociendo la justicia de nuestra causa, que es la defensa de la fe, está dispuesto a ofrecer su espada al Zar.

La segunda división de caballería rusa tenía cinco brigadas. En realidad Vladimirov, que era el comandante de la primera, decía que eran tres las brigadas y el resto: los cosacos.

A Benigno le encargaron organizar la cuarta brigada cosaca que doblaba el número a cualquiera de las otras tres. Las doblaba en número y en problemas también. Decían de ellos que eran los mejores jinetes de Rusia. Gran parte de ellos, en especial los que venían del Ural eran nómades. Habían guerreado a los tártaros toda su vida, pero Nicolás los fue “rusificando”, dándoles organizaciones militares e, incluso, tierras para que se pudiesen afincar. El distintivo que los uniformaba era el gran gorro de piel, que se lo calaban más abajo de las orejas.

Vladimirov los hizo reunir a todos en la planicie, al sur de la torre. Eran mil doscientos hombres muy bien montados que gritaban y galopaban en un enjambre de movimientos, pieles y sables.

Benigno tenía colocado en su testa un gorro de piel de oso pardo y montaba al negro turco.

- Este es vuestro nuevo hetmán- gritó el comandante de la primera brigada.

El nuevo jefe desenvainó enérgicamente su sable corvo, lo levantó sobre su cabeza y bendijo con él a los cosacos haciendo en el aire la señal de la cruz a la que respondieron los cosacos persigándose... al revés. Le respondió una gritería infernal y

observó como de las desordenadas filas se desprendían un centenar de jinetes al galope tendido. Se paraban sobre sus monturas y tiraban sus cuerpos hacia delante. Competían para mostrar la mayor inclinación en sus cuerpos derechos.

- Es la vicuisofka- dijo Vladimirov.

Atrás de ellos corrían más cosacos estirando sus cuerpos ante el viento, parados sobre las monturas en un galope frenético.

Todos hicieron la vicuisofka. Algunos parecían paralelos a los lomos de los animales.

Cuando se sintieron satisfechos ocuparon con cierto orden el campo frente a los jefes.

Benigno clavó sus espuelas en el negro que corría con sus crines volando. Saltó sobre su montura y con los brazos abiertos y sin riendas hizo su vicuisofka en todo el frente cosaco. Se sentó de un salto, volvió grupas y a la misma velocidad anterior volteó una y otra vez del lado de montar y del lazo tomado de la naciente de las crines.

Un caballo desbocado corría hacia la torre y Benigno aprovechó para mostrar las boleadoras. Lo hizo parado sobre la silla. Ostentosamente las revoleó sobre su gorro y las soltó con fuerza y puntería a las patas traseras. El animal rodó y Benigno se apeó casi al galope para sofrenar al animal. Lo aparejó al negro, montó de un salto acomodando las boleadoras junto al lazo, desenvainó con displicencia su sable y desfiló al galope muy corto con su mano derecha en la empuñadura a la altura del hombro y con la mano izquierda llevando las riendas del desbocado. Galopaba con las piernas y lo hizo por todo el campo.

Los cosacos ovacionaron a su nuevo hetmán y el coronel Vladimirov comprendió que en todo el ejército ruso no debía haber un jinete como ese, tan imbuido ya con su identidad de hetmán de la brigada cosaca.

Todas las mañanas, en el mismo lugar, Benigno daba instrucción de caballería con boleadoras, lazo, sable y lanza. Organizó con esa masa de hombres desarticulada, tres regimientos de caballería con sus respectivos escuadrones.

Hasta entonces, nadie había logrado organizarlos. Formaban Kurin's, es decir, asociaciones para la guerra y no reconocían otros jefes que a los "padres", a quienes elegían libremente. Los cosacos de la reserva de la caballería rusa en Sebastopol tenían ya su padre. Así se lo confirmó Fedor, al despedirse bajo el fuego infernal de la artillería aliada y rusa en los primeros días de marzo de 1855. En ese duelo de artillería, una granada cayó en el puesto comando de la segunda división, hiriendo de muerte a su comandante, el general Pugachov y a dos miembros de su estado mayor.

- Hemos perdido a un gran comandante, Benigno, y quedan pocos generales en Rusia –comentó Vladimirov- Es probable que el mariscal Pushkin lo reemplace. Rogó al Zar para que le otorgue ese puesto acá en Crimea y Nicolás se negó. Es un hombre de sesenta y siete años pero tiene una vitalidad excepcional. Es uno de los héroes de Rusia y difícilmente el Zar Alejandro le niegue ese honor como hizo su antecesor.

En cada brigada, en cada regimiento o escuadrón había un detall en el que se escribían las órdenes del día, los turnos de guardia y las listas de revista. En la brigada cosaca no existía el detall porque ninguno de sus hombres sabía escribir, excepto el comandante, el hetmán.

Tres furrieles del detall de la primera brigada se presentaron a Benigno con carpetas y lápices. Iban a escribir la lista de revista preguntando a cada cosaco su nombre.

Empezaron por el comandante que muy suelto de cuerpo dictó Benigno Villanokoff. Villanueva era un trabalenguas para los rusos y aún más para los cosacos.

El 16 de mayo los sitiados recibieron refuerzos y las tropas rusas ascendían ahora a cien mil hombres. Una división mixta de caballería e infantería reforzó las reservas en Malakoff. Ahora las dos divisiones montadas se transformaron en el cuerpo de exploración y a su mando el mariscal Andrés Petrovich Pushkin, héroe de todas las Rusias. Su nombramiento, a pesar de su edad, fue hecho por Alejandro I para levantar la moral de sus tropas que tendrían a sus espaldas y aprestándose para el rápido socorro, a tres

divisiones veloces como reserva, al mando de una verdadera leyenda del valor militar.

La medida no podía ser más oportuna ya que pocos días antes, también por granadas de artillería, había muerto el célebre almirante Korniloff defendiendo la bahía que intentó atacar la escuadra aliada.

El mariscal citó a reunión a los comandantes de las divisiones y las brigadas a su estado mayor. El coronel Villanokoff al presentarse, pudo apreciar que el nuevo comandante era manco del brazo izquierdo. Su cara estaba surcada por una gran cicatriz que bajaba de su sien derecha hacia el maxilar. Delgado y bajo de estatura, su bigote blanco y enorme daba a su rostro cierto equilibrio con la cicatriz vertical. Sus vivaces y expresivos ojos negros y su enérgica voz contrastaban con su pequeña figura coronada con abundante cabello blanco.

- Me han informado de su habilidad como jinete Villanokoff y de sus dotes como hetmán cosaco. Yo también lo fui. Fui jefe cosaco contra Napoleón cuando yo era teniente en 1813. Lo fui también en Turquía, en Finlandia y en Polonia. Les tengo a esos verdaderos rusos un gran respeto. Si se los sabe mandar son los mejores soldados, pero sin hetmán son nómades bandidos.

El estado mayor y cada uno de los comandantes expuso la situación estratégica y táctica que estaban viviendo, el estado de las obras de fortificación y la moral de los hombres.

- Se deberán completar cuanto antes no tan sólo las trincheras y los fosos, sino especialmente, despejar las avenidas por las que haremos nuestros contraataques. En el tiempo que nos quede y que tal vez sea escaso, vuestra misión, más que defensiva deberá concentrarse en definir en el terreno las avenidas más importantes para realizar fuertes ofensivas sin perder en ningún momento la búsqueda permanente de la sorpresa. La sorpresa estratégica la conduciré yo y la táctica ustedes.

Los comandantes se quedaron a escuchar las deliberaciones del estado mayor.

- Nuestro gran interrogante es cuándo iniciarán los aliados el ataque en masa- cavilaba el mariscal ante sus hombres.

- ¿Me permite dar una humilde opinión, señor mariscal?- se escuchó la voz de Benigno ante la sorpresa de los demás.

- Adelante Villanokoff, lo escuchamos con atención.

- Las tropas aliadas –comenzó Benigno afirmando su voz y poniéndose de pie- tienen un serio problema de conducción. Como ustedes saben, el general Canrovert renunció a su cargo de comandante aliado por serias desavenencias con Lord Raglan y Napoleón III lo reemplazó por el general Pelissier. Ahora bien, la personalidad de este nuevo comandante se destaca por ser un amante de la historia de su patria y, por otro lado se encarga de modo permanente de enseñarla. Por esta razón, no sería difícil suponer que el ataque aliado se lleve a cabo el 18 de junio, aniversario de la batalla de Waterloo. Si bien están aliados a sus antiguos enemigos sus relaciones de comando son extremadamente tirantes (no sabía como decirlo en ruso, lo hizo por señas). Además nuestro problema. Es decir, el problema de nuestro sector en Malakoff, son los franceses. Los ingleses atacarán por el pequeño rediente a la derecha de nuestras defensas. Gracias señor mariscal-agregó Benigno y se sentó mientras que el estado mayor y los comandantes se habían recluido en un profundo y reflexivo silencio.

- Coronel Villanokoff –dijo el comandante del cuerpo expedicionario- agradezco su lúcido asesoramiento y me comprometo a transmitirlo a la brevedad al generalísimo Gorchakoff. El resto de los comandantes palmearon con sinceridad la espalda de Benigno.

A la mañana siguiente, los cosacos vieron llegar a su campo de instrucción al mariscal Pushkin con dos ayudantes. Lo buscaban a su hetmán.

- He decidido que sea usted mi escolta Villanokoff, con una sección de sus mejores cosacos.

- Es un gran honor señor Mariscal.

El puesto de comando del ejército ruso estaba en el cuartel de paz de Sebastopol. Allí, el generalísimo Gorchakoff saludó con particular respeto al Mariscal de quien había sido subordinado en Polonia.

Como se acostumbraba entre las clases más altas de Rusia, los dos comandantes hablaban en francés. Servía además para evitar la fuga de información a través de indiscreciones personales o bien de espías.

Notó Benigno el asentimiento que mostraba Gorchakoff al Mariscal y no dudaba que se debía al asesoramiento que él había hecho, referido a la fecha de la batalla de Waterloo.

Recordó que se cumplirían cuarenta años de la terrible derrota del Emperador francés, dato que agregaba cierta certeza a su presagio.

El 17 de junio por la tarde Pelissier inició el fuego de preparación de la artillería contra Sebastopol. Ya no quedaban dudas, el asesoramiento del hetmán Villanokoff había sido correcto. El ataque sería al amanecer del día siguiente y los rusos lo esperaban en las mejores condiciones, a pesar de la gran diferencia en la modernidad de las armas y en el número de tropas. Triplicaban el poder de combate de los defensores pero no sus agallas.

El general francés Brunet inició el ataque a Malakof con las primeras luces del 18. Los infantes franceses intentaron aferrar a los rusos en sus trincheras, pero fueron mantenidos a prudente distancia de las fortificaciones. Al mediodía, la ofensiva se había detenido en toda la línea, y fue entonces cuando de ambos lados de la torre, nubes de jinetes se abalanzaron sobre los franceses. Allí murió al frente de sus tropas el general Brunet, pero el fuego de la infantería producía estragos en la caballería rusa. Un oficial francés apuntó cuidadosamente a quien parecía el comandante. Le pegó al caballo y el jinete de cabello blanco y manco rodó por el suelo. Se abalanzaron sobre él tres sargentos galos intentando vengar la muerte de Brunet. De improviso, como un rayo, desde un caballo negro se arrojó un oficial, sable en mano y con un gorro de piel que lo identificaba como cosaco.

Se interpuso entre el caído y la amenaza. Sableó a dos y la sangre de ambas yugulares encastró el impecable uniforme del coronel Villanokoff. El tercer sargento corrió hacia su posición pero otro cosaco, revoleando el lazo sobre su cabeza y

arrojándose, lo impidió. Lo arrastró hacia las trincheras rusas y mostró después su puñal bañado en sangre.

- Gracias hijo mío- le dijo el Mariscal Pushkin a Benigno mientras lo llevaban en una improvisada camilla dos rudos cosacos.

Los aliados retrocedieron dejando en el campo de batalla más de tres mil muertos, con esa dura experiencia decidieron continuar con el sitio y con el sistema de aproximación en toda la extensión del frente.

En Malakoff, delante de sus tropas, el coronel Villanokoff fue ascendido a general por orden del generalísimo Gorchakoff. El mariscal Pushkin, sostenido por un ayudante condecoró al general recién ascendido y lo besó según la tradición rusa, mientras los cosacos galopaban compitiendo con sus vicuisofkas. Benigno saludó con el sable y galopó junto a sus hombres. Ahora era el comandante de la quinta división cosaca.

Los rusos tuvieron muchas bajas en toda la línea defensiva. Comprendieron que difícilmente podrían salir airosos nuevamente ante otra ofensiva de los sitiadores. Otro prestigioso general: Todleben, había sido herido de gravedad y el rumor de la muerte de Pushkin corrió como un reguero de pólvora.

En previsión de que hubiera que evacuar pronto a la población de Sebastopol se tendió un puente de barcos a través de la bahía y se hicieron los preparativos para volar los fuertes de su orilla sur.

- Es la peor decisión que pudo tomar Gorchakoff- se lamentaba el mariscal con Benigno mirando la bahía- nada indica más claramente la derrota que todos los preparativos a la vista del ejército entero. Tenemos que resistir hasta dejar la vida en Sebastopol.

- Disculpe que discrepe con usted señor, pero ¿No hicieron lo mismo en 1812 en Moscú ante Napoleón? ¿No fue ese éxodo de los moscovitas la clave de la derrota francesa?

- Así es hijo mío- contestó después de un largo silencio observando el mar- y me enorgullezco de haber participado de aquella gesta. Lo que ocurre que en mi juventud disponía del tiempo suficiente para ver la gloria en la victoria. Probablemente

ahora ya no lo disponga y me es lo mismo la gloria aunque sea en la derrota...

- Usted dispone de todo el tiempo del mundo señor mariscal, combatió como el más valiente a la cabeza de sus tropas y el tremendo golpe que sufrió no le hizo daño alguno- trató de recomponer la cronoestima de su comandante.

El Mariscal apoyó su única mano sobre el hombro de Benigno y los dos contemplaron en silencio como caía el sol sobre el Mar Negro en la bahía de Sebastopol. Montaron, y de regreso a la torre, el viejo soldado le habló con el alma en los labios.

- Es la primera vez en mi vida, después de cincuenta años de guerrear que debo mi vida a alguien. Te la debo a vos Benigno y quiero que sepas que en cada una de tus actitudes encuentro en tu personalidad los mismos rasgos que yo tuve en mi juventud. Cuando te llamé "hijo mío" después de la rodada fue porque así lo sentí. No tuve hijo varón y en vos veo al que hubiese tenido. No me llares más señor ni mariscal. Llámame padre.

Benigno, emocionado, alcanzó a palmear la espalda algo doblada de su amigo, colocando su negro turco apareado al caballo de él.

Diariamente el Mariscal concurría al campo de instrucción de la quinta división cosaca. Allí disfrutaba al ver la disciplina y organización que había logrado imponer el hetmán argentino. Se interesaba por el uso de las desconocidas boleadoras y por la destreza que lucían al lanzar el lazo. Comprendía también que la caballería con lazo y sable no era ya rival para los infantes que solo debían apuntar sus armas desde un parapeto para neutralizar hasta la carga más violenta. Pasaban por su mente al mirar a los cosacos, las cargas de caballería contra el repliegue de los franceses en las estepas, o en Polonia contra los turcos. Verdaderas saetas al galope tendido, con lanzas y polvaredas y los colores de las banderas, de los uniformes o del rojo final de la sangre.

Por la tarde tomaban vodka en la tienda de Benigno y cada uno contaba sus historias y leyendas de caballería.

- ¡Cuánto le hubiese gustado a mi hermano conocerte, hijo!

- ¿Tiene hermanos padre Andrei?

- Tuve uno Benigno. Falleció en 1837. Siempre estaba atento a descubrir personajes para sus novelas. En ellas daba vida a todo el pueblo ruso. Fue el creador de la literatura Rusa...

- ¿Eugenio Onieguin?- preguntó sorprendido

- ¡“Eugenio Onieguin”! ¡“El desafío”!, ¡“La hidalga campesina”! ¡“La dama de pique”!...

- ¡“La hija del capitán”!- agregó Benigno y el Mariscal Andrei Petrovich Pushkin lloró como un niño.

En respetuoso silencio, el hijo adoptivo llenó tres veces el jarro de vodka.

- Yo era el hermano mayor de Alexandr Sergeyevich. Pertenece a una familia de la vieja nobleza rusa. Descendemos del legendario Radsha, que vivió a fines del siglo XII en Novgorod. Nuestro padre, Sergei Lvovich era un hombre de mundo educado en los clásicos franceses del siglo pasado y de allí su afición a escribir versos en francés. Nuestra madre se llamaba Nadejda Osiporna y era nieta de Abraham Hannibal, “El negro de Pedro el grande”. Era abisinio y el emperador le dió muchos honores en las guerras rusas.

La sangre, en parte africana de mi madre, corre por mis venas y la de mi padre corría por las de Alexandr.

- No debe haber sido sencilla la vida de un poeta en Rusia. En Buenos Aires eran naturalmente sospechosos y, por lo general, vivían en el exilio.

- Es la misma historia, hijo. Cuando tenía 20 años lo desterraron a Ekaterinoslav, al sur del país. Después lo trasladaron a Odessa y allí se enamoró de la mujer del gobernador general Voroncov. Yo prestaba servicios en esa guarnición como mayor y logré demorar que lo expulsen del ejército. Se declaraba “ateo” y, además, embarazó a la mujer del gobernador. Sus poesías y sus cuentos ya se empezaban a conocer por todas partes. En ese entonces, yo estaba casado con mi única y querida mujer, María Ivanovna. Cuando a Alexandr en definitiva lo expulsaron de Odessa y del ejército, la niña que nació a escondidas en la casa del gobernador, nos fue entregada a nosotros. La bautizamos como Tatiana...

- Es el mismo nombre de la heroína de Onieguin. El “sueño de Tatiana”.

- Así es Benigno, después de ella y de Eugenio Onieguin todas las niñas rusas se llamaron como mi queridísima hija. Pocos años después, Alexandr se casó con una muchacha muy joven, Natalia, que le dió varios hijos pero le fue infiel. Esa infidelidad la descubrió mi hermano. El amante de mi cuñada era el Barón Georges D`Authés, un realista francés que servía a Rusia. Se batieron a duelo el 27 de enero de 1837 y allí murió Alexandr con el corazón doblemente destrozado. Su viuda y sus hijos ignoraron a Tatiana y nosotros decidimos mudarnos de San Petersburgo hacia Moscú. Mi María Ivanovna murió hace cinco años y la dulce Tatiana es todo lo que me queda en este mundo, hijo.

Volvió el silencio a la pequeña tienda de campaña, interrumpido por el chorro del vodka al llenar los dos jarros.

En San Petersburgo el Zar Alejandro decidió apostar. “Solo un triunfo del ejército podrá salvar a Sebastopol” dijo y comprendiéndolo así, dió la orden a Gorchakoff de atacar las líneas aliadas en el Chernaya.

El 16 de agosto cruzaron el río sesenta mil rusos. Lo hicieron a la madrugada, entre la oscuridad y la niebla. El objetivo era Traktir, pero otros sesenta mil aliados protegían fuertemente el terreno. El generalísimo intentaba realizar una cuña para separar a franceses y piemonteses, pero un nutridísimo fuego de artillería se lo impidió. Las cargas rusas continuaron. Primero por Traktir, luego por Chorgum.

- Para poder atacar con cierta probabilidad de éxito es necesario disponer, al menos, de una superioridad en el poder de combate relativo de tres a uno. Estamos uno a uno en hombres y en cañones. La apuesta es demasiado fuerte- le había expuesto friamente el estado mayor del cuerpo expedicionario al Mariscal Pushkin la noche anterior.

- Señores- hizo una pausa que provocó el más absoluto silencio- ¡No vamos por la victoria, vamos por la gloria!

Ese fue el grito de guerra de la quinta división cosaca de reserva, en la que el Mariscal había ubicado su puesto de comando.

Ya habían cruzado el Chernaya durante la noche y Pushkin había reunido su cuerpo expedicionario en dos sectores que aparentemente disponían de buenas avenidas para los contraataques, hacia cualquiera de los dos grandes objetivos.

Cuando las primeras líneas rusas fueron rechazadas en todo el frente luego de cargar en dos oportunidades llegó el mensajero del generalísimo Gorchakoff

- Señor Mariscal, el generalísimo ordena la ofensiva contra los dos objetivos- transmitió el teniente sin desmontar.

- Las dos primeras divisiones a Chorgum- ordenó serenamente al oficial de enlace, que clavó sus espuelas para transmitir la orden cuanto antes.

Miró a Benigno a los ojos y con energía desenvainó su sable, besó su cruz y acomodó su caballo en la dirección de ataque, jineteado sólo con sus piernas de 67 años.

El general Villanokoff parado sobre los estribos de su negro turco, desenvainó el suyo y lo levantó sobre su cabeza.

- ¡Por la gloria cosacos!- retumbó su vozarrón en ese mediodía que se iría tiñendo de mediasangre.

La carga cosaca, con sus estandartes de pieles y los filosos sables al viento amenazando al horizonte, era diezmada una y otra vez por la fusilería aliada. La metralla abría claros enormes en los escuadrones, pero una disciplina sobrehumana cerraba esos horribles huecos con una rapidez increíble. Eran verdaderos centauros que llegaban, aunque muertos, a las posiciones enemigas.

Benigno cargó al frente de sus hombres. En la segunda carga un certero disparo dio en pleno pecho del negro, que cayó fulminado, permitiendo a su jinete saltar.

La retirada en toda la línea fue ordenada por clarines y la quinta división, como todo el ejército ruso, se retiró en orden, volviendo a cruzar el río Chernaya donde los últimos rayos del sol resaltaban el rojo precioso de la sangre cosaca.

Ochocientos hombres perdió la quinta división en Traktir. Su comandante fue herido en la frente y en la espalda y el Mariscal Pushkin estaba ileso. Benigno había dispuesto una fuerte custodia a su alrededor.

La suerte rusa había quedado sellada en la batalla. Los aliados se concentraron ahora en los trabajos de aproximación. Se adelantaron hasta treinta metros en Malakoff. Cincuenta del gran rediente y setenta del baluarte central.

El 5 de septiembre los aliados abrieron el fuego de ochocientas piezas de artillería en toda la línea y lo mantuvieron sin interrupción hasta el 8 al mediodía. Al cesar el cañoneo se desató la ofensiva aliada que fue rechazada por los diezmados rusos.

El esfuerzo principal del ataque iba dirigido a la torre de Malakoff a órdenes del célebre general francés Mario Patricio Mauricio Mac-Mahón, que había sucedido a Brunet en el comando.

El Mariscal Andrei P. Pushkin le obsequió a su hijo adoptivo su mejor caballo sin poder contrapesar la pena que le produjo la muerte del extraordinario turco.

Zeke Amalfará, al frente de los cosacos más distinguidos, le entregó a su hetmán unas espesas y relucientes crines negras. Benigno dio vuelta la cara para no mostrar su emoción, mientras se acomodaba el gorro de piel de oso con el hombro.

El cuerpo de exploración, reducido a su cuarta parte, preparaba las avenidas de contraataque en la torre de Malakoff. Las grietas que había dejado el bombardeo estorbaban las cargas.

La infantería rusa se batía con valor frente a la torre y la quinta división cosaca, con setecientos hombres montados, preparaba su carga infernal detrás de su jefe, que lucía sobre sus hombros, largos y espesos pelos negros. A su lado el Mariscal usaba ahora gorro de piel y tomaba las riendas con un gancho hecho con cuero de camello por un cosaco artesano.

-¡ Están llegando a la torre!- venía el aviso como un solo alarido.

La quinta división cargó desde el oeste y desde el norte lo hacían la primera y la segunda, también diezmadas.

Una y otra vez fueron rechazados los rusos en sus cargas. Mac-Mahón era ahora el dueño de la altura en Malakoff y allí se resistía a las olas que embestían desde todas las direcciones.

Cada vez que eran rechazados, retrocedían, se reagrupaban y a la orden de Benigno los cosacos clavaban las espuelas con renovadas energías. Las avenidas de contraataque ya no servían.

Los cuerpos de cosacos y caballos despanzurrados impedían las cargas.

El Mariscal frenó su galope y observó su pecho donde una mancha roja crecía a borbotones. Benigno lo vio y corrió hacia él. Un balazo le pegó en el hombro derecho, perdiendo el sable. Alcanzó a tomar las riendas del animal del comandante herido mientras un cosaco saltó a sus ancas para sostenerlo montado.

Los clarines tocaban retirada en la torre y poco después en el resto del frente de batalla cuatrocientos treinta cosacos, la mayoría heridos, se encolumnaron en orden detrás de su hetmán en dirección a Severnaya. El ejército ruso volaba los polvorines y los fuertes, incendiaba los almacenes y algunos barrios de la ciudad. Echaron a pique a todos los barcos anclados en la bahía y se disponían a marchar hacia el noreste.

- Doy gracias a Dios por haber caído frente a mis hombres y por la Santa Rusia- decía con débil voz el Mariscal al sacerdote ortodoxo que lo atendió en el hospital de campaña después que vendaron su herida.

- No tiene que hablar más padre Andrei- le dijo Benigno cariñosamente.

Un desgarrador ataque de tos conmovió al viejo soldado y su hijo adoptivo lo abrazó levantándole la cabeza.

- Benigno- decía entrecortadamente estirando su boca hacia su oreja-, cuida de mi Tatiana. Que sea tuya...está en Moscú...

Era el 11 de septiembre de 1855. Todo el cuerpo expedicionario lloró a su comandante, especialmente los cosacos de la quinta división cuando observaron que sobre su cuerpo envuelto en la bandera del Imperio sobresalía un gorro de piel de oso.



La caballería cosaca durante la época de la Guerra de Crimea.

Capítulo VIII

“¡Loado sea quien supo apartarse pronto del festín de la vida sin llegar a vaciar su copa de vino! ¡Loado también quien no leyó hasta el final la historia de mi Tatiana y fue capaz de abandonarla como yo a mi Onieguin!”

Final de “Eugenio Onieguin” de Aleksandr Pushkin.

La guerra de Crimea había costado, entre aliados y rusos, veinticinco mil hombres. Francia e Inglaterra festejaron la toma de Sebastopol, pero sus gobiernos se preguntaban si valía la pena continuar el conflicto. Rusia tenía su ejército casi intacto porque el triunfo de las potencias no había sido decisivo. Prevalció la opinión de dar paso a la diplomacia para facilitar un arreglo decoroso. En febrero de 1856, el Zar, luego de algunas discusiones, aceptó las bases para un tratado de Paz que se firmó en París el 30 Marzo. Se neutralizaba el Mar Negro, se comprometían a sostener la integridad del imperio Turco, la libertad de navegación en el Danubio y los Dardanelos y la independencia interior de los principados danubianos.

En el campo de Marte, frente al Palacio Imperial de San Petersburgo, se concentró en impecable formación el ejército de Crimea. Sólo se notaban movimientos y murmullos en el sector de la división cosaca.

Alejandro II disponía del generalísimo Gorchakoff como maestro de ceremonias. Se rindieron honores a todos los muertos por la Santa Rusia y, en especial, al almirante Korniloff y al general Todleben. Varios sacerdotes ortodoxos repartidos por la enorme formación repetían las oraciones mientras se guardaba respetuoso silencio acompañado por toques vibrantes de clarines.

Cuando nombraron al Mariscal Andrei Petrovich Pushkin, un sordo clamor comenzó a crecer desde la tropa cosaca y culminó con un grito profundo y gutural que superó a los clarines y al viento. Luego se escuchó:

- General Benigno Villanokoff- era la orden para dirigirse a la puerta del palacio.

- ¡Solo! – gritó Gorchakoff sin lograr que cuatrocientos jinetes sigan a su hetmán.

Fueron tres las condecoraciones:

* La “Cruz de Pedro el Grande” al honorable valor militar.

* El “Aguila de 2 cabezas” por herido en combate al frente de sus tropas

* La “Cruz del Emperador” por ser el único extranjero condecorado con la más alta distinción del Imperio Ruso.

Fue la primera vez en la historia rusa que un extranjero logró esas distinciones. De hecho, en esa oportunidad, ningún ruso logró dos, tema desarrollado y elogiado en la revista “El contemporáneo”, en su ejemplar del 11 de febrero de 1856.

- Villanokoff, quiero que sepa que el mariscal Pushkin lo ha elogiado en varias oportunidades ante mí y también le ha escrito al Zar sobre usted. El confió en mí una intimidad que es probable que usted la haya escuchado de sus propios labios- le dijo en una sala del palacio el generalísimo Gorchakoff.

Como Benigno quería escuchar el legado del mariscal nuevamente, permaneció en silencio mientras le relataban la historia de su padre Andrei.

- Tatiana Pushkin es profesora de la única facultad libre para mujeres de Moscú, donde enseña historia y literatura rusa. Yo le escribí relatando la muerte de su padre y la veneración que el ejército ruso sentía por él. También le relaté el trato paternal para con usted y el mandato que recibió de Andrei Petrovich en su lecho de muerte.

Quise ahorrarle el disgusto de encontrar a su madrastra acá, en San Petersburgo, por eso le solicité que permanezca en Moscú ya que usted viajaría a la brevedad.

-Le agradezco, excelencia. Sepa que mañana viajaré en tren a su encuentro- dijo Benigno sin saber en qué se había metido.

El frío en la estación de San Petersburgo era insoportable. Benigno usaba un gorro de piel de astracán que se juntaba en las orejas con la solapa levantada de su capote militar.

Viajó con su asistente Zeke Amalfará. Ese tren era parte del servicio de transportes de la desconcentración de tropas de Crimea.

Eran tres días de viaje y el aliciente consistía en que al viajar hacia el sur no sufriría tanto el frío en esos vagones duros y cuadrados. ¡Ah! Cuánto extrañaba su caballo, nada podía reemplazarlo.

Los tradicionalistas rusos, que eran todos, desconfiaban de esas máquinas que asustaban a los animales y a las plantas. Nada reemplazaría al caballo o a la carreta o al transporte en carroza. ¿Cómo frenará esa bola de hierro a la velocidad infernal que cortaba territorios? Para no contestarse bebió vodka con los moscovitas que regresaban.

Jugó naipes como lo hacía en la Barceloneta... ¿qué sería de Isabel? ¿de su madre? ¿de Pío? Las últimas cartas que escribió dando vagas noticias suyas las remitió desde Barcelona.

Repasó su vida desde entonces y se convenció de estar viviendo una irrealidad. ¿Y si las águilas hubiesen volado hacia el occidente? ¿Estaría ahora en Barcelona paseando por la Rambla? No. No. ¿Conocerían en la Argentina su historia? A través de la ventanilla veía como se extendían las estepas. Eran como las pampas y esos solitarios jinetes eran sus gauchos.

El paisaje llano y yermo no tendrían que hacerle recordar Valparaíso. ¿Joaquina? ¿Y su hijo? No. Moscú, el futuro estaba en Moscú.

El pasaje sobre el puente del Volga lo sobresaltó. El frío era cada vez mayor a pesar del sur. En el medio del vagón unos soldados prendieron leños a pesar de los gritos airados de un inspector ferrocarrilero. En realidad, se quejaba dirigiéndose al general y lo hacía en polaco, en polaco y a los gritos. Benigno se levantó y se acercó al fuego sobre el que calentó sus manos ante la aprobación de la tropa y los rezongos del inspector.

- ¡Moscú! – anunciaron en la estación cubierta por el humo de la locomotora y por la niebla del amanecer sobre la nieve.

Zeke cargó los bultos del general y consiguió un cochero que los llevó hasta la Plaza Roja, en la que estaba la iglesia Vasili Blayenig. El hotel Borobichi estaba frente a la enorme plaza que Benigno veía desde la ventana de su cuarto. Al lado, la pieza del sirviente fue ocupada por el cosaco Amalfará.

Caminaron por el parque del Kremlin hacia la ciudad blanca, donde se encontraba la universidad de Moscú. Gran cantidad de estudiantes enfundados en levitas negras llevaban libros en los brazos. Pasaron frente a la escuela de artes y oficios, los liceos, cinco colegios y sólo veían hombres.

Más allá de la sociedad científica de arqueólogos observaron un portal con guardias civiles que custodiaban el ingreso a las dos facultades de mujeres: Historia y Literatura una y Ciencias Naturales la otra. A un costado tres impecables edificios contenían los tres colegios de señoritas nobles.

A Benigno le costó trabajo convencer a la custodia para que permitan el ingreso de Zeke. Tuvieron que dejar los sables e ingresar desarmados.

- Busco a la señorita Tatiana Pushkin. Soy el general Benigno Villanokoff- notó que algo se alteraba en la placidez de esos claustros.

De inmediato, una mujer de regular estatura, rubia, pechugona y con una cofia sobre la cabeza los invitó a seguirla.

- ¡Mamushka! – la definió Zeke al observar el observable culo de la rusa.

- Esperen aquí, tomen asiento, ya vendrá mademoiselle - dijo la culona.

- ¡Pakoke! – exclamó el asistente en lengua tártara para definir a esa rubia, de ojos encantadoramente verdes, encendidos por el rubor y la sonrisa, que se acercaban por atrás de su hetmán.

Benigno estiró su mano para tomar la de Tatiana iniciando una reverencia, pero fue superado por la muchacha que, tomándolo de los dos brazos le besó ambas mejillas.

- Gracias por venir a Moscú, Benigno.

- He venido por vos – dijo mientras el cosaco se retiraba prudentemente, tal vez en busca de mamushka.

- Lo sé por Gorchakoff y por varias cartas de mi padre. Te quería como al hijo que no tuvo y eso me reconforta profundamente, por que sé que no murió solo.

- Murió en paz y en mis brazos.

No alcanzó a verle las lágrimas porque se dio vuelta para utilizar el samovar que el carbón mantenía caliente

- ¿Té? – ofreció una vez compuesta

- Sí, gracias.

El ejército ruso había pasado a cuarteles de invierno después de la guerra y el general Villanokoff disponía de febrero y marzo para quedarse en Moscú. Así se lo había dicho el generalísimo. La quinta división tenía su asiento en San Petersburgo, pero fueron pocos los cosacos que se quedaron en la guarnición. La primavera los reuniría nuevamente en la capital del imperio.

- Moscú fue la capital del imperio hasta que Pedro el Grande la trasladó a San Petersburgo en 1704 – decía la profesora de historia y literatura rusa a Benigno.

- Napoleón usó al Kremlin como su cuartel general y desde aquí vió arder las tiendas de Kitai- Gorod. Entre el 15 y el 19 de septiembre de 1812, ardieron treinta y ocho mil casas, iglesias y palacios con todo lo que tenían. Ese acto de patriotismo dejó a los franceses sin abrigo ante el invierno que se avecinaba...- Benigno no quería saber más historia rusa, pero disfrutaba al verla como se expresaba. Mitad en ruso, mitad en francés y desde hacía ya varios días.

La fonética del alfabeto cirílico ruso es similar a la francesa en los labios de las mujeres hermosas. Por eso le pedía que repita palabras con zh, como campesino (muzhik) o ciudadano (grashdanin) para escuchar muzhik o grazhdanin que la obligaba a un gesto con la boca que Benigno hubiese correspondido con un mordiscón mendocino en ese frío glacial.

Ella notaba lo que quería su acompañante y sus labios, en francés o en ruso, se acurrucaban del mismo modo sensual.

Benigno no se entendía a sí mismo. Su punto débil e incontrolable eran las mujeres. ¿La guerra habría sofrenado sus instintos? ¿El frío? Sin embargo gozaba profundamente cada momento con Tatiana. Existía una deuda de honor de por medio y esa era tal vez la causa de su lentitud. Pero la disfrutaba igual. Al mediodía la buscaba para almorzar juntos y por la tarde salían a caminar a lo largo del río Moscova. Ella enseñaba por la mañana

historia y por la tarde literatura rusa. Al saltar entre piedras la tomaba de la mano y después no se soltaban.

Contrastaba su lentitud con su estima de atropellador. Hasta su asistente lo había superado en velocidad, ya que observaba cada vez con mayor asiduidad la cofia de mamushka en su puerta.

- Desde la época de Pedro el Grande, Rusia vivía adorando a Europa. Pero surgió mi padre, y nuestra sociedad, llena de orgullo, se sintió rusa – decía Tatiana, ahora en la literatura – Sin criticar a nadie, ni a occidente ni al zar reformador, cambió la orientación a partir del contenido nacional, de la fuerza, de la genialidad de su expresión y sobre todo a lo inesperado de sus publicaciones. Ofreció a los lectores tipos verídicos, cien por cien rusos, auténticos arquetipos nacionales. En Eugenio Onieguin desfilan innumerables personajes de la Rusia de hoy.

- Como Tatiana ¿no? – atinó a agregar.

- Claro. Pero en realidad, lo más importante, la mayor enseñanza que dejó es que tanto a los héroes positivos como a los tipos negativos los representó tal como eran en la realidad. Sin idealizar a unos ni poner en la picota a los otros. Es decir, representó hombres con sus defectos, sus debilidades y sus virtudes reales...

- Me impresiona que esa obra genial, que es una novela, esté escrita en verso. Cuando la leí en francés me atrapó la trama, pero al leerla en ruso me atrapó la poesía.

- ¿Te gusta la poesía Benigno?

- Para mí la poesía no es tan sólo un poema, es el arte mismo. Siento emociones en la guerra, en la naturaleza, en unos ojos como los tuyos... que no las siento en versos románticos de Byron o Chateaubriand. Sí las he sentido en Eugenio Onieguin porque no se detiene en el romanticismo pegajoso. En la vida, si estamos atentos, hay mucha más poesía que en rimas cuidadosas – Benigno se había exaltado y Tatiana lo observaba con atención.

- Algunos dicen que Byron o Chateaubriand tuvieron influencia en el estilo de mi padre. No fue así... - no pudo continuar porque el general cosaco estaba haciendo una demostración práctica de lo que acababa de afirmar y la abrazaba y besaba con la pasión que no podían describir esos huevones románticos.

Se separaron y Benigno intentó una disculpa, pero fue ella quien lo impidió besándolo nuevamente.

- Lo sé por mi padre Andrei, estoy prometida a vos – dijo en francés acomodando los labios al gusto de Benigno.

- En América no se prometen las mademoiselles... el amor es lo que prevalece... las mujeres son libres para...

- Benigno: estoy enamorada de vos, sos lo único que tengo y que tendré en mi vida. Soy toda tuya no porque lo haya dispuesto mi padre sino porque te amo.

Benigno sintió temores que no había percibido en la guerra. Algo hacía que el piso temblase debajo de él. Miró hacia el cielo intentando ver algún águila que le indicase hacia donde escapar, pero el frío era tan intenso y las nubes tan bajas que no había vuelos indicativos.

Esa tarde cruzaron la plaza roja tomados de la mano y se despidieron en el portal de la facultad de mujeres. De regreso, Benigno entró al Teremnoi-Dovetz que era el lugar donde servían el mejor vodka de Moscú. El que le sirvieron se llamaba Moskva y tomó la primera copa como hacía en México con el tequila, de un trago. Algunos parroquianos lo miraban con curiosidad porque en el temperamento ruso la velocidad de la ingesta de vodka es inversamente proporcional a la cantidad que se tome y ese ruso blanco raro tomaba al mismo ritmo una copa tras otra.

- ¿Por qué no saborea la bebida? – le preguntó en tono amistoso un hombre extremadamente delgado y enfundado en una levita.

- Así se toma en México, amigo – respondió en el mismo tono.

- ¿Usted es mexicano?

- No, soy argentino, viví en México y California. Ahora soy tan ruso como Eugenio Onieguin.

- Me alegro, señor, y sobre todo por la comparación. En este lugar bebemos despacio porque nos reunimos a hablar de la literatura y de la historia rusa y...

- La literatura rusa se puede ir a la puta madre que lo parió, huevón- agregó con la botella de Moskva ya vacía.

Compró dos más, pagó y se fue con paso seguro hacia el Borobichi donde compartió con Zeque el aguardiente sin hacer referencia a la literatura rusa.

- ¿Pakoke? – preguntó el cosaco conociendo la respuesta.

En el hotel circulaban varios periódicos y diarios que Benigno leía buscando noticias militares. Sin embargo, en el Sobreménnik (Contemporáneo) sólo escribía un articulista llamado Turguénico, en el Rússkoie slovo (Palabra rusa) escribía en verso Goncharov, en el Vieki (El siglo) lo hacía Nekrasov y un tal Dostoievskiy - ¿Cómo lo pronunciaría Tatiana en su francés-ruso? -, en el Ochierki (Ensayos), Tolstoi escribía “Sebastopol en el mes de diciembre” y “Sebastopol en el mes de mayo”. Le interesó la intensidad de la pluma de ese Tolstoi y se identificó con el recuerdo reciente de la guerra- ¿cómo se llamaba?: León. Lo recordaré para Tatiana.

- General Villanokoff, general Villanokoff – los golpes en la puerta de la habitación que daba el conserje lo despertaron del pesado sueño del vodka

- Sí – con mucha resaca.

- Una dama lo busca.

Miró la hora y comprendió que no había almorzado con Tatiana ni había ido a la facultad de mujeres a buscarla a la tarde.

- ¿Puedo hacerla pasar a su habitación? – preguntó el hotelero

- ¡Sí, claro!, espere – no era como en Barcelona que no permitían las mujeres en las habitaciones de los hombres

- ¿Pakoke? – Zeque entró directamente a arreglar a su general y esconder las botellas mientras Benigno se lavaba la cara y los dientes.

- Adelante- el cosaco desapareció y la puerta se abrió para Tatiana, cubierta con pieles de zorros siberianos y a la que sólo se le veían los ojos verdes, húmedos y preguntones.

- He venido hasta acá para pedirte formalmente perdón, Benigno...

- ...

- Todo ha sido una gran confusión y vos te has comportado como un caballero. Mi padre Andrei me prometió a mí, pero yo no

consideré que en América no existen esas promesas y por consiguiente vos sólo estás cumpliendo un deber de lealtad hacia mi padre. Lo que me confunde son las dos culturas. La mía está escrita en toda la literatura rusa y...

Benigno había empezado a despejar los zorros siberianos comenzando por la cabeza de la muchacha, soltándole el cabello rubio totalmente despeinado y acariciándole las mejillas.

Recordó lo que contestó la noche anterior cuando le hablaron de literatura rusa y la besó mientras sus manos seguían despejando a los zorros de Siberia cada vez con mayor ritmo y velocidad. Ella apagó las velas pero la habitación se iluminó súbitamente con su cuerpo desnudo. Una luz blanca de toda luminosidad bañó las siluetas, las paredes y el techo. La luz blanca crecía y disminuía su intensidad y volvía a crecer nuevamente al ritmo de cada placer, de cada caricia. El fuego del hogar de leñas se consumía y con él se hubiese consumido el calor, pero el calor emanaba también con esa luz y Benigno comprendió por qué le gustaba el frío del Moscova, de Moscú y de toda Rusia.

Luis Tomás de Villanueva Fernández de Córdoba, décimo quinto duque de Medinaceli, estaba en su palacio en Soria cuando recibió el llamado de Isabel II para visitarla en el Escorial. Lamentó dejar a las dos cubanas que lo acompañaban en el calor de agosto de 1855. Había hecho construir un dique en el extremo del lago de su propiedad donde disfrutaba de la intimidad de la naturaleza con las hermosas mulatas caribeñas.

- Bienvenido don Luis – le dijo la reina con su cabeza echada hacia atrás y su mano extendida para ser besada.

- Su majestad, es un honor que me haya convocado

- Como usted sabrá, en Crimea se está librando una guerra que está próxima a concluir. Las grandes potencias europeas, aliadas a los enemigos de nuestra fe, están sitiando Sebastopol y yo no creo que los rusos puedan soportar el cerco. Nuestros observadores allá nos informan que el ataque final es inminente, pero también nos dicen que no van a pasar más allá de Crimea. Rusia es inmensa y el zar sabe que podrá repetir la hazaña de 1812 contra Napoleón. Es interés de España mantener una excelente relación con Alejandro y

esta es una buena oportunidad para afianzarla. Rusia no puede estar sola en Europa, sus riquezas se pueden volcar a un provechoso comercio con nosotros. Además don Luis, y esto es lo más importante, son cristianos como nosotros, no como los protestantes o los infieles turcos. Le ofrezco la representación diplomática en San Petersburgo, y por otro lado vería con sumo interés un matrimonio suyo con la princesa Catalina Ivanofna, sobrina del zar

- Estoy a su entera disposición su alteza. No existe nada en este mundo que me enorgullezca más que servir a la corona de España.

- El canciller lo espera, don Luis. La presentación de sus cartas a Alejandro debe ser inmediata – estiró la fría mano blanca, esperó la reverencia del duque y sin decir más, se retiró acompañada por el chambelán.

El dique de Soria, las caribeñas, su cuidada soltería, se derrumbaban ante la altanería de la reina niña de manos frías, fría como una víbora. Del sol de Soria a la guerra y además ¡matrimonio!

El duque de Medinaceli era uno de los grandes de España y tenía experiencia diplomática. La reina lo había designado, a su pedido, encargado de negocios en París. También fue encargado en Londres. Había defendido con solvencia los intereses españoles en Marruecos durante la guerra en Africa y no podía desentenderse de su propio prestigio y menos de la política española. Pero ese casamiento no estaba en sus proyectos ¿quién sería Catalina? ¿Cómo sería?... Después de todo, sus gestiones diplomáticas habían sido exitosas siendo soltero. Y muchas veces gracias a su soltería.

El 20 de octubre llegó don Luis a San Petersburgo y el frío iniciaba las primeras vanguardias del invierno con vientos del Báltico. Intentó acercarse al palacio imperial mostrando sus cartas credenciales pero no era oportuno para un europeo. Pospusieron varias veces su recepción porque la “nación rusa es agredida por Europa” le dijeron.

Su séquito diplomático eran tres personas: su secretario personal, su valet personal y el secretario de negocios españoles que hablaba bien el ruso y el polaco, aunque bastaba el francés.

En el hotel Fontanka comentaba con sus secretarios la situación de Crimea. Si bien Sebastopol había caído en septiembre, recién el 17 de octubre cayó Kinburn en manos del francés Bazaine y, para alegría de San Petersburgo, llegó la noticia de que el general Murawieff había tomado Kars después de un porfiado sitio. Era como la revancha de Sebastopol y sirvió para ablandar el espíritu negociador de Alejandro II y comenzar así el tratado de paz.

El duque de Medinaceli se entretenía observando como algunos témpanos de hielo comenzaban a seguir la corriente del Neva, frente a su hotel. Pasaban los días y eran cada vez mayores. Chocaban entre sí, de tal modo que el ruido le impedía dormir. La corriente se deslizaba cada vez con mayor lentitud hasta que en los primeros días de diciembre se formó una masa compacta e inmóvil de hielo.

- El 10 de diciembre lo recibirá su Alteza Imperial – le avisó un chambelán sacando del letargo a don Luis y al secretario de negocios españoles.

Al duque lo recibieron en el palacio de invierno, residencia de la corte imperial. Acompañado por los dos secretarios vestidos de estricta etiqueta, subieron por la escalera de embajadores, de mármol de carrara. Ingresaron a la sala de Pedro el Grande, toda tapizada de terciopelo rojo sembrado de águilas rusas de oro. Las arañas, los candelabros y las mesas eran de plata. Al fondo, sobre un estrado, el trono, rodeado de columnas doradas con guerreros de la antigua Rusia sosteniendo las insignias en que están representadas las armas de los gobiernos rusos.

Una enorme puerta dorada se abrió y un ayudante de cámara anunció “Su Alteza Imperial Alejandro II Czar de todas las Rusias”.

Detrás de unos enormes bigotes ingresó el zar con parte de su corte.

- Es usted el primer embajador europeo que recibo desde que tomé posesión del imperio. Sea bienvenido señor duque.

- Es un gran honor representar a mi nación ante su Alteza Imperial – contestó don Luis con gran reverencia.

- He sabido que su soberana ha mandado observadores militares a Crimea. Me llama la atención que observan sólo a los aliados de los herejes y que esa comisión esté comandada por un prestigioso militar español, el general Prim y Prats

- Le puedo asegurar, Su Alteza, que han respetado a ultranza la neutralidad de la gestión.

- Menos uno – terció el generalísimo Gorchakoff, recién llegado de Crimea y parado al lado de Alejandro.

- Disculpe, Su Alteza Imperial, no pongo en duda la afirmación que acaba de hacer el generalísimo, pero le manifiesto mi sincera ignorancia y la de mi gobierno acerca de una ruptura de neutralidad. Realmente me sorprende – decía Medinaceli manteniendo la compostura diplomática ante un probable casus belli.

- Lo debe sorprender gratamente, señor embajador, porque es el caso de vuestro coronel Villanueva, ahora general Villanokoff del ejército imperial ruso – continuó sorprendiendo el generalísimo.

- Es familiar mío – dijo con seguridad don Luis Tomás de Villanueva Fernández de Córdoba

- Es uno de los comandantes más prestigiosos del imperio, señor embajador, felicito a vuestro linaje – agregó el zar

Después del acto protocolar le ofrecieron al embajador alojamiento en el palacio hasta tanto España adquiriese una propiedad en la ciudad.

El chamberlán le entregó una invitación para el baile de gala que festejaba la toma de Kars.

- Concurrirá la princesa Catalina – le dijo en voz baja sorprendiendo totalmente al desprevenido duque que comprendió que no sólo la intriga provenía de su soberana niña- reina- víbora.

El salón de baile del Palacio de Invierno era enorme. Don Luis estaba vestido con un impecable frac francés con la banda borbónica sobre su pecho y cuatro medallas del reino en su solapa. Se distinguía por su altura y por el modo de mirar y acercarse a las damas más hermosas.

- Excelencia, permítame presentarle a su alteza imperial, la princesa Catalina Ivanofna – en fluido francés, el gran duque Constantino presentaba a Medinaceli su sobrina.

El duque español se quedó sorprendentemente sólo con la sobrina del zar, en el momento embarazoso en que la orquesta, Alejandro II y la Zarina iniciaban el baile.

Las vueltas y vueltas de los valsos impedían la conversación. Sólo sonrisas intercambiaban al cruzar sus miradas. Don Luis apreció que la dama era una excelente bailarina, de estatura regular, de facciones regulares y de cabello renegrido coronado con una delicada corona de plata. Calculaba su edad en poco más de veinte años que, si se la relacionaba con sus cuarenta solterísimos años, la equivalencia positiva pasaría por la fortuna y condición imperial de la muchacha.

- ¿Dónde se aloja, don Luis?

- En Palacio, en el ala oeste, frente a la sala del zar Alejandro I

Los valsos, algunas polcas y, sobre todo el champagne francés obligaban a la pareja a bailar con menos intensidad las vueltas. Todo giraba en torno al duque, acostumbrado a otros ritmos en España.

Cuando el Zar y la Zarina se retiraron, el único embajador europeo en la corte notó que había finalizado el baile. Los caballeros hacían reverencias para besar las manos enguantadas de las damas. Don Luis acompañó a Catalina hasta el vestíbulo en donde la princesa se colgó del brazo de su tío Constantino aprestándose a subir a una carretela tirada por tres magníficos caballos.

En su cuarto, don Luis le pidió a su valet que deje una vela encendida como punto de referencia de todo lo que daba vueltas y vueltas. Poco tiempo después de la terminación de la vela, la puerta se abrió sigilosamente y se volvió a cerrar del mismo modo.

El duque que dormía con camión hasta las rodillas según se estilaba en España, sintió otro cuerpo y un par de piernas desnudas que se abrazaban a las suyas. El mareo por los valsos había desaparecido pero no el del champagne, así que sus movimientos fueron lentos en un primer momento.

- Su alteza...- alcanzó a decir mientras sentía ya todo el cuerpo desnudo de Catalina porque su camisión había sido rápidamente levantado

- Otra vez Luis...

A la mañana siguiente, despertarlo fue una tarea difícil para el valet que constató que el camisión era algo holgado para su señor porque se le había salido.

Todas las noches, con el mismo sigilo, Catalina ingresaba a la habitación del ala oeste, frente a la sala del Zar Alejandro I.

Públicamente se encontraron en la recepción del Zar por la Navidad y ambos amantes respetaron las reglas del protocolo, sobre todo porque ella permanecía del brazo del Gran Duque, su tío.

Constantino invitó formalmente al duque de Medinaceli a su propio palacio hasta la fiesta de la epifanía. Luis aceptó con cierta inquietud agradeciendo al Gran Duque la gentileza.

En el palacio de mármol, al invitado le dieron una de las cien habitaciones de la mansión. Sus ventanales daban al canal de Moyka, convertido en un canal de hielo, con tilos en sus orillas más que tranquilas por el frío. Don Luis soñó que estaba preso, preso entre el hielo y la voracidad de la princesa que ahora lo visitaba de noche y a la hora de la siesta rusa.

El 6 de enero llegó rápido y el Gran Duque despidió desde las escalinatas de mármol al duque de Medinaceli, único embajador europeo. Tomada de su brazo, su sobrina saludaba al español con la mano mientras él subía a una drojki negra con un cochero externo de librea roja y dorada.

En el palacio del Zar, las visitas eran sólo nocturnas. Luis decidió no cumplir el rito de la siesta en previsión a lo ocurrido en el palacio de mármol. Caminaba por la perspectiva Nevsky, la calle más larga y animada de la capital rusa, hasta la plaza Znamensky donde tomaba té servido en samovares de cobre.

- Mi sobrina y yo nos sentiríamos honrados con su presencia en mi palacio durante febrero. Creo que es más conveniente para usted evitar el protocolo de la corte en el palacio imperial y descansar sin compromisos en el mío.

- Es para mí un gran honor y un halago su gentil invitación, excelencia. Sólo le pido que aguarde mi respuesta hasta mañana porque tengo que revisar mi agenda con el secretario de negocios españoles.

Se reunió en una fonda de Nevsky con sus dos secretarios, con quienes era totalmente franco en todos los asuntos, sean de estado o personales. Jamás en cuestión de damas.

- Necesito un argumento sólido para ausentarme de San Petersburgo, me tiene mal el frío y la inactividad diplomática. Todavía no se firmó la paz y a esa cuestión está abocado el Zar y todo su gabinete

- Solo logramos vender vinos y textiles, excelencia - agregó el secretario de negocios lamentándose

- Hay cuestiones de estado que no quiero tratar con el Gran Duque Constantino y mañana me tengo que resolver.

- ¿Y una visita al pariente suyo en Moscú? - preguntó el secretario personal

Esa misma tarde, en el palacio de mármol, el embajador español se disculpaba ante el Gran Duque

- Disculpe usted mi torpeza, excelencia. Cuando recordé haber prometido a mi primo Villanokoff visitarlo en Moscú en febrero, inmediatamente vine a su hospitalario palacio para disculparme

- Lamento que deba viajar pero lo comprendo, embajador. No tiene por qué disculparse. Quédese a cenar esta noche y mañana vuelva a palacio.

Arrinconado contra el desolado Moyka en el desolado sector del palacio en la acalorada habitación, Catalina pedía “otra vez Luis...”, “otra vez Luis...”

Amanecía muy temprano en Moscú y en el tibio cuarto del hotel Borobichi, Benigno y Tatiana se vestían, porque ella tenía que dar clase de historia rusa en la facultad de mujeres.

Ella se envolvió en sus zorros siberianos y él, vestido de paisano, se colocó su gorro de astracán. Se volvieron a besar.

- Quisiera alquilar una propiedad en Moscú hasta abril, en abril regresaba al ejército y –ambos lo sabían- necesitamos intimidad

- Yo tengo una propiedad, Benigno, la de mi padre. Cuando él se iba de campaña me dejaba en la facultad y allí es donde vivo desde hace mucho tiempo. Me convertí en alumna pupila y luego en profesora pupila. Ahora quiero hacer todo lo que vos quieras.

- No quiero que te sientas perjudicada, Tatiana. Las habladoras destrozan a las mujeres y yo...

- Moscú es una ciudad muy libre dentro de esquemas muy rígidos. Es distinto en Europa, lo conozco por la literatura francesa, por ejemplo en "Atala" de Chateaubriand...

Benigno suspendió la clase de literatura con un beso, porque al pronunciar al autor bretón colocó los labios como a él le gustaban.

Al mediodía, ella lo esperaba frente al portal con un coche de cuatro caballos. Benigno subió y el cochero inició el trote mientras tras los vidrios de las dos ventanillas se corrían pequeñas cortinas de tisú.

Iban a zamoskvoriechié (del otro lado del Moscova). Al cruzar el puente el traqueteo de las cuatro ruedas y los dieciséis cascos no inmutaron a la pareja.

Benigno se sorprendió cuando dos sirvientes abrieron la puerta del coche y fueron saludados efusivamente al bajar. Tres mujeres con sus respectivas cofias besaban a Tatiana con lágrimas en los ojos. La veían por primera vez desde que se enteraron de la muerte del Mariscal. Ella se había recluido en la facultad y ahora la estaban esperando.

Tatiana había usado su propio carro y regresaba a su propia finca. La casa era un pequeño palacio con una galería de invierno al ingresar. Había tres estilos que se superponían y enriquecían la vitalidad de los ambientes. La sala tenía amplios sillones que enfrentaban a dos hogares de leña. En las paredes, armas, armaduras, un retrato de Pedro el Grande. En un rincón un sillón pequeño con una mesita con samobar, una biblioteca y, en cada estante tazas de té antiguas y un retrato de una mujer.

- Tu madre

Lo tomó entre sus manos como acariciándolo y lo dejó donde estaba.

En la sala y el escritorio predominaba el estilo del Mariscal con rincones de la profesora de letras e historia rusa.

En la planta alta estaba la presencia de la mujer, las cortinas, las mantas, los rosas, el perfume.

- Es hermosa

- Es nuestra, Benigno. Trae tus cosas acá. Tráelo a Zeque. Me he tomado una licencia a partir de hoy en la facultad hasta que vuelvas a San Petersburgo.

Benigno la abrazó sintiendo algo así como felicidad.

El duque de Medinaceli llegó a Moscú el dos de marzo acompañado por su valet y su secretario personal. En algunos fresnos se alcanzaban a distinguir los brotes que se adelantaban a la primavera. No le resultó difícil ubicar al general ruso-cosaco, observador español, de origen argentino.

Se enteró que convivía con la hija del Mariscal Pushkin, a quien reconocía como el hermano del célebre escritor que había leído en francés en París y releía en su palacio de Soria.

Don Luis poseía una sólida cultura y su predilección eran las obras de ficción. Así el Quijote, era la obra que lo conmovía como verdadero español. Como español y hombre de mundo. Esos campos yermos por donde cabalgaba su flacura montando a rocinante eran (también) como esas estepas que veía desde el tren de San Petersburgo a Moscú. Y algunos de los molinos de viento que divisaba en esas enormes soledades podrían haber sido los enemigos que acechaban a su héroe.

Llegó a la finca del otro lado del Moscova en un elegante carricoche con dos cocheros de librea externos y su secretario con él en el interior.

Fueron atendidos frente al jardín de invierno por un ama de llaves con cofia que los invitó a pasar a la sala.

- Señor general, soy el duque de Medinaceli, embajador de España en Rusia - se presentó haciendo una reverencia y habiendo dejado al secretario en el jardín de invierno.

- Es un honor recibirlo en mi... esta casa señor embajador - Benigno pensó que algo le estaban por reclamar relacionado con su función de observador, por lo que esbozó una gentil sonrisa.

- ¿Té? - preguntó Benigno dirigiéndose al samovar de cobre -
¿O prefiere vodka, excelencia?

- Lo segundo, gracias

La conversación fue formalmente entretenida hasta que hablando de Barcelona, don Luis se refirió a la Barceloneta sin ningún tipo de eufemismos

- ¡Qué mujeres general!, ¡qué ordenado el póquer! - mientras bajaba el nivel del aguardiente ruso- en Rusia no hay lugares así. Al menos en San Petersburgo, no sé acá en Moscú...

- Realmente desconozco esa faceta de Moscú. Yo en realidad estoy aquí cumpliendo un mandato de honor del Mariscal Pushkin...

- Me he enterado, general, y como somos hombres de similar edad, me atrevo a darle un consejo: cuidado con las rusas. He tenido una extraña experiencia - dijo con gesto misterioso el duque mientras se escuchaba que por la escalera alguien bajaba.

Los dos caballeros se pusieron de pie y Benigno presentó a Tatiana al duque de Medinaceli.

- Tiene el nombre del personaje de su tío, señora, pero indudablemente una belleza superior a la dama de la ficción - como un caballero español se inclinó sobre su mano derecha

- Gracias, excelencia - contestó también en francés - En realidad Alexandr Sergeyevich era mi padre y su hermano, el Mariscal, mi padre de crianza. Es una larga historia de la que he salido favorecida por tener dos padres ejemplares... ¿té? - agregó mirando el samovar.

- Le agradezco pero el general me sirvió vodka - estiró la copa vacía a Benigno y el nivel continuó bajando.

- General, mi nombre es Luis Tomás de Villanueva y es probable que tengamos algún parentesco cercano. Mi familia es de Soria y está asentada allí desde hace muchos años.

- Yo soy de Mendoza, en la Argentina - contestó Benigno ante el asombro del duque.

- Pero usted ¿no integró la comisión de observadores españoles en Crimea?

- Sí, fui invitado por el general Prim y Prats a sumarme a ella.

- Don Juan Prim es un gran amigo mío y compartimos los mismos ideales liberales. Sólo dos razones lo hubieran motivado a invitar a un extranjero: o es un militar de gran prestigio o por una cuestión de celos con su ahijada...

- Yo participé en la guerra de México contra la invasión de los Estados Unidos. Allí el presidente Santa Anna me ascendió a coronel de húsares y me condecoró. Y en mi país inicié mi carrera militar siendo jefe de la escolta del gobernador Rosas –respondió rápidamente Benigno con una fingida presuntuosidad-.

Las horas pasaban y desde el exterior se escuchaba un zumbido cada vez más intenso. Era el metel, viento del norte que levanta en torbellinos a la nieve cuando está blanda. Tatiana invitó al duque y a su secretario a cenar y dormir en la finca. Zeque Amalfará había desatalajado el carro de cuatro caballos, llevándolos al cobertizo porque el metel solía ser fatal para los animales en campo abierto.

Durante la cena sirvieron vino, de una exquisita uva que llamaban sirah, y cuyas cepas y sarmientos había traído el Mariscal desde Siracusa. Acompañando el postre, Tatiana sirvió en una copa de champagne, una importante medida de vodka.

- Es la simbiosis entre París y Moscú - exclamó con la lengua pesada el duque de Medinaceli, saboreando lo que el llamó sabiamente “elixir”.

Dos días duró la furia del metel y obligó a don Luis a permanecer en la finca Pushkin. Intimó con Benigno de tal modo que le relató sus peripecias con “una dama” de la corte y su fingido parentesco con él para ausentarse del acoso de San Petersburgo.

El tercer día amaneció despejado y sin viento. Varios árboles caídos eran el testimonio del metel. Los dos nuevos amigos se despidieron con un abrazo en el frente de la casa. Benigno y Tatiana se abrazaron en el jardín de invierno y se aprestaron a disfrutar nuevamente la soledad.

- Mademoiselle - llamaba el ama de llaves en la habitación de la pareja - vuelve el señor duque y atrás viene una carroza.

Se vistieron en un santiamén y corrieron a la galería.

El coche de Medinaceli llegaba con los caballos sudados y el duque tenía una expresión desencajada.

- Es ella Benigno, la dama de la corte... ¡la princesa!

- No se preocupe Luis, compóngase.

La carroza ingresó al parque de la finca con un delicado trote de seis caballos de paso blancos.

El duque, ya compuesto, abrió la puerta y recibió una mano enguantada, que tomó para ayudarla a bajar y la besó con gran reverencia

- ¡Que alegría su alteza! Permítame presentarle a mi primo, el general Villanokoff y a Mademoiselle Pushkin.

La princesa viajaba con tres damas de compañía, las que retocaron el peinado recogido con rodete de Catalina y compusieron las arrugas de su vestido rosa.

Tatiana se acercó al samovar y sirvió té para las damas y vodka para los caballeros.

- Hoy llegamos a Moscú –comentó Catalina- y nos alojamos en el hotel Emperador. Cuando nos trajeron la carroza a mi asistente le pareció ver pasar por el boulevard a don Luis. Preguntamos por él y nos dijeron que se alojaba en la finca Pushkin.

Así que acá estamos.

- ¿Usted no nos vió, don Luis?

- No su alteza. No hubiera desperdiciado la oportunidad de deleitarme con su compañía. En realidad mi fantasía se reñía con mi afán para satisfacer los sueños de esta hermosa pareja y eso produjo mi distracción de la cual me arrepiento, porque perdí preciosos momentos de nuestra amistad.

Las damas de compañía se retiraron al jardín de invierno con el secretario del duque y Benigno se incorporó para acompañar a Tatiana al escritorio

- ¿Por qué venía tan rápido su carricoche don Luis?, los caballos parecían cansados.

- Le voy a confesar la verdad, su alteza, –Benigno intentó apurar su desplazamiento hacia el escritorio- he asumido la responsabilidad de ser padrino de bodas de mi primo y de Tatiana y esa tarea me llena de satisfacción y me excita a la vez - Benigno se volvió a sentar al lado de su pakoke que lo tomó de la mano con gran sonrisa.

- Un motivo de esa misma naturaleza me ha traído a Moscú. - Benigno nuevamente se paró - Como estamos en familia creo que pueden escucharlo. -se sentó- Si bien no lo hemos hablado, querido Luis, nuestro matrimonio estuvo en la imaginación de mucha gente, desde la reina de España hasta mi propio tío, el Zar - Luis empalideció. El Sagrado Sínodo, que es nuestro Consejo de Obispos de la Iglesia Griega, decidió arbitrariamente que una princesa rusa, sin ser de la casa imperial como mi caso, no puede contraer matrimonio con un noble extranjero, aún cuando haga profesión de fe cismática - regresaron los colores de Luis.

Tatiana se levantó y abrazó a Catalina envuelta en un mar de lágrimas.

Los dos hombres se dirigieron hacia el escritorio con una botella de vodka y dos copas

- Huevón de mierda - le dijo a su excelencia en claro mendocino - ¿qué necesidad tenías de inventar mi casamiento?

- No se me ocurrió nada mejor, Benigno -respondió compungido-.

Se sirvieron vodka callados y observaron detenidamente el fuego del hogar. Tres copas después, Benigno abrió una caja de madera con cigarros ofreciéndole a Luis. Ambos los prendieron con brasas y en silencio.

- No se te ocurrió nada mejor... -murmuró Benigno pensativamente dos copas más tarde-.

Tatiana estaba llamando a las sirvientas para que preparen dos habitaciones para los huéspedes y las damas de compañía. El viento había comenzado como un susurro y temían nuevamente al metel.

Durante la cena la conversación se refirió exclusivamente al casamiento a pesar de los esfuerzos del novio por cambiar el hilo de la charla. En realidad, las preguntas de Catalina eran dirigidas a Luis porque en la tradición rusa, el padrino de bodas organiza la ceremonia y a este padrino le sobra imaginación para ultimar los más delicados detalles

- En los próximos días viajaré a San Petersburgo para solicitar al generalísimo Gorchakoff la venia por casamiento de mi primo. Intentaré además que su próximo destino militar sea la guarnición

Moscú para impedir la separación de esta hermosa pareja. De acuerdo a la intención de mis ahijados resolveré si se casarán en la Catedral de la Anunciación o, si prefieren intimidad, en San Salvador del Bosque que es pequeña y está ubicada en medio del patio del alcázar

- Prefiero la intimidad –agregó segura Tatiana sumándose al juego- ¿Juego? se preguntaba el novio.

Empezó a silbar el metel y nuevamente los cocheros y Zeque desatalajaron llevando a los caballos al cobertizo y poniendo a buen recaudo el carricoche y la carroza.

Esa noche, en la habitación de Tatiana, Benigno hablaba de Eugenio Onieguin, de la hija del capitán, de la dama de pique, del desafío, de la hidalga campesina, del azar en el juego... mientras que en la pieza de huéspedes, el silbido del metel no impedía a don Luis escuchar “otra vez”.

- Sigamos hablando de literatura, Benigno. Me encanta. Conozco de memoria cada una de las obras de mi padre. Por ejemplo, la “carta de Tatiana a Onieguin”

“Es posible que, después de conseguir dominar las inquietudes de esa pobre alma mía sin experiencia, hubiera yo, con el tiempo, llegado a encontrar a un bueno y leal amigo con quien poder convertirme algún día en fiel esposa y madre ejemplar... ¡Más no, no!... Pero ¿qué digo?... ¡A nadie más que no fueras tú me sería posible entregarle mi corazón! Puesto que sé que la voluntad de la providencia así ha querido que fuera ¡Y la voluntad de la Providencia es que solamente a ti debo pertenecer! Todo lo que ha sido nuestra vida hasta hoy, no fue otra cosa que el prelude de este encuentro nuestro que era inevitable. Sé, pues, que ha sido Dios quien te ha traído hasta mí y que tú me protegerás y serás mi compañero mientras viva...”

Esa noche, con el silbido monótono del metel, Benigno soñó con Luis Tomás de Villanueva Fernández de Córdoba, duque de Medinaceli, escoltado por una reina con cara de niña y la cabeza hacia atrás y por Isabel Prim y Prats. Caminaban sobre el hielo del río y se reían porque no veían pájaros ¡cuidado con las rusas! Gritaba don Luis y allí aparecían en la orilla Tatiana y la princesa Catalina. Sobre todo Tatiana, con sus ojos verdes. Y Benigno con las dos manos extendidas se abalanzaba sobre la garganta del duque al grito de ¡“huevoón”! Y nuevamente los ojos mansos y verdes. Del verde que sólo veía en primavera porque ahora era todo blanco. Y le recitaba poesías rusas y Benigno se encantaba, hasta un nuevo “cuidado con las rusas”. Y en todo el sueño los ojos verdes y ella vestida de blanco y él con uniforme de general con sus medallas y la iglesia y...

- Benigno ¿pesadillas? - le preguntaron los ojos verdes acariciándolo.

Don Luis y la princesa Catalina embarcaron en el mismo tren hacia San Petersburgo. Habían hecho reserva del coche especial ruso que estaba dividido en tres compartimentos para ocho personas cada uno. En el del medio viajaba la pareja de nobles, en los otros dos, el secretario y el valet del duque y las damas de compañía. Las ventanillas tenían cristales y cortinados, los pisos estaban alfombrados y cada camarote disponía, a decir del duque, de caloríferos.

A Catalina el viaje en tren la descomponía y, además, no estaba de buen humor. Se comprometió con Luis a acompañarlo a la entrevista con el generalísimo, pensando que su parentesco real podría influir en la resolución del jefe del ejército para lograr el cambio de destino militar de Benigno.

El ocho de marzo el generalísimo Gorchakoff recibió en audiencia al duque de Medinaceli acompañado por la princesa Catalina.

El duque se presentó como padrino de bodas (a la rusa) y Catalina Ivanofna asumió el rol de madrina de Tatiana Pushkin.

- Sabemos que la licencia del general Villanokoff finaliza en abril, cuando el ejército abandona sus cuarteles de invierno. Es

intención de mi primo y su prometida contraer matrimonio en la intimidad el 15 de abril - decía el duque.

- Como usted sabe Gorchakoff, Tatiana Pushkin no puede residir en San Petersburgo. Es en homenaje al Mariscal y a su genial hermano que venimos a rogarle que nuestro común amigo sea destinado a la guarnición Moscú - agregó Catalina.

El generalísimo permaneció pensativo, llamó a un secretario y encargó un periódico. Cuando se lo trajeron se lo dio a sus visitantes.

Rússkoie slovo - San Petersburgo

4 de marzo de 1856.

Cosacos

Desde el repliegue del glorioso ejército ruso después de la defensa de Crimea, las distintas divisiones del ejército regresaron a sus cuarteles de invierno en las guarniciones en que originalmente se asentaban. No ocurrió lo mismo con la quinta división de caballería, integrada por soldados cosacos que se instaló en proximidades del campo de Marte de nuestra ciudad capital.

Si bien el grueso de las tropas está de licencia, ha permanecido en esta guarnición un destacamento de aproximadamente doscientos cosacos que han traído intranquilidad y zozobra a los vecinos.

Han sido numerosos los arrestos que practica la policía imperial de estos sujetos, sea por vagancia, ebriedad, carreras de caballos desenfrenadas por las principales perspectivas (avenidas). El domingo pasado, frente a la catedral se manifestaron en su creencia Rasskol o religión de los viejos creyentes, provocando inconvenientes entre los fieles de nuestra propia religión.

Estos hombres están acostumbrados a la dura disciplina que les imponga su hetmán, pero en las actuales circunstancias en que sus jefes no están en la ciudad, su comportamiento se torna insoportable.

La Santa Rusia respeta a la quinta división de caballería que se llenó de gloria en Sebastopol, pero las autoridades deberán resolver cuanto antes este grave problema social.

- Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma - murmuró el generalísimo - En rigor de verdad, nuestro ejército nunca contó de modo orgánico con una división de caballería cosaca. Se pudo organizar bajo el mando de un gran hetmán histórico que es Villanokoff. De otro modo la anarquía reina en sus filas y sólo se reúnen para la guerra. Son fuerzas de choque. Valientes pero totalmente indisciplinados. Sólo vuestro amigo pudo hacer de ellos un cuerpo con disciplina y, además, orgullosos de serlo ¡Si el profeta no va a la montaña, la montaña irá al profeta! - volvió a decir pero con mayor decisión.

- La quinta división de caballería cosaca pasará a ocupar la guarnición Moscú. Será conveniente en el Zamoskvoriechié (del otro lado...) y controlar el puente para impedir que se repita lo que ocurre aquí.

Catalina tomó la mano de Luis y la apretó con gran alegría por haber conseguido lo que ellos habían ido a buscar: facilitar el casamiento del primo de Luis con esa encantadora rubia extraída de las páginas de Pushkin.

-Lo que se nos negó a nosotros será una realidad con tus primos, Luis... ¡Otra vez! - entre lágrimas, enaguas y corsetes.

Medinaceli soportó dos días el ritmo de la princesa y se embarcó nuevamente hacia Moscú con su secretario y su valet.

La ventanilla del vagón especial le reflejaba su imagen y al fondo las estepas ¿qué estoy haciendo? Se preguntaba ante el Luis transparente que veía ¿es todo fruto de mi imaginación?, el parentesco, el casamiento, el padrinzago eran engaños para zafar de Catalina, pero ahora ya no existía esa razón ¿qué estaba haciendo el décimo quinto duque de Medinaceli rumbo a Moscú? No. Benigno es mi alma gemela y así siga trotando por el mundo no va a encontrar una mujer con la que se identifica toda Rusia a través del personaje, pero él la disfruta en la intimidad real. En carne y hueso. Sin las desventajas sociales de la fama visual. Además, ella se había entregado en cuerpo y alma a su amante a pesar de la

tradicionalista sociedad rusa. No era cierto que los moscovitas acepten esas uniones de hecho. Era un sacrificio que ella hacía en aras de su amigo, a quien había convencido de la libertad de códigos en Rusia ¡Nada menos que en Rusia! Aunque Catalina hacía algo parecido. No. Era a escondidas. Si se hiciese público lo deportarían a España de un día para el otro.

Por mis venas corren quince generaciones de héroes españoles. Los comprendo. Comprendo a este héroe contemporáneo más de lo que él se comprende a sí mismo. ¡Es la gran Rusia que está pariendo a un hijo predilecto!... y este duque (se miraba en la ventanilla acomodando el bigote) es el partero de esta historia. Del bolsillo de su chaleco sacó una pequeña cajita de plata, la abrió, y mirando el anillo se sonrió con entera satisfacción

Los brotes de los fresnos continuaban creciendo en Moscú, el hielo daba lugar a arroyos y acequias que, saltando, buscaban los ríos. Luis tomó en la misma estación un carricoche para trasladarse con su séquito a la finca Pushkin

Allí encontró a una feliz Tatiana y a un intranquilo Benigno hablando, leyendo y estudiando literatura e historia rusa

- Benigno se ha convertido en un estudioso de nuestras letras. No hablamos de otro tema que no sean autores rusos. Quiere que invite a la finca a Turguéniev y a Dostoievskiy para iniciar veladas literarias - le comentaba Tatiana a Luis.

El duque evitaba estar a solas con Benigno, así que en presencia de la novia le comentó como al pasar, que la quinta división de caballería iba a ser trasladada a Moscú. Le dio al comandante de la división una copia del Rússkoie slovo explicándole que esa era la razón del cambio de guarnición.

Como los tres se entendían en francés, Benigno y Tatiana usaban rara vez el ruso, para transmitir una intimidad delante del duque. Del mismo modo, el castellano era la lengua para cubrir cierta intimidad entre Villanokoff y Medinaceli.

Y cuando esa intimidad requería de una acotación más precisa, Benigno utilizaba el mendocino “huevoón” como en este caso.

-Lo resolvió el generalísimo motivado por ese artículo periodístico, sin que yo haya tenido absolutamente nada que ver en

su decisión –volvió a retomar el francés para neutralizar a su interlocutor americano–.

Durante el almuerzo el tema de conversación estuvo centrado en el traslado de la división. Indudablemente sería desde San Petersburgo porque hacia allí irían los cosacos a fines de marzo.

No existía otro modo de avisarles porque no leían los periódicos y, salvo los que venían de los Urales, el resto estaban desperdigados por toda Rusia. La próxima primavera facilitaba el traslado de los jinetes y el tren sería un buen medio para todo el sistema logístico.

Después del consabido vodka con champagne que servía la dueña de casa, Benigno invitó a Luis a caminar hacia el Moscova. El duque miró a Tatiana como buscando auxilio

- Vayan, voy a descansar - les dijo

Caminaron entre los sarmientos de sirah que empezaban a mostrar sus primeros brotes. El río corría con fuerza por el deshielo, pero a pesar del ruido del torrente los dos hombres podían escucharse.

- ¿Qué gestión ha hecho usted en San Petersburgo relacionada con Tatiana y conmigo?

- Solamente me entrevisté con el generalísimo para informarle que era posible un casamiento suyo con la hija del Mariscal Pushkin. Usted sabe Benigno, que Gorchakoff me ha solicitado que lo mantenga informado al respecto, por el gran prestigio que Pushkin sigue teniendo en el ejército aún después de muerto. Es una leyenda rusa. Y permítame que le diga: el generalísimo está totalmente satisfecho con usted por el modo de cumplir su promesa de honor al Mariscal. Tal es así que se lo informará al mismo Zar.

- ¿Por qué se entromete usted en mi vida privada? - lo preguntó sin mucha convicción.

Al notar la vacilación, Luis extrajo del bolsillo izquierdo del chaleco, una cajita de plata y, en silencio, la puso en las manos de Benigno.

Al abrirla se paró, tomó el anillo con su mano derecha con gran delicadeza. Notó que era una esmeralda que lucía el mismo color de los ojos de Tatiana, con dos brillantes más pequeños a cada lado

que simbolizaban para el general cosaco, lágrimas. Lágrimas de Pakoke.

Solo un casi imperceptible “huevón” alcanzó a escuchar el duque de Medinaceli junto al Moscova. Si bien desconocía su epistemología andina, comprendía que el tono que había usado su ahijado esta vez, era casi afectuoso.

A medida que los cosacos llegaban a San Petersburgo, las autoridades del campo de Marte los fletaban hacia el sur, hacia Moscú. Se dispuso que el día 10 de abril, un tren completo desplazaría los cañones, el material de los ingenieros y la logística. El general Villanokoff, con tropas de la guarnición de la antigua capital rusa, preparaba viejas construcciones que no se utilizaban desde la guerra en Polonia.

El coronel Iván Kuzmich, hijo de madre cosaca había sido nombrado por Gorchakoff segundo comandante de la quinta división de caballería. Tuvo la responsabilidad de reemplazar a su comandante para armar el parque con la carga que llegó por tren el trece de abril.

El quince fue uno de esos raros días de sol en Moscú. La pequeña Iglesia de San Salvador del Bosque estaba cubierta de flores. Muchos hombres de levitas negras y pelos largos se confundían con apuestos cosacos con gorros de piel y con oficiales enfundados en sus galas con sables orientales. Poetas y soldados acompañados de mujeres con las cabezas cubiertas.

Las autoridades de San Petersburgo no concurren al casamiento porque estaban en París firmando el acuerdo de paz con ingleses, franceses, turcos, piamonteses, austríacos y prusianos.

Luis Tomás de Villanueva y Fernández de Córdoba se destacaba por su elegancia ducal. Flor roja en la solapa negra, medallas de todo tipo y la banda borbónica que acentuaba su pecho erguido y orgulloso. Denotó cierto nerviosismo al aproximarse una carroza de ocho caballos. La dama que apoyó nuevamente un pie en el suelo, le estiró su mano enguantada y le dijo “gracias don Luis”, “su alteza, que magnífica sorpresa” contestó él en el medio de una aspaventosa reverencia. Se compuso rápidamente hasta que en un

hermoso carricoche llegó el general Benigno Villanokoff y su prometida Tatiana Pushkin.

El duque los ayudó a bajar. Desde un órgano inmenso se comenzaron a escuchar sonos religiosos y militares. Se abrió la doble puerta de San Salvador y el duque de Medinaceli ingresó presidiendo como padrino del rito griego. Atrás de él, tomados de la mano el general cosaco argentino con el gorro de piel bajo el brazo izquierdo y Tatiana refulgente como la acababa de definir Zeque Amalfará: ¡pakoke!

La marcha de Félix Mendelssohn Bartholdy atronó en la iglesia y en el bosque.

Cuando salieron, antes de bajar los escalones, dos mil jinetes con sus gorros oscuros, parados sobre sus monturas festejaron a su hetmán con las vicuisofkas más arriesgadas y hermosas que Benigno viera en su vida. El espacio entre el bosque y el alcázar se llenó de gritos y de galopes tendidos. A una señal del nuevo coronel Iván Kuzmich se detuvieron las carreras y de atrás de la iglesia se escuchó claramente el paso de dos caballos sobre el empedrado. Había un solo jinete. De su diestro traía un magnífico animal de gran alzada, negro, con crin y cola renegridas con abundante y brillante pelo. Era turco, hijo de árabe y caballo persa.

EPILOGO

“Traer a los cosacos de Moscú” se había transformado en el imperio de Alejandro II en una verdadera amenaza ante situaciones conflictivas.

La quinta división era un modelo de organización y disciplina y constituía el núcleo de la reserva estratégica imperial. Los moscovitas sólo veían a los cosacos en paradas militares en la Plaza roja. Poco a poco se fueron convirtiendo en el ejército del pueblo ruso más que del emperador.

Dostoievsky y Tolstoi escribían bajo el influjo de los románticos europeos y del propio Pushkin o Gogol acerca del cosaco como paradigma del eslavismo. Eran los caballeros soldados que con sus sables y sus lanzas se aprestaban a defender a la Gran Rusia.

En la finca de Benigno y Tatiana convergían los nuevos literatos. Allí se hablaba de rimas y de ficciones con un fondo omnipresente de cargas de caballería, coraje y patriotismo que se identificaba con los romances de las campesinas, soldados, cosacos y damas afrancesadas. Así se gestaba “la guerra y la paz”, “Ana Karenina” o las angustiosas “humillados y ofendidos” o “el idiota” que iniciaban un nuevo camino después de “Taras Bulba” que representaba la pura admiración hacia el cosaco.

Las letras rusas influían en el reconocimiento de la leyenda que superaba a la historia. En la finca, Tatiana seguía los estilos, las parábolas, las metáforas y apoyaba con datos históricos las narraciones.

Benigno hablaba de su propia experiencia, de sus cosacos, de su valentía, de su bizarría y lealtad, y relataba mil y una cargas de caballería sobrepasando a veces la más elevada imaginación de sus contertulios.

Ese era el ambiente propicio para la refundación histórica de Rusia. Había que rehacerlo todo, no porque la derrota ante las potencias europeas en Crimea haya amenazado la existencia del Imperio. De todos modos, las pérdidas de todo tipo habían sido enormes, el tratado de París había impuesto sacrificios injustos. De golpe se habían borrado las conquistas acumuladas año tras año,

durante un siglo. Se desmoronó la posición espiritual que había alcanzado Nicolás I como protector de los cristianos de Oriente y árbitro de Europa. Pero todo esto era pasajero ya que, inmediatamente después de la victoria, la alianza de Europa comenzó a crujir. Austria y Francia se miraban con recelo por la cuestión italiana y el resto atendían los caprichos de Napoleón III o, mejor dicho, de su mujer Eugenia de Montijo. Además, la derrota no había provocado ningún movimiento subversivo en el interior del imperio ni recrudecimiento de la incipiente propaganda revolucionaria.

Había que rehacerlo todo porque Rusia sufría una profunda crisis de confianza, no en sus instituciones sino en sí misma. Había sido defraudada en sus esperanzas de ser admitida en el concierto europeo. Desde 1813 hasta 1853 había ayudado a las demás naciones. Las liberó de Napoleón y además, impidió el desmembramiento de Francia, había liberado a los griegos del despotismo turco, ubicó a Austria en el lugar que le correspondía impidiendo que Hungría se le independizase pero con el designio declarado de reconciliarlas.

Todo lo había intentado de buena fe durante medio siglo y ahora se sentía acusada de intentar erigirse en un imperio para toda Europa. Sus buenos amigos interpretaban su quehacer político como meras tentativas expansivas.

Dostoievskiy escribía en su “diario de un escritor”: “En Europa no somos más que salvajes” y esa sentencia se sentía en el espíritu ruso. El gran fracaso. Europa había rechazado a Rusia. En la primera ocasión la había atacado y como una dama traicionada desembocaba en la desesperación.

En la finca Pushkin se leía a Chernishevsky en su “¿Qué hacer” y a Goncharov en “El sueño de Oblómov”. ¿Qué había pasado? Europa había rechazado a Rusia porque no tenía confianza en el retrógrado sistema social que mantenía y que curiosamente había sido impuesto por un occidentalista: Pedro el Grande. Era la institución de la servidumbre y si había que cambiarlo todo había que empezar por allí.

Alejandro Nicoláievich había sido preparado para gobernar por su padre Nicolás. Fue encargado de misiones diplomáticas en Viena y Berlín donde observó el progreso de las ideas revolucionarias.

Cuando ocupó el trono tenía una sólida reputación de tradicionalista y los *dvorianie* habían puesto en él las esperanzas de sentirse representados. La nobleza volvería a asumir su preponderancia en el estado.

Sin embargo, Crimea le hizo cambiar de opinión pero debería enfrentarse a los conservadores.

Uno de los aspectos que más lo convenció de la necesidad del cambio fue que a gran parte de las tropas se las trasladaba al frente de batalla engrilladas. No existía un voluntariado que surgiese del patriotismo y esa fue la señal para Alejandro II.

Los cosacos eran los abanderados de las vigilias rusas. Siempre dispuestos a la guerra, habían demostrado en Crimea su estirpe heroica. A esa estirpe la ensalzaban los poetas y novelistas en la finca Pushkin. Y el jefe, el *hetmán* era uno más de ellos.

El espíritu del cosaco era el Ave Fénix de esa Rusia alicaída. Eternos indisciplinados, tenían ahora quien los disciplinase. La quinta división de caballería cosaca era el poder de disuasión mayor que tenía Alejandro II. Desde Moscú concurrían a cualquier conflicto interno con la mayor velocidad y eficacia.

Antes de dejar crecer a los *dvorianies*, el Zar se acercó a los cosacos. Los campesinos los idolatraban como sus guardianes y podían convertirse en la herramienta para acabar con la servidumbre y sofrenar la resistencia de los conservadores.

En la primavera de 1860 la quinta división regresaba de cumplir una expedición exitosa al Turquestán ruso. Habían sofocado una rebelión de los usbecas en el *janato* de Jokand imponiendo como rey de Judoviar a un turquestano-ruso-cosaco, padre de un oficial de Benigno Villanokoff.

Se mantenía así el equilibrio entre Inglaterra y Rusia en esta parte de Asia que tenía como estado tapón el Afganistán.

Cuando Alejandro pidió asesoramiento para ascender, en ese marco político, al jefe de los cosacos a Mariscal, el generalísimo

Gorchakoff no lo dudó: “es un cosaco más” dijo ante la inquietud de que se objete su nacionalidad.

Así fue, el decreto imperial fue firmado el 22 de agosto de 1860 y los diarios de Moscú y San Petersburgo no ahorraron elogios para el paladín de los cosacos.

Tolstoi publicó un artículo en El Contemporáneo (sovreménnik) que lo tituló “El hipárquico ruso”. En él se refería a Jenofonte, que así llamaba a los jefes de caballería. “¡El Mariscal Villanokoff es el hipárquico ruso!”.

La sublimación del guerrero cosaco tenía su correlato en el ascenso de Benigno. Del otro lado del Moscova se vivió una fiesta porque históricamente, ningún hetmán fue Mariscal ni tampoco un extranjero.

El mariscalato potenció al hetmán y éste al corazón y otras partes de Benigno. Tal desborde del *thymos* reconocido provocó el embarazo de Tatiana que, curiosamente nueve meses después dio a luz a Alexandr Alexei Sergeyeovich Villanokoff en la finca Pushkin, del otro lado del Moscova.

Fue bautizado en San Salvador del Bosque con la presencia de una delegación de cincuenta cosacos de la quinta división. Zeque Amalfará le colocó solemnemente al niño, un diminuto gorro de piel de oso.

En 1863 la quinta división que en realidad, era ya un cuerpo de ejército, reprimió la insurrección en Polonia. “La calma reina en Varsovia” titulaban los diarios, desde los progresistas “La palabra rusa” o “El contemporáneo”, los constitucionalistas del “Mensajero Ruso” y los conservadores de “Noticias”.

Cada uno de estos periódicos contaba con la militancia consecuente de los grandes literatos. Los intelectuales se involucraban en las cuestiones políticas, pero había temas que estaban más allá de la discusión, y el más importante era el rescate del alma rusa a través del canto a la nacionalidad y el coraje del cosaco.

En 1867 se fundó la gobernación del Turquestán y nuevamente la quinta división se trasladó para iniciar, paso a paso, la conquista de Samarcanda y de Bujara.

Un año duró la operación diseñada por el Mariscal con el perfeccionismo estratégico de Jomini. Las ciudades rodeadas sentían de noche los gritos de guerra de los cosacos que achicaban el cerco día a día. Ambas cayeron juntas casi sin muertos. Cuando el Mariscal Villanokoff hizo su entrada en Samarcanda, la población ovacionó a ese hetmán montado en caballo negro turco que desfilaba a la cabeza con un sable en la mano y gorro de piel en la cabeza.

Durante el cerco se corrían versiones en la población acerca de las atrocidades y los vicios cosacos. El miedo hacía caer las defensas pero al abrir las puertas de la ciudad y observar que esa tropa era ordenada y disciplinada, el terror se transformaba en inusitadas muestras de afecto hacia los jinetes vencedores.

La separación de Tatiana y del pequeño era intolerable para Benigno que decidió llevarlos a la capital del Turquestán conquistada.

La llegada de Tatiana Pushkin y Alexandr a Samarcanda se realizó con la pompa suntuosa de una emperatriz. La sencillez de la hija del poeta no se compadecía con la procesión, el cortejo y los honores que recibió al bajar de la carroza frente al palacio del ex rey del janato.

“Los laureles del Imperio reverdecen” era el título del conservador “Noticias”. “Los cosacos agregaron una estrella más a la Gran Rusia” titulaba “El contemporáneo”.

Dos meses después Benigno, Tatiana, Alexandr y la quinta división regresaron a su cuartel de Moscú, del otro lado del Moscova. Sobre el puente, un enorme cartel de madera decía “Venga a nosotros todo el que quiera sufrir martirio por la fe cristiana; todo el que no tema a la muerte”.

Era tal el liderazgo del hetmán sobre sus hombres que había logrado que se cumpla en toda circunstancia lo que él enseñaba: “Allí donde hubiere tres cosacos, el que cometiere un delito sea juzgado por los otros dos”.

La fatiga epistolar de Benigno no era total, una vez asentado en la finca escribía a su madre en Mendoza y a Pío en San Francisco. Así se enteró Rafaela que era abuela de un nieto con un nombre

estrafalario para el oído mendocino y madre de un Mariscal de todas las Rusias. La sociedad provinciana no daba crédito a las noticias que llegaban dentro de sobres con remitentes en otro alfabeto.

A Pío le resultaban normales los relatos de su hermano porque lo conocía más que nadie. Toribia releía las cartas de Benigno una y otra vez y luego las comentaba a su grupo de amigos, la mayoría mexicanos residentes y adinerados.

El “General Store Mendoza” había enriquecido a Pío Villanueva. El oro de California había hecho de él y su señora una de las parejas más ricas de la ciudad. No tenían hijos pero sentían un inmenso cariño por Joaquín Funes a quien le acababan de comprar un barco para que pudiese demostrar sus dotes de marino.

El muchacho navegó varios años en la Esmeralda hasta que Hewett falleció. Como su madre se casó nuevamente en Valparaíso y él no congeniaba con su padrastro, la compañía y el apoyo de Pío y Toribia eran esenciales para Joaquín.

El joven disfrutaba cada noticia que recibían de Benigno y fue participe de la alegría contagiosa que transmitieron sus últimas cartas.

Pío quería que el nuevo capitán traiga a su madre a San Francisco mientras germinaba en él la idea de visitar a su hermano Mariscal en Moscú.

Escribió a Benigno indagando con mucho tacto si fuera posible, si no lo tomase a mal, si era prudente, que de todos modos no lo había hablado con nadie, que sea sincero...

La respuesta llegó rápido. Por telégrafo a San Francisco con transmisión en Moscú y repetidoras Varsovia, Hamburgo, La Haya, Londres y Nueva York.

El 14 de marzo de 1869, Pío, Toribia, Rafaela y Joaquín embarcaron en Nueva York en el barco de transporte Atlantis. Era una de las primeras embarcaciones con el casco totalmente de hierro. Luego de una escala prolongada en Cádiz continuaron la navegación tocando varios puertos del Mediterráneo. Joaquín era un marino más. Había pedido autorización al capitán para interiorizarse de las maniobras en el mar.

Una vez en el Egeo, el Atlantis hizo otra larga escala en Atenas para tomar desde allí, sorteando la infinidad de islas griegas, el rumbo del estrecho de los Dardanelos por donde desembocaron en el Mar Negro.

Poco quedaba en Sebastopol después de la guerra, pero el puerto estaba operable. Un caballero con levita gris preguntaba en inglés por el auditor Pío Villanueva. Era un miembro conspicuo del salón literario de la finca Pushkin. Estaba de vacaciones en Crimea y recibió allí el pedido de Benigno para recibir a su familia. Los llevó a su casa, donde pasaron dos días disfrutando el inicio del verano en la península preferida por los aristócratas rusos para descansar.

El anfitrión los llevó a la estación donde se había dispuesto en la formación de trenes, un coche especial con dos mucamas.

El tendido del ferrocarril a Moscú, lo había inaugurado en Sebastopol, el Zar Alejandro II el mes anterior.

El idioma era una barrera infranqueable porque ninguna de las mucamas hablaba el inglés. Una de ellas algo decía en francés, pero la comunicación era por señas.

El 18 de julio llegaron a Moscú. En la estación un Mariscal no paraba de moverse observando constantemente un reloj con cadena de plata que usaba en su chaqueta. A su lado, tranquilizándolo, Tatiana lo tomaba del brazo o lo peinaba con sus manos.

Hacía por lo menos veinte años que no veía a su madre ni tampoco a Pío. Lo que más lo inquietaba era la presencia de Joaquín, ¡su hijo! ¿Cómo lo miraría? Joaquina se había casado otra vez según Pío, y eso aliviaba una culpa que cargaba muy en su interior, pero el muchacho ¿qué dirá al verme? Sabía por su hermano que desconocía su paternidad. El es Joaquín Funes. No. Joaquín Benigno Funes y lo abandoné cuando no se abandonan a los hijos. Tan sólo 15 años. Pero de todos modos no conoce su historia. Por otro lado, a la madre no le interesa que se conozca. Un nuevo marido tendría que entender dos predecesores. No. No le convenía pero ¿Hasta cuándo ocultar la verdad? “Se me estruja el alma”. Concluía a cada rato.

Se miraron y se abrazaron, se separaban, se besaban y no dejaban de mirarse. No podían hablar.

- Ella es Tatiana, mi esposa, Alexandr nos espera en la finca – atinó a decir Benigno.

La carroza blanca, con las dos diagonales azules del Imperio en cada puerta, esperaba en la estación. Dos estilizados cosacos saludaron a su hetmán, acomodaron la carga en el carruaje, y luego montaron dos regios caballos escoltando a la familia del mariscal.

Tatiana, Rafaela y Toribia se sentaron juntas, enfrentadas a los tres hombres. El idioma dejó afuera de la conversación a la primera, pero las palabras las reemplazó Rafaela tomándola permanentemente de la mano con una cariñosa sonrisa.

Joaquín no apartaba la vista de la ventanilla a la que había corrido sus cortinas para ver a esa misteriosa y preciosa ciudad, con sus cúpulas redondas y sus cruces enormes.

- ¿Te gusta Joaquín? – le preguntó Benigno como al descuido
- Realmente estoy fascinado, Benigno. Desde Sebastopol que no puedo dejar de mirar el paisaje. ¡Que parecido a las pampas! – contestó el muchacho chileno.

La conversación pasó después por el Mediterráneo, el mar Egeo y el Atlantis.

- Tiene todo su casco de hierro y sin embargo no pierde velocidad – decía Joaquín.
- Rusia tiene que rearmar su flota con esos barcos. Se han encargado a Londres con casco de acero, que supera al hierro, pero los ingleses se demoraron en entregarlos. Es por nuestro conflicto en Afganistán –agregó el Mariscal.
- Ah... – contestaron el muchacho y Pío.

En la finca todo estaba preparado para los nuevos huéspedes. Benigno traducía al francés o al ruso para Tatiana hasta que Rafaela comenzó a balbucear en el idioma de las Galias.

- En la escuela de señoritas de Mendoza nos daban clases de francés. A mí me gustaba pero no tenía con quién practicarlo ¿partenaire mademoiselle?
- Oui, madame – contestó emocionada Tatiana ante el esfuerzo de su suegra.

Por las escaleras bajaba, refregándose los ojos, Alexandr. Rafaela corrió hacia él y lo abrazó. “Alejandro, querido. Mi primer

nieto, mon amour”, corrigió, mientras Pío y su hermano se miraban con culpa.

Rafaela sacó de su cofre de viaje dos botellas de vino mendocino y Pío hizo lo mismo con una caja de tequila destilada por él en California. Esos días fueron de fiesta para los Villanueva – Villanokoff.

- Quiero que sepas Benigno, que nuestra sociedad comercial sigue vigente. Una parte de mi fortuna es tuya – decía Pío intentando mostrar a su hermano un libro con infinidad de números y sellos.
- Sólo me importa por Joaquín. Por favor encárgate de él.
- Lo estoy haciendo, hermano.
- Huevón... – se abrazaban mientras continuaban los brindis con cepas cuyanas y sirah de la finca.

Nada le faltaba al Mariscal en ese verano en Moscú. Todos los días cabalgaba con Joaquín por la costa del río y muchas tardes lo llevó a la ciudad. De San Salvador del Bosque al Borobichi, de la Plaza roja a la Catedral. También lo llevó hacia la facultad de mujeres donde Benigno pudo apreciar en una fonda nueva, frente a los tres liceos de señoritas, como su hijo, preguntando a todas quién sabía hablar castellano o inglés, atropelló con enorme simpatía a la de lengua sajona.

Las manos de Rafaela cubiertas de harina y de aceite hacían las maravillas mendocinas en la cocina junto a Tatiana. Alexandr se escondía atrás de cualquier recoveco y le gritaba a cada hombre de la familia un claro “huevón”, corriendo a esconderse a otro lugar, entre risas y caricias de las mujeres Villanueva.

A medida que el corto verano amenazaba con saltar el otoño, iniciaron los preparativos para el regreso.

El 30 de agosto a la mañana hacía frío en la estación de trenes de Moscú. Benigno le regaló a su madre retoños de cepas de sirah “para que sean las primeras en Cuyo”.

Alexandr se abrazaba a su abuela llorando desconsoladamente.

-Joaquín, siempre te estaré esperando. La habitación que usaste en la finca es tuya y nadie más la utilizará – le susurró Benigno al oído a su hijo mayor.

-Volveré Benigno. Volveré como capitán de ultramar.

Un tremendo vacío comenzó a crecer en el alma del Mariscal mientras el vapor del tren, las campanas, los gritos y gestos de despedida se iban distanciando de ese mundo nuevo al que el destino lo había arrojado. Tatiana y Alex lo abrazaban presintiendo la soledad que iba creciendo en su jefe de familia.

En Buenos Aires se publicó en el diario fundado por Bartolomé Mitre una comunicación que, para muchos, pasó desapercibida.

La Nación. Buenos Aires, 10 de octubre de 1876. Comunicación oficial.

El Ministro de Relaciones Exteriores de la República, Dr. Carlos Tejedor ha dirigido al plenipotenciario argentino en Francia, don Mariano Balcarce una comunicación oficial, adjuntándole una nota del juez Dr. Angel E. Casares “para que solicitase a los representantes del gobierno en la Gran Bretaña o en Francia, países donde se encuentran acreditados ministros del Imperio Ruso, les comunicaran una resolución al ciudadano argentino, don Benigno Villanueva, que ocupa el alto cargo de mariscal del Ejército Imperial”. En el oficio se transcribe la declaratoria judicial, estableciendo que “los únicos y universales herederos de doña Rafaela Lozada de Villanueva son sus legítimos hijos don Pío y don Benigno Villanueva”.

Hay un agregado del señor Subsecretario, Dr Emilio Lamarca: “Se previene a V.E. que dicho Villanueva ha cambiado la terminación de su apellido por otro más adptable a la pronunciaón del idioma de aquel país, donde tiene su residencia”

Pío en San Francisco y Benigno en Moscú lloraron a Rafaela dos años antes. Joaquín Funes le dio la noticia desde Buenos Aires a Pío, gracias al reciente cableado telegráfico. De California se transcribió a Moscú y tres meses después, el capitán de ultramar se encontró con Benigno en Sebastopol, donde intentaba iniciar una

empresa naviera en el Mar Negro, similar a la que ya dirigía en San Francisco.

No prosperó la idea pero sí la amistad entrañable entre los dos hombres.

...

En septiembre del año pasado tomé un vuelo en París con destino a San Petersburgo. No era momento para volar. Las amenazas de bombas de los georgianos eran constantes, sólo éramos once pasajeros que nos mirábamos con desconfianza.

A la mañana siguiente, un taxi me llevó a la facultad de Historia y Letras de la Universidad local. Después de subir por escalera a un primer piso, pude leer en inglés “Facultad de historia y literatura. San Petersburgo. 1715” – “Instituto de Investigaciones Históricas. Petrogrado. 1914” – “Centro de Estudios Históricos. Leningrado 1924”. – “Facultad de Historia y Letras. San Petersburgo. 1991”.

En el archivo de la facultad intenté bucear a través de microfilms, listas, boletines u órdenes, el nombre Villanokoff en el ejército imperial. No sólo el apellido ruso de Benigno faltaba, sino el de todo el ejército, salvo los de la organización del grupo de “liberación” Naróndnaia Vólia, que decidió emprender “la caza del Emperador” durante la guerra contra Turquía de 1878.

Distinta suerte tuve en la misma facultad pero en el tercer piso, en Letras. Allí, en ocho vitrinas, están expuestos los originales de los ocho cantos de “Eugenio Onieguin” de Pushkin. Al pie de cada uno, la anotación de la fecha y del lugar donde lo escribió el “padre de la literatura rusa”, o también del “realismo literario”.

Allí encontré su biografía escrita en ruso, alemán e inglés. El francés desapareció de Rusia desde la Revolución y el español no tiene quien lo lea en esas lejanías. Sergei Lvovich su padre, Nadejda Osiporna su madre y Andrei Petrovich su hermano.

Descubrí que Andrei Petrovich Pushkin fue Mariscal del Zar gracias a la lectura del “diario de un escritor” de Dostoievskiy, también en su versión original, perfectamente traducida al inglés en 1880.

El nacimiento de Tatiana en Odesa en 1825, hija del poeta y la mujer del gobernador general Voroncov, lo relata Goncharov en carta a Turguéniev. Esa carta, que explica la adopción de la niña por parte del hermano y el posterior casamiento del poeta, a los treinta años, con Natalia de dieciséis, está expuesta también al público en tres idiomas.

Con el nombre Tatiana Pushkin encontré, sentado frente a una pantalla de la inmensa biblioteca de Letras, los registros de su paso por la facultad de mujeres de Moscú y la intensa actividad literaria que desarrolló en la finca del otro lado del Moscova, junto a su esposo, el Mariscal Villanokoff.

Haciendo clic en Villanokoff apareció en la pantalla un retrato antiguo de un uniformado de mirada franca y nariz aguileña. “Benigno Villanokoff: Mariscal de Rusia. Héroe de Crimea y del Turquestán. Comandante de la quinta división de caballería cosaca con asiento en Moscú. Casado con Tatiana Pushkin (ver T.P.), padre de Alexandr Alexei Sergerevich (ver A.A.S.).

No me alcanzaban las manos y me sobraba el tiempo para escribir los nombres.

“Alexandr Alexei Sergerevich Villanokoff. Historiador, militar. Hijo de Benigno Villanokoff (ver B.V.) y Tatiana Pushkin (ver T.P.) autor de “La Guerra de Crimea”, “La Guerra de Afganistán”, “Historia del movimiento nihilista”. Casado... (incompleto)”.

Intenté ubicar alguno de los tres libros en la biblioteca de Letras y la máquina contestaba un eufemismo: “agotado”. No me dí por vencido y los busqué manualmente, pero el alfabeto me lo impidió. Pedí ayuda a una bibliotecaria que hablaba inglés y no los encontré. No me habló con eufemismos.

- En 1917 se empezaron a quemar. Difícilmente alguna biblioteca particular los guarde. Era peligroso.

Bajé al primer piso, nuevamente a Historia. Directamente busqué a una bibliotecaria que hablase inglés. Pregunté por los libros y no estaban ni había referencia de ellos.

Solicité obras sobre el movimiento nihilista. En el “Apoyo mutuo” de Kropotkin, la bibliotecaria me señalaba un renglón al final del libro.

- Acá, en la bibliografía: Villanokoff, Alexandr “Historia del movimiento nihilista” Moscú, 1901.

Le pedí por favor que buscara en notas a pie de página del libro, que no era muy grande, tratando de rastrear una cita aunque más no sea del hijo de Benigno. No lo encontró a pesar del gran profesionalismo que demostraba y de su buena disposición para ayudar a historiadores en apuros.

Con Carlos Chiesa nos encontramos en Moscú en el mes de octubre. El intentaba vender máquinas de laboratorios argentinos en esa economía inescrutable como es la rusa en el día de hoy. Sabía que yo había estado en San Petersburgo intentando averiguar si existía algún Villanokoff en alguna lista de revista del ejército imperial.

- Es como si la historia hubiera empezado en 1918 – me dijo- la revolución arrasó con todos los archivos y bibliotecas que pudiesen contener códigos o tradiciones imperiales.

Mi desazón iba creciendo a medida que pasaba el escaso tiempo que disponía en la capital rusa. En ninguna guía telefónica figuraba un apellido similar. No era yo quien buscaba, sino Carlos, cuya madre es caucasiana y él se atreve con el cirílico.

Esa mañana lo esperaba en el bar del hotel Borobichi, tomando té de un samovar de cobre que estaba al lado de la pila de diarios. Poco tiempo atrás le habían restituido el nombre al hotel, que desde 1920 se llamaba “De la Revolución”.

No había elegido el lugar al azar. Era uno de los hoteles más antiguos de Moscú y en él se había alojado Benigno.

A sabiendas de cual sería la respuesta, pregunté en inglés si guardaban registros de huéspedes del siglo XIX.

- La revolución quemó los libros y parte del hotel. Aquí se hospedó von Ribbentrop, antes de que Rusia entre en guerra y no figura en nuestros registros – me dijo el conserje.

Frente a la recepción funciona una librería en la que se amontonan obras rusas y libros escritos en inglés. El francés dejó de ser la lengua natural de la cultura y de las clases altas. Huntington, Fukuyama, Toffler, Kennedy o Brzezinski se

mezclaban con autores franceses traducidos al inglés como Delmás, Sorman, Thom o Forrester.

Alcancé a descifrar un libro latinoamericano por su tapa que mostraba una catedral y personas conversando: Vargas Llosa.

- ¿Buscaba algo especial en los registros antiguos, señor? – me preguntó el conserje que se había desocupado de atender a una turista japonesa que se quejaba por el agua no tan caliente.

- Sí, soy historiador argentino y estoy escribiendo la biografía de un militar de mi país que fue general de Rusia...

- A Maradona lo haríamos mariscal acá – contestó riéndose y demostrando que no sólo la revolución borró los códigos históricos sino también la globalización.

Carlos traía bajo el brazo un libro y en su cara una sonrisa.

- Este libro contiene los Annales del Instituto de Historia Militar. Acá dice que su secretario es el profesor Demetrio Ivanovich Villanokoff.

Pegué un salto e intenté leer lo que para mí era indescifrable. Carlos utilizó el teléfono de la recepción y a medida que hablaba me sonreía guiñándome un ojo.

- Nos espera dentro de quince minutos, tomemos un taxi.

Llegamos a la Escuela de Guerra del Ejército ruso donde nos identificamos y nos indicaron que en el segundo piso funcionaba el instituto. Frente al ascensor, una oficina vidriada tenía una inscripción: Prof. Villanokoff – Secretario.

- Por fin en Moscú leo algo distinto a los jeroglíficos que inventó Cirilo de Tesalónica. ¡Claro, es un historiador! – dije en una apología de mi oficio.

Amablemente, un hombre mayor de setenta años con traje gris raído y arrugado, que contrastaba con su fino tipo de ruso blanco nos hizo pasar. Dos enormes bibliotecas conteniendo anales histórico-militares cercaban al secretario. En la pared que estaba a su espalda, un gran retrato de Pedro el Grande y a su lado, uno pequeño del ex presidente Putin.

Carlos hizo las presentaciones de rigor y me definió como un historiador argentino que está investigando la vida de un general ruso de apellido Villanokoff, que fue comandante de la quinta

división de caballería cosaca en Crimea, fue condecorado por el propio Zar Alejandro II y sus rastros se pierden en la guerra de Afganistán de 1863.

- En los archivos del ejército ruso en San Petersburgo no existen listas de revista de oficiales del ejército imperial. En las guías telefónicas de todo el país no encontramos su apellido. Gracias a los Annales que ustedes han publicado, reconocimos el nombre suyo y ese es el motivo de esta entrevista...

- Disculpe señor, pero es la primer noticia que tengo acerca de mi apellido. Mi padre fue deportado a Siberia en 1940 por orden de Stalin. El haber tenido cierta relación de vecindad con la familia de Simoniev, fue suficiente para justificar la injusticia. Mi padre era un hombre honesto que logró crear una familia a partir del descalabro de la revolución. Era profesor de letras y alguna vez lo escuché hablar de su padre. Había sido profesor de historia y literatura. Probablemente su abuelo haya sido militar. Aunque en aquel entonces todos los rusos eran militares. Además es poco probable que, si hubiese sido así, el hijo de un uniformado del emperador haya sido profesor de letras”.

- ¿Por qué? – hice preguntar al intérprete.

- Potomu chto liubor **huevoón** znaet, chto literatura y oruzhie kak voda y maslo, odno a drugoe krovin pishetzia e pomoshiu chernil (porque cualquier **eyzigolovie** sabe que la literatura y las armas son como el agua y el aceite, una se escribe en tinta y la otra en sangre).

- Perdón, ¿qué dijo? – interrumpí porque me pareció percibir fonéticamente un término quizás español.

- “Porque cualquiera sabe que la literatura y...” – registró Carlos.

- Las guerras del siglo XX las estudiamos en profundidad, a pesar que nos falta mucha documentación de la Primera Guerra Mundial. Del siglo XIX nos interesa la campaña contra Napoleón, sobre todo el éxodo de Moscú. En realidad, conocemos más de esa campaña por Tolstoi y por Tchaikovskiy que por nuestros archivos. Sobre la guerra de Crimea publicamos solamente las maniobras navales. El comunismo negó siempre la derrota rusa y eso es la antihistoria. Es en el estudio de los propios fracasos donde se

pueden tomar las enseñanzas más importantes para transmitir en la escuela de guerra.

Systematichesky “**huevón** totob... (Sistemáticamente, el “**eyzigolovie**” de turno...)

- Eso Carlos, traducime lo último que dijo – interrumpí

- “Sistemáticamente, el de turno...”

- ¡Dijo otra cosa! Igual que lo anterior

-Disculpe profesor, a mi amigo le llama la atención una interjección que usted utiliza, ¿la puede repetir?

- ¿Huevón? Smotry, etot termin ispolzoval mdy otez on ne russkiy, mo oznachaet ehto-to vrode poloumniy (¿eyzigolovie? Mire, es un término que usaba mi padre. No es ruso, pero significa algo así como zonzo).

Cuando me tradujo sus últimas palabras comprendí que toda la investigación tenía sentido. La lengua mendocina había dejado una huella en el alfabeto cirílico de Demetrio Ivanovich Villanokoff.

El igualitarismo comunista ahogó durante casi un siglo todo tipo de manifestación heráldica o genealógica, apartando a estas disciplinas de cualquier historiografía. El motor de la historia dejó de ser la economía y los medios de producción para ser nuevamente lo que decía Hegel: la necesidad de reconocimiento que tiene el hombre, el *thymos* del que ya hablaba Platón.

Las trabas y las prohibiciones generan en el tiempo reacciones pendulares inversas. Y eso es lo que le sucedió al profesor Villanokoff. Un descubrimiento así, a la edad de él, provocó una ansiedad por investigar, sin contenciones de horario ni de medios. Yo doy fe de los medios porque mi e-mail se suele saturar con precisiones sobre los hermanos Pushkin o un ensayo de Demetrio acerca de la literatura rusa y el ejército o mil temas relacionados más.

Acabo de recibir una copia del acta de matrimonio de Benigno y Tatiana en la Iglesia de San Salvador del Bosque en la que figuran nítidamente las firmas de los novios y la del padrino de bodas.

Yo le remití la crónica que escribió en Madrid el duque de Medinaceli acerca del casamiento y copias de dos cartas de Benigno a su madre, fechadas en Moscú en 1858 y 1859.

Mientras escribo, recibo señal de e-mail. Nuevamente Demetrio. Esta vez con la crónica de “El contemporáneo” del 18 de octubre de 1888.

“Sovreménnik”

“Ayer, en Borki, entre Járkov y Sinferopol estalló una máquina infernal escondida en la vía e hizo saltar el tren del emperador. El vagón en el que se encontraba el monarca con su familia resultó completamente destrozado y también siete coches más. El balance trágico arroja veinte muertos y dieciocho heridos”.

“Alejandro, dotado de una fuerza hercúlea, ha logrado sostener con sus brazos el techo derrumbado del vagón, lo cual ha salvado su vida y la de su familia”

“Perdió la vida en este vil atentado de los nihilistas el Mariscal B. Villanokoff, héroe de Crimea, Afganistán y el Turquestán.”

Agregó Demetrio: “fue el único diario que publicó esta noticia. Era muy conveniente para el Zar que se desconociese el atentado para evitar críticas progresistas en la represión”.